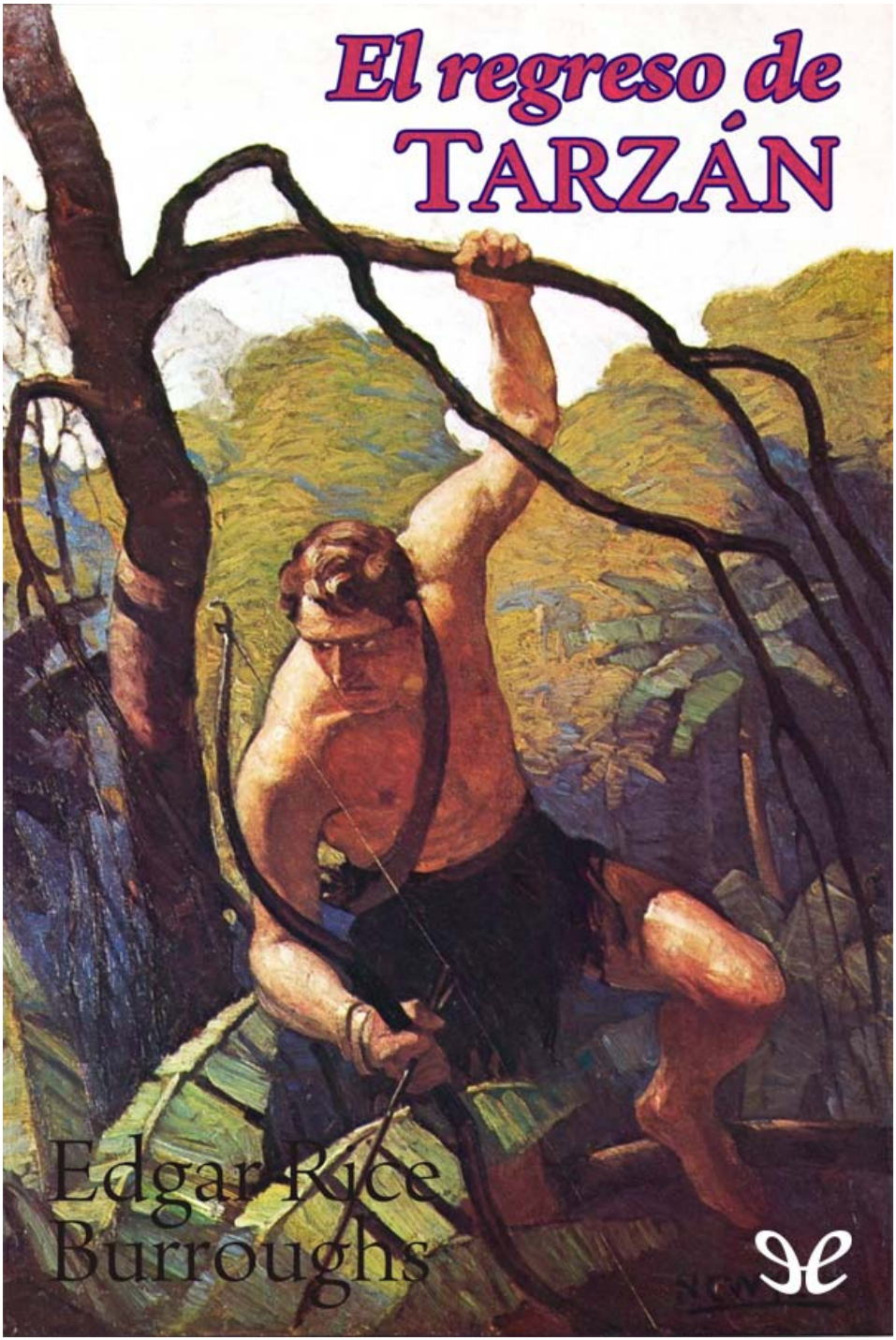
El regreso de TARZÁN



Edgar Rice Burroughs

El regreso de Tarzán es la segunda de la serie de novelas escritas por Edgar Rice Burroughs protagonizada por el personaje ficticio Tarzán. Fue publicada por primera vez, por entregas, en la revista *New Story Magazine* en sus números de junio a diciembre de 1913 y editada como libro por primera vez en 1915.

La novela empieza donde *Tarzán de los monos* lo dejó. Tarzán renuncia a la vida en una sociedad civilizada que no le satisface tras verse obligado a sacrificar sus perspectivas de boda con Jane Porter. Deja los Estados Unidos y viaja a Europa para visitar a su amigo Paul
D'Arnot.
En el barco se verá envuelto en los asuntos de la condesa Olga de Coude, su marido, el conde Raoul de Coude, y dos personajes sospechosos que intentan aprovecharse de ellos, Nikolas Rokoff y su secuaz Alexis Paulvitch. Vivirá aventuras en París y Argelia, para volver a la selva y descubrir Opar, la ciudad de oro.

Edgar Rice Burroughs

El regreso de Tarzán

Tarzán - 2

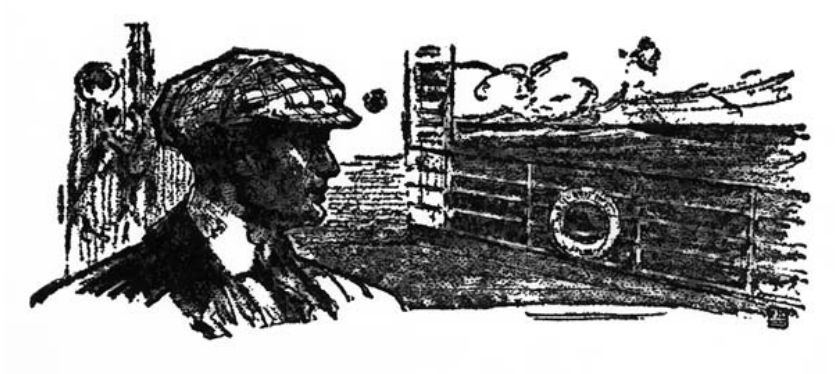
ePub r1.3
Titivillus 28.04.17

Título original: *The Return of Tarzan*
Edgar Rice Burroughs, 1913
Traducción: Emilio Martínez Amador
Ilustraciones: James Allen St. John

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El regreso de TARZÁN

A
mi madre



I

JUEGO SUCIO EN EL TRANSATLÁNTICO

C'EST magnifique! —exclamó la condesa De Coude a media voz.

—¿Eh? —El conde volvió la cabeza hacia su joven esposa y le preguntó—: ¿Qué es lo que te parece tan magnífico?

Los ojos del hombre recorrieron los alrededores en varias direcciones, a la búsqueda del objeto que había despertado la admiración de su mujer.

—Ah, no es nada, querido —respondió la condesa. Un tenue rubor intensificó fugazmente el tono rosado de sus mejillas—. No hacía más que recordar maravillada aquellos estupendos edificios de Nueva York a los que llaman rascacielos.

Y la bella condesa se acomodó más a gusto en la tumbona y recuperó la revista que aquel «no es nada» le había impulsado a dejar sobre el halda.

Su marido la emprendió de nuevo con el libro que estaba

leyendo, pero no sin que pasara previamente por su cerebro cierta extrañeza ante el hecho de que, tres días después de haber zarpado de Nueva York, su esposa manifestara tan súbita fascinación por unos inmuebles a los que no hacía mucho calificó de espantosos.

Al cabo de un momento, el conde dejó el libro.

—Esto es de lo más aburrido, Olga —dijo—. Creo que me daré una vuelta por ahí, a ver si encuentro a alguien tan aburrido como yo. A lo mejor me tropiezo con el número suficiente de ellos para organizar una partidita de cartas.

—No eres lo que se dice muy galante, cariño —sonrió la joven —, pero como estoy tan aburrida como tú, no me cuesta nada comprender y perdonar. Anda, ve a jugar tu partida, si tanto te apetece.

Cuando el conde se retiró, los ojos de la dama vagaron como quien no quiere la cosa por la cubierta hasta acabar posándose en la figura de un joven alto, tendido perezosamente en una tumbona, no lejos de allí.

—*C'est magnifique!* —susurró la señora una vez más.

La condesa Olga de Coude tenía veinte años. Su marido, cuarenta. Era una esposa fiel y leal, pero como no había tenido voz ni voto en la elección de esposo, no es de extrañar que distase mucho de sentir un amor apasionado por el compañero que el destino y el padre de la muchacha, un ruso con título de nobleza, eligieron para ella. Sin embargo, por la simple circunstancia de que se la sorprendiera emitiendo una leve exclamación admirada ante la esplendidez física de un joven desconocido no debe sacarse la consecuencia de que su pensamiento fuese en ningún sentido infiel a su esposo. Lo único que hacía la mujer era sentir admiración, del mismo modo que podía asombrarse ante un hermoso ejemplar de cualquier especie. Por otra parte, el desconocido era un muchacho al que daba gloria mirar.

Cuando los ojos de la dama, con todo el disimulo posible, se hubieron posado en el perfil del joven, éste se levantó, dispuesto a abandonar la cubierta. La condesa De Coude hizo una seña a un camarero que pasaba.

—¿Quién es ese caballero? —inquirió.

—Figura en la lista de pasajeros con el nombre de *monsieur* Tarzán, de África, señora —informó el mozo.

«Una finca extensa de verdad», pensó la condesa, cuyo interés por el desconocido se vio entonces acrecentado.

Al encaminarse al salón de fumadores, Tarzán se dio de manos a boca con dos hombres que cuchicheaban en la entrada con aire inquieto. No les hubiera dedicado ni un segundo de atención a no ser por la mirada extrañamente culpable que le dirigió uno de ellos. A Tarzán le recordaron los bellacos de melodrama que había visto en los teatros de París. Ambos hombres tenían la piel muy atezada y ello, unido a sus miradas y movimientos subrepticios, propios del que está tramando alguna inconfesable confabulación, confería más fuerza a la imagen de malvados de folletín.

Tarzán entró en el salón de fumadores y buscó un asiento apartado de las otras personas allí presentes. No se encontraba de humor para conversar y, mientras se tomaba una copa de ajenjo, dejó que el cerebro vagara melancólicamente por el recuerdo de las últimas semanas de su vida. Se había preguntado una y otra vez si actuó sensatamente al renunciar a sus derechos patrimoniales en beneficio de un hombre al que no debía nada. Cierto que Clayton le caía bien, pero… ah, esa no era la cuestión. Si renunció a su linaje, no fue por William Cecil Clayton, *lord* Greystoke, sino por la mujer a la que tanto él como Clayton amaban y que un extraño capricho del destino hizo que fuese para Clayton y no para él.

El que Jane le amara a él hacía que la cuestión le resultase doblemente difícil de soportar y, no obstante, se daba perfecta cuenta de que no pudo comportarse de otro modo aquella noche en la pequeña estación ferroviaria de los distantes bosques de Wisconsin. Para Tarzán, la felicidad de Jane era lo primero, por encima de todas las demás consideraciones, y su breve experiencia con la civilización y los hombres civilizados le había hecho comprender que, sin dinero y sin una categoría social, a la mayor parte de las personas la vida les resultaba intolerable.

Jane Porter había nacido para disfrutar de las dos cosas y si Tarzán la hubiese apartado de su futuro esposo, probablemente la habría sumido en una vida de angustia y desdicha. Porque a Tarzán, que asignaba a los demás la misma sincera lealtad inherente a su naturaleza, ni por asomo podía ocurrírsele que Jane rechazase a Clayton porque éste se viera desposeído de su título y de sus propiedades. En este caso específico, Tarzán no se habría

equivocado. De abatirse sobre Clayton alguna desgracia de ese tipo, Jane Porter se habría sentido aún más obligada a cumplir la promesa que hiciera al *lord* Greystoke oficial.

La imaginación de Tarzán voló del pasado al futuro. Trató de ilusionarse pensando en revivir las placenteras sensaciones que había disfrutado en la selva donde nació y donde transcurrió su juventud; la jungla feroz, cruel e implacable en la que vivió veinte de sus veintidós años. Pero entre los innumerables habitantes de la selva, ¿quién acudiría a darle la bienvenida cuando volviera? Nadie. Sólo podía considerar amigo a Tantor, el elefante. Los demás intentarían cazarlo o huirían de él, como había venido ocurriendo desde siempre.

Ni siquiera los monos de su propia tribu le tenderían la mano amistosamente.

Si la civilización había enseñado algo a Tarzán de los Monos, ese algo era desear hasta cierto punto el trato con los seres de su misma especie y a sentir un auténtico placer en el calor íntimo de su compañía. En la misma proporción había hecho enojosa para él cualquier otra clase de vida. Le costaba trabajo imaginar un mundo sin amigos…, sin un solo ser viviente que hablara alguno de los nuevos lenguajes que tanto había llegado a apreciar Tarzán. Y esos eran los motivos por los que el hombre-mono miraba con tan escaso entusiasmo el futuro que se proyectaba para sí.

Mientras cavilaba sobre ello, al tiempo que fumaba un cigarrillo, sus ojos tropezaron con un espejo situado frente a él, en el que se veía reflejada una mesa, alrededor de la cual cuatro hombres jugaban a las cartas. En aquel instante se levantó uno de los jugadores, en tanto otro hombre se acercaba a la mesa. Tarzán observó que el primero cedía cortésmente al recién llegado el asiento que acababa de quedar libre, para que la partida no se interrumpiera. Era el más bajo de los dos individuos que Tarzán había visto secreteando a la entrada del salón de fumadores.

Esa circunstancia despertó un leve interés en el hombre-mono que, a la vez que especulaba acerca de su porvenir, continuó observando en el espejo a los ocupantes de la mesa de juego situada a su espalda. Aparte del caballero que acababa de integrarse en la partida, Tarzán sólo conocía el nombre de uno de los jugadores. El del que se sentaba frente al recién incorporado a la partida, el

conde Raúl de Coude, que un diligente camarero había informado a Tarzán de que se trataba de una de las personalidades más importantes del pasaje, un hombre que ocupaba un lugar preeminente en la familia oficial del ministro de la Guerra francés.

La atención de Tarzán se centró de pronto en la escena que reflejaba el espejo. El otro conspirador moreno había entrado en la sala para ir a situarse detrás de la silla del conde. Tarzán le vio volver la cabeza y echar una ojeada furtiva por la estancia, pero la vista del individuo no se detuvo en el espejo el tiempo suficiente para advertir que en él estaban al acecho los ojos vigilantes del hombre-mono. Con disimulo, el individuo se sacó algo del bolsillo. Tarzán no logró determinar qué era, porque la mano del hombre lo ocultaba.

Poco a poco, a hurtadillas, la mano se fue acercando al conde y luego, con suma habilidad, el objeto que escondía en la palma se deslizó dentro del bolsillo del aristócrata. El sujeto de piel atezada continuó allí, de pie en una posición que le permitía ver las cartas del conde. Desconcertado, pero con los cinco sentidos clavados en la escena, Tarzán no se mostró dispuesto a permitir que se le escapara ningún otro detalle de la situación.

La partida prosiguió durante cosa de diez minutos, hasta que el conde ganó una apuesta considerable al último jugador que se había sentado a la mesa. Tarzán observó entonces que el individuo situado detrás de De Coude hizo una seña con la cabeza a su cómplice. Al instante, el jugador se incorporó y apuntó con el índice al conde.

—De haber sabido que *monsieur* era un tahúr profesional —acusó—, no me hubiese dejado tentar por esta partida.

El conde y los otros dos jugadores se pusieron en pie automáticamente.

El rostro de De Coude se puso blanco.

—¿Qué insinúa, caballero? —exclamó—. ¿Sabe usted con quién está hablando?

—Sé que estoy hablando, aunque por última vez, con alguien que hace trampas en el juego —replicó el individuo.

El conde se inclinó por encima de la mesa y la palma de su mano se estrelló de lleno en la boca del agraviador. De inmediato, los demás se interpusieron entre ambos.

—Sin duda se trata de un error, caballero —exclamó uno de los otros jugadores—. Porque este señor pertenece a la alta aristocracia francesa, es el conde De Coude.

—Si estoy equivocado —manifestó el acusador—, tendré mucho gusto en presentar mis disculpas, pero antes de hacerlo quiero que el señor conde explique qué significan esas cartas que le he visto guardarse en el bolsillo lateral.

En ese momento, el hombre al que Tarzán vio introducir los naipes en el bolsillo aludido dio media vuelta para retirarse discretamente de la sala, pero con gran fastidio por su parte se encontró con que un desconocido alto y de ojos grises le cortaba la salida.

—Perdone —dijo el individuo en tono brusco, al tiempo que intentaba rodear a Tarzán.

—Un momento —articuló el hombre-mono.

—¿Por qué, señor? —quiso saber el otro, altanero—. Permítame pasar, *monsieur*.

—Aguarde —insistió Tarzán—. Creo que hay aquí una cuestión que sin duda usted podrá aclarar con sus explicaciones.

El prójimo había perdido ya los estribos y, al tiempo que soltaba una palabrota, agarró a Tarzán con intención de apartarlo por las malas. El hombre-mono se limitó a sonreír mientras obligaba al sujeto a dar media vuelta, le cogía por el cuello de la chaqueta y le llevaba de regreso a la mesa, sin hacer caso de las maldiciones y forcejeos del individuo, que inútilmente se resistía y trataba de zafarse. Nicolás Rokoff comprobaba por primera vez la fortaleza de unos músculos que habían proporcionado a Tarzán la victoria en sus diversos enfrentamientos con Numa, el león, y Terkoz, el gigantesco mono macho.

Tanto el hombre que había acusado a De Coude como los otros dos jugadores contemplaban al conde inmóviles y expectantes. Atraídos por la disputa, unos cuantos pasajeros más se habían acercado al salón de fumadores y esperaban el desenlace del litigio.

—Este sujeto está loco —dijo el conde—. Caballeros, les ruego que uno de ustedes me registre.

—La acusación es ridícula —calificó uno de los jugadores.

—No tiene más que introducir la mano en el bolsillo de la chaqueta del conde y comprobar que la imputación es correcta y

responde a la verdad —insistió el acusador. Luego, en vista de que todos vacilaban, avanzó hacia el conde, al tiempo que decía—: Vamos, yo mismo me encargaré de ello, puesto que nadie quiere hacerlo.

—No, *monsieur* —se opuso De Coude—. Sólo me someteré al registro si lo efectúa un caballero.

—No es preciso que nadie registre al conde. Los naipes están en su bolsillo. Yo mismo he visto cómo los ponían en él.

Todos se volvieron, sorprendidos, hacia el que acababa de hablar: un joven apuesto y atlético, que llevaba agarrado por el cuello a un cautivo al que, no obstante su resistencia, obligaba a avanzar en dirección al grupo.

—Esto es una confabulación —gritó el conde, furioso—. No hay naipe alguno en mi chaqueta…

Simultáneamente, se llevó la mano al bolsillo. Un silencio tenso reinó en la estancia. El conde se puso pálido como un cadáver y a continuación, muy despacio, sacó la mano del bolsillo. En ella había tres cartas.

Miró a los presentes con una muda expresión de horrorizado asombro y, lentamente, por su semblante fue extendiéndose el bochorno de la mortificación. Los rostros de quienes asistían a la ruina del honor de un hombre expresaban compasión y desprecio.

—En efecto, se trata de una conjura, *monsieur*. —Tomó de nuevo la palabra el hombre de grises pupilas. Continuó—: Caballeros, el señor conde ignoraba que esas cartas estuviesen en su bolsillo. Se las introdujeron en él, sin que se diera cuenta, mientras estaba sentado jugando. Vi la maniobra reflejada en el espejo que tenía delante, mientras estaba sentado en aquella silla de allí. Este hombre, al que he cortado el paso cuando pretendía escapar, es la persona que puso los naipes en el bolsillo del conde.

Los ojos del conde pasaron de Tarzán al individuo que el hombre-mono tenía agarrado por el cuello.

—*Mon Dieu*, Nicolás! —exclamó De Coude—. ¡Tú!

El conde miró luego al jugador que le había acusado de tramposo y le observó atentamente durante unos segundos.

—Y usted, *monsieur*, naturalmente, con esa barba no le había reconocido. Le disfraza a la perfección, Paulvitch. Ahora lo comprendo todo. Está absolutamente claro, caballeros.

—¿Qué hacemos con estos dos tipos, *monsieur*? —preguntó Tarzán—. ¿Los ponemos en manos del capitán?

—No, amigo mío —se apresuró a decir el conde—. Es un asunto personal y le suplico que lo deje correr. Es suficiente con que me vea exculpado de la acusación. Cuanto menos tengamos que ver con semejantes individuos, tanto mejor. Pero, *monsieur*, ¿cómo puedo agradecerle el inmenso favor que acaba de hacerme? Le ruego acepte mi tarjeta y, si en algún momento o circunstancia pudiera serle útil, sepa que me tiene a su disposición.

Tarzán había soltado ya a Rokoff, el cual no había perdido un segundo en dirigirse a la salida del salón de fumadores, acompañado de su cómplice, Paulvitch. A punto de franquear la puerta, Rokoff se volvió y, ominoso, aseguró a Tarzán:

—*Monsieur*, tendrá ocasión de lamentar haberse entrometido en asuntos que no le conciernen.

Tarzán sonrió y luego, tras inclinarse ante el conde, le tendió su propia tarjeta.

El aristócrata francés leyó:

M. Jean C. Tarzán

—*Monsieur* Tarzán —dijo—, realmente deseará no haber salido en mi defensa, porque puedo garantizarle que se ha ganado la enemistad de dos de los granujas más viles y malintencionados de Europa entera. Evítelos, *monsieur*, por todos los medios.

—He tenido adversarios mucho más terribles, mi estimado conde —respondió Tarzán con una sosegada sonrisa—, y sin embargo, aún sigo vivo y despreocupado. No creo que ninguno de esos dos tipejos disponga de medios para hacerme daño.

—Esperemos que no, *monsieur* —dijo De Coude—, pero tampoco le perjudicará estar alerta. Ha de tener presente que hoy se ha ganado usted por lo menos un enemigo de los que jamás olvidan ni perdonan y cuya mente perversa siempre está tramando sin descanso nuevas atrocidades que perpetrar sobre quienes han frustrado sus planes o le han ofendido de alguna forma. Decir que Nicolás Rokoff es un demonio sería agraviar a la satánica majestad de los infiernos.

Aquella noche, al entrar en su camarote, Tarzán encontró en el suelo una nota doblada que evidentemente habían echado por debajo de la puerta. La desdobló y leyó:

No cabe duda de que no se daba usted cuenta de la gravedad de su ofensa, ya que de ser así, se habría abstenido de hacer lo que hizo hoy. Deseo creer que solo la ignorancia le permitió actuar así y que no tenía intención alguna de ofender a un desconocido. Por tal razón, estoy dispuesto a atender sus disculpas y a aceptar su palabra de que no volverá a inmiscuirse en asuntos que no le conciernen. En cuyo caso olvidaré lo ocurrido.

De lo contrario… Pero estoy seguro de que será lo bastante sensato como para adoptar la norma de conducta que le sugiero.

Respetuosamente,
Nicolás Rokoff

Tarzán se permitió esbozar una torva sonrisa, que bailó fugazmente por sus labios. Pero en seguida apartó de su cerebro el asunto y se fue a la cama.

En un camarote cercano, la condesa De Coude preguntaba a su marido:

—¿Por qué estás tan mohíno, mi querido Raúl? Te has pasado la tarde con cara de velatorio. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Nicolás está a bordo, Olga. ¿No lo sabías?

—¡Nicolás! —exclamó la mujer—. ¡Pero eso es imposible, Raúl! No puede ser. Nicolás está bajo arresto en Alemania.

—Eso creía yo, hasta que hoy le he visto… A él y a ese otro supercanalla, Paulvitch. Olga, no podré resistir su acoso durante mucho tiempo más. No, ni siquiera por ti. Tarde o temprano tendré que denunciarlos a las autoridades. La verdad es que me cuesta trabajo resistir la tentación de contárselo todo al capitán del buque antes de que lleguemos a puerto. En un transatlántico francés, Olga, será más fácil poner fin de una vez por todas a esta Némesis implacable que nos persigue.

—¡Oh, no, Raúl! —protestó la condesa; se arrodilló ante él, que se había sentado, gacha la cabeza, en un sofá—. No lo hagas. Recuerda lo que me prometiste. Raúl, dame tu palabra de que no lo harás. No le amenaces siquiera, Raúl.

El conde tomó entre las suyas las manos de su esposa y, antes de decir nada, contempló el pálido y atribulado semblante de la mujer durante unos momentos, como si tratase de arrancar a aquellas preciosas pupilas el verdadero motivo que inducía a Olga a proteger a aquel individuo.

—Como quieras —convino De Coude al final—. No consigo entenderlo. Ha perdido todo derecho a tu afecto, a tu lealtad y a tu respeto. Es una amenaza para tu vida y tu honor, lo mismo que para la vida y el honor de tu esposo. Confío en que nunca tengas que lamentar haberle defendido.

—No le defiendo, Raúl —le interrumpió Olga con vehemencia—. Creo que le odio tanto como tú, pero… ¡Oh, Raúl, la sangre es más espesa que el agua!

—Hoy me hubiera gustado probar el espesor de la suya —refunfuñó De Coude, siniestra la expresión—. Esa pareja intentó deliberadamente mancillar mi honor, Olga. —Refirió a su esposa lo sucedido en el salón de fumadores—. De no ser por ese caballero, al que no conozco de nada, se habrían salido con la suya, porque ¿quién habría aceptado mi palabra, sin prueba alguna, frente a aquella maldita evidencia de las cartas que llevaba ocultas encima? Casi empezaba a dudar de mí mismo, cuando apareció *monsieur* Tarzán arrastrando a tu precioso Nicolás hasta nosotros y explicó toda la sucia maquinación.

—¿*Monsieur* Tarzán? —preguntó Olga de Coude con evidente sorpresa.

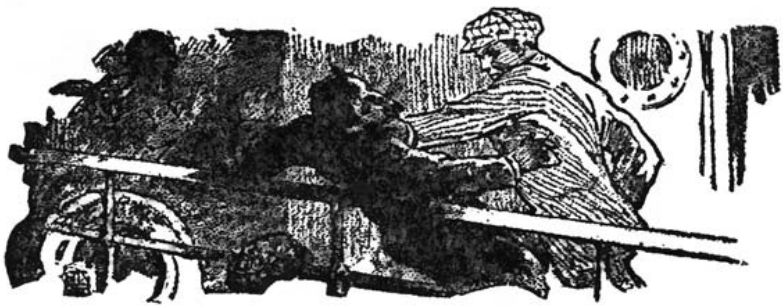
—Sí. ¿Le conoces?

—Sólo de vista. Un camarero me indicó quién era.

—Ignoraba que se tratase de una celebridad —dijo el conde.

Olga de Coude cambió de conversación. Se percató repentinamente de que le iba a costar trabajo explicar por qué un camarero tenía que indicarle la persona del apuesto y bien parecido *monsieur* Tarzán. Tal vez se sonrojó un poco puesto que ¿no la miraba el conde, su esposo, con una expresión extrañamente burlona?

«¡Ah!», pensó la dama, «una conciencia culpable recela hasta de su sombra».



II

FORJA DE ODIOS

HASTA bastante entrada la tarde del día siguiente no volvió a ver Tarzán a los compañeros de travesía en cuyos asuntos le había inducido a inmiscuirse su inclinación por el juego limpio. Se tropezó entonces inopinadamente con Rokoff y Paulvitch, en el momento más inoportuno, cuando menos podían desear ambos individuos la presencia del hombre-mono.

El trío se encontraba en un punto de la cubierta momentáneamente desierto y cuando Tarzán se acercaba a ellos, los individuos discutían acaloradamente con una mujer. Tarzán observó que la dama vestía con lujosa elegancia y que su figura esbelta y bien proporcionada era propia de una muchacha joven; sin embargo, como un velo le cubría la cara, no pudo ver sus facciones.

Los tres estaban de espaldas a Tarzán, los dos hombres uno a cada lado de la mujer. Tarzán se acercó sin que se dieran cuenta de

su llegada. Observó el hombre-mono que Rokoff parecía amenazar a la mujer, la cual se manifestaba en tono suplicante; pero como mantenían su controversia en una lengua desconocida para él, sólo las apariencias permitieron deducir a Tarzán que la muchacha estaba asustada.

La actitud de Rokoff indicaba con tal claridad la violencia fisica que enardecía su ánimo que el hombre-mono hizo una breve pausa detrás del grupo, al captar instintivamente el peligro que saturaba la atmósfera. Sólo llevaba unos segundos de titubeo cuando vio que Rokoff agarraba con violento ademán la muñeca de la mujer y se la retorcía como si tratara de arrancarle alguna promesa mediante la fuerza. Lo que hubiera sucedido a continuación, de haberse salido Rokoff con la suya, es algo que sólo podemos suponer, dado que el ruso no pudo seguir adelante. Unos dedos de acero le aferraron el hombro y, sin contemplaciones, le obligaron a girar en redondo, para encontrarse con los gélidos ojos grises del desconocido que el día anterior había desbaratado sus planes.

—¡Sapristi! —maldijo Rokoff—. ¿Qué pretende? ¿Está tan loco como para atreverse a insultar de nuevo a Nicolás Rokoff?

—Es mi respuesta a su nota, *monsieur* —repuso Tarzán en voz baja. Acto seguido tiró de Rokoff con tal fuerza que el ruso fue a estrellarse, de bruces, contra la barandilla del buque.

—¡Por todos los diablos! —vociferó Rokoff—. ¡Morirás por esto, cerdo!

Se puso en pie de un salto y se precipitó sobre Tarzán al tiempo que sacaba un revólver del bolsillo trasero del pantalón. La muchacha se encogió, aterrada.

—¡Nicolás! —chilló—. ¡No… oh, no lo hagas! ¡Rápido, *monsieur*, márchese en seguida, si no quiere que le mate!

Lejos de hacerle caso, Tarzán avanzó al encuentro del individuo.

—No insista en ponerse en ridículo, *monsieur* —aconsejó.

La furia y la humillación a que le había sometido aquel extraño había puesto a Rokoff fuera de sí.

Consiguió sacar el revólver, se detuvo para apuntar cuidadosamente al pecho de Tarzán y apretó el gatillo. Con frustrado click, el percutor cayó sobre un cartucho vacío… Simultáneamente, la diestra del hombre-mono salió disparada como la cabeza de una serpiente pitón iracunda; un rápido torcimiento y

el arma voló por encima de la borda y fue a hundirse en el Atlántico.

Durante unos instantes, ambos hombres permanecieron inmóviles frente a frente. Rokoff había recobrado la serenidad. Fue el primero en romper el silencio.

—Se ha entrometido por dos veces en asuntos que no le van ni le vienen, *monsieur*. Por dos veces ha tenido la suicida imprudencia de vejar a Nicolás Rokoff. Se pasó por alto el primer agravio al dar por supuesto que el señor se atrevió a inferirlo ignorante de lo que hacía, pero esto de ahora no puede dejarse impune. Si *monsieur* no sabe quién es Nicolás Rokoff, esta nueva desfachatez temeraria va a proporcionarle buenos motivos para enterarse y para que no se le olvide jamás.

—Ya sé todo lo que tengo que saber de usted —replicó Tarzán —: que es un miserable y un cobarde.

Se volvió para preguntar a la muchacha si aquel sujeto le había hecho daño, pero la joven había desaparecido. Luego, sin molestarse en dirigir una sola mirada a Rokoff y su compinche, Tarzán reanudó su paseo por cubierta.

No pudo por menos que preguntarse qué especie de intriga se llevarían entre manos aquellos dos individuos y en qué consistiría su plan. Le pareció percibir algo familiar en el aspecto de la mujer del velo en cuyo auxilio había acudido, pero como no pudo verle la cara tampoco le era posible estar seguro de que la conocía. El único detalle que captó de modo particular fue que un anillo de singular orfebrería adornaba un dedo de la mano que Rokoff había cogido. Tarzán decidió fijarse a partir de entonces en los dedos de todas las pasajeras que encontrase, al objeto de descubrir la identidad de la dama a la que Rokoff acosaba, y comprobar si el ruso seguía hostigándola.

Acomodado de nuevo en su tumbona, Tarzán pensó en los numerosos ejemplos de crueldad, resentimiento y egoísmo de que había sido testigo entre los hombres desde aquel día en la selva, cuatro años antes, cuando vio por primera vez un ser humano… el negro y lustroso Kulonga, cuyo celérico venablo encontró aquel funesto día los órganos vitales de Kala, la gigantesca simia, y arrebató al joven Tarzán la única madre que había conocido.

Rememoró el asesinato de King a manos de Snipes, el pirata de

cara ratonil; el modo inhumano en que los amotinados del *Arrow* abandonaron al profesor Porter y sus acompañantes; la crueldad con que trataban a sus cautivos las mujeres y los guerreros negros de Mbonga; las mezquinas envidias de los funcionarios civiles y militares de la colonia de la Costa Occidental que autorizaron su acceso al mundo civilizado.

—*Mon Dieu!* —monologó—. Son todos iguales. Estafan, asesinan, mienten, riñen entre sí… y todo por cosas que los animales de la selva no se dignarían poseer. Dinero para comprar unos placeres propios de seres sin carácter. Y, con todo, aferrados a unas costumbres estúpidas que los mantienen esclavizados a la desdicha, aunque albergan el firme convencimiento de que son los reyes de la creación y que disfrutan de las auténticas satisfacciones de la existencia. En la selva, difícilmente se encontraría un ser que no reaccionase más o menos violentamente cuando algún otro miembro de su especie tratara de desposeerle de su pareja. Es un mundo imbécil, un mundo estúpido y Tarzán de los Monos obró como un cretino al renunciar, para afincarse en él, a la libertad y la dicha que podía brindarle la selva virgen en la que había nacido y se había criado.

En aquel momento, sentado allí, le asaltó la repentina sensación de que alguien situado tras él le estaba observando. Su instinto de animal selvático atravesó el barniz de civilización y volvió la cabeza con tal rapidez que los ojos de la muchacha que le había estado espiando sigilosamente no tuvieron tiempo de desviar la mirada antes de que las pupilas grises del hombre-mono se clavaran interrogadoramente en las suyas. Luego, cuando la joven volvió la cara, Tarzán vislumbró la tenue pincelada carmesí que afloró a sus mejillas.

Sonrió para sí ante el resultado de su poco civilizado y, desde luego, en absoluto galante acto, ya que no bajó la mirada cuando sus ojos se clavaron en los de la muchacha. Era muy joven y también daba gusto mirarla. Es más, la dama tenía un sí es no familiar que al hombre-mono le hizo preguntarse dónde la habría visto antes. El hombre-mono volvió a su postura anterior y, al cabo de un momento, tuvo conciencia de que la muchacha se había levantado y abandonaba la cubierta. Cuando hubo pasado por delante de él, Tarzán volvió la cabeza para observarla, con la

esperanza de descubrir algún indicio que le permitiera satisfacer su interés acerca de la identidad de la joven.

No se sintió defraudada por completo su curiosidad, ya que, mientras se alejaba, la muchacha levantó una mano para atusarse la negra mata de pelo que ondulaba en la nuca —gesto peculiar de toda mujer que da por supuesto que su paso levanta miradas apreciativas— y Tarzán reconoció en un dedo de la mano derecha el anillo de extraña orfebrería que había visto poco antes en el anular de la mujer del velo.

De modo que aquella preciosa dama era la joven a la que Rokoff había estado acosando. Tarzán se preguntó con cierta indolencia quién podría ser y qué relación podría existir entre aquella encantadora muchacha y un ruso hosco y barbudo.

Aquel anochecer, después de la cena, Tarzán se acercó a la cubierta de proa, donde permaneció conversando con el segundo oficial hasta bastante después de oscurecido. Cuando el marino tuvo que marchar a otro punto del buque para cumplir los deberes propios del servicio, el hombre-mono se quedó apoyado en la barandilla y contempló los reflejos que la luna arrancaba a las levemente rizadas aguas. Como estaba medio oculto por un pescante, los dos hombres que avanzaban por la cubierta no se percataron de su presencia y, al pasar, Tarzán captó lo suficiente de su conversación como para inducirle a seguirlos, dispuesto a averiguar qué nueva indignidad estaban tramando. Había reconocido la voz de Rokoff y había observado que su acompañante era Paulvitch.

Tarzán sólo pudo entender unas pocas palabras:

—… Y si chilla puedes echarle las manos al cuello hasta que…

Pocas, pero que bastaron para despertar el espíritu aventurero que anidaba en su interior, así que se mantuvo tras la pareja, que había avivado el paso por la cubierta, sin perderlos de vista. Los siguió hasta el salón de fumadores, pero los dos hombres se limitaron a hacer un alto en el umbral, donde sólo estuvieron el tiempo justo para, al parecer, cerciorarse de que allí dentro se encontraba la persona que deseaban tener localizada con absoluta seguridad.

Después reanudaron la marcha, para encaminarse directamente a los camarotes de primera clase situados encima de la cubierta de

paseo. Tarzán tuvo allí más dificultades para pasar inadvertido, pero lo consiguió. Cuando se detuvieron ante una de las pulimentadas puertas de madera, Tarzán se deslizó entre las sombras de un pasillo, a unos tres metros y medio de ellos.

Uno de los hombres llamó a la puerta. Del interior llegó una voz femenina, que preguntó en francés:

—¿Quién es?

—Olga, soy yo… Nicolás —fue la respuesta, pronunciada en el tono gutural propio de Rokoff—. ¿Puedo pasar?

—¿Por qué no dejas de perseguirme, Nicolás? —sonó la voz de la mujer a través de la delgada hoja de madera—. Jamás te hice daño.

—Vamos, vamos, Olga —instó el individuo en tono expiatorio—. No te pido más que intercambiar media docena de palabras contigo. No voy a causarte perjuicio alguno, ni siquiera entraré en tu camarote; pero lo que tengo que decirte no puedo gritártelo a través de la puerta.

Tarzán oyó el chasquido del pestillo al descorrerlo por dentro. Salió de su escondrijo el tiempo suficiente para ver qué iba a ocurrir cuando se abriese la puerta, ya que no le era posible olvidar las siniestras palabras captadas poco antes en cubierta: «… Y si chilla, puedes echarle las manos al cuello hasta que…».

Rokoff estaba de pie ante la puerta. Paulvitch se había aplastado contra el tabique revestido de paneles del corredor que se alargaba por el otro lado. Se abrió la puerta. Rokoff medio entró en el camarote y permaneció con la espalda contra la hoja de madera, mientras se dirigía a la mujer, hablándole en susurros. Tarzán no vio a la dama, pero en seguida oyó su voz, en tono normal, en un volumen lo bastante alto para permitirle distinguir las palabras.

—No, Nicolás —decía—, es inútil. Por mucho que me amenaces, nunca accederé a tus exigencias. Haz el favor de salir del camarote; no tienes derecho a estar aquí. Prometiste que no ibas a entrar.

—Muy bien, Olga, no entraré; pero antes de que haya acabado contigo lamentarás mil veces no haberme hecho este favor. De todas formas, al final habré conseguido lo que quiero, así que me podrías haber ahorrado algunas molestias y un poco de tiempo a la vez que tú te habrías evitado la deshonra, la tuya y la de tu…

—¡Nunca, Nicolás! —le cortó, tajante, la mujer.

Tarzán vio entonces que Rokoff volvía la cabeza y dirigía una seña a Paulvitch, quien se precipitó de un salto hacia la puerta del camarote, que Rokoff mantenía abierta para que entrase. Luego, Rokoff se retiró rápidamente del umbral. La puerta se cerró. Tarzán oyó el chasquido del pestillo, al correrlo Paulvitch desde el interior. Rokoff permaneció de guardia ante la puerta, inclinada la cabeza como si tratase de escuchar las palabras que se pronunciaban dentro. Una sonrisa desagradable frunció sus labios cubiertos por la barba.

Tarzán oyó la voz de la mujer, que ordenaba a Paulvitch que abandonara inmediatamente el camarote.

—¡Avisaré a mi esposo! —advirtió—. ¡Se mostrará implacable con usted!

La burlona risotada de Paulvitch atravesó la pulimentada hoja de madera de la puerta.

—El contador del buque irá a buscar a su esposo, señora —dijo el hombre—. A decir verdad, ya se ha informado a dicho oficial de que, tras la puerta cerrada de este camarote, está usted entreteniendo a un hombre que no es su marido.

—¡Bah! —exclamó la condesa—. ¡Mi esposo sabrá que es falso!

—Desde luego, su esposo lo sabrá, pero el contador del buque, no; ni tampoco los periodistas que a través de algún medio misterioso se habrán enterado del asunto cuando desembarquemos. Lo considerarán una historia de lo más interesante, lo mismo que sus amistades cuando la lean a la hora del desayuno del… veamos, hoy es martes, ¿no?… cuando la lean el viernes por la mañana al desayunar. Y su interés no disminuirá precisamente cuando se enteren de que el hombre al que la señora divertía en su camarote es un criado ruso… el ayuda de cámara del hermano de *madame*, para ser más preciso.

—Alexis Paulvitch —sonó la voz de la mujer, fría e impávida—, es usted un cobarde y en cuanto le susurre al oído cierto nombre cambiará de opinión respecto a las exigencias y amenazas con que trata de intimidarme y se apresurará a salir del camarote. Y no creo que vuelva a presentarse con ánimo de fastidiarme.

Se produjo un silencio momentáneo, una pausa que Tarzán supuso dedicó la mujer a inclinarse hacia el canallesco individuo para murmurarle al oído lo que había indicado. Fueron sólo unos

segundos, a los que siguió un sorprendido taco por parte del hombre, el ruido de unos pies al arrastrarse, un grito de mujer… y vuelta al silencio.

Pero apenas había muerto en el aire la última nota de ese grito cuando el hombre-mono ya se encontraba fuera de su escondite. Rokoff había echado a correr, pero Tarzán le agarró por el cuello y le arrastró hacia atrás. Ninguno de los dos pronunció palabra, porque ambos comprendían instintivamente que en el camarote se estaba cometiendo un asesinato y Tarzán confiaba en que Rokoff no había pretendido que su cómplice llegase hasta ese extremo. Presentía que los fines de aquel desaprensivo eran más profundos… más profundos e incluso más siniestros que un asesinato brutal y a sangre fría.

Sin perder tiempo en preguntar nada a los que estaban dentro, Tarzán aplicó violentamente su hombro gigantesco contra el frágil panel de la puerta, que saltó convertido en una lluvia de astillas, e irrumpió en el camarote, llevando a Rokoff tras él. Vio frente a sí a la mujer, tendida en un sofá. Encima de ella, Paulvitch hundía los dedos en la delicada garganta, mientras las manos de la víctima golpeaban inútilmente la cara del criminal e intentaban a la desesperada separar del cuello aquellos dedos crueles que le estaban arrancando la vida.

La fragorosa entrada de Tarzán impulsó a Paulvitch a ponerse en pie. Contempló a Tarzán airada y amenazadoramente. La muchacha se incorporó titubeante hasta sentarse en el sofá. Se llevó una mano a la garganta, mientras recuperaba el aliento entre cortos jadeos. A pesar de su cabello despeinado y de la palidez de su rostro, Tarzán reconoció en ella a la joven a la que aquel mismo día sorprendió observándole en la cubierta.

—¿Qué significa esto? —se dirigió Tarzán a Rokoff, al que intuitivamente consideraba instigador de aquella vileza. El ruso permaneció en silencio, fruncido el ceño. El hombre-mono continuó —: Haga el favor de pulsar el timbre. Que venga un oficial del barco… Este asunto ha ido ya demasiado lejos.

—¡No, no! —exclamó la muchacha, al tiempo que se ponía en pie súbitamente—. Por favor, no lo haga. Estoy segura de que no existía verdadera intención de lastimarme. Saqué de sus casillas a esta persona, se enfadó y perdió el dominio de sus nervios. Eso es

todo. No quisiera que este incidente trascendiese, por favor, caballero.

En la voz de la joven se apreciaba tal nota de súplica que Tarzán no insistió, aunque su buen juicio le anunciaba que en aquel asunto había algo oculto de lo que se debía informar a las autoridades correspondientes para que investigaran.

—Así pues, ¿no desea que haga nada? —preguntó.

—Nada en absoluto, por favor —respondió la dama.

—¿Consiente, sin más, en que esta pareja de rufianes siga atormentándola?

La muchacha no supo qué responder; parecía aturdida y desolada. Tarzán percibió una maligna sonrisa de triunfo en los labios de Rokoff. Evidentemente, la joven tenía miedo a aquellos dos sinvergüenzas: no se atrevía a manifestar sus auténticos deseos delante de ellos.

—En tal caso —determinó Tarzán—, actuaré bajo mi propia responsabilidad. —Se encaró con Rokoff y dijo—: A usted, y en esta advertencia incluyo a su sicario, puedo asegurarle que no le quitaré ojo en todo lo que queda de travesía, y si por un casual me entero de que cualquiera de ustedes molesta a esta joven, aunque sea de la manera más remota, responderán de ello ante mí y les garantizo que las medidas que tome no representarán una experiencia agradable para ninguno de los dos.

Agarró por el cogote a Rokoff y a Paulvitch y los arrojó a través del hueco de la puerta. Añadió al impulso inicial sendos puntapiés en salva sea la parte de ambos sujetos.

—¡Largo de aquí! —conminó.

Salieron despedidos al pasillo y Tarzán regresó al interior del camarote, donde la muchacha le miraba con ojos desorbitados por el asombro.

—Y usted, señora, me hará un gran favor si me comunica cualquier nueva tentativa de avasallamiento a que se atreva a someterla uno u otro de esos dos miserables.

—¡Ah, *monsieur*! —expresó la joven—. Espero que no le sobrevenga ninguna desgracia como consecuencia de lo que ha hecho. Se ha ganado usted un enemigo perverso y lleno de recursos criminales, que no se detendrá ante nada para satisfacer su odio. En adelante, tendrá que andarse con mucho cuidado, *monsieur*…

—Perdón, señora, me llamo Tarzán.

—*Monsieur* Tarzán. No crea que porque no he querido informar a los oficiales del barco de lo que ha pasado aquí no le agradezco con toda la sinceridad del mundo lo valiente y caballerosamente que ha salido en mi defensa. Buenas noches, *monsieur* Tarzán. No olvidaré nunca la deuda que he contraído con usted.

La mujer puso en sus labios una sonrisa de lo más atractiva, mostrando una dentadura perfecta, y dedicó una leve reverencia a Tarzán, quien le deseó buenas noches y salió a cubierta.

Le desconcertaba considerablemente el que hubiese dos personas a bordo —la joven y el conde De Coude— que sufrieran villanías por parte del tal Rokoff y de su cómplice y que no se mostrasen dispuestas a permitir que se entregara a la justicia a los desalmados. Aquella noche, antes de retirarse a descansar, los pensamientos del hombre-mono volvieron a proyectarse muchas veces sobre la preciosa muchacha en cuya evidentemente enmarañada vida el destino le había hecho mezclarse de forma tan extraña. Se percató de que ni siquiera conocía el nombre de la joven. Que estaba casada daba cuenta el fino anillo de oro que lucía en el dedo anular de la mano izquierda. Se preguntó inconscientemente quién podría ser el afortunado.

Tarzán no volvió a ver a ninguno de los personajes de aquel pequeño drama, del que en realidad sólo había vislumbrado unas escenas más bien insignificantes, hasta el atardecer del último día de viaje. Entonces se encontró de cara con la dama, cuando ambos se acercaban a sus respectivas tumbonas de cubierta, procedentes de dirección contraria. La muchacha le saludó con una agradable sonrisa y aludió acto seguido al incidente en el camarote de la joven, del que Tarzán fue testigo dos noches antes. Era como si a la mujer le hubiese estado preocupando el temor de que Tarzán pudiese considerar sus relaciones con individuos de la ralea de Rokoff y Paulvitch como algo que personalmente repercutía de forma negativa en ella.

—Confío en que *monsieur* no me juzgue —aventuró la dama— por el desdichado suceso del martes por la noche. Lo he pasado muy mal por culpa de ello… Desde entonces, esta es la primera vez que me he aventurado a salir de mi camarote. —Concluyó sencillamente —. ¡Me he sentido tan avergonzada!

—Uno no juzga a la gacela por los leones que la atacan —repuso Tarzán—. Ya había visto anteriormente actuar a esos dos canallas… En el salón de fumadores, el día antes de que la agrediesen a usted, si la memoria no me falla. Y conocer sus métodos me permite tener el convencimiento de que su enemistad es suficiente garantía de la rectitud del ser sobre el que la vuelcan. Los tipos como ellos sólo se mantienen fieles a lo que es abyecto y odian siempre a lo más noble, a lo sublime.

—Muy amable al expresarlo así —volvió a sonreír la muchacha —. Ya me enteré de esa cuestión de la partida de cartas. Mi esposo me refirió toda la historia. Se hizo lenguas especialmente de la bravura y fortaleza fisica de *monsieur* Tarzán, con el que ha adquirido una inmensa deuda de gratitud…

—¿Su esposo? —articuló Tarzán en tono de interrogación.

—Sí, soy la condesa De Coude.

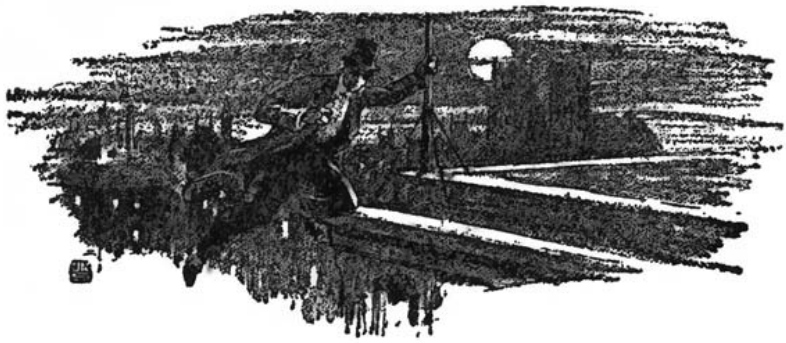
—Me considero suficientemente recompensado, *madame*, al saber que presté un servicio a la esposa del conde De Coude.

—Ah, *monsieur*, mi deuda con usted es tan enorme que ni siquiera soy capaz de albergar la esperanza de poder pagarla algún día, por lo que le ruego que no añada más obligaciones…

Le sonrió con tal dulzura que Tarzán pensó que, sólo por el placer de recibir la bendición de aquella sonrisa, un hombre podría intentar tareas y empresas infinitamente más importantes que las que había cumplido él.

No volvió a verla en el transcurso de aquel día y, con el ajetreo y nerviosismo del desembarco, tampoco la vio durante la mañana siguiente, pero cuando se despidieron en cubierta, el día anterior, Tarzán observó algo en la expresión de los ojos de la mujer que le dejó impresionado, algo que le obsesionaba. En aquella expresión flotó la melancolía, mientras comentaban la rapidez con que se traba amistad a bordo de un buque que cruza el océano y la idéntica facilidad con que esa amistad se quiebra y se pierde para siempre.

Tarzán se preguntaba si volvería a ver alguna vez a la condesa De Coude.



III

LO QUE OCURRIÓ EN LA *RUE* MAULE

A SU llegada a París, Tarzán se dirigió de inmediato al domicilio de su viejo amigo,
D'Arnot,
donde el teniente de la Armada le obsequió con una severa reprimenda por su decisión de renunciar al título y a las propiedades que le correspondían como hijo de John Clayton, el difunto *lord* Greystoke.

—Debes de estar loco, amigo mío —dijo
D'Arnot
—, al arrojar por la borda no sólo la fortuna y la posición social que te corresponden, sino también la oportunidad de demostrar al mundo, más allá de toda duda, que por tus venas circula la sangre aristocrática de dos de las familias más ilustres de Inglaterra… en lugar de la sangre de una mona salvaje. Resulta inconcebible que

hayan podido creerte… y más aún el que también te creyera la señorita Porter.

»Yo no lo creí en ningún momento, ni siquiera allí, en aquella región salvaje de la selva africana, cuando desgarrabas con los dientes la carne de las bestias que habías cazado y después te limpiabas las manos grasientas en los muslos. Ni siquiera entonces, antes de que surgiese el más leve indicio que pudiera demostrar lo contrario, tuve la menor duda de que te equivocabas al dar por hecho que Kala era tu madre.

»Y ahora, contando con el diario de tu padre, en el que relata la terrible existencia que tu madre y él llevaron en aquella salvaje costa africana, así como las circunstancias de tu nacimiento, y disponiendo de la prueba más concluyente de todas, la impresión de tus huellas digitales cuando eras niño, a mí me parece increíble que prefieras seguir siendo un vagabundo que carece de nombre y que está a dos velas.

—Con el nombre de Tarzán tengo bastante —respondió el hombre-mono— y en cuanto a lo de vagabundo que está a dos velas, no tengo la menor intención de seguir así. La verdad es que ahora me propongo rogarte, aun a riesgo de abusar de tu generosa amistad y con la esperanza de que esta sea mi última petición, que me busques un empleo.

—¡Venga, venga! —se lo tomó a broma
D’Arnot
—. Sabes perfectamente que no iban por ahí los tiros. ¿No te he dicho docenas de veces que tengo dinero suficiente para veinte hombres y que la mitad de lo que tengo es tuyo? Y aunque lo traspasara todo a tu nombre, mi señor Tarzán, eso no representaría ni una décima parte del valor que concedo a tu amistad. ¿Pagaría los favores y la protección que me prestaste en África? No se me olvida, amigo mío, que a no ser por ti y por tu fabuloso valor, yo habría muerto atado a aquella estaca de la aldea de caníbales de Mbonga. Como tampoco olvido que gracias a tu abnegado sacrificio logré recuperarme de las heridas mortales que me causaron los salvajes… Descubrí posteriormente parte de lo que significó para ti permanecer a mi lado en aquel centro de reunión de los monos, mientras tu corazón te acuciaba a dirigirte a la costa sin perder un segundo.

»Cuando por fin llegamos a la playa de la cabaña y descubrimos que la señorita Porter y toda la partida se habían marchado, empecé a comprender algo de lo que habías hecho por un completo desconocido. Y conste que no trato de compensarte con dinero, Tarzán. Lo que ocurre es que, en estos momentos, dinero es lo que necesitas, pero si fuese sacrificio lo que debiera ofrecerte, igualmente estaría dispuesto a facilitártelo… mi amistad siempre la tendrás a tu disposición, porque nuestros gustos e inclinaciones son similares y porque te admiro. De otra cosa quizás no pueda disponer, pero de dinero sí que dispongo y no voy a dejar de hacerlo…

—Bueno —rió Tarzán—, no vamos a pelearnos por dinero. He de vivir, de modo que necesitaré dinero, pero mucho más satisfecho me sentiré si tengo algo en qué entretenerme. La forma más convincente que tienes de demostrarme tu amistad es encontrar un empleo que pueda desempeñar… Si no, el ocio va a acabar conmigo en cuatro días. Por lo que se refiere a mis derechos de nacimiento, están en buenas manos. Nadie puede acusar a Clayton de que me ha despojado de ellos. Cree de verdad que es el auténtico *lord* Greystoke y, desde luego, existen muchas probabilidades de que desempeñe el papel de *lord* inglés infinitamente mejor que un hombre que ha nacido y se ha criado en la selva africana. Ya sabes que, incluso a estas alturas, apenas estoy a medio civilizar. En cuanto la cólera se apodera de mí empiezo a verlo todo rojo, se despiertan los instintos de la fiera salvaje dormidos dentro de mí, que a las primeras de cambio me dominan y se llevan por delante la delgada capa de cultura y refinamiento.

»Por otra parte, de haber sacado a relucir mi verdadera identidad, hubiera desposeído a la mujer que amo de las riquezas y la posición social que su matrimonio con Clayton le garantiza. ¿Podía hacer yo una cosa así? ¿Podía, Paul?

Continuó, sin aguardar la respuesta de su amigo:

—La cuestión de mi linaje no tiene gran importancia para mí. Tal como me he criado, no considero que un hombre o un animal tenga otro valor que el que le confieren su capacidad intelectual y las proezas que realice utilizando sus condiciones físicas. Y me siento tan feliz con la idea de que mi madre fue Kala como lo sería imaginándome que lo era la desdichada e infeliz jovencita inglesa

que murió un año después de que me alumbrase. Kala fue siempre buena conmigo, a su modo fiero y salvaje. Me amamantó en sus peludos pechos a partir de la muerte de mi madre. Me defendió frente a los bestiales habitantes de la foresta y los despiadados miembros de nuestra tribu, y luchó contra ellos con la ferocidad que imbuye un auténtico amor maternal.

»Y yo la quería, Paul. No me di cuenta de hasta qué punto la quería hasta que me la arrebató aquel maldito venablo y aquella flecha envenenada del guerrero negro de Mbonga. No era más que un chiquillo cuando ocurrió, y me arrojé encima del cadáver y lloré sobre él con toda la angustia que un niño puede sentir al ver a su madre muerta. A tus ojos, amigo mío, pudiera parecer una criatura fea y repulsiva, pero para mí era un ser hermoso… ¡Tan magníficamente transfigura las cosas el cariño! Y me siento lo que se dice satisfecho y orgulloso de ser durante toda mi vida el hijo de Kala, la mona.

—No voy a admirarte menos por tu lealtad —dijo D'Arnot—, pero llegará un día en que te alegrarás de reclamar lo que te pertenece. Acuérdate de lo que te digo. Y esperemos que entonces te resulte tan fácil como lo sería ahora. Has de tener en cuenta que en el mundo sólo hay dos personas en condiciones de dar fe de que el esqueleto pequeño encontrado en la cabaña, junto a los de tu padre y tu madre, pertenecía a un mono antropoide de corta edad y que tal cadáver no era el del hijo de *lord* y *lady* Greystoke. Es una prueba de suma importancia. Las dos personas a que me refiero son el profesor Porter y el señor Philander, ambos bastante ancianos y cuya existencia no se prolongará muchos años más. Por otra parte, ¿no se te ha pasado por la cabeza la idea de que, al conocer la verdad, la señorita Porter rompería su compromiso con Clayton? Entonces conseguirías fácilmente tu título, tus propiedades y la mujer de la que estás enamorado, Tarzán. ¿No se te había ocurrido eso?

Tarzán denegó con la cabeza.

—No la conoces —dijo—. Nada podría inducirla con más fuerza a cumplir su palabra que cualquier infortunio que le sobreviniese a Clayton. Procede de una antigua familia del sur de Estados Unidos, y los sureños se enorgullecen de su lealtad, la tienen a gala.

Tarzán dedicó los quince días siguientes a renovar los escasos conocimientos de París adquiridos anteriormente. Durante el día visitaba bibliotecas, galerías de arte y museos de pintura. Se había convertido en un lector voraz y el universo de posibilidades que desplegaba ante él aquel foco de cultura y sabiduría casi llegaba a abrumarle cuando consideraba la partícula infinitesimal que de aquel cúmulo inmenso de conocimientos humanos podía asimilar un hombre, tras una vida entregada al estudio y la investigación. Consagraba el día a aprender cuanto le era posible, pero las noches las dedicaba al solaz, el esparcimiento y la diversión. No había tardado mucho en comprobar que, en el terreno de las distracciones nocturnas, París no era menos fértil que en el de la cultura.

Pero si fumaba demasiados cigarrillos y bebía más ajenjo de la cuenta, ello era debido a que aceptaba la civilización tal como se le presentaba y a que hacía las mismas cosas que veía hacer a sus hermanos civilizados. Aquella era una existencia nueva y seductora y, por si fuera poco, Tarzán albergaba en el pecho una gran pesadumbre y un inmenso anhelo que sabía no iba a satisfacer jamás, motivo por el cual buscaba en el estudio y la crápula —los dos extremos— el olvido del pasado y la inhibición a la hora de considerar el futuro.

Estaba una noche sentado en una sala de fiestas, dedicado a sorber su ajenjo y a admirar el arte de cierta famosa bailarina rusa, cuando percibió la mirada de un par de perversos ojos negros que, al paso, se detuvieron fugazmente sobre él. El hombre dio media vuelta y se perdió entre la multitud, para desaparecer por la salida del establecimiento antes de que Tarzán pudiese echarle una buena ojeada. No obstante, el hombre-mono tuvo el convencimiento de que había visto con anterioridad tales ojos y que si aquella noche se habían clavado momentáneamente en él no fue por azar. Llevaba algún tiempo con la extraña sensación de que le espiaban, y el instinto animal, tan acusado en su interior, fue lo que le impulsó a volver la cabeza tan rápidamente y sorprender los ojos mientras le observaban.

Antes de abandonar el local, sin embargo, el asunto se le había olvidado. Tampoco reparó Tarzán en el individuo de tez morena que se apresuró a hundirse entre las sombras del portal situado frente a la entrada de la sala de fiestas, resplandeciente de luz.

Tarzán lo ignoraba, pero no era la primera vez que le seguían a la salida de los lugares de esparcimiento que visitaba, aunque rara vez lo hacían cuando iba acompañado. No obstante, aquella noche D'Arnot
tenía otro compromiso y Tarzán estaba solo.

Al tomar la acostumbrada dirección que le llevaba desde aquella zona de París hasta su domicilio, el hombre que le espiaba abandonó su escondite del otro lado de la calle y se adelantó a paso ligero.

Por la noche, en su camino de vuelta a casa, Tarzán solía pasar por la rue Maule. Era una calle sombría y silenciosa, que le recordaba su querida selva africana, cosa que era improbable que ocurriese con las bulliciosas y alegres vías urbanas que la rodeaban. Si estáis familiarizados con París, recordaréis lo lúgubre, angosta y poco recomendable que es la rue Maule. Si no lo conocéis, os bastará con preguntar a la policía para enteraros en seguida de que en todo París no hay calle que más convenga evitar una vez oscurecido.

Aquella noche, se había adentrado Tarzán unas dos manzanas por entre las espesas sombras de los escuálidos, viejos y destartalados inmuebles que se alzaban a ambos lados de la calle cuando llamaron su atención los gritos y chillidos que sonaban en un cuarto del tercer piso de una casa de la acera contraria. Era una voz femenina. Antes de que se hubiesen apagado los ecos de los primeros alaridos, ya estaba Tarzán subiendo velozmente la escalera de aquella casa y precipitándose a todo correr por los oscuros pasillos, en auxilio de la mujer en apuros.

En el extremo del pasillo de la tercera planta había una puerta entreabierta y a través de la rendija llegó a Tarzán de nuevo la misma angustiada petición de socorro que le había atraído desde la calle. Casi instantáneamente se encontró en el centro de una habitación a media luz. En la repisa de una alta y anticuada chimenea, la llama de una vieja lámpara de petróleo lanzaba una tenue claridad sobre una docena de repulsivas figuras. Salvo una de ellas, todas pertenecían a hombres. La única mujer allí presente se andaría por los treinta años y su rostro, en el que las bajas pasiones habían dejado profundas huellas, sin duda debió de ser bonito en una época ya algo lejana. Se había llevado una mano a la garganta

y permanecía encogida contra la pared del fondo del cuarto.

—¡Socorro, *monsieur*! —imploró en voz baja al irrumpir Tarzán en la estancia—. ¡Van a matarme!

Al enfrentarse Tarzán a los individuos, vio en sus patibularios rostros las expresiones taimadas y perversas de los criminales contumaces. Se preguntó por qué no hacían el menor intento de escapar. Cierta conmoción a su espalda le impulsó a volver la cabeza. Sus ojos vieron dos cosas, una de las cuales le proporcionó considerable sorpresa. Un hombre salía sigilosamente del cuarto y la fugaz ojeada que Tarzán pudo lanzarle le permitió observar que aquel sujeto era Rokoff.

Pero la otra cosa reclamó un interés más inmediato por su parte. Se trataba de un malencarado y brutal gigantón, que se le acercaba de puntillas por la espalda y que enarbolaba una estaca tremebunda. Pero en cuanto el facineroso y sus colegas se percataron de que Tarzán había descubierto al traicionero agresor, desencadenaron un asalto general, atacándole por todas partes. Algunos empuñaron cuchillos. Otros se armaron de sillas, mientras el fulano del garrote lo levantaba todo lo que le permitieron los brazos, en un volteo homicida que, de alcanzar su destino, hubiera machacado la cabeza de Tarzán.

Pero aquellos apaches parisienses se equivocaron al suponer que iban a domeñar fácilmente la rapidez de reflejos, la agilidad y los músculos que habían hecho frente a la imponente fortaleza física y la cruel habilidad luchadora de Terkoz y de Nuna, allá en las profundidades de la selva virgen.

De entrada, Tarzán optó por dar prioridad al más formidable de los antagonistas, el gigantón de la estaca. Se lanzó sobre él, esquivó el garrotazo descendente y alcanzó al individuo en pleno mentón, con un terrorífico directo que lo detuvo en seco, lo despidió hacia atrás y lo envió a morder el polvo del piso.

Luego se volvió para plantar cara a los demás. Aquello era lo suyo. Empezó a disfrutar del placer de la lucha, del olor de la sangre. Como una frágil concha que saltase hecha pedazos al agitarla con cierta brusquedad, la tenue capa de civilización que le recubría se desprendió rápidamente y diez robustos y canallescos hampones se vieron de pronto acorralados en una pequeña habitación por una bestia salvaje y frenética contra cuyos músculos

de acero resultaban casi totalmente ineficaces las enclenques fuerzas de aquellos malhechores.

Al final del pasillo, Rokoff aguardaba el resultado de la escaramuza. Antes de marchar, quería asegurarse de que la muerte de Tarzán era un hecho consumado, pero entre sus planes no figuraba la circunstancia de encontrarse dentro del cuarto mientras se cometía el asesinato.

La mujer aún continuaba en el mismo sitio donde la encontró Tarzán al entrar allí, pero su rostro había experimentado diversos cambios de expresión en el curso de los escasos minutos transcurridos desde entonces. Del aparente miedo inicial pasó a una mueca de astucia, cuando el hombre-mono dio media vuelta para afrontar el ataque por la espalda; pero Tarzán no había visto tal cambio.

La mujer puso luego cara de sorpresa, que fue sustituida a continuación por una expresión de horror. ¿Y quién podía extrañarse de ello? Porque el impecable caballero al que los gritos de la mujer habían atraído allí para que encontrase la muerte en aquella habitación se había transformado repentinamente en un demonio vengativo. En lugar de músculos fláccidos y débil resistencia, la desdichada tenía ante sus ojos un auténtico Hércules en pleno ataque de locura aniquiladora.

—*Mon Dieu!* —exclamó la mujer—. ¡Es una fiera salvaje!

Porque la poderosa y blanca dentadura del hombre-mono se había clavado en la garganta de uno de los atacantes y Tarzán luchaba como había aprendido a hacerlo entre los colosales simios machos de la tribu de Kerchak.

Estaba en una docena de puntos al mismo tiempo, saltaba de un lado a otro en aquella reducida estancia, con brincos sinuosos que recordaron a la mujer los de una pantera que había visto en el parque zoológico. Tan pronto fracturaba el hueso de una muñeca bajo la presa de su mano de hierro como descoyuntaba una clavícula al agarrar, aquella bestia desencadenada, el brazo de su víctima, echarlo hacia atrás y luego impulsarlo hacia arriba.

Sin dejar de emitir aullidos de dolor, los delincuentes salieron huyendo al pasillo con toda la rapidez que les era posible, pero incluso antes de que el primero de ellos apareciese en el umbral de la puerta del cuarto, tambaleándose, sangrando y con algunos

huesos rotos, Rokoff ya había visto lo suficiente como para tener el convencimiento de que no iba a ser Tarzán el hombre que muriese en la casa aquella noche. De modo que el ruso se apresuró a refugiarse en un tugurio próximo, desde donde telefoneó a la policía para informar de que un individuo estaba asesinando a alguien en el tercer piso de la casa número veintisiete de la rue Maule.

Cuando las autoridades se personaron en el lugar del suceso, encontraron a tres hombres que gemían en el suelo, a una mujer aterrada que yacía encima de un sucio camastro, con el rostro hundido entre los brazos, y a un joven bien vestido y que parecía un caballero que, de pie en el centro del cuarto, aguardaba los refuerzos que creía le anunciaban los pasos de los agentes que subían presurosos por la escalera… Los policías, sin embargo, se equivocaron al juzgarle por el aspecto elegante de sus ropas, porque lo que tenían frente a ellos era una bestia salvaje cuyas aceradas pupilas grises los contemplaban a través de los párpados entornados. Con el olor de la sangre, el último residuo de civilización había abandonado a Tarzán, que ahora se sentía acorralado, como un león al que rodeasen los cazadores, a la expectativa para afrontar el siguiente ataque, agazapado y presto a saltar sobre el primero que se decidiera a lanzarlo.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —quiso saber uno de los policías.

Tarzán lo explicó concisamente, pero cuando se volvió hacia la mujer para que confirmase su versión de los hechos se quedó de piedra al oír las palabras de aquella supuesta víctima de agresión.

—¡Este hombre miente! —chilló la mujer, en tono penetrante, dirigiéndose al policía—. Entró en mi cuarto cuando me encontraba sola y, desde luego, con no muy buenas intenciones. En vista de que le rechazaba se puso violento y me habría matado a no ser porque mis gritos atrajeron a esos señores, que pasaban por delante de la casa en aquel momento. Es Satanás en persona, *messieurs*; él sólo casi se ha cargado a diez hombres, nada más que con los dientes y las manos.

La ingratitud de la mujer dejó a Tarzán tan atónito que durante unos segundos pareció incapaz de reaccionar. Los policías daban la impresión de sentirse un tanto escépticos, ya que anteriormente habían tenido otros contactos con aquella dama y con su encantadora pandilla de compadres. Sin embargo, eran policías y no

jueces, así que decidieron arrestar a todos los presentes en la habitación y dejar que fuese otro, la autoridad correspondiente, quien separase a los inocentes de los culpables.

En seguida comprobaron, no obstante, que una cosa era decirle a aquel joven elegantemente vestido que estaba detenido y otra muy distinta detenerle de verdad.

—No he cometido ningún delito —manifestó Tarzán sosegadamente—. No he hecho más que actuar en defensa propia. Ignoro por qué la mujer ha dicho lo que ha dicho. No puede tener nada en contra de mi persona, porque no la había visto en la vida hasta el momento en que entré en esta habitación en respuesta a sus gritos pidiendo auxilio.

—Vamos, vamos —dijo uno de los agentes—, los jueces se encargarán de escuchar todo eso.

El policía se adelantó para poner la mano en el hombro de Tarzán.

Un segundo después se encontraba encogido sobre sí mismo, hecho unos zorros en un rincón de la estancia. Los compañeros suyos que se abalanzaron sobre el hombre-mono saborearon la misma medicina que poco antes habían probado los apaches. Tarzán les dio el repaso con tal contundencia y rapidez que ni siquiera tuvieron oportunidad de empuñar sus revólveres antes de verse fuera de combate.

Durante la breve escaramuza, Tarzán observó que al otro lado de una abierta ventana, muy cerca de ella, había un tronco de árbol o un poste de telégrafo… no tuvo tiempo de precisarlo. Cuando se desplomó el último policía, uno de sus colegas logró sacar el revólver de la funda y, desde el suelo, disparó contra Tarzán. Falló el tiro y, antes de que el agente pudiera apretar el gatillo por segunda vez, Tarzán había derribado de un manotazo la lámpara de petróleo y sumido la habitación en la oscuridad.

Inmediatamente, los policías vieron que una figura ágil y flexible se encaramaba al alféizar de la ventana, desde donde dio un salto felino, como una pantera, y se aferró al poste situado junto al bordillo de la acera. Una vez los agentes se repusieron del ataque y de la sorpresa y llegaron a la calle, el huido prisionero no aparecía por ninguna parte.

Cuando se los llevaron a comisaría, los agentes no trataron

precisamente con exquisita diplomacia a los participantes en la refriega que no habían podido poner pies en polvorosa. La patrulla de policía se encontraba en un estado de dolorido resentimiento, con la moral por los suelos ante la humillación sufrida. Les repateaba los hígados la idea de tener que informar a sus superiores de que, en aquella operación, un hombre solo y sin armas les había propinado una buena tunda y, tras dejarlos tirados, se les escapó, largándose tranquilamente, como si ellos no estuvieran allí.

El agente que permanecía de vigilancia en la calle juraba que, desde que los policías entraron hasta que salieron, nadie había salido por la ventana, nadie había saltado al poste, nadie había descendido por él y, por ende, nadie se había alejado del edificio. Sus compañeros se imaginaron que mentía, pero tampoco les era posible demostrarlo.

Lo cierto es que cuando Tarzán se encontró aferrado al poste, fuera de la ventana, su instinto selvático le aconsejó otear el terreno antes de deslizarse desde lo alto, no fuera caso que le aguardase abajo algún enemigo. Al hacerlo así obró muy cuerdamente, ya que justo al pie del poste montaba guardia un policía. Tarzán no vio a nadie por las alturas, de modo que, en vez de descender, optó por trepar.

El extremo del palo de telégrafos quedaba a la altura del tejado del inmueble y franquear instantáneamente el espacio que separaba uno de otro fue coser y cantar para unos músculos que se habían pasado tantos años saltando de rama en rama, de árbol en árbol por la floresta de la selva virgen. Luego fue pasando de un edificio a otro, subiendo y bajando por los tejados, hasta que frente al alero de uno descubrió otro poste, al que saltó y por el que se deslizó al firme de una calle.

Se alejó a la carrera y, cosa de un par de manzanas más allá, entró en un cafetín de los que estaban abiertos toda la noche, en cuyos servicios se quitó de encima todas las huellas de su paseo por los tejados, lavándose a conciencia las manos y eliminando con idéntico esmero las manchas de la ropa. Momentos después salía del local con toda la calma del mundo, para dirigirse sin prisas a su domicilio.

Para llegar al piso que habitaba, Tarzán tenía que cruzar un amplio y bien iluminado bulevar, situado no lejos de la casa.

Aguardaba en la acera, bajo la brillantez luminosa de una farola, a que pasara una limusina, cuando oyó una suave voz femenina que pronunciaba su nombre. Al levantar la cabeza, su vista tropezó con los ojos sonrientes de Olga de Coude, que se asomaba por la ventanilla del asiento posterior del automóvil. Tarzán correspondió con una reverencia al afectuoso saludo de la condesa. Cuando enderezó el cuerpo, el vehículo que transportaba a la mujer ya había desaparecido.

—¡Ver a Rokoff y a la condesa De Coude la misma noche! —monologó Tarzán—. ¡París no es tan grande, después de todo!

IV

LA CONDESA SE EXPLICA

TU PARÍS es más peligroso que mi jungla, Paul —llegó Tarzán a la conclusión, tras referir a la mañana siguiente a su amigo el enfrentamiento que había tenido en la rue Maule con los apaches y los policías—. ¿Por qué me atraerían allí con aquel señuelo? ¿Tendrían hambre?

D'Arnot simuló un escalofrío de horror, pero soltó la carcajada al oír la estrambótica sugerencia.

—Es difícil remontarse por encima de los niveles propios de la selva y razonar a la luz de las normas y costumbres civilizadas, ¿verdad, amigo mío? —dijo en tono burlón.

—¡Normas y costumbres civilizadas! —La ironía matizó su exclamación—. En las normas de la selva no figuran semejantes atrocidades. Se mata para conseguir alimento o para defenderse… O para conquistar una compañera y para defender a los hijos. Como

ves, siempre conforme a los dictados de una ley natural que lo rige todo. Pero aquí, ¡ufff!, tu hombre civilizado es mucho más bestial que las fieras salvajes. Mata sin más ni más, para entretenerse y, lo que es peor, se vale arteramente de un sentimiento noble, como la solidaridad humana, y lo utiliza como cebo para atraer a la incauta víctima hacia la muerte. Atender la llamada de un semejante que pedía auxilio fue lo que me impulsó a llegarme a toda prisa a la habitación donde me esperaban los asesinos.

»No comprendí, no pude comprender, hasta bastante después de que hubiera pasado todo, que una mujer fuese capaz de caer tan bajo, hundirse hasta tal punto en la depravación moral como para atraer a la muerte a una persona que acudía a salvarla de un peligro. Pero no cabe duda de que así fue, la presencia de Rokoff en aquel lugar y la versión de los hechos que la mujer dio a los policías imposibilitan otra interpretación de los hechos. Rokoff debía saber que yo pasaba frecuentemente por la rue Maule. Esperaba la ocasión de cazarme, todo su plan se desarrolló hasta el último detalle de acuerdo con sus previsiones, incluso tenía preparada la historia de la mujer por si acaso algo se torcía y pasaba lo que pasó. Ahora lo veo todo meridianamente claro.

—Bueno —dijo
D’Arnot
—. Al menos este asunto te ha enseñado, entre otras cosas, algo que me ha sido imposible meterte en la cabeza: la realidad de que la rue Maule es un lugar estupendo para eludirlo una vez ha caído la noche.

—Pues, por el contrario —sonrió Tarzán—, me ha convencido de que es la única calle en todo París por la que merece la pena pasar. No volveré a desaprovechar nunca más la ocasión de atravesarla, ya que me ha proporcionado la primera auténtica oportunidad de divertirme a modo, como no me había divertido desde que abandoné África.

—Es posible que tengas más diversión de ese tipo incluso sin necesidad de hacer otra visita a esa calle —dijo
D’Arnot
—. Ten presente que no has acabado aún con la policía. Conozco lo suficiente a los policías de París como para asegurarte que no van a olvidar así como así lo que les hiciste. Tarde o temprano darán

contigo, mi querido Tarzán, y en cuanto te echen el guante pondrán entre rejas al salvaje hombre de los bosques. ¿Crees que te gustará eso?

—Nunca encerrarán a Tarzán de los Monos entre rejas —replicó el hombre-mono, hosca la voz.

En su tono había algo que impulsó a su amigo a alzar vivamente la cabeza para mirarle. En las apretadas mandíbulas y en los gélidos ojos grises percibió el joven francés algo que despertó en su ánimo serios temores por aquel niño grande que no podía reconocer ninguna ley más poderosa que la de las proezas que uno pudiera realizar mediante su propia fortaleza física. Comprendió que había que hacer algo para arreglar las cosas entre Tarzán y la policía antes de que se produjese otro enfrentamiento.

—Tienes mucho que aprender, Tarzán —dijo en tono grave—. Tanto si te hacen gracia como si no, debes respetar las leyes de los hombres. Si tú y tus amigos os empeñáis en desafiar a la policía no conseguiréis más que disgustos. Puedo explicar el asunto en tu nombre, estoy dispuesto a hacerlo hoy mismo, pero en adelante has de cumplir la ley. Si sus representantes te dicen «Ven», tendrás que ir; y si te dicen «Vete», habrás de marcharte. En fin, ahora mismo iremos a ver a mi gran amigo, le visitaremos en el departamento y solucionaremos el asunto de la rue Maule. ¡Vamos!

Media hora después entraban juntos en el despacho del funcionario de policía. Se mostró muy cordial. Se acordaba de Tarzán y de la visita que ambos hombres le habían hecho varios meses antes, con la cuestión de las huellas dactilares.

Al concluir
D’Arnot
el relato de los sucesos ocurridos la noche anterior, por los labios del policía revoloteó una sonrisa más bien torva. Pulsó un timbre que tenía a mano y mientras esperaba la llegada del subalterno procedió a examinar los papeles que tenía encima de la mesa hasta localizar el que buscaba.

—Por favor, Joubon —dijo cuando el funcionario entró—. Avisa a estos agentes… diles que se presenten en mi despacho de inmediato.

Tendió al subalterno el documento que había encontrado. Luego miró a Tarzán.

—Ha cometido usted una falta muy grave, *monsieur* —manifestó, sin excesiva severidad—, y a no ser por las explicaciones y disculpas que acaba de expresarme su buen amigo
D'Arnot,
me sentiría inclinado a juzgarle con dureza. En cambio, lo que voy a hacer es algo sin precedentes. He convocado aquí a los policías a quienes maltrató usted anoche. Escucharán la historia del teniente
D'Arnot
y luego dejaré que sean ellos mismos quienes decidan si hemos de procesarle a usted o no. Tiene mucho que aprender acerca de las reglas en que se desenvuelve la civilización. Cosas que acaso le parezcan extrañas o innecesarias, pero que no tendrá más remedio que aceptar hasta que esté en condiciones de hacerse cargo de los motivos que las justifican. Los agentes a los que atacó estaban cumpliendo con su deber. En el suceso no podían actuar a su capricho. Arriesgan a diario su vida para proteger la vida y la propiedad de los demás. Harían lo mismo por usted. Son hombres valerosos y les ha mortificado profundamente el que un hombre solo y sin armas los superara y los derrotara en toda la línea.

»Procure facilitarles las cosas para que olviden lo que les hizo. A menos que me equivoque de medio a medio, creo que usted también es hombre valeroso, y los hombres valerosos son proverbialmente magnánimos.

La llegada de los cuatro policías interrumpió la conversación. Cuando los ojos de los agentes cayeron sobre la persona de Tarzán, la sorpresa invadió sus rostros.

—Muchachos —dijo su superior—, aquí tenéis al caballero con el que os las tuvisteis tiesas anoche en la rue Maule. Ha venido a entregarse voluntariamente. Me gustaría que escuchaseis con toda vuestra atención al teniente
D'Arnot,
que os contará las circunstancias de la vida de este caballero. Puede explicaros la actitud que *monsieur* adoptó anoche con vosotros. Adelante, mi querido teniente.

D'Arnot dedicó a los agentes media hora de disertación. Les contó parte de la existencia de Tarzán en la selva virgen. Les explicó la salvaje formación del hombre-mono, que tuvo que aprender desde la más tierna infancia a combatir con las fieras de la jungla

para poder sobrevivir. Les dejó palmariamente claro que, al atacarlos, Tarzán lo hizo guiado más por el instinto que por la razón. No había comprendido las intenciones de los agentes. Para él apenas existían diferencias entre cada una de las diversas formas de vida con las que estaba acostumbrado a alternar en la selva donde había nacido, donde se había criado y donde prácticamente todos los seres eran sus enemigos.

—Me hago cargo de la herida que sufren ustedes en su orgullo —concluyó
D'Arnot
—. Sin duda, lo que más les duele es que este hombre les pusiera en evidencia. Pero no deben sentirse avergonzados. No tendrían que justificarse por su derrota de haberse visto encerrados en aquel cuartucho con un león africano o con el gran gorila de la selva.

»Y, no obstante, combatían con un hombre cuya musculatura se ha enfrentado muchas veces a esas impresionantes fieras, terror del continente negro… y siempre salió victorioso en su lucha con ellas. No es ningún desprestigio caer vencido por la fortaleza de un superhombre como Tarzán de los Monos.

Entonces, cuando los hombres, tras mirar a Tarzán, proyectaron la vista sobre el superior jerárquico, el hombre-mono realizó el gesto justo y preciso para eliminar cualquier vestigio de animosidad que hacia él pudieran sentir los agentes. Se dirigió a ellos con la mano tendida.

—Lamento el error que cometí —dijo sencillamente—. Seamos amigos.

Y ese fue el fin de toda la cuestión, con la salvedad de que Tarzán se convirtió en tema y protagonista de numerosas conversaciones en los cuartelillos de policía e incrementó su relación de amigos en por lo menos cuatro hombres valientes.

Al regresar al piso de
D'Arnot,
el teniente encontró esperándole una carta de un amigo inglés, William Cecil Clayton, *lord* Greystoke. Ambos mantenían correspondencia desde que entablaron amistad durante aquella infortunada expedición en busca de Jane Porter, a raíz del secuestro de la joven por parte del feroz simio macho Terkoz.

—Tienen intención de casarse en Londres dentro de dos meses

—informó
D’Arnot,
una vez concluida la lectura de la carta.

A Tarzán no le hizo falta que le aclarase quiénes eran los futuros contrayentes. No pronunció palabra y se pasó el resto del día silencioso y meditabundo.

Aquella noche fueron a la ópera. El cerebro de Tarzán seguía entregado a melancólicos pensamientos. Prestaba poca atención, si es que prestaba alguna, a lo que ocurría en el escenario. Su mente, en cambio, se regodeaba contemplando imaginariamente la encantadora visión de una bonita muchacha estadounidense. Y no oía más que una voz dulce y triste que le informaba de que su amor iba a regresar. ¡Y de que iba a casarse con otro!

Se revolvió para apartar de sí tales enojosas ideas y en aquel preciso instante sintió que unos ojos se clavaban en él. Con el instinto que el adiestramiento en la selva había desarrollado en él, las pupilas de Tarzán localizaron sin dilación a las que le observaban: unos ojos brillantes en el sonriente rostro de Olga, condesa De Coude. Al devolver Tarzán el saludo de la dama tuvo la certeza absoluta de que en la mirada de Olga, condesa De Coude, había una invitación, por no decir una súplica.

El siguiente entreacto le encontró junto a ella, en el palco de la condesa.

—No sabe cómo deseaba verle —manifestaba la mujer—. Me inquietaba no poco pensar que después de los favores que nos hizo, a mí y a mi esposo, no se le brindara la oportuna explicación acerca de lo que indudablemente parecía ingratitud por nuestra parte, al no dar los pasos necesarios para impedir que se repitieran los ataques de aquellos dos hombres.

—Se equivoca respecto a mí —repuso Tarzán—. Mi opinión sobre usted siempre ha sido inmejorable. En absoluto debe pensar que se me deba explicación alguna. ¿Han seguido molestándoles esos individuos?

—Nunca dejan de hacerlo —respondió la condesa, cariacontecida—. Creo que debo sincerarme con alguien y no conozco ninguna otra persona que tenga más derecho que usted a recibir mis explicaciones. Ha de permitirme que se lo cuente todo. Es posible que le resulte muy útil, ya que conozco lo suficiente a

Nicolás Rokoff como para tener el convencimiento de que volverá a verlo. Ese hombre encontrará algún medio para vengarse de usted. Lo que me propongo decirle puede que le sirva de ayuda a la hora de contrarrestar cualquier maquinación vengativa que Rokoff pueda tramar contra usted. Aquí no me es posible ponerle en antecedentes de todo, pero mañana a las cinco de la tarde me encontrará en casa, *monsieur* Tarzán.

—Aguardar hasta las cinco de la tarde de mañana representará una eternidad para mí —galanteó Tarzán al desear buenas noches a la condesa.

Desde un rincón de la sala del teatro, Rokoff y Paulvitch sonrieron al ver a Tarzán en el palco de la condesa De Coude.

A las cuatro y media de la tarde del día siguiente, un individuo moreno y barbado pulsaba el timbre de la puerta de servicio del palacio del conde De Coude. El criado que abrió la puerta enarcó las cejas en señal de reconocimiento cuando vio al hombre que estaba fuera. Conversaron un momento en voz baja.

Al principio, el criado no pareció dispuesto a acceder a algo que le proponía el sujeto de poblada barba, pero al cabo de unos instantes algo pasó de la mano del recién llegado a la del sirviente. Éste franqueó el paso al barbudo y le condujo, dando un rodeo, a un cuartito protegido de miradas indiscretas por unos cortinajes y contiguo a la sala donde solía servírsele el té a la condesa.

Media hora después acompañaban a Tarzán a dicha sala, en la que no tardó en presentarse la anfitriona, con una sonrisa en los labios y un saludo en la extendida diestra.

—¡Celebro tanto que haya venido! —aseguró la dama.

—Nada hubiera podido impedirlo —respondió Tarzán.

Durante unos momentos charlaron acerca de la ópera, de los temas que centraban el interés de París y del placer que representaba reavivar una amistad que había nacido en tan singulares circunstancias, lo que les llevó al asunto que ocupaba el lugar prioritario en el cerebro de ambos.

—Se habrá preguntado —aventuró la condesa por último— qué objetivo podría tener el acoso a que nos somete Rokoff. Es muy sencillo. A mi esposo, el conde, se le confían muchos secretos vitales del Ministerio de la Guerra. A menudo obran en su poder documentos por cuya posesión determinadas potencias extranjeras

pagarían verdaderas fortunas… Secretos de Estado para enterarse de los cuales sus agentes asesinarían o perpetrarían delitos aún peores.

»El conde tiene actualmente en su poder algo que proporcionaría fama y riqueza a cualquier súbdito ruso que pudiera transmitírselo a su gobierno. Rokoff y Paulvitch son espías rusos. No se detendrán ante nada para apoderarse de esa información. El incidente del transatlántico —me refiero al asunto de la partida de cartas— tenía la finalidad de someter a mi esposo a un chantaje para arrancarle los datos que pretenden.

»Si hubiesen podido demostrar que hacía trampas en el juego, habrían arruinado la carrera del conde De Coude. No hubiese tenido más remedio que abandonar el Ministerio de la Guerra. Le habrían condenado al ostracismo social. El objetivo de esa pareja era mantener suspendida tal espada de Damocles sobre la cabeza de mi esposo. Esa amenaza se eliminaba mediante la declaración, por parte de ellos, de que el conde no era más que la víctima de una conjura urdida por ciertos enemigos que deseaban cubrir de oprobio su nombre. A cambio de dicha declaración recibirían los documentos que buscan.

»Al desbaratar usted sus planes, idearon la sucia jugarreta de poner en tela de juicio mi honestidad, el precio sería mi reputación, en vez de la del conde. Así me lo explicó Paulvitch cuando entró en mi camarote. Si yo obtenía y les proporcionaba la información, él me daba su palabra de que no seguirían adelante; en el caso de que yo no accediera, Rokoff, que estaba en cubierta, notificaría al contador del buque que, tras la puerta cerrada de mi camarote, yo estaba entreteniendo a un hombre que no era mi esposo. Se lo diría a todas las personas con las que se tropezase a bordo y, cuando desembarcásemos, contaría la historia completa a los periodistas.

»¿No es espantoso? Sin embargo, yo estaba enterada de cierto secreto de *monsieur* Paulvitch que lo habría enviado al patíbulo en Rusia de llegar a conocimiento de la policía de San Petersburgo. Le desafié a que pusiera en práctica su plan y luego me incliné sobre él y le susurré un nombre al oído. Y así, sin más —la mujer chasqueó los dedos—, me echó las manos a la garganta, como un loco y, de no intervenir usted para impedírselo, me habría asesinado.

—¡Qué bestias! —murmuró Tarzán.

—Son peores que las fieras salvajes, amigo mío —dijo Olga de Coude—. Auténticos espíritus infernales. Temo por usted, que se ha ganado su odio. Quisiera que no bajase nunca la guardia. Prométame que se mantendrá en constante alerta; si le ocurriera algo por haberse portado conmigo tan amable y valerosamente, no me lo perdonaría jamás.

—A mí no me asustan lo más mínimo —dijo Tarzán—. He sobrevivido a los ataques de enemigos más peligrosos que Rokoff y Paulvitch.

Se había percatado de que la dama no sabía absolutamente nada de lo sucedido en la rue Maule, de modo que no lo mencionó, para evitarle posibles preocupaciones.

—Por su propia seguridad —quiso saber Tarzán—, ¿no sería mejor que denunciasen a esos canallas a las autoridades? Desde luego, los pondrían a buen recaudo en seguida.

La dama titubeó un momento antes de responder.

—Hay dos razones que nos impiden hacerlo —dijo finalmente—. Una de ellas retiene al conde. La otra, el verdadero motivo por el que no me atrevo yo a delatarlos, no se la he dicho nunca a nadie… Sólo lo conocemos Rokoff y yo. Me gustaría saber…

Se interrumpió y durante una larga pausa contempló fijamente a Tarzán.

—¿Qué es lo que le gustaría saber? —sonrió el hombre-mono.

—Me estaba preguntando por qué siento el impulso de contarle a usted cosas que no me he atrevido a confesar ni siquiera a mi esposo. Creo que se debe a que usted las entenderá y podrá aconsejarme correctamente lo que he de hacer. Tengo la impresión de que no me juzgará con excesiva severidad.

—Me temo que como juez dejo mucho que desear, *madame* —repuso Tarzán—, porque en el caso de que fuese usted culpable de asesinato, dictaminaría que su víctima debería agradecerle haber encontrado un destino tan dulce.

—¡Ah, vamos, no! —protestó la dama—. No es tan terrible como todo eso. Permítame explicarle antes el motivo por el que el conde no emprende ninguna acción judicial contra esos hombres. Después, si consigo hacer acopio del valor suficiente, le contaré la verdadera razón por la que no me atrevo a presentar mi denuncia. Lo primero es que Nicolás Rokoff es hermano mío. Somos rusos. Que yo

recuerde, Nicolás siempre ha sido una mala persona. Lo expulsaron del ejército ruso, en el que tenía la graduación de capitán. El escándalo duró cierto tiempo, pero poco a poco se fue olvidando y mi padre consiguió un empleo para él en el servicio secreto.

»A Nicolás se le han atribuido crímenes terribles, pero siempre se las arregló para eludir el castigo. Últimamente salió bien librado de dos o tres asuntos turbios a base de falsificar pruebas que acusaban a sus víctimas de traición al zar, y la policía rusa, que siempre está dispuesta a aprovechar toda evidencia susceptible de incriminar a cualquiera de un delito de esa naturaleza, aceptaba la versión de Rokoff y le eximía de culpa.

—Y todos esos intentos criminales que ha puesto en práctica contra usted y su esposo, ¿no le han desposeído de los derechos que los lazos de parentesco pudieran otorgarle? —preguntó Tarzán—. El hecho de ser usted su hermana no le ha detenido a la hora de arrastrar por el fango su virtud de usted. No le debe lealtad ninguna, *madame*.

—¡Ah, pero hay otra razón! Aunque no le deba la menor lealtad porque sea mi hermano, tampoco puedo desembarazarme sin más ni más del temor que me inspira, por culpa de cierto episodio de mi vida del que él está enterado.

»También puedo contárselo todo —prosiguió tras una pausa—, porque algo en el fondo de mi corazón me dice que, tarde o temprano, acabaré por confesárselo. Me eduqué en un convento y allí conocí a un hombre que supuse era un caballero. Por aquel entonces no sabía prácticamente nada de los hombres y todavía menos del amor. Tenía la cabeza a pájaros y se me metió en ella la idea de que estaba enamorada de aquel hombre. Y cuando me apremió para que me escapara con él no tuve reparo en hacerlo. Íbamos a casarnos.

»Estuve con él tres horas justas. Siempre de día y en lugares públicos, en estaciones de ferrocarril y en un tren. Cuando llegamos a nuestro punto de destino, donde pensábamos contraer matrimonio, dos funcionarios de la policía se acercaron a mi acompañante en cuanto nos apeamos y le detuvieron. También se me llevaron a mí, pero cuando les conté mi historia, en vez de arrestarme me enviaron de vuelta al convento, custodiada por una matrona. Al parecer, mi galán no era un caballero, sino un desertor

del ejército y un fugitivo de la justicia civil. Tenía antecedentes delictivos en casi todos los países de Europa.

»Los rectores del convento echaron tierra sobre el asunto. Ni siquiera se enteraron mis padres. Pero Nicolás se tropezó con mi pretendiente poco después y se enteró de todo el episodio a través de él. Ahora me amenaza con contárselo al conde si no accedo a sus deseos.

Tarzán se echó a reír.

—Sigue siendo una niña. Lo que acaba de contarme de ninguna manera puede afectar negativamente su reputación y si no fuese usted una candorosa chiquilla se daría cuenta de ello. Preséntese esta noche ante su marido y cuéntele toda la historia exactamente igual a como me la ha contado a mí. O mucho me equivoco o el conde se reirá de sus temores y adoptará de inmediato las medidas pertinentes para que hospeden a su hermano de usted en la cárcel, tal como le corresponde.

—Quisiera tener el valor necesario para atreverme a ello —dijo la mujer—, pero estoy asustada. La vida me ha enseñado a temer a los hombres. Desde muy pequeña. Primero mi padre, después Nicolás, a continuación los frailes del convento. Casi todas mis amigas tienen miedo de sus esposos… ¿por qué no voy yo a tenerlo del mío?

—No me parece justo que las mujeres deban tener miedo de los hombres —opinó Tarzán, con expresión de perplejidad en el semblante—. Conozco mejor a los seres que pueblan la selva y, dejando aparte a los negros, en la mayoría de las especies animales suele ocurrir más bien lo contrario. No, me resulta imposible comprender por qué las mujeres civilizadas tienen que temer a los hombres, creados precisamente para protegerlas. A mí me molestaría mucho pensar que una mujer me tiene miedo.

—No creo que ninguna mujer llegase a temerle, amigo mío — articuló Olga de Coude en voz baja y suave—. Le conozco desde hace muy poco y, aunque parezca una tontería decirlo, es usted el único hombre, entre todos los que he tratado a lo largo de mi vida, del que nunca podría tener miedo… Lo cual no deja de resultar extraño, dado que es usted muy fuerte. Me maravilló la facilidad y desenvoltura con que dominó a Nicolás y Paulvitch aquella noche en mi camarote. ¡Fue fantástico!

Al despedirse, poco después, Tarzán se preguntó un tanto sorprendido a qué se debía el que la mujer demorase el apretón de manos, del mismo modo que le extrañó la firme insistencia que empleó la condesa para inducirle a prometer que la visitaría de nuevo al día siguiente.

El recuerdo de sus ojos entrevelados y de la perfección de los labios mientras le sonreía cuando le dijo adiós, permaneció en la memoria de Tarzán durante el resto de la jornada. Olga de Coude era una mujer preciosa y Tarzán de los Monos un hombre muy solitario, con un corazón necesitado del tratamiento clínico que sólo una mujer podía administrarle.

Cuando la condesa regresó a la sala, tras la marcha de Tarzán, se dio de manos a boca con Nicolás Rokoff.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó la dama, a la vez que se encogía instintivamente.

—Desde antes de que llegara tu amante —Rokoff acompañó su respuesta con una desagradable y maliciosa mirada.

—¡Basta! —ordenó Olga de Coude—. ¿Cómo te atreves a decirme una cosa así? ¡A mí… a tu hermana!

—Bueno, mi querida Olga, si no es tu amante, te pido mil perdones. Aunque, si no lo es, no serás tú quien tenga la culpa. Si ese hombre tuviese una décima parte de los conocimientos que tengo yo de las mujeres, a estas horas estarías rendida en sus brazos. Es un estúpido majadero, Olga. Cada palabra, cada gesto, cada movimiento tuyo era una invitación, y no ha tenido un mínimo de sentido común para darse cuenta.

La mujer se tapó los oídos con las manos.

—No voy a escucharte. Eres un mal bicho al decirme tales cosas. Puedes amenazarme con lo que te plazca, pero sabes perfectamente que soy una mujer buena. A partir de esta noche no podrás continuar amargándome la vida, porque voy a contárselo todo a Raúl. Me comprenderá y, entonces, ¡ándate con cuidado, Nicolás!

—No le contarás nada —le contradijo Rokoff—. Ahora dispongo de esta bonita relación ilícita y con la ayuda de uno de tus criados, en el que puedo confiar plenamente, no le faltará ningún detalle a la historia cuando llegue el momento de verter todos los datos precisos en los oídos de tu esposo. Incluidas pruebas juradas. El otro artificio sirvió a sus fines como era debido… ahora tenemos algo

tangible con lo que trabajar, Olga. Un *affaire* de verdad… y una esposa en cuya fidelidad se confiaba. ¡Qué vergüenza, Olga!

Y el miserable soltó una risotada.

Así que la condesa no le contó nada a su marido y las cosas empeoraron un poco más. De sentir una especie de temor ambiguo, la imaginación de la dama pasó a experimentar un miedo concreto y palpable. También pudiera ser que la conciencia colaborase en la tarea de acrecentar ese temor desproporcionadamente.

V

FRACASA UNA INTRIGA

TARZÁN visitó asiduamente durante un mes la residencia de la hermosa condesa De Coude, donde se le acogía con fervoroso entusiasmo. Allí encontraba con frecuencia a otros miembros del selecto círculo de amistades de la dama, que acudían a tomar el té de la tarde. Olga se las ingeniaba muchas veces para encontrar una u otra excusa que le permitiese pasar una hora a solas con Tarzán.

Durante cierto tiempo a la mujer no dejó de inquietarle la insinuación que había aventurado Nicolás. Para ella, aquel muchacho alto y apuesto no era más que un amigo, no lo consideró otra cosa, pero la sugerencia plantada en su cerebro por las malintencionadas palabras de Nicolás se desplegó en una serie de especulaciones cuya extraña fuerza parecía empujarla hacia el desconocido de ojos grises. Pero no deseaba enamorarse de él, ni tampoco deseaba su amor.

Olga de Coude era mucho más joven que su esposo y, sin que se percatase de ello, había estado anhelando desde el fondo de su corazón el refugio de un amigo de aproximadamente su misma edad. Los veinte años suelen ser remisos y apocados en lo que se refiere a intercambiar confidencias con los cuarenta. Tarzán tendría, a lo sumo, una par de años más que ella. La mujer estaba segura de que les sería fácil entenderse. Además, se trataba de un hombre educado, honesto y caballeroso. No la asustaba. Había comprendido instintivamente, desde el primer momento, que podía confiar en él.

Con malévolo regocijo, acechándoles a distancia, Rokoff había observado el desarrollo de aquella amistad cada vez más estrecha. Como sabía ya que Tarzán estaba enterado de su condición de agente del espionaje ruso, al odio que le inspiraba se había sumado el temor de que el hombre-mono pudiera desenmascararle. Rokoff sólo esperaba el momento propicio para descargar su golpe. Deseaba eliminar a Tarzán definitivamente y, al mismo tiempo, obtener una cumplida y placentera venganza por las humillaciones y derrotas que aquel enemigo le infiriera.

Tarzán se hallaba más cerca de la satisfacción y complacencia de lo que se había encontrado en ningún momento desde que la arribada del grupo de los Porter destrozó la paz y la tranquilidad de la selva virgen en que vivía.

Ahora disfrutaba de unas agradables relaciones sociales con los miembros del círculo de Olga, en tanto que la amistad que había trabado con la adorable condesa constituía para él una fuente inagotable de múltiples delicias. Esa amistad irrumpió en su ánimo, dispersó sus sombríos pensamientos y actuó como bálsamo para su corazón desgarrado.

A veces,
D’Arnot
le acompañaba en sus visitas al hogar de los De Coude, ya que conocía a Olga y a su esposo desde mucho tiempo atrás. En alguna que otra ocasión, De Coude aparecía por los salones, pero los múltiples asuntos de su alto cargo oficial y las infinitas exigencias de la política normalmente no le permitían volver a casa hasta bastante entrada la noche.

Rokoff sometía a Tarzán a una vigilancia casi constante, con la esperanza de que, tarde o temprano, se presentaría de noche en el

palacio de los De Coude. Pero esa esperanza estaba condenada a la decepción. Tarzán acompañó a casa a la condesa en diversas ocasiones, a la salida de la ópera, pero se despedía de ella, invariablemente, a la puerta del palacio… con enorme disgusto por parte del ferviente hermano de la dama.

Al llegar a la conclusión de que parecía imposible de todo punto sorprender a Tarzán como consecuencia de alguna acción emprendida por propia voluntad, Rokoff y Paulvitch empezaron a devanarse los sesos a fin de tramar un plan que les permitiese sorprender al hombre-mono en una situación comprometida y que les facilitase, naturalmente, las oportunas pruebas circunstanciales.

Durante muchos días revisaron concienzuda y aplicadamente la prensa, sin olvidarse de espiar todos los movimientos de Tarzán y De Coude. Al final, sus esfuerzos se vieron recompensados. Un periódico matinal publicaba una breve nota en la que informaba de que en la noche del día siguiente iba a celebrarse una reunión en casa del embajador alemán. El nombre de De Coude figuraba en la lista de invitados a la misma. De asistir a ella, significaría que iba a estar ausente de su domicilio hasta pasada la medianoche.

La noche del ágape, Paulvitch se apostó en la acera, delante de la residencia del embajador germano, en un punto desde el que podía distinguir el rostro de los invitados que iban llegando. No llevaba mucho tiempo de guardia cuando vio a De Coude apearse de su automóvil y pasar ante él. Tuvo suficiente.

Paulvitch salió disparado hacia su alojamiento, donde le aguardaba Rokoff. Esperaron allí hasta pasadas las once. Entonces Paulvitch descolgó el teléfono. Pidió un número.

—¿Hablo con el domicilio del teniente
D'Arnot?
—preguntó, cuando obtuvo la comunicación—. Tengo un recado para *monsieur* Tarzán. ¿Tendría la amabilidad de ponerse al aparato?

Sucedió un minuto de silencio.

—¿*Monsieur* Tarzán?

—Ah, sí, señor, aquí Francois… del servicio de la condesa De Coude. Es posible que *monsieur* haga el honor al pobre Francois de acordarse de él… ¿sí?… Sí, señor. Tengo un recado urgente para usted. La condesa le ruega que venga a su casa cuanto antes… Se

encuentra en un aprieto muy serio, *monsieur*…

—No, *monsieur*, el pobre Francois no lo sabe… ¿Puedo decir a *madame* que vendrá usted en seguida?…

—Muchas gracias, *monsieur*. Que Dios le bendiga.

Paulvitch colgó el auricular y miró sonriente a Rokoff.

—Tardará media hora en llegar allí —calculó éste—. Si te pones en contacto con el embajador alemán en cuestión de quince minutos, De Coude se presentará en su casa aproximadamente dentro de tres cuartos de hora. Todo dependerá de si el estúpido de Tarzán se queda allí quince minutos, tras enterarse de que ha sido víctima de una jugarreta. Pero, o mucho me equivoco o mi hermanita Olga se resistirá a dejarle marchar tan pronto. Aquí tienes la nota para De Coude. ¡Date prisa!

Paulvitch no perdió tiempo en plantarse en el domicilio del embajador alemán. Entregó la nota al criado que le atendió en la puerta.

—Para el conde De Coude —dijo—. Es muy urgente. Debe hacérsela llegar inmediatamente.

Depositó una moneda de plata en la ávida mano del sirviente. A continuación emprendió el regreso a sus lares.

Momentos después, De Coude se disculpaba ante su anfitrión y abría el sobre de la nota. Al leer ésta, el semblante del conde se puso blanco y empezó a temblarle la mano.

Sr. Conde De Coude:

Alguien que desea salvaguardar su honor y su buen nombre le advierte de que en este preciso instante la impecabilidad de su hogar está en peligro.

Cierto individuo que a lo largo de varios meses ha estado visitando constantemente su casa, mientras usted se encontraba ausente, está ahora mismo allí con su esposa. Si se apresura usted, llegará a tiempo de soprenderlos juntos en el gabinete de la señora condesa.

Un amigo

Veinte minutos después de la llamada telefónica de Paulvitch a Tarzán, Rokoff se ponía en comunicación con la línea privada de Olga. La doncella contestó a través del aparato situado en el gabinete de la condesa.

—Pero es que *madame* se ha retirado —respondió la doncella a la solicitud de Rokoff de hablar con su hermana.

—Este es un recado urgentísimo, que sólo puede escuchar la condesa en persona —insistió Rokoff—. Dígale que se levante, se ponga algo encima y acuda al teléfono. Volveré a llamar dentro de cinco minutos.

Colgó el auricular. Instantes después entraba Paulvitch.

—¿Recibió el conde el mensaje? —preguntó Rokoff.

—A estas alturas ya debe de estar camino de su casa —contestó Paulvitch.

—¡Estupendo! Mi señora hermana estará sentadita en su gabinete, vestida todo lo más con un salto de cama. Y dentro de unos minutos mi fiel Jacques conducirá a *monsieur* Tarzán a su presencia, sin anunciarle previamente. Las explicaciones durarán un rato. Olga tendrá un aspecto adorablemente encantador, con su salto de cama transparente, la tela se le adherirá al cuerpo y ocultará sus encantos sólo a medias, dejando visibles buena parte de ellos. Mi hermana estará sorprendida, pero ni mucho menos disgustada.

»Y si por las venas de ese sujeto circula una gota de sangre, dentro de unos quince minutos el conde De Coude interrumpirá una preciosa escena de amor. Creo que lo hemos planeado a las mil maravillas, mi querido Alexis. Echemos un trago de ese incomparable ajenjo del viejo Planeon a la salud de *monsieur* Tarzán. No hay que olvidar que el conde De Coude es una de las mejores espadas de París y la primera pistola de Francia, con una enorme ventaja sobre la segunda.

Cuando Tarzán llegó a la residencia de Olga, Jacques le esperaba en la entrada.

—Por aquí, *monsieur* —indicó.

Le acompañó por la amplia escalera de mármol. Un momento después abría una puerta, apartaba una gruesa cortina, se inclinaba obsequiosamente e introducía a Tarzán en una estancia tenuemente iluminada. Acto seguido, Jacques desapareció.

Al otro lado de aquel saloncito Tarzán vio a Olga sentada ante un escritorio sobre el que descansaba el teléfono. La mujer tamborileaba con impaciencia sobre la pulimentada superficie de la mesa. No le había oído entrar.

—Olga —preguntó Tarzán—, ¿qué ocurre?

Sobresaltada, la mujer dejó escapar un leve grito de alarma y

volvió la cabeza para mirarle.

—¡Jean! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Quién te ha franqueado la entrada? ¿Qué significa esto?

Tarzán se sintió como fulminado por un rayo, pero en seguida empezó a comprender la verdad. En parte, al menos.

—Entonces, ¿no me mandaste llamar, Olga?

—¿Avisarte para que vinieras a estas horas de la noche? *Mon Dieu*, Jean! ¿Crees que me he vuelto completamente loca?

—Francois me dijo por teléfono que viniese cuanto antes. Que estabas en un apuro y me necesitabas.

—¿Francois? ¿Quién es Francois?

—Dijo que era miembro de tu servidumbre. Al hablarme dio a entender que debía recordarle como tal.

—Entre mis criados no hay ninguno que responda a ese nombre. Parece que alguien te ha gastado una broma, Jean —Olga se echó a reír.

—Me temo que se trata de una jugada mucho más siniestra que una *broma*, Olga —repuso Tarzán—. Detrás de esto hay algo más que una humorada.

—¿Qué insinúas? No pensarás que…

—¿Dónde está el conde? —le interrumpió Tarzán.

—En casa del embajador alemán.

—Esta es otra proeza de tu recomendable hermanito. El conde tendrá mañana amplia noticia del asunto. Y procederá a interrogar a los criados. Todo apuntará hacia…, hacia lo que Rokoff desea que crea el conde.

—¡El miserable! —exclamó Olga. Se había levantado, estaba ya junto a Tarzán y le miró a la cara. Llevaba encima un susto de muerte. En sus ojos se apreciaba la expresión que el cazador suele ver en la pobre liebre aterrada… que lo mira perpleja, interrogadora. Temblorosa, Olga levantó las manos y las apoyó en los anchos hombros de Tarzán. Susurró—: ¿Qué vamos a hacer, Jean? Es terrible. Todo París lo leerá mañana en la prensa… Nicolás se encargará de que ocurra así.

Su mirada, su actitud, sus palabras manifestaban elocuentemente la súplica, tan antigua como el mundo, que la mujer indefensa dirige a su protector natural: el hombre. Tarzán tomó en la suya una de las cálidas, pequeñas y delicadas manos de

la condesa, entonces apoyada en el pecho del hombre. Fue un acto completamente involuntario, lo mismo, o casi, que el gesto inducido por el instinto protector que impulsó a Tarzán a rodear con un brazo los hombros de la joven.

El resultado fue electrizante. Nunca había estado tan cerca de ella. Con amedrentado sentimiento de culpa se miraron mutuamente a los ojos y, en un momento en que Olga de Coude debió mostrarse fuerte, se mostró débil, porque se arrebujó contra el hombre, mientras ceñía con sus brazos el cuello de Tarzán de los Monos. ¿Y éste? Tomó entre sus poderosos brazos la estremecida y jadeante figura de la condesa y cubrió de besos los ardientes labios.

Tras leer la nota que el mayordomo del embajador le entregó, Raúl de Coude presentó apresuradamente sus disculpas al anfitrión. No pudo recordar nunca la naturaleza de las excusas que pronunció. Todo estuvo borroso para él hasta que se vio frente a la entrada de su domicilio. Una gélida frialdad le invadió entonces, al tiempo que avanzaba serena, tranquila y cautelosamente. Por alguna razón inexplicable, Jacques tenía abierta la puerta antes de que el conde hubiese subido la mitad de la escalinata de acceso. En aquel momento no reparó en tan insólito detalle, aunque lo recordara posteriormente.

Con toda la cautela del mundo, de puntillas, subió la escalera y recorrió el pasillo que llevaba a la puerta del gabinete de su esposa. Llevaba en la mano un pesado bastón de paseo… y el corazón rebosante de instinto asesino.

Olga fue quien le vio primero. Se desprendió de los brazos de Tarzán, al tiempo que emitía un chillido horrorizado. El hombre-mono se volvió con el tiempo justo para detener con el brazo el terrorífico bastonazo que De Coude descargaba sobre su cabeza. Una, dos, tres veces la gruesa vara subió y bajó con meteórica violencia y cada uno de aquellos mandobles contribuyó a la transición que convirtió al hombre-mono en un ser primitivo.

Lanzó al aire el gruñido gutural del mono macho y se precipitó de un salto sobre el francés. Arrebató de las manos el enorme bastón que empuñaba el conde, lo partió en dos como si fuera una cerilla de madera y lo arrojó a un lado, para abalanzarse como una fiera irritada sobre la garganta de su adversario.

Espectadora horrorizada de la terrible escena que se desarrolló

durante los momentos siguientes, Olga de Coude logró reaccionar y precipitarse hacia el punto donde Tarzán estaba matando al conde, estrangulándole, sacudiéndole como un perro terrier pudiera zarandear a una rata.

Olga de Coude empezó a dar tirones frenéticos de las enormes manos de Tarzán.

—¡Madre de Dios! —exclamó—. ¡Vas a matarlo, vas a matarlo! ¡Oh, Jean, estás matando a mi marido!

La rabia había dejado sordo a Tarzán. De pronto, arrojó el cuerpo del conde contra el suelo, puso el pie sobre el pecho del caído y levantó la cabeza. A continuación, en el palacio del conde De Coude resonó el espantoso alarido desafiante del mono macho que ha acabado con la vida de un enemigo. Desde el sótano hasta el desván, el horrible grito buscó los oídos de los miembros de la servidumbre a quienes dejó temblorosos y blancos como el papel. En el gabinete, Olga de Coude se arrodilló junto al cuerpo de su esposo y empezó a rezar.

Poco a poco fue disipándose la neblina roja que Tarzán tenía ante los ojos. Las cosas empezaron a tomar forma concreta… Empezó a recuperar la perspectiva de hombre civilizado. Su vista tropezó con la figura de la mujer arrodillada.

—Olga —murmuró.

La dama alzó la cabeza. Esperaba ver un demencial resplandor asesino en las pupilas que la observaban. Pero lo que vio, en cambio, fue pesadumbre y arrepentimiento.

—¡Oh, Jean! —exclamó la mujer—. Mira lo que has hecho. Era mi esposo. Le amaba y tú le has matado.

Solícitamente, con sumo cuidado, Tarzán levantó la inerte figura del conde De Coude y la tendió en un sofá. Después aplicó el oído al pecho del hombre.

—Trae un poco de coñac, Olga —pidió.

Cuando ella lo llevó, entreabrieron los labios del conde e introdujeron el licor por ellos. Al cabo de un momento, los labios emitieron un tenue suspiro. La cabeza se movió y de la boca brotó un gemido.

—No va a morir —dijo Tarzán—. ¡Gracias a Dios!

—¿Por qué lo hiciste, Jean? —preguntó la condesa.

—No lo sé. Me atacó y al recibir sus golpes me volví loco.

Siempre he visto reaccionar así a los monos de mi tribu. No te he contado mi historia, Olga. Hubiera sido mejor que la conocieses. En tal caso quizás esto no hubiera sucedido. No conocí a mi padre. Me crió una mona salvaje, no tuve más madre que ella. Hasta que cumplí los quince años no vi a ningún ser humano. Sólo contaba veinte cuando el primer hombre blanco se cruzó en mi camino. Hace poco más de un año no era más que una fiera depredadora que recorría desnuda la selva.

—No me juzgues con demasiada dureza. Dos años es un espacio de tiempo excesivamente breve para que se opere en una persona un cambio que a la raza humana le ha costado un montón de siglos.

—No te juzgo de ninguna manera, Jean. La culpa es mía. Ahora debes irte… Vale más que no te encuentre aquí cuando recobre el sentido. Adiós.

Acongojado, gacha la cabeza, Tarzán abandonó el palacio del conde De Coude.

Una vez en la calle, sus pensamientos cobraron forma definida y cosa de veinte minutos después entraba en una comisaría no muy lejos de la rue Maule. No tardó en recibirle allí uno de los agentes con los que se las había tenido tiesas pocas semanas antes. El policía se alegró sinceramente de volver a ver al hombre que con tanta brusquedad le había tratado.

Al cabo de un momento de charla, Tarzán le preguntó si había oído hablar alguna vez de Nicolás Rokoff o de Alexis Paulvitch.

—Muy a menudo, la verdad, *monsieur*. Cada uno de esos dos individuos cuenta con un buen historial policiaco y aunque en este preciso momento no tenemos ninguna acusación precisa que formularles, no por eso dejamos de tenerlos localizados y sabemos dónde encontrarlos, si la ocasión lo requiere. Es una precaución que tomamos con todos los delincuentes redomados. ¿Por qué lo pregunta, *monsieur*?

—Es que son conocidos míos —repuso Tarzán—. Quisiera entrevistarme con *monsieur* Rokoff para arreglar cierto negocio. Si me pudiese facilitar su dirección, le quedaría profundamente agradecido.

Minutos después, tras decir «Adiós» al agente de policía, Tarzán se encaminó con paso vivo hacia la parada de taxis más próxima. En el bolsillo guardaba un trozo de papel con las señas de un barrio

medio respetable.

Rokoff y Paulvitch habían vuelto a sus aposentos y, tranquilamente sentados, comentaban el probable desenlace de los sucesos de la noche. Habían telefoneado a la redacción de dos rotativos de la mañana, cuyos reporteros llegarían de un momento a otro, dispuestos a escuchar los detalles de un escándalo cuya noticia estremecería por la mañana a toda la buena sociedad de París.

Sonaron en la escalera unos pasos recios.

—¡Ah, sí que se dan prisa estos periodistas! —comentó Rokoff, cuando alguien llamó a la puerta del piso—. Adelante, *monsieur*.

La sonrisa de bienvenida se congeló en el semblante del ruso cuando sus ojos tropezaron con las duras y grises pupilas del visitante.

—¡Voto al diablo! —gritó, al tiempo que se ponía en pie de un salto—. ¿Qué le trae por aquí?

—¡Siéntese! —ordenó Tarzán, en voz tan baja que los dos hombres apenas pudieron oírlo, pero cuyo tono indujo a Rokoff a dejarse caer en su silla y a Paulvitch a permanecer en la suya.

—Sabe perfectamente qué me ha traído aquí —continuó, en el mismo tono bajo—. Debería matarle, pero le salva el hecho de ser hermano de Olga de Coude. Por eso no lo haré…, de momento.

»Le concederé una oportunidad de conservar la vida. Paulvitch no cuenta gran cosa… no es más que un estúpido, una pequeña y necia herramienta, de modo que no lo mataré mientras le permita vivir a usted… Pero antes de marcharme de esta habitación y dejarles vivos en ella, tendrá que hacer dos cosas. La primera es escribir una confesión completa de su participación en la intriga de esta noche… con la firma al pie.

»La segunda será la promesa, bajo pena de muerte, de que no permitirá que llegue a la prensa una sola palabra de este asunto. Si no cumple estas condiciones, ninguno de los dos seguirá con vida cuando yo salga por esa puerta. ¿Entendido? —Sin esperar respuesta, añadió—: Dese prisa. Ahí tiene tinta, pluma y papel.

Rokoff adoptó un aire truculento e intentó hacerse el gallito para demostrar que las amenazas de Tarzán no le asustaban. Un segundo después notó en la garganta la presión de los dedos de acero del hombre-mono. Y Paulvitch, que trató de esquivarle, pasar inadvertido y llegar a la puerta, se vio levantado en peso y arrojado

violentamente a un rincón, donde el golpe le dejó inconsciente. Cuando el rostro de Rokoff empezaba a volverse negro, Tarzán le soltó y el ruso se desplomó sobre la silla. Rokoff estuvo carraspeando y tosiendo un rato, al cabo del cual fulminó con la mirada al hombre que tenía frente a él. Paulvitch recuperó el sentido y, obedeciendo la orden de Tarzán, regresó cojeando a su silla.

—Ahora escriba —dijo el hombre-mono a Rokoff—. Si necesita que le dé otro repaso, le aseguro que no voy a ser tan indulgente.

Rokoff tomó una pluma y empezó a escribir.

—Procure no omitir ningún detalle y que no se le olvide ningún nombre, ha de mencionarlos todos —le advirtió Tarzán.

En aquel momento alguien llamó a la puerta.

—Adelante —respondió Tarzán. Entró un joven atildado.

—Soy el enviado de *Le Matin* —se presentó—. Creo que *monsieur* Rokoff tiene una historia para mí.

—Me parece que está equivocado, caballero —replicó Tarzán—. ¿Verdad que no tiene ninguna historia que pueda publicarse, mi querido Nicolás?

Rokoff suspendió la escritura y alzó la cabeza para mostrar la siniestra expresión ceñuda de su semblante.

—No —rezongó—. No tengo ninguna historia publicable… en este momento.

—Ni nunca, mi estimado Nicolás.

El reportero no vio el ominoso fulgor que brillaba en las pupilas del hombre-mono, pero Nicolás Rokoff sí.

—Ni nunca —se apresuró a repetir el ruso.

—Lamento mucho, *monsieur*, las molestias que se ha tomado —dijo Tarzán, dirigiéndose al periodista—. Le deseo muy buenas noches.

Condujo al peripuesto joven fuera del cuarto y le cerró la puerta en las narices.

Una hora después, con un abultado manuscrito en el bolsillo de la chaqueta, Tarzán se encaminó a la salida del aposento de Rokoff.

—Yo de usted —aconsejó—, me largaría de Francia. Tarde o temprano, encontraré una excusa para matarle sin comprometer en ningún sentido a su hermana.

VI

DUELO A MUERTE

CUANDO Tarzán llegó al piso, tras haber dejado a Rokoff, D'Arnot se había ido ya a dormir. El hombre-mono se abstuvo de despertar a su amigo, pero a la mañana siguiente le contó ce por ce los acontecimientos de la noche anterior, sin omitir un solo detalle.

—¡Qué estúpido fui! —concluyó—. De Coude y su esposa eran buenos amigos míos. ¿Y cómo he correspondido a su amistad? En un tris estuve de asesinar al conde. Y he estigmatizado el buen nombre de una mujer que es modelo de decencia. Es muy probable que haya destrozado un hogar feliz.

—¿Estás enamorado de Olga de Coude? —preguntó D'Arnot.

—Si no tuviera la certeza de que ella no me quiere, me sería imposible contestarte a esa pregunta, Paul. Pero sin que ello

signifique deslealtad hacia Olga, te diré que ni yo estoy enamorado de ella, ni ella lo está de mí. Durante unos segundos fuimos víctimas de un repentino ataque de locura, que no era amor, del que nos habríamos liberado, sin trauma alguno, con la misma rapidez con que nos asaltó, incluso aunque De Coude no se hubiese presentado allí tan oportunamente. Como sabes, tengo muy poca experiencia en cuestión de mujeres. Olga de Coude es una preciosidad y ello, unido a la penumbra, al hechizo del ambiente y a la solicitud de protección por parte de una mujer indefensa… Bueno, es posible que un hombre más civilizado que yo lo resistiera, pero ya sabes que mi barniz de civilización apenas me cubre la piel… Por no decir que ni siquiera ha calado la ropa con que me visto.

»París no es un lugar adecuado para mí. Si continúo en esta ciudad no haré más que dar tumbos, tropezar continuamente y caer en trampas y situaciones cada vez más comprometidas. Las cortapisas y convencionalismos que han creado los hombres me resultan de lo más fastidioso. Me siento prisionero. No puedo soportarlo, amigo mío, así que me parece que regresaré a la selva y volveré a llevar la vida que sin duda Dios quería que llevase, puesto que me colocó allí.

—No te lo tomes tan a pecho, Jean —recomendó
D’Arnot
—. Te las arreglaste mucho mejor de lo que lo hubieran hecho en circunstancias similares la mayoría de los hombres *civilizados*. En cuanto a marchar de París en este momento, me inclino a pensar que Raúl de Coude tiene algo que decir y que no tardará en comunicártelo.

D’Arnot no se equivocaba. Ocho días después, hacia las once de la mañana, cuando Tarzán y
D’Arnot
estaban desayunando, les anunciaron la visita de un tal *monsieur* Flaubert. Se trataba de un caballero impresionantemente cortés y ceremonioso. Entre profundas e innumerables reverencias declamó el solemne desafío del señor conde De Coude al señor Tarzán. ¿Sería *monsieur* Tarzán tan amable como para disponer que un amigo suyo se entrevistara con *monsieur* Flaubert, a la mayor brevedad posible y a la hora que le resultase más oportuna, al objeto de concertar todos los detalles a mutua satisfacción de los interesados?

No faltaba más. *Monsieur* Tarzán dejaría la defensa de sus intereses, con sumo gusto y sin reserva alguna, en manos de su amigo el teniente
D'Arnot.
Se convino, pues, que a las dos de la tarde de aquel mismo día,
D'Arnot
visitaría a *monsieur* Flaubert. Acto seguido, el pomposo *monsieur* Flaubert ejecutó otra nutrida exhibición de reverencias versallescas y se retiró.

Cuando volvieron a estar solos,
D'Arnot
dirigió a Tarzán una curiosa mirada.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ahora debo añadir un homicidio a mis pecados o dejar que me liquiden —dijo Tarzán—. Estoy haciendo progresos fulminantes en las costumbres y el estilo de vida de mis hermanos civilizados.

—¿Qué arma piensas elegir? —quiso saber
D'Arnot
—. De Coude goza fama de ser un verdadero maestro de la esgrima. Y también con la pistola en la mano dicen que es algo serio.

—Puedo optar por la flecha envenenada, a veinte pasos, o el venablo, a la misma distancia —bromeó Tarzán—. Que sea la pistola, Paul.

—Te matará, Jean.

—No tengo la menor duda —repuso Tarzán—. Pero algún día he de morir.

—Nos vendría mejor la espada —opinó
D'Arnot
—. Se considerará satisfecho con herirte y con la espada existe menos peligro de que la herida sea mortal.

—La pistola —insistió Tarzán, decidido.

D'Arnot trató de quitárselo de la cabeza, pero sus argumentos no sirvieron de nada, de modo que se impuso la pistola.

D'Arnot regresó poco después de las cuatro de su encuentro con *monsieur* Flaubert.

—Todo arreglado —informó—. Satisfactoriamente y hasta el último detalle. Será mañana, al amanecer. En un paraje apartado, junto a la carretera de Étampes, no lejos de esa ciudad. *Monsieur*

Flaubert lo ha preferido por alguna razón personal. No puse objeciones.

—¡Muy bien! —fue el único comentario de Tarzán.

No volvió a hacer referencia alguna al asunto, ni siquiera indirectamente. Aquella noche redactó varias cartas, antes de retirarse a descansar. Tras cerrarlas y escribir las correspondientes direcciones, las puso todas en un sobre destinado a
D'Arnot.
Mientras se desvestía, el teniente le oyó tararear una tonada de cabaré.

El francés soltó un taco entre dientes. Se sentía muy desdichado, convencido de que cuando por la mañana, cuando el sol se remontara en el cielo, lo haría sobre el cadáver de Tarzán. Le atacaba los nervios ver la indiferencia con que se lo tomaba Tarzán.

—No me digas que no es una hora de lo más incivilizada para que se mate la gente civilizada —comentó el hombre-mono cuando se vio arrancado de su confortable lecho en medio de las tinieblas de las últimas horas nocturnas. Había dormido como un tronco y cuando el criado le despertó con toda la amabilidad propia de su experiencia, Tarzán tuvo la impresión de que acababa de apoyar la cabeza en la almohada. Su comentario iba dirigido a
D'Arnot,
que se encontraba completamente vestido en el umbral del dormitorio.

D'Arnot apenas había podido pegar ojo en toda la noche. Le comían los nervios y, en consecuencia, su humor tendía a la irritación.

—Adivino que has dormido como un lirón —dijo.

Tarzán soltó una carcajada.

—A juzgar por el tono que empleas, doy por supuesto que eso más bien te indispone contra mí. La verdad es que no me ha sido posible evitarlo.

—No, Jean, no es eso —respondió
D'Arnot,
que se permitió una sonrisa—. Pero te tomas todo este asunto con una displicencia tan infernal… que resulta irritante. Cualquiera diría que vas a un concurso de tiro al blanco, en vez de a colocarte frente a una de las mejores pistolas de Francia.

Tarzán se encogió de hombros.

—Voy a expiar un grave error, Paul. Y una de las condiciones imprescindibles para que pague esa culpa es la certera puntería de mi adversario. Por lo tanto, ¿debería sentirme insatisfecho? Tú mismo me has dicho que el conde de Coude es un magnífico tirador de pistola.

—¿Pretendes decir que esperas que te mate? —exclamó D'Arnot, horrorizado.

—No puedo afirmar que espero tal cosa, pero tienes que reconocer que existen pocas razones para creer que no he de morir.

De haber conocido las intenciones que abrigaba Tarzán en su mente —lo que había estado dándole vueltas en la cabeza desde el mismo instante en que se produjo el primer indicio de que el conde de Coude le convocaría en el campo del honor para que le rindiera cuentas—, D'Arnot se habría sentido mucho más aterrado de lo que ya estaba.

Subieron en silencio al enorme automóvil de D'Arnot y en parecido mutismo rodaron a gran velocidad por la carretera que conduce a Étampes. Ambos iban sumidos en sus propios pensamientos. Los de D'Arnot no podían ser más pesarosos, ya que apreciaba sincera y profundamente a Tarzán. La gran amistad surgida entre aquellos dos hombres, de existencia y educación tan radicalmente distintas, no había hecho más que intensificarse con la relación, ya que ambos alimentaban idénticos altos ideales de fraternidad humana, de valor personal y de acendrado sentido del honor. Se comprendían mutuamente a la perfección y cada uno de ellos se enorgullecía de contar con la amistad del otro.

Tarzán de los Monos evocaba los recuerdos del pasado; recuerdos agradables de los momentos más felices vividos en su perdida selva virgen. Rememoraba las innumerables horas de su juventud que pasó sentado con las piernas cruzadas ante la mesa de la cabaña donde murió su padre, inclinado su pequeño cuerpo moreno sobre los fascinantes libros ilustrados en los que, sin ayuda

de nadie, fue espigando los datos que le permitieron desentrañar los secretos del lenguaje escrito y aprender a leer mucho antes de que los sonidos del idioma humano oral tuviesen algún significado en sus oídos. Una sonrisa de satisfacción suavizó las enérgicas facciones al pensar en los días que pasó a solas con Jane Porter en el corazón de la selva virgen.

Interrumpió el hilo de sus recuerdos al detenerse el automóvil: habían llegado a su destino. La mente de Tarzán volvió al presente. Sabía que iba a morir, pero la muerte no le asustaba. Para un habitante de la selva, la muerte es un compañero cotidiano. La primera ley de la naturaleza le impele a aferrarse a la vida con tenacidad y a luchar para conservarla… Pero no le enseña a temer a la muerte.

D'Arnot y Tarzán fueron los primeros en llegar al campo del honor. Al cabo de un momento arribaron De Coude, *monsieur* Flaubert y un tercer caballero.

Presentaron este último a Tarzán y a
D’Arnot:
era un médico.

D'Arnot y *monsieur* Flaubert intercambiaron susurros durante unos segundos. El conde De Coude y Tarzán se mantuvieron a distancia, cada uno en un extremo del campo. Finalmente, los padrinos los convocaron.
D’Arnot
y *monsieur* Flaubert habían examinado ya las pistolas. Un momento después, los duelistas se encontraban frente a frente, en silencio, mientras *monsieur* Flaubert recitaba las condiciones que debían cumplir.

Tenían que colocarse espalda contra espalda. A una señal de *monsieur* Flaubert echarían a andar en direcciones opuestas, con la pistola empuñada y el brazo caído al costado. Cuando cada uno ellos hubiese recorrido diez pasos,
D’Arnot
emitiría la señal definitiva. Entonces, los adversarios darían media vuelta y dispararían a discreción, hasta que uno de los dos cayese o ambos hubiesen agotado los tres proyectiles que se les asignaban.

Mientras *monsieur* Flaubert hablaba, Tarzán sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió. De Coude era la personificación de la

imperturbabilidad… ¿no era la mejor pistola de Francia?

Al final, *monsieur* Flaubert dirigió a
D'Arnot
una seña con la cabeza y los adversarios ocuparon su posición de salida.

—¿Preparados, caballeros? —inquirió *monsieur* Flaubert.

—Listo —respondió De Coude.

Tarzán asintió. *Monsieur* Flaubert dio la señal.
D'Arnot
y él retrocedieron unos pasos para apartarse de la línea de fuego, al tiempo que los duelistas se separaban despacio. ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! Había lágrimas en los ojos de
D'Arnot.
Quería mucho a Tarzán. ¡Nueve! Un paso más y el pobre teniente dio la señal que por nada del mundo hubiese querido dar. Aquello era para él como la condena de muerte de su mejor amigo.

De Coude se volvió con celeridad y apretó el gatillo. Un leve estremecimiento sacudió a Tarzán. De Coude vaciló, como si esperase ver a su antagonista desplomarse contra el suelo. El francés era demasiado experto en el tiro de pistola como para no saber que había dado en el blanco. Tarzán no hizo el menor intento de levantar el arma. De Coude efectuó otro disparo, pero la actitud del hombre-mono —la absoluta e inalterable indiferencia que se patentizaba en todos los rasgos y líneas de su figura gigantesca, así como la serena tranquilidad con que aspiraba el humo del cigarrillo — había desconcertado a la mejor pistola de Francia. La segunda bala no provocó en Tarzán la menor sacudida, pero De Coude estaba completamente seguro de que le había alcanzado.

La explicación irrumpió repentinamente en el cerebro del aristócrata francés: su antagonista corría aquel espantoso albur con la esperanza de que ninguno de los tres disparos de De Coude resultasen mortales. De ocurrir así, dispondría de tiempo de sobra para abatir a De Coude deliberada, tranquila, sosegadamente y a sangre fría. Un leve escalofrío recorrió la espina dorsal del conde. Era perverso… diabólico. ¿Qué clase de criatura era aquella, capaz de permanecer impávida con dos balas en el cuerpo, a la espera del tercer proyectil?

Así que De Coude apuntó cuidadosamente aquella vez, pero los

nervios le traicionaron y falló el tiro. Ni siquiera entonces levantó Tarzán la pistola, apartándola de donde la tenía, pegada a la pierna.

Durante unos segundos permanecieron erguidos, mirándose mutuamente a los ojos. El rostro de Tarzán reflejaba una patética expresión de desencanto. En el de De Coude apareció un gesto de horror…, mejor dicho, de creciente pánico.

No pudo seguir soportando aquella situación.

—¡Madre de Dios, *monsieur*! ¡Dispare de una vez! —gritó.

Pero Tarzán no alzó la pistola. En vez de hacerlo, echó a andar hacia De Coude, y cuando
D'Arnot
y Flaubert, al interpretar equivocadamente la intención del hombre-mono, se dispusieron a interponerse entre los dos duelistas, Tarzán alzó la mano izquierda, en ademán de reprimenda.

—No teman —dijo—. No voy a hacerle daño.

Aquello no era habitual, pero se detuvieron. Tarzán avanzó hasta llegar a un paso del conde.

—Sin duda la pistola de *monsieur* no funciona como es debido —articuló—. O acaso está usted algo desquiciado. Tome la mía, *monsieur*, e inténtelo de nuevo.

Y Tarzán ofreció su pistola, con la culata por delante, al atónito De Coude.

—*Mon Dieu, monsieur!* —exclamó el francés—. ¿Se ha vuelto loco?

—No, amigo mío —respondió el hombre-mono—, pero merezco la muerte. Es la única forma que tengo de reparar el daño que he causado a una dama intachable. Empuñe usted mi pistola y haga lo que le pido.

—Eso sería un asesinato —replicó De Coude—. ¿Pero qué le hizo usted a mi esposa? Ella me ha jurado que…

—No me refiero a eso —se apresuró a decir Tarzán—. Usted vio todo lo que ocurrió entre nosotros. Nada malo ni inconfesable, pero suficiente para lanzar la sombra de la sospecha sobre el buen nombre de su esposa y para destrozar la felicidad de un hombre con el que nunca tuve el menor motivo de enemistad. La culpa fue exclusivamente mía y, por lo tanta, confiaba en morir esta mañana. Me siento defraudado al comprobar que *monsieur* no es un tirador de pistola tan maravilloso como se me había hecho creer.

—¿Afirma que la culpa es totalmente suya? —preguntó De Coude, interesadísimo.

—Por completo. Su esposa es una mujer irreprochable. Sólo le quiere a usted. Yo tengo la culpa de lo que vio usted. Ni la condesa ni yo tuvimos nada que ver con lo que me impulsó a ir a su casa. Aquí tiene usted un documento que lo demuestra de modo concluyente.

Tarzán se sacó del bolsillo la declaración que Rokoff había escrito y firmado.

De Coude se hizo cargo de ella y la leyó.

D'Arnot

y Flaubert se habían acercado a los dos hombres. Eran atentos espectadores del extraño desenlace de aquel no menos extraño duelo. Nadie pronunció palabra hasta que De Coude hubo concluido la lectura y alzó la cabeza para mirar a Tarzán.

—Es usted un hombre noble y caballeroso —dijo—. Doy gracias a Dios por no haberle matado.

De Coude era francés. Los franceses son impulsivos. Abrazó a Tarzán. Cundió el ejemplo y *monsieur* Flaubert abrazó a

D'Arnot.

No quedaba nadie para que abrazase al médico. Tal vez eso hirió el orgullo del doctor que, quizás con cierto afán de protagonismo, se apresuró a intervenir solicitando que se le permitiera curar las heridas de Tarzán.

—Este caballero recibió por lo menos un balazo —dijo—. Y es posible que tres.

—Dos —corrigió Tarzán—. Un proyectil me alcanzó en el hombro izquierdo y otro en el costado, también izquierdo… pero ambas heridas son superficiales, creo.

Sin embargo, el médico insistió en que se tendiera en el césped y procedió a aplicarle la correspondiente cura, hasta que tuvo cortada la hemorragia y bien desinfectadas las heridas.

La consecuencia feliz de aquel duelo fue que regresaron todos juntos a París en el automóvil de

D'Arnot,

convertidos en los mejores amigos del mundo. El conde se sentía tan aliviado por aquel testimonio de la fidelidad de su esposa, fidelidad asegurada por partida doble, que de ninguna manera

podía guardar rencor a Tarzán. Cierto que éste había asumido una carga de responsabilidad mucho mayor de la que le correspondía, pero si mintió, tal mentira era disculpable, porque la pronunció en beneficio de una dama y, por otra parte, mintió como un caballero.

El hombre-mono tuvo que permanecer en cama varios días. En su opinión, era estúpido e innecesario, pero tanto el médico como D'Arnot se tomaron el asunto muy en serio, hasta el punto de que Tarzán no tuvo más remedio que ceder, para complacerles, si bien pensar en ello le hacía reír.

—Es ridículo —se quejó a D'Arnot—. ¡Estar aquí tumbado por el pinchazo de un alfiler! Cuando, de niño, Bolgani, el rey de los gorilas, casi me despedazó, ¿tuve una cama tan estupenda y tan mullida? ¡No! Sólo la húmeda y putrefacta vegetación de la jungla. Me pasé varias semanas tendido en el suelo, oculto bajo unos arbustos, sin más cuidados que los de Kala, mi pobre y fiel Kala, que hacía de enfermera, ahuyentaba a los insectos para que no se cebasen en mis heridas y mantenía a raya a las fieras depredadoras.

»Cuando le pedía agua, me la llevaba en su boca… Era el único sistema que conocía para trasladarla. Allí no había gasas esterilizadas ni vendas antisépticas. Lo poco que había y nada era lo mismo, de forma que, de encontrarse con aquella penuria, nuestro querido doctor se habría vuelto loco. A pesar de todo, me repuse… Me recuperé para venir aquí y verme tendido en la cama por culpa de un rasguño al que ningún habitante de la selva prestaría la menor atención, so pena de que lo tuviese en la punta de la nariz.

Pero el tiempo vuela y, antes de que pudiera darse cuenta, Tarzán se encontró de nuevo en pie. De Coude había ido a visitarle varias veces y, al enterarse de que el hombre-mono se perecía por encontrar un empleo, fuese de la naturaleza que fuera, le prometió hacer cuanto estuviese en su mano para proporcionárselo.

Precisamente el primer día que se le permitió a Tarzán salir a la calle recibió un recado de De Coude en el que se le rogaba que pasase aquella tarde por el despacho del conde.

Encontró a De Coude esperándole. El francés le saludó cordialmente y le felicitó por su recuperación. Desde la mañana en

que se enfrentaron en el campo del honor, ninguno de los dos había vuelto a mencionar el duelo ni el motivo del mismo.

—Me parece que le he encontrado algo idóneo de veras para usted, *monsieur* Tarzán —anunció el conde—. Es un cargo de confianza y de gran responsabilidad, cuyo cometido requiere también valor y perfectas condiciones físicas. No puedo imaginar hombre más adecuado que usted para desempeñarlo, *monsieur* Tarzán. Eso sí, tendrá que viajar. También es muy probable que gracias a él acceda más adelante a un puesto de mucha mayor importancia… posiblemente en el servicio diplomático.

»Al principio, durante una breve temporada, actuará como agente especial afecto al Ministerio de la Guerra. Vamos, le presentaré a su jefe, al caballero a cuyas órdenes estará usted. Le explicará sus obligaciones mejor de lo que pudiera hacerlo yo. Luego estará usted en condiciones de juzgar si desea aceptar o no el empleo.

De Coude acompañó a Tarzán al despacho del general Rochere, director del departamento al que quedaría adscrito Tarzán de aceptar el empleo. Allí lo dejó el conde, tras explicar al general detallada, entusiasta y brillantemente las numerosas cualidades que poseía el hombre-mono, que le capacitaban perfectamente para las funciones que precisaba el servicio.

Media hora después, Tarzán salía del despacho del general Rochere con el primer empleo que iba a desempeñar en su vida. Tenía que volver a la mañana siguiente para recibir las oportunas instrucciones, aunque el general Rochere ya le había dejado a Tarzán diáfanamente claro que podía prepararse para abandonar París por tiempo indefinido, quizás incluso al día siguiente.

Rebosante de euforia, Tarzán se apresuró a volver a casa para dar cuanto antes la buena nueva a
D’Arnot.
Al fin iba a ser útil a la sociedad. Iba a ganar dinero y, lo mejor de todo, iba a viajar y a ver mundo.

Casi no pudo esperar a acomodarse en el salón donde
D’Arnot
estaba sentado para soltar la jubilosa noticia. A
D’Arnot
no le hizo mucha gracia.

—Parece que te encanta la idea de marcharte de París y que, tal vez, transcurran meses antes de que volvamos a vernos. ¡Eres un bicho desagradecido, Tarzán!

Y D'Arnot se echó a reír.

—No, Paul, estoy como un chiquillo con un juguete nuevo y me muero de entusiasmo.

Y así fue como al día siguiente, Tarzán partió de París, rumbo a Marsella y Orán.

VII

LA BAILARINA DE SIDI AISA

LA PRIMERA misión asignada a Tarzán no prometía ser ni emocionante ni trascendental. Existía cierto teniente de espahís de quien el gobierno tenía motivos para sospechar que estaba desarrollando determinadas relaciones clandestinas con una potencia europea. A dicho teniente, cuyo apellido era Gernois y que estaba destinado en Sidi-bel-Abbes, acababan de agregarle al estado mayor, donde las funciones propias de su cargo ponían en sus manos diariamente numerosos datos e informes de gran valor militar. Era esa información secreta la que el gobierno se temía que el teniente pudiera estar transmitiendo a la gran potencia.

Las sospechas recayeron sobre el teniente a causa de una más que ambigua insinuación que dejó caer cierta conspicua parisiense, impulsada por los celos. Pero los estados mayores suelen cuidar con extraordinario esmero sus secretos y la traición es un asunto tan

grave que no puede echarse en saco roto ninguna alusión, por leve e inocente que parezca. Y así fue como Tarzán llegó a Argelia, bajo el disfraz de cazador y trotamundos estadounidense, con la encomienda de no quitarle ojo al teniente Gernois.

Se había ilusionado enormemente con la sugestiva idea de que iba a ver de nuevo su querida África, pero aquel paisaje del norte del continente era tan distinto de la selva tropical que constituía su patria que lo mismo podía haberse quedado en París, por lo que se refiere a los estremecimientos de placer y a la aceleración de los latidos del corazón, que supuso iba a experimentar en cuanto pisara de nuevo su tierra. En Orán se pasó todo un día vagabundeando por las estrechas y tortuosas callejuelas del barrio árabe, entregado al placer de disfrutar de aquellas escenas exóticas y nuevas para él. Al día siguiente se llegó a Sidi-bel-Abbes, donde presentó sus documentos acreditativos a las autoridades civiles y militares…, documentos que no le daban la menor pista respecto al verdadero significado de su misión.

Tarzán dominaba el inglés lo suficiente como para pasar por estadounidense entre árabes y franceses, y eso era todo lo que requería el asunto. Cuando alternaba con un inglés, se expresaba en francés a fin de no traicionarse, pero, llegado el caso, hablaba en inglés con los extranjeros que entendían ese idioma, pero que no eran lo bastante duchos como para percibir las ligeras imperfecciones de acento y pronunciación que Tarzán pudiese cometer.

Trabó amistad con numerosos oficiales y funcionarios franceses y no tardó en disfrutar de cierta estimación entre ellos. Conoció a Gernois, que resultó ser un individuo de unos cuarenta años, taciturno, con cara de enfermo crónico del estómago y que, socialmente, se relacionaba poco o nada con sus compañeros.

Transcurrió un mes sin que sucediera nada de importancia. Aparentemente, Gernois no tenía visitas y cuando iba a la ciudad tampoco se ponía en contacto con nadie cuyo aspecto diera pie a la sospecha —ni aún contando con una imaginación calenturienta y dada a la fantasía— de que se trataba de un agente secreto al servicio de una potencia extranjera. Tarzán empezaba a abrigar la esperanza de que, al fin y a la postre, el rumor había sido una falsa alarma cuando, inopinadamente, destinaron a Gernois a Bou-Saada,

en el Sahara, mucho más al sur.

Una compañía de espahís y tres oficiales iban a relevar a otra compañía, ya estacionada allí de guarnición. Afortunadamente, uno de los oficiales, el capitán Gerard, había trabado estrecha amistad con Tarzán, de modo que cuando el hombre-mono sugirió que podía aprovechar la ocasión y acompañarle a Bou Saada, donde esperaba encontrar caza en abundancia, la propuesta no despertó sospecha alguna.

El destacamento se apeó del tren en Buira e hizo el resto del viaje a caballo. Estaba Tarzán regateando, como es de rigor, el precio de una montura cuando se percató de que, desde el quicio de la puerta de un cafetín, le observaba un hombre vestido a la europea. Pero cuando Tarzán le miró, el hombre dio media vuelta y se introdujo en la choza de barro y techo bajo que era el café. Durante un segundo, Tarzán tuvo la fugazmente curiosa impresión de que el rostro o la figura de aquel sujeto le resultaba familiar. Pero no prestó ulterior interés al asunto.

La cabalgada hasta Aumale le resultó agotadora a Tarzán, cuyas experiencias ecuestres se habían limitado a un cursillo de equitación que siguió en un picadero parisiense. Así que nada más llegar a su destino se apresuró a buscar la comodidad de una cama en el Hotel Grossat, mientras los oficiales y la tropa se llegaban a sus alojamientos en el puesto militar.

Aunque despertaron a Tarzán a primera hora de la mañana siguiente, la compañía de espahís ya se había puesto en movimiento antes de que él hubiese terminado de desayunar. Comía a toda prisa para que los soldados no le sacasen demasiada ventaja cuando se le ocurrió lanzar un vistazo a través de la puerta que comunicaba el comedor con el bar del hotel.

Con gran sorpresa por su parte, vio allí a Gernois enzarzado en animada conversación con el individuo al que el día anterior descubrió observándole desde la puerta del cafetucho. No cabía el error porque aunque el hombre le daba la espalda, Tarzán detectó en él los mismos ademanes e idéntica figura extrañamente familiar.

Se demoraban sus ojos sobre la pareja cuando Gernois alzó la mirada y sorprendió la atenta expresión que reflejaba el semblante de Tarzán. En aquel momento, el desconocido estaba hablando en susurros, pero el oficial francés le interrumpió en seco y ambos

hombres se apartaron y salieron del campo visual del hombre-mono.

Aquel era el primer acto sospechoso que Tarzán había observado en lo que se refería al proceder de Gernois, pero tuvo la completa seguridad de que los dos hombres se habían marchado del bar sólo porque Gernois sorprendió a Tarzán mirándolos. Como además seguía viva la sensación de que el desconocido le resultaba ambiguamente familiar, en el ánimo del hombre-mono cobró aún más fuerza la idea de que allí había algo que merecía la pena espiar.

Al cabo de un momento, Tarzán pasó al bar, pero la pareja ya se había largado un rato antes y aunque salió a la calle, no los vio por ninguna parte. Sin embargo eso le sirvió de pretexto para recorrer varios establecimientos antes de partir en pos de la columna de espahís, que por entonces le había tomado una buena delantera. No los alcanzó hasta Sidi Aisa, donde los soldados habían hecho un alto de una hora, para descansar. Encontró a Gernois con la columna, pero ni rastro del desconocido.

Era día de mercado en Sidi Aisa y las numerosas caravanas de camellos procedentes del desierto, junto a las nutridas muchedumbres de árabes discutidores, despertaron en Tarzán un agobiante deseo de quedarse allí un día más para observar a aquellos hijos del desierto. De modo que la compañía de espahís se marchó aquella tarde sin él, hacia Bou Saada. Las horas que quedaban hasta el atardecer las dedicó Tarzán a dar vueltas por el mercado y sus aledaños acompañado de un joven árabe llamado Abdul, que le había recomendado el posadero como servidor e intérprete de toda confianza.

Tarzán compró un corcel algo mejor que el que había adquirido en Buira y, durante el tira y afloja del trato con el majestuoso árabe que se lo vendía, se enteró de que éste se llamaba Kadur ben Saden y era el jeque de una tribu del desierto establecida bastante al sur de Jilfah. Por medio de Abdul, Tarzán invitó a su nuevo amigo a cenar con él. Avanzaban entre las nubes de mercaderes, camellos, burros y caballos que inundaban con una babélica confusión de ruidos la plaza del mercado, cuando Abdul tiró de la manga de Tarzán.

—Mire, señor, a nuestra espalda —dijo Abdul, al tiempo que señalaba con el dedo a una figura que se apresuró a esconderse tras

un camello cuando Tarzán volvía la cabeza. Abdul añadió—: Ha estado siguiéndonos toda la tarde.

—Sólo he vislumbrado un árabe de chilaba azul marino y turbante blanco —dijo Tarzán—. ¿Te refieres a ése?

—Sí. Ha despertado mis recelos porque parece forastero, da la impresión de que lo único que tiene que hacer aquí es seguirnos, que no es tarea propia de un árabe honesto, y también porque baja la cabeza y oculta la cara, de forma que sólo se le pueden ver los ojos, unos ojos brillantes, eso sí. No debe de ser hombre decente, ya que, de serlo, dedicaría su tiempo a tareas más honrosas.

—En tal caso parece que se ha equivocado de rastro, Abdul —respondió Tarzán—, porque aquí nadie tiene agravio alguno contra mí. Esta es la primera visita que hago a tu país y nadie me conoce. No tardará en darse cuenta de su error y dejará de seguirnos.

—A menos que lo que pretenda sea robarnos —replicó Abdul.

—Entonces lo único que podemos hacer es aguardar a que intente ponernos las manos encima —se echó a reír Tarzán—, en cuyo caso te garantizo que se le van a quitar las ganas de robar, puesto que estamos alertas para darle una lección.

Y el hombre-mono apartó de su mente aquel tema, aunque no iba a tener más remedio que recordarlo pocas horas después, a causa de unos sucesos cuyo desencadenamiento fue inesperado.

Tras haber cenado opípara y satisfactoriamente, Kadur ben Saden se aprestó a despedirse de su anfitrión. Manifestó su amistad con palabras sinceras e invitó a Tarzán a que le visitase en sus silvestres territorios, donde aún podían encontrarse ejemplares de antílope, venado, jabalí, león y pantera en número suficiente para tentar y poner a prueba las virtudes de un cazador impetuoso.

Cuando el jeque se marchó, Tarzán y Abdul volvieron a pasear por las calles de Sidi Aisa. El hombre-mono no tardó en sentirse atraído por el estrépito que salía a través de la abierta entrada de uno de los numerosos *cafés maures* de la ciudad. Eran más de las ocho y, cuando entró Tarzán, el baile se encontraba en pleno apogeo. El local estaba rebosante de árabes. Todos fumaban y sorbían su cargado y caliente café.

Tarzán y Abdul encontraron un par de asientos hacia el centro de la sala, aunque el hombre-mono, tan amante del silencio, hubiese preferido un sitio algo más apartado del espantoso ruido

que arrancaban los músicos a sus tambores y flautas. Una atractiva *uled-nail* estaba interpretando su danza y, al descubrir entre el público un cliente vestido a la europea, olfateó una buena gratificación y lanzó su pañuelo de seda sobre el hombro de Tarzán. Obtuvo un franco.

Cuando otra bailarina la sustituyó en la pista, las brillantes pupilas de Abdul observaron que la primera conversaba con dos hombres en el fondo de la sala, cerca de la puerta lateral que conducía al patio interior, en cuya galería estaban los aposentos de las jóvenes que actuaban en aquel café.

Al principio no sospechó nada, pero al cabo de un momento vio por el rabillo del ojo que uno de los hombres movía la cabeza en dirección a ellos y que la muchacha dirigía una mirada furtiva a Tarzán. Luego, los árabes franquearon la puerta y se fundieron con la oscuridad del patio.

Cuando volvió a tocarle a la primera bailarina el turno de actuar, la joven se aproximó a Tarzán volanderamente y sus dulces sonrisas sólo tuvieron un destinatario exclusivo: el hombre-mono. Multitud de ojos oscuros pertenecientes a atezados hijos del desierto proyectaron sus miradas ceñudas sobre aquel alto y apuesto europeo, pero ni las sonrisas de la bailarina ni las miradas tenebrosas surtieron efecto visible alguno sobre Tarzán. La danzarina echó de nuevo su pañuelo de seda sobre el hombro del cliente y de nuevo recibió la moneda de un franco como recompensa. Al llevársela a la frente, de acuerdo con la costumbre de las de su clase, se inclinó hacia Tarzán y le susurró una rápida advertencia.

—Ahí fuera, en el patio, aguardan dos hombres —articuló a toda prisa en titubeante francés— dispuestos a hacerle daño, *monsieur*. En principio les prometí que le atraería a usted hacia allí, pero se ha portado muy bien conmigo y no puedo hacerle una jugada así. Márchese en seguida, antes de que descubran que les he engañado. Creo que son individuos de la peor calaña.

Tarzán dio las gracias a la muchacha, le aseguró que tendría mucho cuidado. Cuando acabó su número, la bailarina atravesó la puerta y salió al patio. Pero Tarzán no abandonó el café tal como le había aconsejado la muchacha.

No ocurrió nada fuera de lo normal durante media hora, al cabo

de la cual entró en el café un árabe malencarado y hosco. Tomó asiento cerca de Tarzán y empezó a poner de vuelta y media a los europeos, pero como pronunciaba tales insultos en su lengua materna Tarzán no pudo darse por enterado del propósito de aquellos comentarios hasta que Abdul tomó a su cargo la tarea de informarle.

—Este sujeto anda buscando gresca —advirtió Abdul—. No está solo. La verdad es que, en caso de jaleo, casi todos los que están aquí dentro se pondrán en contra de usted. Lo mejor que podríamos hacer es largarnos cuanto antes, señor.

—Pregunta a ese individuo qué es lo que quiere —ordenó Tarzán.

—Dice que el «perro cristiano» ha insultado a una *uled-nail* que le pertenece. Trata de armar camorra, *monsieur*.

—Asegúrale que no he insultado a ninguna *uled-nail*, ni a la suya ni a la de nadie, que me gustaría que se fuera de aquí y me dejase en paz. Que no quiero pelearme con él y que él tampoco tiene por qué hacerlo conmigo.

—Dice —explicó Abdul, después de transmitir al árabe las palabras de Tarzán— que, además de perro, es usted hijo de una perra y que su abuela fue una hiena. Y, de paso, que también es un embustero.

El altercado empezaba ya a atraer la atención de los que se encontraban en las proximidades y las risas despectivas que sucedieron al torrente de invectivas indicaron claramente hacia qué parte se inclinaban las simpatías de la mayor parte de los presentes.

A Tarzán no le hacía ninguna gracia que se rieran de él, como tampoco le gustaban los calificativos que le había aplicado el árabe, pero no mostró el menor asomo de indignación al levantarse del banco que ocupaba. Una semisonrisa curvaba sus labios, como si nada, pero un puño repentino y veloz fue a estrellarse en pleno rostro del ceñudo árabe. Respaldaba el puño toda la terrible potencia de los músculos del hombre-mono.

En el preciso instante en que el pendenciero dio con sus huesos en el piso del local, media docena de individuos de rostro patibulario y expresión feroz irrumpieron en la sala. Habían

permanecido en la calle, ante la puerta, aguardando aparentemente que les tocase el turno de entrar en el café. Se precipitaron directamente sobre Tarzán, al tiempo que vociferaban:

—¡Muerte al infiel!… ¡Abajo el perro cristiano!

Cierto número de árabes jóvenes, clientes del local, se pusieron en pie y se lanzaron al ataque del desarmado hombre blanco. Tarzán y Abdul tuvieron que retroceder hacia el fondo de la sala, obligados por la fuerza del número. El joven Abdul se mantuvo leal a quien le había contratado y, cuchillo en mano, combatía junto a él.

Los demoledores golpes del hombre-mono derribaban sin remedio a cuantos se ponían al alcance de sus poderosas manos. Luchaba serenamente, sin pronunciar palabra, con la misma semisonrisa que aleteaba en sus labios cuando lanzó al suelo al individuo que le insultaba. Parecía imposible que Abdul o él lograran sobrevivir a aquella marea homicida de espadas y puñales que los rodeaba, pero los atacantes eran tantos que se estorbaban unos a otros, lo que constituía un bastión que procuraba seguridad a los dos hombres. Aquella ululante masa humana era tan compacta que a sus integrantes les era imposible enarbolar y descargar las armas blancas y ninguno de aquellos árabes se atrevía a recurrir a las de fuego por miedo a herir a alguno de sus compatriotas.

Al final Tarzán consiguió echar mano a uno de los más empecinados atacantes. Le retorció el brazo, lo desarmó y luego, colocándoselo ante sí, a guisa de escudo humano, retrocedió poco a poco, junto a Abdul, hacia la puertecilla que daba paso al patio interior. Hizo una pausa momentánea en el umbral, levantó por encima de su cabeza al árabe, que no cesaba de batirse y forcejear, y lo arrojó hacia los agresores. Cayó de cara contra ellos como si lo hubiese disparado una catapulta.

Seguidamente Tarzán y Abdul salieron a la penumbra del patio. Las asustadas *uled-nails* se acurrucaban en lo alto de las escaleras que conducían a sus respectivas habitaciones. Las únicas luces del patio eran las tenues llamas de las velas que, con su misma cera, había pegado al paño de su puerta cada una de las muchachas, al objeto de medio iluminar los encantos que exponía a la vista de quienes pudieran atravesar el recinto.

No bien abandonaron la sala cuando ladró un revólver, cerca de

su espalda, entre las sombras de debajo de una escalera, y cuando dieron media vuelta para plantar cara a aquéllos nuevos enemigos, dos figuras enmascaradas se lanzaron hacia ellos, sin dejar de disparar. Tarzán les salió al encuentro. Un segundo después, el primero de tales atacantes yacía tendido en la pisoteada tierra del patio, desarmado y gemebundo, con una muñeca rota. El cuchillo de Abdul se hundió en un punto vital del segundo, que en el momento que caía apretó el gatillo de su revólver; el proyectil falló el blanco: la frente del fiel Abdul.

La horda enloquecida del café salía ya precipitadamente del local en persecución de su presa. Las bailarinas habían apagado sus velas, obedeciendo el grito de una de ellas, y la única claridad del patio era el tenue resplandor que salía por la puerta medio bloqueada del café. Tarzán empuñaba la espada del hombre abatido por el cuchillo de Abdul y aguardaba erguido la oleada de hombres que avanzaban hacia ellos a través de la oscuridad.

De pronto, una mano suave se apoyó en su hombro, por detrás, y una voz femenina le susurró:

—Rápido, *monsieur*, venga por aquí. Sígame.

—Vamos, Abdul —dijo Tarzán en voz baja—, sea cual fuere el sitio al que nos dirijamos, no será peor que seguir aquí.

La mujer se volvió y subió por la angosta escalera que terminaba a la puerta de su cuarto. Tarzán iba pisándole los talones. Vio las pulseras de oro y de plata que adornaban sus brazos desnudos, las sartas de monedas de oro que colgaban de los adornos del pelo y los llamativos colores de su vestido. Observó que era una
uled-nail
y comprendió instintivamente que se trataba de la misma que poco antes le había avisado.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera oyeron el alboroto que armaba la chusma que los buscaba abajo en el patio.

—Pronto subirán a registrar aquí —susurró la joven—. No deben encontrarle porque, aunque lucha usted con la fuerza de muchos hombres, al final le matarán. ¡Rápido! Descuélguese hasta la calle por la ventana del fondo de mi habitación. Antes de que descubran que no están en el patio, se encontrará usted a salvo en el hotel.

Pero mientras la muchacha hablaba varios árabes habían empezado a subir por la escalera en lo alto de la cual se hallaban.

Uno de los perseguidores lanzó un súbito grito de aviso. Habían dado con ellos. El asaltante que iba en cabeza subió los peldaños a toda prisa, pero se encontró arriba con una espada que no se había esperado: antes, su presa estaba sin armas.

A la vez que soltaba un alarido, el hombre cayó sobre los que subían tras él. Todos rodaron escaleras abajo como las piezas de un juego de bolos. La desvencijada y ruinosa estructura no pudo aguantar la tensión de aquella sobrecarga inesperada y se estremeció. Con un chirriante chasquido de madera que se rompe, se derrumbó bajo los pies de los árabes y Tarzán, Abdul y la muchacha se encontraron solos en el frágil rellano de tablas de la parte superior.

—¡Vamos! —apremió la
uled-nail
—. Llegarán hasta nosotros subiendo por la escalera de al lado y a través de la habitación contigua a la mía. No hay momento que perder.

En el instante en que entraban en el cuarto de la bailarina, Abdul oyó y tradujo las instrucciones que se daban abajo. Se ordenaba a varios hombres que salieran corriendo a la calle y cortaran la posibilidad de huida por allí.

—Ahora sí que estamos perdidos —dijo la muchacha simplemente.

—¿Estamos? —se extrañó Tarzán.

—Sí, *monsieur* —respondió ella—, me matarán a mí también. ¿Es que no le he ayudado?

Eso confería un aspecto distinto a la situación. Hasta entonces, Tarzán más bien había disfrutado con la emoción y los peligros de aquella refriega. Ni por un momento se le ocurrió suponer que Abdul o la muchacha pudieran sufrir el menor daño, a no ser a causa de algún accidente y él sólo había retrocedido lo justo para evitar que le matasen. No tenía intención alguna de huir hasta que viese que, de seguir allí, estaría irremisiblemente perdido.

De estar solo, podía lanzarse en medio de aquella apiñada turba y, atacando a la manera que lo hacía Numa, el león, infundiría tal pavor a los árabes que la huida iba a resultar facilísima. Pero ahora debía pensar en la seguridad de aquellos dos fieles amigos.

Se llegó a la ventana que daba a la calle. El enemigo estaría

abajo en cuestión de un minuto. Y a sus oídos llegó el estrépito que organizaban los que subían por la escalera de la habitación contigua… Sólo tardarían unos segundos en llegar a la puerta que Tarzán tenía a su espalda. Apoyó un pie en el antepecho y se asomó al exterior, pero no miró abajo. Comprobó que por encima de su cabeza, al alcance de la mano, estaba el bajo tejado del edificio. Llamó a la bailarina, que se situó a su lado. Tarzán pasó su robusto brazo alrededor de la joven, la levantó en peso y se la echó al hombro.

—Aguarda aquí hasta que te avise para subirte a pulso —aleccionó a Abdul—. Mientras tanto, aprovecha para adosar contra la puerta todo lo que encuentres… eso puede retrasarlos el tiempo suficiente.

A continuación, Tarzán subió al alféizar de la estrecha ventana, con la joven sobre los hombros.

—¡Sujétese bien! —le advirtió.

Segundos después se encontraba en lo alto del tejado, al que había subido con la facilidad y destreza de un simio. Tras depositar a la bailarina en la cubierta, se asomó por el borde y llamó a Abdul en voz baja. El joven árabe corrió a la ventana.

—Dame la mano —bisbiseó Tarzán.

Los individuos que estaban en la habitación de al lado aporreaban furiosamente la puerta. Ésta se hundió hacia adentro con estrepitoso chasquido de madera astillada, en el mismo instante en que Abdul se veía izado como una pluma hacia la cubierta del edificio. Justo a tiempo, porque la canallesca masa irrumpió en el cuarto que acababan de abandonar mientras una docena más de perseguidores doblaban la esquina de la calle y corrían a situarse al pie de la ventana de la muchacha.

VIII

ESCARAMUZA EN EL DESIERTO

EN CUCLILLAS sobre el tejado, encima de los alojamientos de las *uled-nails*, oyeron las iracundas maldiciones que los árabes soltaban en la habitación situada debajo. A intervalos, Abdul le iba traduciendo a Tarzán lo que decían.

—Están reprochando a los de la calle el que nos hayan dejado escapar tan fácilmente —explicó Abdul—. Los de abajo dicen que por allí no pudimos huir… que continuamos en el edificio y que los de la habitación no son más que un hatajo de cobardes que, al no tener agallas para atacarnos, intentan engañarlos haciéndoles creer que hemos escapado. Como sigan discutiendo así, no tardarán en pasar a mayores.

En aquel momento, los del edificio renunciaron a la búsqueda y volvieron al café. En la calle se quedaron unos cuantos árabes, charlando y fumando.

Tarzán dio las gracias a la muchacha por haberse arriesgado tanto por él, un perfecto desconocido.

—Me cayó bien —dijo la bailarina sencillamente—. Es distinto a los clientes habituales del café. No me habló con brusquedad… y la forma en que me pasó el dinero no fue en modo alguno humillante.

—Después de esta noche, ¿qué va a hacer? —preguntó Tarzán—. No puede volver al café. Si se queda en Sidi Aisa, ¿no correrá peligro?

—Mañana, todo esto se habrá olvidado —respondió la bailarina —. Pero me alegraría infinito si no tuviese que actuar nunca más ni en ese café ni en ningún otro. No estaba en él por mi gusto; me tenían prisionera.

—¿Prisionera? —exclamó Tarzán, incrédulo.

—Esclava sería la palabra más adecuada —repuso ella—. Una banda de merodeadores me raptó una noche en el aduar de mi padre. Me trajeron aquí y me vendieron al árabe propietario del café. Hace cerca de dos años que no veo a nadie de mi pueblo. Viven muy lejos, hacia el sur. Ninguno de los míos viene nunca a Sidi Aisa.

—¿Le gustaría volver con su pueblo? —preguntó Tarzán—. En tal caso puedo prometerle que la llevaré sana y salva por lo menos hasta Bou Saada. Es muy posible que pueda llegar a un acuerdo con el comandante del puesto militar para que le proporcione los medios precisos que le permitan cubrir el resto del camino.

—¡Oh, *monsieur*! —se exaltó la joven— ¿cómo podré pagárselo? No es posible que esté usted dispuesto a hacer todo eso por una pobre
uled-nail
. Pero mi padre le recompensará, desde luego, porque ¿no es un gran jeque? Se llama Kadur ben Saden.

—¡Kadur ben Saden! —exclamó Tarzán—. ¡Pero si Kadur ben Saden está en Sidi Aisa esta misma noche! Precisamente cenó conmigo hace pocas horas.

—¿Mi padre en Sidi Aisa? —gritó la asombrada danzarina—. ¡Alabado sea Alá! ¡Ahora sí que estoy salvada!

—¡Chissst! —avisó Abdul—. Escuchen.

Llegaba de abajo ruido de voces que, en el tranquilo aire de la noche, eran claramente audibles. Tarzán no entendía las palabras,

pero Abdul y la muchacha se las fueron traduciendo.

—Ya se han ido —comentó la bailarina—. Es a usted a quien quieren, *monsieur*. Uno de ellos dijo que el extranjero que les ofreció dinero para que le mataran a usted se encuentra ahora en casa de Akmed din Sulef, con una muñeca rota, pero que ahora ha ofrecido una recompensa todavía más sustanciosa a quien se embosque en la carretera de Bou Saada, al acecho, y le asesine a usted cuando pase por allí.

—Es el que estuvo siguiendo a *monsieur* hoy en el mercado —exclamó Abdul—. Y he vuelto a verle dentro del café… A él y a otro. Y los dos salieron al patio interior después de hablar con la chica aquí presente. Son los que le atacaron y dispararon contra usted cuando salió del local. ¿Por qué querrán matarle, *monsieur*?

—No lo sé —contestó Tarzán. Luego, tras una pausa, añadió—: A menos que…

Pero se interrumpió, porque la idea que había acudido a su cerebro, con todo y representar la explicación razonable del misterio, parecía al mismo tiempo carente de toda probabilidad.

Los hombres que habían permanecido en la calle acabaron por marcharse. El patio y el café estaban ya desiertos. Cautelosamente, Tarzán descendió hasta el alféizar de la ventana de la joven. El cuarto estaba vacío. Regresó al tejado, ayudó a Abdul a bajar y luego descolgó a la muchacha hasta dejarla en brazos del árabe.

Desde la ventana, Abdul cubrió de un salto la escasa altura que le separaba del suelo, mientras Tarzán cogía en brazos a la bailarina y saltaba también, como tantas veces hiciera en la selva cuando iba cargado. A la muchacha se le escapó un leve grito, pero Tarzán aterrizó en la calle con una sacudida imperceptible y la depositó sana y salva en el suelo.

Ella se le aferró durante unos segundos.

—¡Qué fuerte es usted, *monsieur*! ¡Y qué ágil! —se admiró—. *El adrea*, el león negro, no es tan fuerte y ágil como usted.

—Me gustaría conocer a ese *adrea* suyo —manifestó Tarzán—. He oído hablar mucho de él.

—Pues si va al aduar de mi padre, lo verá —repuso la muchacha —. Vive en las estribaciones de las montañas situadas al norte de nuestro poblado y por las noches baja de su cubil para pillar lo que puede en el aduar de mi padre. Es capaz de aplastar con un solo

zarpazo la testuz de un toro y ¡pobre del viajero que se tropiece con *el adrea* por la noche!

Llegaron al hotel sin ningún contratiempo. El adormilado hotelero se negó en redondo a enviar a alguien en busca de Kadur ben Saden, por lo menos hasta la mañana siguiente, pero una moneda de oro dio un aspecto radicalmente distinto a la cuestión y, momentos después, un botones del establecimiento iniciaba el recorrido de las hosterías y posadas de la ciudad que contaban con más probabilidades de ofrecer compañía agradable a un jeque del desierto. Tarzán juzgó indispensable encontrar al padre de la muchacha aquella misma noche, no fuera caso que el hombre emprendiera el regreso a sus lares demasiado temprano para que fuera posible interceptarle.

Llevaban esperando cosa de media hora cuando regresó el botones acompañado de Kadur ben Saden. El anciano jeque entró en la estancia con una expresión interrogadora en su altanero semblante.

—*Monsieur* me ha hecho el honor de… —empezó, pero sus ojos cayeron sobre la muchacha. El hombre atravesó la habitación con los brazos extendidos. Exclamó—: ¡Hija mía! ¡Alá es misericordioso!

Y las lágrimas empañaron los marciales ojos del viejo guerrero.

Cuando concluyó el relato del secuestro y rescate final de su hija, Kadur ben Saden tendió la mano a Tarzán.

—Suyo es, amigo mío, cuanto posee Kadur ben Saden, incluida la vida.

Lo dijo con sencilla naturalidad, pero Tarzán sabía que no eran palabras ociosas.

Se decidió que, aunque los tres cabalgasen prácticamente sin haber dormido nada, sería mejor partir temprano, a primera hora de la mañana, e intentar cubrir todo el trayecto hasta Bou Saada en una sola jornada. Ello sería relativamente fácil para los hombres, pero a la muchacha le resultaría un viaje en extremo fatigoso.

Sin embargo, la joven era la que más deseosa se mostraba de emprender la marcha, puesto que no veía la hora de encontrarse entre sus familiares y amigas, de quienes llevaba separada dos años.

A Tarzán le pareció que no había hecho más que cerrar los párpados cuando ya volvían a despertarlo y, una hora después, la partida se encontraba en marcha, rumbo al sur, camino de Bou

Saada. Disfrutaron durante unos cuantos kilómetros de una buena carretera, lo que les permitió adelantar bastante, pero el terreno se convirtió repentinamente en un desierto de arena, donde los caballos hundían los cascos hasta el menudillo casi a cada paso. Además de Tarzán, Abdul, el jeque y su hija componían la expedición cuatro fieros beduinos de la tribu de Kadur ben Saden que acompañaban a éste en su viaje a Sidi Aisa. De forma que, disponiendo de siete rifles, poco les asustaba la posibilidad de un ataque a pleno día y, si todo iba bien, llegarían a Bou Saada antes de la caída de la noche.

Un fuerte viento levantó nubes de arena del desierto que los envolvieron y dejaron a Tarzán con los labios resecos y cuarteados. Lo poco que conseguía distinguir de aquella región distaba mucho de parecerle atractivo: una amplia extensión de terreno accidentado, de ondulantes altozanos estériles, en los que crecían aquí y allá bosquecillos de arbustos o grupos de matorrales resecos. Hacia el sur, a lo lejos, se vislumbraba la tenue línea quebrada de la cordillera del Atlas sahariano. ¡Qué diferente era aquella tierra de la espléndida y exuberante África de su infancia y juventud!, pensó Tarzán.

Siempre ojo avizor, Abdul miraba hacia atrás con tanta perseverancia como hacia adelante. En la cima de cada cerro que coronaban, detenía su montura, daba media vuelta y examinaba el paisaje con la máxima atención. Al final, su escrutinio obtuvo recompensa.

—¡Miren! —exclamó—. Llevamos seis jinetes a nuestra espalda.

—Sus amigos de anoche, sin duda, *monsieur* —comentó secamente Kadur ben Saden, dirigiéndose a Tarzán.

—Sin duda —confirmó el hombre-mono—. Lamento que mi compañía represente un peligro para usted en este viaje. En el primer pueblo que encontremos en nuestro camino me quedaré para hacerles unas preguntas a esos caballeros, mientras ustedes continúan. No tengo ninguna necesidad de llegar esta noche a Bou Saada y menos aún si mi presencia impide que sigan cabalgando ustedes en paz.

—Si se queda, nosotros también nos quedaremos —dijo Kadur ben Saden—. Permaneceremos a su lado hasta que se encuentre a salvo con sus amigos o hasta que su enemigo haya abandonado la

persecución. No hay más que hablar.

Lo único que hizo Tarzán fue asentir con la cabeza. Era hombre de pocas palabras y tal vez fuera esa la razón, más que cualquier otra, por la que le resultaba tan simpático a Kadur ben Saden, ya que si hay algo que un árabe desprecie es un hombre parlanchín.

Abdul se pasó el resto de la jornada lanzando vigilantes miradas a los jinetes que les seguían, los cuales se mantenían siempre a la misma distancia, aproximadamente. En ninguno de los altos que hicieron para descansar, y en el más prolongado del mediodía, trataron de acercarse a ellos.

—Aguardan la oscuridad de la noche —dictaminó Kadur ben Saden.

Y la noche cayó antes de que llegaran a Bou Saada. La última mirada que lanzó Abdul hacia las torvas figuras de chilaba blanca que les seguían, poco antes de que el crepúsculo concluyera en negruras e impidiese distinguirlas, le permitió comprobar que reducían rápidamente la distancia que los separaba. O sea, que parecían dispuestos a provocar la lucha. Comunicó a Tarzán tal circunstancia, en voz baja, porque no deseaba alarmar a la muchacha. El hombre-mono se rezagó un poco para situarse junto a Abdul.

—Seguirás adelante con los demás, Abdul —dijo Tarzán—. Esta lucha es cosa mía. Esperaré en el primer lugar propicio que encuentre y preguntaré a esos sujetos qué es lo que pretenden.

—En tal caso, Abdul esperará junto a usted —respondió el joven árabe, con una determinación que ni órdenes ni amenazas lograron torcer.

—Muy bien, pues —accedió Tarzán—. Precisamente aquí tenemos un punto que nos viene al pelo, no podríamos desearlo mejor. La cima de este altozano está sembrada de peñascos. Nos apostaremos entre las rocas y surgiremos ante esos caballeros cuando aparezcan.

Detuvieron sus monturas y echaron pie a tierra. Los demás continuaron su camino y al cabo de un momento la oscuridad se los había engullido. Relucían en la distancia las luces de Bou Saada. Tarzán sacó el rifle de su funda y aflojó la correa que sujetaba el revólver en la pistolera. Ordenó a Abdul que se adentrara entre las peñas con los caballos, para ponerse a salvo de los proyectiles

enemigos, caso de que llegara a producirse un tiroteo. El joven árabe fingió obedecer, pero una vez tuvo atados los dos caballos a un arbusto, volvió arrastrándose sobre el vientre y se situó a unos pasos detrás del hombre-mono.

Tarzán se plantó en medio de la carretera y aguardó erguido la llegada de los que le seguían. No tuvo que esperar mucho. Un repentino tableteo de cascos de caballos al galope atravesó la negrura nocturna y al cabo de un momento distinguió unas manchas borrosas en movimiento, más claras que el tenebroso telón de fondo de la noche, sobre el que destacaban.

—¡Alto! —advirtió—. ¡Alto o abrimos fuego!

Las figuras blancas frenaron en seco y el silencio imperó durante unos instantes. A continuación se produjo el bisbiseo de una apresurada consulta secreta y, como sombras, los fantasmales jinetes se dispersaron en todas direcciones. La calma silenciosa del desierto envolvió de nuevo a Tarzán, pero era una quietud ominosa que no presagiaba nada bueno.

Abdul se incorporó sobre una rodilla. Tarzán aguzó el oído y el largo adiestramiento en la selva le permitió captar el rumor de caballos que se acercaban calladamente por la arena desde el este, el norte, el oeste y el sur, para converger sobre él. Le habían rodeado.

Sonó bruscamente un disparo, en la dirección que miraba Tarzán, y el proyectil pasó silbando por encima de la cabeza del hombre-mono, que disparó a su vez, apuntando al fogonazo del arma enemiga.

Inmediatamente, el silencio del desierto saltó hecho añicos bajo el impacto del retumbante repiqueteo de las armas que empuñaban los hombres. Abdul y Tarzán hacían sus disparos apuntando a las llamaradas de los atacantes… A éstos aún no podían verlos. En seguida quedó patente que los agresores los tenían cercados e iban aproximándose cada vez más, envalentonados al comprender la inferioridad numérica de los que les plantaban cara.

Pero uno de los asaltantes cometió el error de acercarse más de lo aconsejable, dado que Tarzán estaba acostumbrado a sacarle provecho a los ojos en la oscuridad de la selva virgen, la más intensa que se conoce a este lado de la tumba y, al tiempo que un alarido de dolor mortal surcaba el aire, la silla de una cabalgadura

quedó libre de jinete.

—Empezamos a igualar la partida —comentó Tarzán con una risita.

Pero aún se encontraban en franca desventaja, y cuando, a la señal del que los dirigía, los cinco jinetes restantes se lanzaron a la carga todos a una, pareció que la batalla iba a concluir en un dos por tres. Tarzán y Abdul retrocedieron y, en dos saltos, se colocaron al abrigo de unos peñascos cuya protección les permitió mantener a raya a los enemigos que tenían enfrente. Un ensordecedor repicar de cascos lanzados al galope, una descarga cerrada por ambas partes y los árabes se retiraron para repetir la maniobra. Pero ya sólo eran cuatro contra dos.

Durante unos instantes, de las tinieblas que los rodeaban no llegó sonido alguno. Tarzán no podía saber si los árabes, en vista de las bajas sufridas, abandonaban la lucha, o si les estarían esperando en algún otro punto del camino, más adelante, para volverles a atacar cuando pasasen por allí camino de Bou Saada. Pero sus dudas se disiparon rápidamente, porque en seguida se produjo el ruido de una nueva carga, que llegaba de una sola dirección. Sin embargo, apenas había descargado el primer rifle atacante cuando una docena de disparos repercutieron detrás de los árabes. Atravesaron la noche los gritos de los integrantes de una nueva partida que se sumaba al combate y el resonar de los cascos de varios caballos que llegaban por la carretera de Bou Saada.

Los árabes decidieron que no era oportuno quedarse allí para averiguar la identidad de los recién llegados. Con una andanada de despedida, al tiempo que pasaban precipitadamente junto a la posición defendida por Tarzán y Abdul, se lanzaron a galope tendido rumbo a Sidi Aisa. Momentos después Kadur ben Saden y sus hombres llegaban hasta Tarzán.

El anciano jeque se sintió muy aliviado al comprobar que ni Tarzán ni Abdul habían recibido el más leve arañazo. Ni siquiera sus corceles resultaron heridos. Examinaron los alrededores, en busca de los árabes abatidos por los disparos de Tarzán y, al ver que ambos estaban muertos, los dejaron donde estaban.

—¿Por qué no me dijo que tenía intención de tender una emboscada a esos individuos? —preguntó, dolido, el jeque—. De habernos quedado aquí todos nosotros, entre los siete no habríamos

dejado vivo a ninguno de esos criminales.

—Entonces detenernos hubiera sido inútil; no nos habrían atacado al ver que teníamos rocas para protegernos —repuso Tarzán—, y si hubiésemos seguido cabalgando hacia Bou Saada, habrían acabado por decidirse a hacerlo, en cuyo caso todos nosotros tal vez nos habríamos visto complicados en la escaramuza. Para evitar que sucediera eso y que una responsabilidad exclusivamente mía recayese sobre todos, decidí esperar en este punto, con Abdul, para preguntar a esos individuos qué buscaban. Tenga en cuenta también que su hija va con nosotros… y no podía consentir que, por mi culpa, la muchacha se viera innecesariamente expuesta a servir de blanco a las armas de fuego de esos hombres.

Kadur ben Saden se encogió de hombros. No le gustaba que le hubieran dado esquinazo, apartándolo falazmente de una refriega.

La escaramuza había tenido lugar tan cerca de Bou Saada que el tiroteo atrajo una compañía de soldados. Tarzán y su grupo se encontraron con ellos justo a la salida de la ciudad. El oficial que iba al mando les dio el alto y quiso saber qué significaban aquellos disparos que había oído.

—Una banda de merodeadores —respondió Kadur ben Saden—. Atacaron a dos miembros de nuestra partida que se quedaron rezagados, pero cuando volvimos, los asaltantes se dispersaron a toda prisa. Dejaron dos cadáveres. Por nuestra parte, ni un herido.

La explicación pareció dejar satisfecho al oficial y, tras tomar el nombre de los componentes de la partida de Kadur ben Saden, se alejó a la cabeza de sus hombres hacia el lugar donde se había desarrollado la contienda, a fin de hacerse cargo de los dos muertos para identificarlos, si ello era posible.

Dos días después, Kadur ben Saden, con su hija y la comitiva, partió hacia el sur, a través del paso de Bou Saada, rumbo a su aduar en la distante región desértica. El jeque insistió para que Tarzán le acompañase y la muchacha unió sus ruegos a los del padre, pero, aunque no podía explicárselo a ellos, lo cierto era que los sucesos de las últimas jornadas habían hecho perder bastante tiempo a Tarzán, que ya no podía seguir demorando el cumplimiento de las obligaciones de la misión oficial en la que estaba comprometido. A pesar de todo, prometió al jeque que le visitaría más adelante, en cuanto se le presentara una ocasión

propicia, promesa con la que todos tuvieron que conformarse.

Tarzán se pasó prácticamente la totalidad de esos dos días con Kadur ben Saden y su hija. Le interesaba mucho aquella raza de soberbios y dignos guerreros y Tarzán aceptó de mil amores la ocasión que le brindaba su amistad para asimilar cuanto pudiese de su vida y costumbres. Incluso empezó a aprender los rudimentos de su lenguaje bajo la agradable tutoría de la hermosa joven de ojos castaños. Los acompañó hasta el paso, los despidió con auténtico pesar y permaneció largo rato en la silla; estuvo contemplándolos hasta que se perdieron de vista en la lejanía.

¡Eran personas afines a su forma de ser, sentir y pensar! Su existencia dura y montaraz, cuajada de peligros y situaciones difíciles, cautivaba a aquel hombre semisalvaje como no había logrado hechizarle en absoluto el delicado estilo de vida que encontró en las grandes ciudades civilizadas que había visitado. En aquella parte de África la vida era incluso más atractivamente arriesgada que en la jungla… y contaba con la compañía de seres humanos, hombres de verdad a los que podía honrar y respetar y, además, se hallaba en contacto directo con la naturaleza que tanto le seducía. Le rondaba por la cabeza la idea de que, cuando hubiese cumplido su misión, renunciaría al empleo y regresaría allí para pasar el resto de sus años en la tribu de Kadur ben Saden.

Por último, volvió grupas y cabalgó despacio en dirección a Bou Saada.

La parte delantera del *Hótel du Petit Sahara*, donde Tarzán se hospedaba en Bou Saada, la ocupaban el bar, dos comedores y la cocina. Los comedores comunicaban directamente con el bar. Uno de ellos estaba reservado en exclusiva para los oficiales de la guarnición. Desde el bar, si uno lo deseaba, podía ver el interior de ambos comedores.

En el bar hizo un alto Tarzán, tras haber dicho adiós a Kadur ben Saden y su partida. Era muy temprano, porque Kadur ben Saden quiso emprender la marcha al amanecer, de modo que cuando Tarzán regresó al hotel los huéspedes aún estaban tomando su desayuno.

Cuando su indiferente mirada vagó por el comedor de los oficiales, Tarzán captó de pronto algo que llenó sus ojos de interés. El teniente Gernois estaba sentado a una mesa y, mientras el

hombre-mono contemplaba la escena, un árabe de blanca chilaba se acercó al teniente, se inclinó sobre él y le susurró unas palabras. Luego salió del edificio por otra puerta.

En sí mismo, aquel detalle pudiera carecer de importancia, pero cuando el árabe se inclinó para hablar al oficial, Tarzán vislumbró algo que fugazmente dejó al descubierto la chilaba del hombre: llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

IX

NUMA *EL ADREA*

EL MISMO día en que Kadur ben Saden emprendió su cabalgada hacia el sur, la diligencia del norte llevó a Tarzán una carta de D'Arnot reexpedida desde Sidi-bel-Abbes. La carta abrió una herida que a Tarzán le hubiera gustado mantener cerrada y olvidada. Sin embargo, no lamentaba que D'Arnot le hubiese escrito, porque al menos uno de los asuntos que exponía la misiva no dejaba de interesar al hombre-mono. Decía:

Querido Jean:

Después de mi última carta he tenido que ir a Londres por cuestiones de negocios. Sólo estuve allí tres días. En el curso del primero me tropecé —lo que se dice inopinadamente— en Henrietta Street con un viejo amigo tuyo. Ni por lo más remoto te imaginarías quién es. Pues, ni más ni menos que el señor don

Samuel T. Philander.

Es cierto. Veo la expresión de incredulidad que ha aparecido en tu cara. Se empeñó en que le acompañase al hotel donde se hospedaba, y allí encontré a todos los demás: el profesor Arquímedes Q. Porter, la señorita Porter y aquella gigantesca negra, la doncella de la señorita Porter, Esmeralda me parece recordar que se llama. Mientras estaba allí, llegó Clayton. Van a casarse pronto, por no decir ya mismo, y sospecho que recibiremos la participación de boda cualquier día de estos. Debido a la muerte del padre de Clayton, va a ser una ceremonia discreta, íntima, a la que sólo asistirán los familiares directos.

Cuando estaba a solas con el señor Philander, el hombre se puso en plan más bien confidencial. Me contó que la señorita Porter ya había aplazado la boda en tres ocasiones distintas. Al señor Philander, según me dijo, le parece que la muchacha no tiene precisamente unas ganas locas de casarse con Clayton, pero todo indica que esta vez va a llegar hasta el final.

Naturalmente, todos me preguntaron por ti, pero respeté tus deseos en cuanto a tu verdadero origen y me limité a hablarles de tus presentes actividades.

La señorita Porter se mostró especialmente interesada en cuanto yo pudiera explicarle sobre tu persona y me formuló una barbaridad de preguntas. Me temo que disfruté lo mío, lo que no es digno de un caballero, exponiendo con mi más colorista elocuencia tu deseo y determinación de volver, tarde o temprano, a tu jungla natal. Luego me arrepentí, porque a la muchacha pareció producirle auténtica angustia imaginarse los espantosos peligros a los que quieres regresar. «Y sin embargo», comentó la señorita Porter, «no sé… Hay destinos más infaustos que los que pueda plantear a *monsieur* Tarzán la terrible y feroz selva virgen. Al menos, no tendrá remordimientos de conciencia. Y allí no faltan durante el día momentos de quietud, paz y sosiego, además de tener unas vistas de belleza sensacional. Es posible que le extrañe que diga cosas así, puesto que he vivido experiencias escalofriantes en aquella floresta aterradora, pero la verdad es que hay momentos en que anhelo volver, porque no dejo de tener presente que disfruté allí de los instantes más felices de mi vida».

Mientras hablaba, su rostro tenía una expresión de indescriptible tristeza, lo que me indujo a pensar que estaba enterada de que yo conocía su secreto y que tal expresión acongojada era su modo de indicarme que te transmitiera un mensaje de su parte: el de que tu recuerdo tenía un santuario en su corazón, aunque éste perteneciese a otro. Cuando tú eras el protagonista de la conversación, Clayton no disimuló la incomodidad y nerviosismo que sentía. Su rostro denotaba angustiada preocupación. Lo que no fue óbice para que manifestara un bondadoso interés acerca de cómo te iban las cosas. Me pregunto si sospechará la verdad acerca de ti.

Tennington entró con Clayton. Son grandes amigos, ya sabes. Tennington se disponía a zarpar en su yate, con ánimo de llevar a cabo uno de sus interminables cruceros, y trataba de convencer a los demás para que se enrolaran en la travesía. También trató de liarme a mí. Esta vez tiene intención de circunnavegar el continente de África. Le contesté que lo más probable es

que, como no se le quite de la cabeza la idea de que su bonito juguete flotante no es ni un acorazado ni un transatlántico, el día menos pensado le va a llevar, a él y a algunos de sus amigos, al fondo del océano.

Regresé a París anteayer y ayer encontré en las carreras a los condes De Coude. Me preguntaron por ti, claro. El conde parece tenerte un tremendo afecto. No da la impresión de guardarte rencor alguno, sino todo lo contrario. Olga está tan radiante de belleza como siempre, aunque parece un poco deprimida. Supongo que sus breves relaciones contigo le enseñaron una lección que no olvidará mientras viva. Para ella, y para su esposo, desde luego, fue una suerte que se tratara de ti y no de otro individuo menos caballeroso. Me temo que si hubieras galanteado a Olga no habría habido esperanza para ninguno de los dos.

Me encargó que te dijese que Nicolás ha abandonado Francia. Ella le pagó veinte mil francos para que se fuera y no volviese. Se felicita por haberse desembarazado de él antes de que Nicolás intentase cumplir la amenaza que le hizo de matarte a la primera ocasión que se le presentara. Me contó también que le horrorizaba la posibilidad de que te mancharas las manos con la sangre de Nicolás. Te aprecia mucho y no se recató en reconocerlo delante del conde. No pareció que se le pudiera pasar por la cabeza la idea de que existiese probabilidad alguna de que un ulterior encuentro entre Nicolás y tú pudiese tener otro resultado que la muerte del ruso. En eso, el conde se mostró de acuerdo con ella. De Coude añadió que para acabar contigo haría falta un regimiento de Rokoff. Tus cualidades le inspiran un respeto de lo más saludable.

Me han vuelto a destinar a mi antiguo buque. Zarpa de El Havre dentro de dos días, con órdenes secretas. Si diriges la carta al buque, tarde o temprano me llegará. En cuanto se me presente otra oportunidad volveré a escribirte.

Tu sincero amigo,
Paul D'Arnot

—Me temo —pensó Tarzán a media voz— que Olga ha tirado veinte mil francos por la ventana.

Releyó varias veces la parte de la misiva que aludía a la conversación de
D'Arnot
con Jane Porter. De aquellos párrafos dimanaba para él una dicha más bien patética, pero eso era mejor que no tener dicha de ninguna clase.

Las tres semanas siguientes transcurrieron sin acontecimientos fuera de lo normal. Tarzán vio varias veces al árabe misterioso, y en una de ellas le observó intercambiando unas palabras con el teniente Gernois. Sin embargo, aunque puso todo su atento interés en espiarle y seguirle, el hombre-mono no logró determinar el

alojamiento del árabe, una dirección que a Tarzán le hubiera gustado sobremanera descubrir.

Desde el episodio en el comedor del hotel de Aumale, Gernois, nunca cordial, se mantuvo siempre a distancia de Tarzán. En las contadas ocasiones en que ambos coincidieron en algún punto o reunión, el teniente se mostró francamente hostil.

Para mantener las apariencias del papel que representaba, Tarzán dedicó una cantidad considerable de su tiempo a la actividad cinegética por las proximidades de Bou Saada. Se pasaba días enteros en las laderas de los montes, buscando ostensiblemente gacelas. Pero si alguna vez se encontraba con alguno de esos hermosos animales, lo dejaba escapar sin molestarse siquiera en sacar el rifle de la funda. El hombre-mono era incapaz de sacrificar, por simple deporte, a la más inocente, inerme e indefensa de las criaturas de Dios, por el mero placer de matar.

En realidad, Tarzán nunca había matado «por placer», como tampoco encontró nunca placer alguno en el acto de matar. Lo que le encantaba era la alegría del juego limpio de la lucha…, el éxtasis de la victoria. Y el éxito en la caza practicada para conseguir alimento, la competencia entre la habilidad y la astucia de uno y la astucia y la habilidad de otro. Pero salir de una ciudad en la que había alimento de sobra para abatir a tiros a una preciosa gacela de dulces ojos… ¡Ah, eso resultaba todavía más cruel que asesinar a sangre fría a un semejante! Tarzán no estaba dispuesto a hacer una cosa así, de forma que salía a cazar en solitario para que nadie fuese testigo de la impostura que llevaba a cabo.

Y una vez, debido probablemente a su costumbre de ir solo, a punto estuvo de perder la vida. Cabalgaba a paso lento por el fondo de un barranco cuando retumbó un disparo a su espalda, no muy lejos, y un proyectil atravesó el casco con que se cubría la cabeza. Aunque dio media vuelta instantáneamente y subió al galope hasta lo alto de la colina, no vio ni rastro de enemigo alguno, como tampoco se tropezó con ningún ser humano hasta llegar a Bou Saada.

—Sí —monologó mientras recordaba el suceso—, verdaderamente Olga ha tirado veinte mil francos por la ventana.

Aquella noche el capitán Gerard le había invitado a cenar.

—¿No se dio muy bien la montería? —preguntó el oficial.

—No —respondió Tarzán—, por estos andurriales, las piezas son muy asustadizas y lo cierto es que tampoco me seduce mucho matar pájaros o antílopes. Creo que me aventuraré por el sur y probaré a ver si me echo a la cara alguno de esos leones argelinos suyos.

—¡Estupendo! —exclamó el capitán—. Precisamente mañana nos ponemos en marcha rumbo a Jilfah. Por lo menos hasta allí gozará de nuestra compañía. Se nos ha ordenado, al teniente Gernois y a mí, con cien hombres, que patrullemos por la región del sur, donde los merodeadores están haciendo de las suyas y creando bastantes problemas. Es posible que tengamos el placer de cazar juntos ese león… ¿Qué me dice?

Tarzán se sintió más que complacido, y no dudó en confesarlo: pero el capitán se hubiera asombrado lo suyo de conocer el verdadero motivo de la satisfacción del hombre-mono. Gernois estaba sentado frente a Tarzán. A él no pareció alegrarle tanto la invitación del capitán.

—Comprobará que la caza del león es mucho más emocionante que disparar sobre una gacela —comentó el capitán Gerard—. Y más peligrosa.

—El tiro a la gacela también entraña sus peligros —repuso Tarzán—. En especial cuando uno va solo. Lo descubrí hoy mismo. También he comprobado que aunque la gacela sea el más tímido de los animales, no es el más cobarde.

Tras sus palabras, en la mirada que dirigió a Gernois no puso más que indiferencia, ya que no deseaba que el hombre supiera que recelaba de él, ni que lo sometía a vigilancia, al margen de lo que pudiera pensar. Sin embargo, el efecto del comentario del hombre-mono sobre el oficial acaso pudiera indicar su relación con, o su conocimiento de, ciertos sucesos recientes. Tarzán observó que una especie de tenue sonrojo mate ascendía desde la base del cuello de Gernois. Se sintió satisfecho y cambió rápidamente de conversación.

A la mañana siguiente, cuando la columna partió de Bou Saada hacia el sur, media docena de árabes cerraban la marcha.

—No forman parte del destacamento —contestó Gerard, en respuesta a la pregunta de Tarzán—. Simplemente se han sumado a nosotros como compañeros de viaje.

Desde su llegada a Argelia, Tarzán había aprendido lo suficiente acerca del carácter de los árabes como para comprender que aquella

no era la auténtica razón, puesto que al árabe no le gustaba precisamente la compañía del extranjero y si ese extranjero eran soldados franceses, todavía menos. De modo que sus sospechas cobraron vida y decidió no perder de vista a aquella partida que marchaba tras la columna, a unos cuatrocientos metros de distancia. Pero ni siquiera durante los altos en el camino de las tropas se acercaron los árabes lo bastante como para que Tarzán pudiese darse el gusto de examinarlos a fondo.

Llevaba largo tiempo convencido de que tras su pista había asesinos mercenarios y tampoco albergaba grandes dudas de que en el fondo de aquella conjura estaba Rokoff. Lo que no llegaba a determinar con precisión era si tal seguimiento se debía al afán de venganza del ruso, por las veces que le había humillado y desbaratado sus planes, o si aquello estaba relacionado de alguna manera con la misión de Tarzán relativa a las andanzas de Gernois. En el caso de tratarse de esta última posibilidad, lo que parecía bastante probable dada la evidencia de que Gernois desconfiaba de él, Tarzán tendría entonces que contender con dos enemigos poderosos. Las zonas salvajes de Argelia hacia donde se encaminaban brindarían numerosas oportunidades para eliminar a cualquier adversario silenciosamente y sin despertar sospechas.

Después de acampar dos días en Jilfah, la columna reanudó la marcha en dirección suroeste, al llegarles noticias de que bandas de merodeadores actuaban en aquella región contra las tribus que tenían establecidos sus aduares al pie de las montañas.

El reducido grupo de árabes que les había acompañado desde Bou Saada desapareció repentinamente la misma noche en que se dio la orden de prepararse para salir de Jilfah a la mañana siguiente. Tarzán interrogó discretamente a algunos soldados, pero nadie supo aclararle el motivo por el que los árabes se fueron, ni la dirección que tomaron. No le gustó el aspecto del asunto, sobre todo teniendo en cuenta que había visto a Gernois conversando con uno de los árabes media hora después de que el capitán Gerard emitiera sus instrucciones relativas a la reanudación de la marcha. Sólo Gernois y Tarzán conocían la dirección que iban a tomar. Lo único que les dijo a los soldados fue que estuviesen listos para levantar el campamento a primera hora de la mañana. Tarzán se preguntó si Gernois no habría revelado a los árabes el punto de

destino del destacamento.

Muy entrada la tarde del día siguiente, las tropas acamparon en un pequeño oasis en el que se encontraba el aduar de un jeque al que los malhechores robaban cabezas de ganado y asesinaban pastores. Los árabes salieron de sus tiendas de piel de cabra y se apiñaron en torno a los soldados, a los que hicieron infinidad de preguntas en su lengua nativa, ya que la tropa estaba constituida por naturales del país. Por entonces, Tarzán, con la ayuda de Abdul, había aprendido a chapurrear algo de árabe, lo que le permitió interrogar a uno de los muchachos que acompañaban al jeque, mientras éste presentaba sus respetos al capitán Gerard.

No, el joven no había visto ninguna partida de seis jinetes procedente de Jilfah. Había otros oasis diseminados por la región, era muy posible que se hubiesen dirigido a alguno de ellos. Claro que aquella gente podían ser forajidos de las montañas: a menudo cabalgaban hacia el norte en pequeños grupos, hacia Bou Saada, e incluso a veces llegaban hasta Aumale y Buira. A decir verdad, también podía tratarse de alguna cuadrilla de merodeadores que regresaran de alguna de esas ciudades, a las que habrían ido a divertirse un poco.

A primera hora de la mañana siguiente, el capitán Gerard dividió sus tropas en dos columnas. Puso al teniente Gernois al mando de una de ellas y él encabezó la otra. Explorarían los montes, a ambos lados de la llanura.

—¿En qué destacamento prefiere ir *monsieur* Tarzán? —preguntó el capitán—. ¿O quizás no tiene ningún interés en cazar merodeadores?

—¡Oh, me encantará participar en esa montería! —se apresuró a aceptar el hombre-mono.

Llevaba un rato devanándose los sesos en busca de una excusa plausible que le permitiera integrarse en la partida de Gernois. Su preocupación tuvo corta vida y aquella sugerencia inesperada le produjo un alivio inmenso. El propio Gernois le echó la mano definitiva:

—Si a mi capitán no le importa prescindir por esta vez del placer de la compañía de *monsieur* Tarzán, consideraría un honor que el señor Tarzán me acompañase hoy.

Su tono no carecía de cordialidad. Realmente, Tarzán imaginó

que se había pasado un poco en ello, pero, no obstante, algo atónito y complacido, se apresuró a manifestar su satisfacción.

Y así fue como Tarzán y el teniente Gernois cabalgaron uno junto a otro a la cabeza del pequeño destacamento de espahís. La cordialidad de Gernois duró poco. En cuanto quedaron fuera de la vista del capitán Gerard y sus hombres, el teniente adoptó su habitual talante taciturno. A medida que avanzaban, el terreno se hacía más escabroso. Era una subida constante hacia las montañas, en las que entraron, hacia las doce del mediodía, a través de un estrecho desfiladero. Gernois detuvo la marcha a la orilla de un arroyo. Allí, los soldados prepararon y consumieron su frugal almuerzo y después llenaron las cantimploras de agua.

Tras descansar una hora, reemprendieron su avance por el desfiladero, para desembocar en un pequeño valle, del que partían diversas gargantas rocosas. Hicieron un alto y Gernois se plantó en el centro de la depresión y examinó minuciosamente las alturas que los rodeaban.

—Nos separaremos aquí —determinó el oficial—, formaremos varias patrullas y cada una de ellas avanzará por una de esas cañadas. —Destacó los diversos grupos y dio las pertinentes instrucciones a los sargentos a los que asignó el mando de cada una de las patrullas. Al concluir, se dirigió a Tarzán:

—Usted tendrá la bondad de quedarse aquí hasta que regresemos.

Tarzán manifestó su disconformidad, pero el teniente le cortó en seco:

—Es posible que cada uno de estos pelotones tenga que entablar combate —dijo—, y los civiles no pueden encontrarse en medio de la lucha porque entorpecerían a los soldados durante la acción.

—Pero, mi querido teniente —protestó Tarzán—, estoy más que dispuesto y deseoso de ponerme bajo su mando o del de cualquiera de sus sargentos o cabos y combatir con la tropa, de acuerdo con las órdenes que me den. Para eso he venido.

—Me alegraría considerarlo así —replicó Gernois, con una burlona ironía que no se molestó en ocultar. Añadió, cortante—: Está bajo mis órdenes y éstas son que se quede aquí hasta que regresemos. Asunto concluido.

Dio media vuelta, picó espuelas y se alejó a la cabeza de sus

hombres. Instantes después, Tarzán se encontró completamente solo en medio de la desolada fortaleza que constituían las montañas.

Caía un sol de justicia, así que el hombre-mono buscó la protección de un árbol cercano, al que ató la cabalgadura, para a continuación sentarse en el suelo y ponerse a fumar. Maldijo en su fuero interno a Gernois por la faena que le había hecho. Una venganza miserable, pensó, pero de súbito le asaltó la idea de que el teniente no podía ser tan estúpido como para buscarse su animosidad ocasionándole a él un fastidio tan trivial. Sin duda se ocultaba algo más profundo detrás de aquello. Una sospecha germinó en su mente y Tarzán sacó el rifle de la funda. Abrió la recámara y comprobó que el cargador estaba al completo. Luego examinó el revólver. Realizada aquella precaución preliminar escrutó las laderas y cimas de los montes circundantes, así como las bocas de las diversas gargantas… estaba firmemente resuelto a que no le sorprendiesen con la guardia baja.

El sol fue bajando y bajando en el cielo, sin que se apreciara el menor indicio de que volvían los espahís. Por último, las sombras envolvieron el valle. Tarzán tenía demasiado amor propio para regresar al campamento sin haber concedido a las patrullas un amplio plazo para que regresaran al valle, que era el tácito punto de concentración. Cuando cerró la noche se sintió más a salvo de cualquier posible ataque, ya que la oscuridad era una circunstancia en la que se sentía a gusto. Sabía que nadie era capaz de acercársele tan cautelosamente como para eludir la sensibilidad y agudeza de sus alertados oídos; además contaba también con los ojos, cuya mirada podía atravesar las tinieblas nocturnas; y con el olfato, que igualmente podía percibir en el aire la presencia de un enemigo incluso aunque se encontrara a bastante distancia.

De modo que daba por supuesto que corría escaso peligro y eso le proporcionó tal sensación de seguridad que se quedó dormido, con la espalda apoyada en el tronco del árbol.

Su sueño debió de prolongarse varias horas, ya que cuando súbitamente le despertó el resoplido y el piafar del asustado caballo, el resplandor de una luna llena iluminaba el valle. Y allí, a menos de diez pasos de él, vio la causa del terror de su montura.

Soberbio, majestuoso, vibrante y extendida la airosa cola, con los brillantes ojos clavados en su presa, se erguía Numa *el adrea*, el

león negro. Un leve estremecimiento de alegría hormigueó por el sistema nervioso de Tarzán. Era como volver a encontrar a un viejo amigo, tras largos años de separación. Durante un momento se mantuvo rígido mientras disfrutaba del magnífico espectáculo que ofrecía el señor del desierto.

Pero Numa se agazapaba ya para saltar. Muy despacio, Tarzán se echó el rifle a la cara. Nunca, en toda su vida, había matado a un animal grande con arma de fuego, hasta aquel momento siempre se valió del venablo, de las flechas envenenadas, de la cuerda, del cuchillo o simplemente de las manos. Lamentó de modo instintivo no disponer de sus flechas y de su cuchillo… se hubiera sentido más seguro con ellos.

Numa tenía ya todo el cuerpo aplastado contra el suelo, sólo presentaba la cabeza. Tarzán hubiera preferido disparar ligeramente ladeado, porque no ignoraba que, de vivir un par de minutos o incluso nada más que uno, el león podía ocasionar un daño tremendo. A espaldas de Tarzán, el caballo temblaba de pánico. Con enorme cautela, el hombre-mono dio un paso lateral… Numa sólo le siguió con los ojos. Tarzán dio otro paso. Y otro más. Numa siguió inmóvil. En su nueva posición, el hombre-mono podía ahora disparar sobre un punto situado entre el ojo y la oreja.

Tarzán curvó el dedo en torno al gatillo y, al mismo tiempo que sonaba el disparo, Numa saltó. Simultáneamente, el empavorecido caballo realizó un frenético esfuerzo para escapar, rompió la cuerda que lo trababa y salió disparado desfiladero abajo, hacia el desierto.

Un hombre corriente no habría podido escapar a las aterradoras garras de Numa cuando el león saltaba desde una distancia tan corta, pero Tarzán no era un hombre corriente. Las necesidades de la supervivencia en un medio tan hostil como la selva virgen habían adiestrado los músculos de Tarzán, desde la más tierna infancia, acostumbrándolos a actuar con la rapidez del rayo. Por muy veloz que fuese *el adrea*, Tarzán lo era mucho más, así que el enorme felino se estrelló contra el tronco del árbol cuando esperaba caer sobre la blanda carne del hombre. Tarzán de los Monos se encontraba ya dos pasos a la derecha de la fiera, desde donde disparó otro proyectil sobre el cuerpo del león. El impacto derribó al *adrea* de costado, donde quedó dando zarpazos al aire y emitiendo feroces rugidos.

El hombre-mono hizo fuego dos veces más, en rápida sucesión, y, finalmente, *el adrea* quedó inmóvil y no volvió a rugir. No fue *monsieur* Jean Tarzán, sino Tarzán de los Monos, quien posó el fiero pie encima del cuerpo de la salvaje presa y, elevando el rostro hacia la luna llena, lanzó al aire, a pleno volumen de su poderosa voz, el escalofriante alarido retador de los de su tribu: el grito del mono macho que acaba de matar a un adversario. Y las salvajes criaturas de las montañas se detuvieron sorprendidas y temblaron ante aquella nueva y terrible voz, mientras en el terreno bajo del desierto los hijos de las soledades salían de sus tiendas de piel de cabra y dirigían la vista hacia la sierra, al tiempo que se preguntaban qué nuevo y sanguinario flagelo llegaba dispuesto a arrasar sus rebaños.

A ochocientos metros del valle en que se erguía Tarzán, una veintena de figuras cubiertas de blanca chilaba, armadas con largas espingardas de siniestro aspecto, detuvieron su marcha e intercambiaron entre sí miradas interrogadoras. Pero en vista de que el grito no se repetía, reanudaron su subrepticia marcha silenciosa en dirección al valle.

Tarzán casi estaba absolutamente seguro de que Gernois no albergaba la menor intención de regresar a buscarle, pero no conseguía imaginar el objetivo que pudiera perseguir el teniente dejándole abandonado allí, ya que eso no le impedía a Tarzán volver al campamento. Huido su corcel, el hombre-mono llegó a la conclusión de que sería una bobada permanecer en las montañas, así que echó a andar hacia el desierto.

No había hecho más que entrar en los confines del desfiladero cuando la primera de las figuras vestidas de blanco irrumpió en el valle por el extremo opuesto. Los miembros del grupo dedicaron unos instantes al examen de la depresión del terreno, protegidos por unos peñascos que los ocultaban a la vista. Cuando se convencieron de que no había nadie se decidieron a bajar. Detrás de un árbol, a un lado, tropezaron con el cadáver del *adrea*. Entre exclamaciones a media voz, se arremolinaron en torno al león muerto. Al cabo de un momento, reanudaron su apresurada marcha por la cañada que también estaba atravesando Tarzán a escasa distancia por delante de ellos. Los árabes avanzaban cautelosa y silenciosamente, al abrigo de todos los peñascos tras los que pudieran ocultarse, como

hacen los hombres que andan al acecho de un hombre.

X

POR EL VALLE DE LAS SOMBRAS

MIENTRAS caminaba por el agreste desfiladero bajo la brillante luna africana, la llamada de la jungla resonó cautivadora en el alma de Tarzán. Las soledades, así como la libertad en plena naturaleza salvaje inundaron su corazón de vida y euforia. Volvía a ser Tarzán de los Monos —con los cinco sentidos alertados frente a la posibilidad de cualquier sorpresa por parte de algún enemigo de la jungla— y avanzaba con paso ágil, alta la cabeza, orgulloso y consciente de su poder.

Los ruidos nocturnos de las montañas eran nuevos para él, pese a lo cual entraban en sus oídos como si fuesen producto de la cariñosa voz de un amor semiolvidado. Muchos de ellos los percibía intuitivamente… ah, había uno que le resultaba familiar de veras: el carraspeo distante de Sheeta, el leopardo; no obstante, la extraña nota que remataba el gemido final sembró la duda en él. Sí, lo que

oía era una pantera.

Captó en aquel momento un nuevo sonido —un rumor suave y sigiloso— que se impuso por encima de los demás. Ningún oído humano, salvo el del hombre-mono, hubiese podido detectarlo. Al principio no le fue posible determinar su naturaleza, pero comprendió por último que lo originaban los pies descalzos de cierto número de hombres. Se encontraban a su espalda e iban acercándosele poco a poco, sosegadamente. Le perseguían, le acechaban.

Cruzó por su cerebro el centelleo de un descubrimiento súbito: acababa de comprender el motivo por el que Gernois le había dejado en aquel pequeño valle. Aunque sin duda el plan tropezó con algún inconveniente… los hombres llegaban demasiado tarde. Los pasos fueron aproximándose inflexiblemente. Con el rifle en la mano, a punto, Tarzán se detuvo y se colocó de cara a los que llegaban. Captó el movimiento fugaz de una chilaba blanca. Dio el alto en francés y preguntó qué querían de él. La respuesta fue el fogonazo de una espingarda y, tras la detonación, Tarzán de los Monos cayó de bruces contra el suelo.

Los árabes no se precipitaron sobre él de inmediato, sino que, precavidos, aguardaron hasta comprobar que su víctima no se incorporaba. Una vez tuvieron tal certeza, abandonaron su escondite y corrieron hacia el hombre-mono. Se inclinaron sobre él. Todo indicaba que no había muerto. Uno de los árabes apoyó la boca del cañón en la nuca de Tarzán, dispuesto a darle el tiro de gracia, pero otro lo apartó.

—Si lo llevamos vivo la recompensa será más alta —explicó.

De modo que lo ataron de pies y manos y cuatro miembros de la partida se lo cargaron sobre los hombros. Reanudaron la marcha hacia el desierto. Cuando dejaron atrás las montañas se desviaron en dirección sur y al amanecer llegaron al punto donde habían dejado los caballos al cargo de un par de compañeros.

A partir de entonces, avanzaron más aprisa. Tarzán había recuperado el conocimiento. Iba atado sobre el lomo de una cabalgadura de repuesto, que evidentemente los árabes llevaron a tal fin. La herida del hombre-mono sólo era un rasguño, un surco que la bala había trazado en la carne, junto a la sien. Se había cortado la hemorragia, pero la sangre seca formaba manchas rojas

en el rostro y la ropa de Tarzán. Desde que cayera en manos de aquellos árabes no había despegado los labios, como tampoco ellos le dirigieron la palabra, salvo para darle algunas breves órdenes cuando llegaron al lugar donde aguardaban las monturas.

Durante seis horas cabalgaron a ritmo acelerado por aquel ardiente desierto, rodeando siempre los oasis próximos a la ruta por la que marchaban. Hacia el mediodía llegaron a un aduar constituido por unas veinte tiendas. Se detuvieron en él y cuando uno de los árabes desataba las cuerdas de esparto que ligaban a Tarzán a su montura, una nutrida caterva de hombres, mujeres y niños les rodeó. La mayor parte de la tribu, y de manera especial las mujeres, parecían disfrutar enormemente descargando insultos sobre el prisionero y no faltó quien le arrojara piedras y le aporreara con estacas. Hasta que apareció un anciano jeque que ahuyentó a la turba.

—Alí-ben-Ahmed me ha dicho —manifestó el jeque— que este hombre estaba solo en las montañas y que mató un *adrea*. No me interesa en absoluto la cuestión que contra él pueda tener el extranjero que nos contrató para que le siguiéramos y nos apoderásemos de él, y tampoco sé ni me importa lo que le pueda hacer a este hombre cuando se lo entreguemos. Pero el prisionero es un valiente y, mientras esté en nuestro poder se le tratará con el respeto que merece quien sale de noche y solo a cazar a *el señor de la gran cabeza*… y lo mata.

Tarzán conocía la reverencia que a los árabes les inspira toda persona que mata a un león, por lo que no pudo por menos que agradecer aquel factor favorable que le libraría de las torturas a que pudiera someterle aquella tribu. No tardaron en llevarlo al interior de una tienda de pieles de cabra situada en la parte superior del aduar. Allí le dieron de comer y luego, bien atado, lo dejaron solo en la tienda, tendido encima de una alfombra tejida por la propia tribu.

Observó que un centinela montaba guardia sentado a la entrada de la frágil cárcel, pero cuando forcejeó con las gruesas ligaduras que le inmovilizaban comprendió que aquella precaución adicional por parte de sus captores era innecesaria; ni siquiera sus colosales músculos podían romper aquel entrelazado de fuertes cuerdas de esparto.

Poco antes del crepúsculo varios hombres se acercaron y entraron en la tienda donde yacía Tarzán. Todos vestían al estilo árabe, pero uno de ellos se adelantó hasta llegar junto al hombre-mono, dejó caer los pliegues de la tela que ocultaban la mitad inferior de su rostro y Tarzán pudo contemplar las perversas facciones de Nicolás Rokoff. Los barbados labios se curvaron en una sonrisa nauseabunda.

—¡Ah, *monsieur* Tarzán! —saludó—. Esto sí que es un verdadero placer. ¿Por qué no se levanta y saluda a su visitante? —Luego, tras un obsceno taco, profirió—: ¡Levántate, perro! —Echó hacia atrás la pierna, calzada con sólida bota, y propinó a Tarzán un tremendo puntapié en el costado—. ¡Y ahí va otro, y otro, y otro! —continuó, mientras la bota se estrellaba en la cara y en el costado del hombre-mono—. Una patada por cada vez que me agraviaste.

Tarzán no dijo nada. Ni siquiera se dignó volver a mirar al ruso, tras la primera ojeada de reconocimiento. Al final intervino el jeque, hasta entonces testigo mudo de la escena, que no pudo seguir aguantando más aquel cobarde ensañamiento y ordenó, fruncido el ceño con disgusto:

—¡Basta! Mátele si quiere, pero no voy a tolerar que en mi presencia se someta a un valiente a semejantes ultrajes. Me siento medio inclinado a entregárselo libre de ligaduras, a ver cuánto tiempo seguiría dándole puntapiés.

La amenaza puso fin automáticamente a la brutalidad de Rokoff, puesto que lo último que deseaba en el mundo era que desatasen a Tarzán mientras él se encontrara al alcance de sus poderosas manos.

—Muy bien —replicó al árabe—. Ahora mismo lo mato.

—No será dentro de los limites de mi aduar —declaró el jeque —. De aquí tiene que salir vivo. Lo que haga con él en el desierto no me concierne, pero la sangre de un francés no va a manchar las manos de mi tribu a causa de la rencilla de otro francés… Mandarían soldados aquí, que matarían a muchos de los míos, incendiarían nuestras tiendas y ahuyentarían nuestros rebaños.

—Si lo quiere así… —rezongó Rokoff—. Me lo llevaré al desierto que se extiende por debajo del aduar, y allí lo despacharé.

—Lo llevará por lo menos a una jornada de distancia de mis tierras —decretó el jeque en tono firme— y algunos de mis jóvenes le seguirán para cerciorarse de que no me desobedece… Si no

cumple lo que le digo, serán dos los franceses que mueran en el desierto.

Rokoff se encogió de hombros.

—En ese caso, tendré que esperar hasta mañana… ya ha oscurecido.

—Como quiera —repuso el jeque—. Pero le doy una hora de plazo, a partir del alba, para que desaparezca de mi aduar. Los infieles me gustan muy poco, pero los cobardes no me gustan nada.

Rokoff hubiera replicado algo que al jeque aún le habría gustado menos que nada, pero se contuvo. Se dio cuenta a tiempo de que el anciano no necesitaría más que la más insignificante de las excusas para revolverse contra él. Salieron juntos de la tienda. En la entrada, Rokoff no pudo resistir la tentación de lanzar a Tarzán un último sarcasmo provocativo antes de retirarse.

—Que tenga dulces sueños, *monsieur* —deseó, burlón—, y no se olvide de rezar sus oraciones, porque cuando muera mañana, lo hará entre torturas tan angustiosas que en vez de oraciones sólo proferirá blasfemias.

Desde el mediodía, nadie se había preocupado de llevarle a Tarzán alimento o bebida y, en consecuencia, tenía una sed espantosa. Se preguntó si merecería la pena pedirle agua al árabe que montaba guardia afuera, pero tras dirigirle la palabra en dos o tres ocasiones sin obtener respuesta llegó a la conclusión de que era inútil.

Sonó el rugido de un león en las alturas de la montaña, muy lejos. Cuánto más seguro se estaba, pensó Tarzán, en el territorio de las fieras salvajes que en el de los hombres. En ningún momento, durante su existencia en la selva virgen se había visto perseguido y acosado tan implacablemente como en el curso de los últimos meses vividos entre los hombres. Jamás se había visto tan cerca de la muerte.

El león volvió a rugir. Tarzán experimentó el repentino impulso de responder con el grito de desafío de los de su tribu. ¿Su tribu? Casi había olvidado que era un hombre y no un simio. Dio un tirón a las ligaduras. Santo Dios, si pudiese acercárselas a los dientes. Un salvaje ramalazo de locura recorrió su ánimo cuando sus esfuerzos por recobrar la libertad concluyeron en lamentable fracaso.

Numa rugía ahora de manera continua. Era a todas luces

evidente que descendía al desierto en busca de caza. Aquel era el rugido de un león hambriento. Tarzán le envidió, porque estaba libre. Nadie iba a atarle con ligaduras de esparto ni a sacrificarle como a un borrego. Aquello era lo que mortificaba a Tarzán. No le asustaba morir, no, lo que temía era la humillación de aquella derrota previa a la muerte, sin contar siquiera con la oportunidad de combatir en defensa de la vida.

Pensó que la medianoche debía de estar al caer. Aún le quedaban varias horas antes de que se cumpliera su sentencia. Era posible que aún encontrase algún modo de llevarse a Rokoff consigo en el largo viaje al otro mundo. Oyó al salvaje señor del desierto, que por entonces se encontraba ya muy cerca. Seguramente buscaría su pitanza entre las reses que albergaba el corral del aduar.

Reinó el silencio durante un buen rato, al cabo del cual el fino oído de Tarzán captó el rumor de un cuerpo que se movía furtivamente. Llegaba del lado de la tienda que daba a la montaña…, por la parte de atrás. Aguardó, escuchó con toda su atención, para comprobar si pasaba de largo. El silencio se prolongó en el exterior de la tienda, un silencio tan terriblemente profundo que Tarzán se sorprendió de no oír la respiración del animal que, estaba seguro, debía de encontrarse agazapado muy cerca de la piel de cabra del fondo de la tienda.

¡Vaya! Ahora empezaba a moverse de nuevo. Se fue acercando como si se deslizara por el suelo. Tarzán volvió la cabeza en dirección a aquel sonido. Dentro de la tienda, todo era oscuridad. Poco a poco, la parte de atrás de la tienda fue separándose del suelo; la levantaban la cabeza y los hombros de un cuerpo que parecía pura tiniebla perfilada en la penumbra del segundo plano. Vislumbró más allá el desierto tenuemente iluminado por el resplandor de las estrellas.

Una sonrisa lúgubre jugueteó en los labios de Tarzán. Al menos, Rokoff se quedaría con un palmo de narices. ¡Se volvería loco de furia! Y, para Tarzán, aquella muerte sería mucho más misericordiosa que la que podía esperar a manos del ruso.

La piel de cabra del fondo de la tienda volvió a caer en su sitio y la oscuridad volvió a espesarse. Fuera aquello lo que fuese ya estaba dentro de la tienda, con él. Sintió que se arrastraba hasta situarse a su lado. Cerró los ojos, a la espera de la potente zarpa que iba a

destrozarlo. Pero lo que cayó sobre su semblante, vuelto hacia arriba, fue el toque de una mano suave que tanteaba en la oscuridad. Luego oyó el susurro casi inaudible de una voz femenina que pronunciaba su nombre.

—Sí, ese soy yo —murmuró Tarzán su respuesta—. Pero, en nombre del cielo, ¿quién es usted?

—La *uled-nail* de Sidi Aisa —fue la contestación.

Al tiempo que le hablaba, el hombre-mono notó que procedía a soltarle. En una o dos ocasiones notó el frío acero de un cuchillo que le rozaba la piel. Al cabo de unos instantes se vio libre.

—¡Vamos! —bisbiseó la muchacha.

Salió a gatas de la tienda, en pos de la joven, por el mismo sitio por donde ella había entrado. La muchacha continuó arrastrándose por el liso suelo hasta llegar a unos matorrales. Se detuvo allí, a la espera de que Tarzán llegase junto a ella. El hombre-mono la contempló durante unos segundos, antes de decidirse a hablar.

—No logro entenderlo —dijo por fin—. ¿A qué se debe su presencia aquí? ¿Cómo sabía que estaba prisionero en esa tienda? ¿Cómo es que ha sido precisamente usted quien me ha salvado?

La joven sonrió.

—Esta noche he recorrido un largo camino —declaró—, y antes de que podamos considerarnos fuera de peligro hemos de cubrir otro largo trayecto. Venga, se lo contaré todo mientras caminamos.

Se levantaron los dos al mismo tiempo y emprendieron la caminata a través del desierto, en dirección a las montañas.

—No estaba seguro de que me fuera posible llegar hasta usted —confesó la muchacha al final—. *El adrea* ha salido esta noche de cacería y creo que cuando dejé los caballos me venteó y empezó a seguirme… Llevaba encima un susto tremendo.

—¡Es una joven muy valiente! —elogió Tarzán—. ¿Y se ha arriesgado de esta forma por un desconocido…, por un extranjero… por un infiel?

La muchacha se irguió con soberbio gesto.

—Soy hija del jeque Kadur ben Saden —replicó—. No sería digna hija suya si no arriesgase mi vida para salvar la del hombre que me salvó cuando creía que yo no era más que una vulgar *uled-nail*

.

—Con todo y con eso —insistió Tarzán—, es una muchacha muy valiente. ¿Pero cómo supo que me tenían prisionero ahí detrás?

—Achmet-din-Taieb, primo mío por parte de padre, fue a visitar a unos amigos suyos que pertenecen a la tribu que le capturó. Estaba en el aduar cuando le trajeron a usted. Al llegar a nuestro pueblo nos habló del gigante francés que Ali-ben-Ahmed había hecho prisionero para entregárselo a otro francés que deseaba matarle. Por la descripción que hizo mi primo comprendí que debía de tratarse de usted. Mi padre estaba ausente. Así que intenté convencer a algunos hombres del aduar para que vinieran a rescatarle, pero se negaron a hacerlo. Me dijeron: «Dejemos que los infieles se maten unos a otros, si ese es su gusto. Esto no es asunto nuestro y si nos entrometemos en los planes de Ali-ben-Ahmed lo único que vamos a conseguir es que la emprenda con nuestro pueblo».

»Así que en cuanto cayó la noche me vine sola. A caballo y con otro de reata para usted. Los dejé atados no lejos de aquí. Por la mañana estaremos en el aduar de mi padre. Para entonces, él ya habrá vuelto… ¡y que vayan entonces a intentar llevarse al amigo de Kadur ben Saden!

Caminaron en silencio durante unos instantes.

—Ya deberíamos estar cerca de los caballos —dijo la muchacha —. Es extraño que no los vea.

Al cabo de unos segundos, se detuvo y exclamó, consternada:

—¡Han desaparecido! ¡Los dejé atados aquí!

Tarzán se agachó para examinar el suelo. Observó que habían arrancado de cuajo un arbusto. Luego descubrió algo más. Cuando se levantó y miró a la joven, en sus labios se dibujaba una sonrisa torcida.

—*El adrea* ha estado aquí. Todo indica, sin embargo, a juzgar por las señales, que se le escapó la presa. Si le sacaron un mínimo de delantera, seguro que en terreno abierto los caballos se habrán librado fácilmente de él.

Lo único que podían hacer era seguir a pie. Su camino les llevaba a lo largo de las estribaciones de la montaña, pero la muchacha conocía la ruta tan bien como el rostro de su madre. Avanzaron a base de zancadas largas y ágiles. Tarzán mantenía la mano abierta sobre la parte posterior del hombro de la chica, para

que fuese ella quien marcara el paso y así se cansara menos. Iban charlando mientras caminaban y de vez en cuando se detenían para aguzar el oído y comprobar si alguien los perseguía de cerca.

La luz de la luna añadía más belleza a la hermosura de la noche. Soplaba un aire vivo y estimulante. A su espalda extendía el desierto su panorama de interminable horizontalidad, salpicado aquí y allá por algún que otro oasis.

Las palmeras de dátiles que se alzaban en el pequeño paraje fértil que acababan de dejar tras de sí, y el círculo de tiendas de piel de cabra, destacaban su bien delimitado perfil sobre la arena amarillenta, como un diminuto paraíso fantasmal en medio de un océano más fantasmal todavía. Frente a ellos se erguían, torvas y silenciosas, las montañas. A Tarzán la sangre le hervía jubilosa en las venas. ¡Aquello era vida! Bajó la vista hacia la joven que caminaba a su lado… Una hija del desierto que marchaba sobre la faz de un mundo muerto junto a un hijo de la selva virgen. La imagen le provocó una sonrisa. Deseó haber tenido una hermana y que hubiese sido como aquella muchacha. ¡Qué compañera más estupenda para él!

Se adentraban ya en terreno montañoso y avanzaban muy despacio, porque el camino era empinado y la superficie rocosa.

Llevaban varios minutos sin decir nada. La chica iba preguntándose si conseguirían llegar el aduar de su padre antes de que los posibles perseguidores los alcanzaran. En aquellos momentos, lo que Tarzán deseaba era que pudieran seguir andando así indefinidamente. Si la
uled-nail
hubiera sido un hombre, ello habría sido posible. Tarzán anhelaba tener un amigo al que le encantase la vida silvestre tanto como le gustaba a él. Había aprendido a disfrutar de la compañía de sus semejantes, pero por desgracia para él casi todos los hombres con los que trabó amistad o conocimiento preferían los casinos y las prendas inmaculadas de hilo al nudismo de la jungla. Desde luego, eso era difícil de comprender; sin embargo, se trataba de una realidad clara y evidente.

Acababan de rodear un alto peñasco que sobresalía en el camino cuando tuvieron que detenerse en seco. Allí, ante ellos, en mitad de la senda, estaba Numa, *el adrea*, el león negro. Los verdes ojos del

felino clavaron toda la perversidad de su mirada en los dos caminantes. El animal les enseñó los dientes y su cola, como un azote colérico, se fustigó los costados negro-amarillentos. Luego emitió un rugido… el rugido espeluznante del león hambriento y furioso.

—Su cuchillo —pidió Tarzán a la joven, al tiempo que extendía el brazo. Ella deslizó la empuñadura del arma en la palma de la mano del hombre-mono. Cuando los dedos de éste se cerraron en torno al mango, hizo retroceder a la muchacha y se situó delante de ella—. Vuelva al desierto con toda la rapidez que pueda. Si me oye llamarla, será señal de que todo va bien y puede regresar.

—Es inútil —repuso la
uled-nail
con aire resignado—. Esto es el fin.

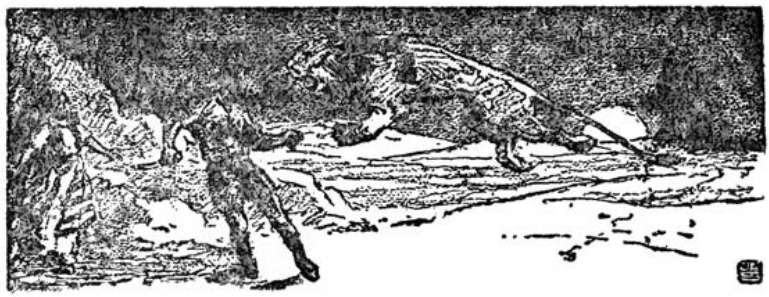
—¡Obedezca! —le ordenó Tarzán—. ¡Rápido! ¡Está a punto de saltar sobre nosotros!

La muchacha retrocedió unos pasos y se quedó contemplando aquel escalofriante espectáculo de cuyo desenlace pronto iba a ser aterrado testigo.

El león avanzaba despacio hacia Tarzán, con el hocico pegado al suelo, como un toro desafiante, y la cola extendida, trémula, como si se estremeciera de pura e intensa emoción.

El hombre-mono aguantó a pie firme, medio encorvado. Empuñaba el largo cuchillo árabe cuya hoja relucía a la luz de la luna. A su espalda, la tensa figura de la muchacha permanecía inmóvil como una estatua. La joven se inclinaba levemente hacia adelante, entreabiertos los labios, desorbitados los ojos. Su único pensamiento consciente era el de la admiración que despertaba en su cerebro el intrépido arrojo de aquel hombre que con un simple cuchillo se atrevía a plantar cara al señor de la gran cabeza. La joven pensó que un hombre de su propia raza y sangre se habría arrodillado a rezar y habría caído bajo aquellos terribles colmillos sin ofrecer resistencia. De cualquier modo, tanto en un caso como en otro, el resultado sería el mismo… era inevitable. Sin embargo, la joven no pudo reprimir un escalofrío de maravilla mientras sus ojos seguían fijos en la heroica figura que tenía ante sí. Ni el más leve temblor en aquella gigantesca persona. Su aspecto era tan amenazador y desafiante como el del propio *adrea*.

El león se encontraba ya muy cerca del hombre-mono, sólo les separaban unos pasos. El felino encogió el cuerpo y luego, con un ensordecedor rugido, saltó…



XI

JOHN CALDWELL, DE LONDRES

CUANDO Numa *el adrea* se lanzó con las garras extendidas y los colmillos prestos a la dentellada tenía el convencimiento de que aquel individuo de tres al cuarto iba a ser presa fácil, como lo fueron la veintena de hombres que habían caído ya bajo sus zarpas. Para Numa, el hombre era una criatura torpe, desvalida, lenta de movimientos… Le inspiraba poco respeto.

Pero esta vez se encontró con un ser tan ágil y rápido como él. Cuando el vigoroso cuerpo del león aterrizó en el punto que segundos antes ocupaba la presunta víctima, ésta había volado de allí.

La muchacha se quedó paralizada por el asombro al ver la serena facilidad con que el hombre encogido sobre sí mismo eludió las enormes y mortíferas uñas de la fiera. Y ahora, ¡oh, Alá!, se había abalanzado sobre el lomo del *adrea*, antes de que el animal

tuviera tiempo de revolverse. Situado tras el cuello de la fiera, se agarró a la melena para sujetarse. El león se encabritó como un caballo, pero Tarzán sabía que iba a hacer precisamente eso y había tomado sus medidas. Un brazo gigantesco rodeó la garganta del felino por debajo de la negra melena y una, dos, tres veces la afilada hoja del cuchillo se hundió en la parte delantera del lomo negro-amarillento, por detrás de la espaldilla izquierda.

Frenéticos fueron los brincos de Numa, horripilantes sus rugidos de furia y dolor, pero no había forma de zafarse del gigante que llevaba a la espalda, al que no pudo expulsar de allí, ni alcanzarlo con los dientes ni con las garras en el breve intervalo que el señor de la gran cabeza sobrevivió. Estaba completamente muerto cuando Tarzán de los Monos soltó su presa e irguió el cuerpo. Entonces, la hija del desierto fue espectadora de algo que la aterró incluso más que la presencia del *adrea*. El hombre puso un pie encima del cadáver de la pieza que acababa de cobrar, volvió su agraciado semblante hacia la luna llena y lanzó a pleno pulmón el alarido más atroz que los oídos de la muchacha hubiesen escuchado jamás.

La *uled-nail* dejó escapar un leve grito de temor y, encogida, se apartó de Tarzán, con la idea de que la horrorosa tensión de la lucha había hecho perder el juicio al hombre-mono. Cuando los infernales ecos de la última nota de aquel desafío se desvanecieron en la distancia, el hombre bajó la vista y sus ojos fueron a posarse en la joven.

Al instante, una sonrisa jovial iluminó su rostro y la muchacha tuvo la certeza de que el hombre estaba perfectamente cuerdo. La *uled-nail* volvió a respirar tranquila y correspondió a la sonrisa de Tarzán.

—¿Qué clase de hombre es usted? —preguntó—. Lo que ha hecho es algo inaudito. Incluso ahora, después de haberlo visto, me cuesta trabajo creer que sea posible que un hombre solo, armado de un simple cuchillo, luche a brazo partido con un *adrea* y lo venza sin sufrir un rasguño… Porque ha acabado con él. Y ese grito… no era humano. ¿Qué le impulsó a hacer una cosa así?

Tarzán se puso como la grana.

—Es porque a veces —se justificó— me olvido de que soy un hombre civilizado. Sin duda, cuando mato me convierto en otro ser.

No intentó dar más explicaciones, porque siempre tenía la

sospecha de que las mujeres miraban con repulsión a quien no había superado del todo la fase animal.

Reanudaron la marcha. El sol estaba muy alto en el cielo cuando volvieron a entrar en el desierto, tras dejar a su espalda las montañas. Encontraron los caballos de la muchacha a la orilla de un riachuelo. Hasta allí habían llegado en su huida de vuelta a casa y, como quiera que la causa que originó su terror ya no existía, se detuvieron a pastar tranquilamente en aquel paraje.

Tarzán y la joven no tuvieron grandes dificultades para cogerlos. A lomos de las cabalgaduras recuperadas se dirigieron a través del desierto hacia el aduar del jeque Kadur ben Saden.

No apareció perseguidor alguno y, sin incidentes, hacia las nueve de la mañana llegaron a su destino. El jeque había regresado poco antes y se puso frenético de dolor al ver que su hija estaba ausente. Temió que los merodeadores la hubiesen vuelto a secuestrar. Ya tenía cincuenta hombres a caballo y, a la cabeza de los mismos, se disponía a salir en busca de la joven cuando llegaron Tarzán y ella.

La alegría del jeque al ver a su hija sana y salva sólo fue equiparable a la gratitud que sintió hacia Tarzán por devolvérsela sin que hubiera sufrido el menor daño, a pesar de los peligros de la noche, y a la euforia agradecida que experimentó por el hecho de que la muchacha hubiera llegado a tiempo de salvar al hombre que en otra ocasión la había salvado a ella.

No olvidó ni omitió Kadur ben Saden ningún honor de cuantos estuvo en su mano acumular sobre el hombre-mono para demostrarle su aprecio y amistad. Cuando la hija del jeque hubo explicado la hazaña de Tarzán al matar al *adrea*, una auténtica multitud de árabes admirados rodeó al hombre-mono. Y es que matar un *adrea* era el modo más seguro para conseguir la admiración y respeto de aquellos beduinos.

El anciano jeque insistió en su invitación para que Tarzán se quedase como huésped en el aduar por tiempo indefinido. Incluso expresó su deseo de adoptarlo como miembro de la tribu y, durante cierto tiempo medio se formó en la mente del hombre-mono la resolución de aceptar y quedarse para siempre con aquel pueblo silvestre, al que comprendía y que también parecía comprenderle a él. La amistad y el aprecio que experimentaba por la hija de Kadur

ben Saden constituían factores poderosos que le apremiaban a tomar una determinación afirmativa.

Si la joven, en vez de ser una muchacha hubiera sido un hombre, se decía Tarzán, no habría vacilado, porque ello representaría tener un amigo realmente íntimo, con el que podría cabalgar y salir de caza a voluntad; pero al pertenecer a sexos distintos se verían coaccionados por unos convencionalismos que en el caso de los nómadas del desierto se observaban incluso de modo más estricto que en el de la sociedad civilizada. Y, por otra parte, la moza no tardaría en contraer matrimonio con alguno de aquellos atezados guerreros, lo que pondría fin a la amistad entre ella y el hombre-mono. De modo que optó por declinar la propuesta del jeque, aunque permaneció allí una semana más en calidad de invitado.

Cuando partió, Kadur ben Saden y cincuenta guerreros ataviados con chilaba blanca le acompañaron a Bou Saada. Mientras montaban en el aduar del jeque, la mañana en que emprendían la marcha, la muchacha se acercó para despedirse de Tarzán.

—He rezado para que se quedase con nosotros —articuló simplemente, cuando él se inclinó desde la silla para estrecharle la mano— y ahora rezaré para que vuelva.

Una expresión melancólica entristecía sus bonitos ojos y las comisuras de la boca dibujaban una curva patética y dolorida. Tarzán se conmovió.

—¡Quién sabe! —dejó caer.

Volvió grupas y se alejó en pos de los árabes, que ya se habían puesto en camino.

En las afueras de Bou Saada se despidió momentáneamente de Kadur ben Saden y sus hombres, ya que por diversas razones deseaba entrar en la ciudad lo más inadvertido que le fuera posible. Cuando se lo hubo explicado al jeque, éste comprendió su punto de vista y compartió su decisión. Los árabes entrarían en Bou Saada antes que él, sin decir a nadie que Tarzán había hecho el viaje con ellos. Con posterioridad, el hombre-mono se adentraría a su vez por la ciudad e iría directamente a hospedarse en una oscura posada local.

De modo que, al desplazarse por el casco urbano, una vez cerrada la noche, no le vio nadie conocido y llegó a la posada sin

que reparasen en él. Después de cenar en compañía de Kadur ben Saden, como invitado del jeque, se dirigió a su antiguo hotel dando un rodeo, entró por la puerta de atrás y se presentó al propietario, que pareció sorprenderse mucho al verlo con vida.

Sí, *monsieur* había recibido correspondencia; iría a buscarla. No, no diría a nadie que *monsieur* estaba de vuelta. El hombre regresó con un paquete de cartas. Una de ellas era de su jefe, quien le ordenaba que abandonase la misión que cumplía en aquel momento y tomase el primer vapor que zarpara rumbo a Ciudad de El Cabo. Allí recibiría las pertinentes instrucciones, que le estarían esperando en poder de otro agente cuyo nombre y dirección se le incluían. Eso era todo: breve, pero explícito. Tarzán preparó las cosas con vistas a abandonar Bou Saada a primera hora de la mañana siguiente. Luego se encaminó a la sede de la guarnición militar a fin de entrevistarse con el capitán Gerard, de quien el hombre del hotel le informó que el día anterior había regresado con su destacamento.

Encontró al oficial en su alojamiento. El capitán Gerard se llevó una sorpresa y una alegría tremendas al ver a Tarzán vivo y en magníficas condiciones físicas.

—Cuando el teniente Gernois volvió y nos comunicó que no le había encontrado en el punto donde usted optó por quedarse mientras las patrullas exploraban el terreno, la alarma se apoderó de mí. Batimos las montañas durante varias jornadas. Luego tuvimos noticias de que un león le había matado y devorado. Nos trajeron como prueba el rifle que llevaba usted. Su cabalgadura había regresado al campamento dos días después de que usted desapareciese. No podía cabernos duda alguna. El teniente Gernois estaba desolado, asumió toda la culpa. Insistió en encargarse de la búsqueda. Él fue quien encontró al árabe que tenía el rifle de usted. Se alegrará infinito cuando se entere de que está vivo y a salvo.

—Indudablemente —articuló Tarzán, con una sonrisa irónica.

—Ha ido a la ciudad, de no ser así, ahora mismo enviaba a buscarlo —manifestó el capitán Gerard—. Pero en cuanto vuelva le daré la noticia.

Tarzán hizo creer al oficial que se había perdido, que anduvo dando vueltas sin rumbo hasta que se tropezó con el aduar de Kadur ben Saden, quien le acompañó después hasta Bou Saada. En cuanto le fue posible, dijo adiós al capitán Gerard y regresó

apresuradamente a la ciudad. En la posada recibió de labios de Kadur ben Saden una noticia de lo más interesante. El jeque le habló de un hombre blanco, de negra barba y que siempre iba disfrazado de árabe. Durante una temporada había estado recibiendo tratamiento médico por tener una muñeca rota. Últimamente había pasado cierto tiempo fuera de Bou Saada, pero ya estaba de vuelta. Tarzán se informó del lugar donde se escondía y le faltó tiempo para dirigirse allí.

Avanzó casi a tientas por un laberinto de estrechas y fétidas callejuelas, negras como el Averno. Subió posteriormente por una destartalada escalera, que concluía en una puerta cerrada y una ventana pequeña, sin cristal. La ventana estaba muy alta, inmediatamente debajo del alero de aquel edificio de adobes. Tarzán apenas llegaba a alcanzar el alféizar. Se agarró a él y se elevó despacio, a pulso, hasta situar los ojos ligeramente por encima del antepecho. Había luz en la habitación y vio a Rokoff y a Gernois sentados a una mesa. Gernois decía:

—¡Eres el mismísimo Satanás, Rokoff! Me has acosado hasta despojarme de la última brizna de honor. Me has arrastrado hasta el asesinato, induciéndome a mancharme las manos con la sangre de ese hombre llamado Tarzán. Si no fuese porque ese otro hijo de Belcebú, Paulvitch, conoce mi secreto, te mataría ahora mismo con mis propias manos.

Rokoff soltó una risotada.

—No harías semejante estupidez, mi querido teniente —dijo—. En el mismo instante en que se divulgase la noticia de que había muerto asesinado, nuestro querido Alexis presentaría al ministro de la Guerra pruebas concluyentes del asunto que con tanto ardor anhelas mantener secreto. Además, por si fuera poco, te acusarían del homicidio. Vamos, sé razonable. Soy tu mejor amigo. ¿No he protegido tu honor como si fuese el mío?

Gernois subrayó lo dicho con una risita sarcástica.

—Una pequeña suma en efectivo —continuó Rokoff— y los documentos que quiero, y cuentas con mi palabra de que nunca te pediré un céntimo más, ni tampoco más informes.

—Existe una buena razón para eso —rezongó Gernois—. Lo que me pides me costará hasta el último céntimo que poseo y el único secreto militar de valor que me queda. Deberías pagarme por esos

datos, en vez de arramblar con la información y con el dinero.

—Te pago manteniendo la boca cerrada —replicó Rokoff—. Venga, acabemos de una vez. ¿Vas a hacerlo, o no? Te doy tres minutos para que lo decidas. Si te niegas, esta misma noche enviaré a tu jefe una nota que terminará en una degradación como la que sufrió Dreyfus…, con la diferencia de que la de Dreyfus era inmerecida.

Gernois permaneció unos instantes con la cabeza gacha. Al final, la levantó. Se sacó de la guerrera dos trozos de papel.

—Aquí tienes —dijo en tono de profunda desesperanza—. Los llevaba preparados, ya sabía que esto iba a acabar así. No podía ser de otro modo.

Tendió al ruso los documentos.

Una expresión de perverso regodeo apareció en el semblante cruel de Rokoff. Cogió ávidamente los dos trozos de papel.

—Has obrado cuerdamente, Gernois —dijo—. No te crearé nuevos problemas… a menos que se dé el caso de que reúnas más dinero o más información.

Le sonrió.

—¡Esto no se repetirá nunca, perro! —siseó Gernois—. La próxima vez te mataré. Poco ha faltado para que lo hiciese esta noche. He permanecido una hora sentado a esta mesa, con los documentos en un bolsillo… y el revólver en otro. Durante todo ese tiempo he estado dudando acerca de lo que debía hacer. En la próxima ocasión me resultará más fácil, porque ya lo he decidido. No sabes lo cerca que has estado de morir, Rokoff. No tientes a la suerte por segunda vez.

Gernois se puso en pie, dispuesto a marcharse. Tarzán apenas tuvo tiempo de dejarse caer en el rellano y retroceder para fundirse con las sombras del otro lado de la puerta. Incluso allí apenas se atrevió a confiar en que no le descubrieran. El rellano era muy reducido y aunque se aplastó contra la pared del extremo, en realidad no estaría a más de treinta centímetros del marco de la puerta. Ésta se abrió casi inmediatamente. Salió Gernois. Tras él apareció Rokoff. Ninguno de los dos hablaba. Gernois había bajado quizás tres peldaños de la escalera cuando se detuvo y medio se volvió, como si se aprestara a volver sobre sus pasos.

Tarzán comprendió que era inevitable que lo descubriesen.

Rokoff seguía en el umbral, a poco más de un palmo de él, pero miraba en dirección opuesta, hacia Gernois. Entonces, el teniente reconsideró su decisión y reanudó el descenso por la escalera. Tarzán pudo oír el suspiro de alivio que se le escapó a Rokoff. Segundos después, el ruso volvía al interior de la habitación y cerraba la puerta.

Tarzán aguardó el tiempo suficiente para que Gernois se alejara hasta que le fuese imposible oírle y luego empujó la puerta y entró en el cuarto. Estuvo encima de Rokoff antes de que el ruso hubiese podido levantarse de la silla donde, sentado, examinaba los documentos que poco antes le entregara Gemois. Cuando alzó la cabeza y sus ojos cayeron sobre el semblante del hombro mono, la cara de Rokoff se tornó lívida.

—¡Usted! —jadeó.

—¡Yo! —confirmó Tarzán.

—¿Qué es lo que quiere? —farfulló Rokoff, aterrado al ver la amenaza que fulguraba en los ojos del hombre-mono—. ¿Ha venido a matarme? No se atreverá a hacerlo. Le guillotinarían. No se atreverá a matarme.

—Claro que puedo atreverme a matarle, Rokoff —contradijo Tarzán—, porque nadie sabe que usted está aquí, ni que yo estoy aquí, y Paulvitch diría a las autoridades que el homicida fue Gernois. Acabo de oír cómo se lo decía usted al teniente. Pero eso no va a influir sobre mí, Rokoff. Me tendría sin cuidado quién pudiera saber o sospechar que le maté; el placer de liquidarle me compensaría con creces de cualquier castigo que pudieran infligirme. Es usted el cerdo más cobarde y despreciable del que haya tenido noticia, Rokoff. Merece la muerte. Y me encantaría matarle.

Tarzán se acercó al individuo.

Rokoff estaba al borde del ataque de nervios. Al tiempo que lanzaba un chillido, saltó en dirección a la estancia contigua, pero el hombre-mono ya se le había echado encima antes de que concluyera el salto. Unos dedos de acero buscaron la garganta del ruso y el cobarde estalló en gritos histéricos y agudos, como un cochino al que inmovilizan. Gritó hasta que Tarzán le cortó el resuello. El hombre-mono lo levantó en peso, sin dejar de estrangularle. El ruso se debatió inútilmente… bajo la poderosa

presa de Tarzán de los Monos era como un niño recién nacido.

Tarzán lo depositó en una silla y, antes de que el ruso muriera asfixiado, aflojó la presión de los dedos sobre la garganta de Rokoff. Cuando amainó la tos de éste, Tarzán volvió a hablarle.

—Le he brindado un aperitivo para que saborease el gusto que tiene la muerte —dijo—. Pero no le mataré… por ahora. Esta vez le perdono la vida en atención a una mujer buena cuya enorme desgracia fue nacer de la misma madre que le alumbró a usted. Si no le mato ahora mismo es gracias a ella. Pero si me entero de que ha vuelto a molestarla, a ella o a su esposo, si vuelve a meterse conmigo… o si me entero de que ha regresado a Francia o a alguna posesión francesa, entonces me dedicaré exclusivamente a cumplir una sola tarea: buscarle, encontrarle y acabar de estrangularle, rematar lo que he empezado hoy.

Se volvió hacia la mesa, en cuya superficie continuaban los dos trozos de papel. Rokoff se quedó boquiabierto de horror al ver que Tarzán se apoderaba de ellos.

Uno de ellos era un cheque. Tarzán lo examinó e hizo lo mismo con el otro documento. Al ver la información que éste contenía Tarzán se quedó de una pieza. Rokoff había leído parte de aquella información, pero el hombre-mono sabía que nadie era capaz de recordar, tras una breve mirada, los importantes datos y cifras escritos en aquel papel, que lo convertían en un documento de valor inconmensurable para cualquier enemigo de Francia.

—Esto interesará mucho al jefe del Estado Mayor —comentó Tarzán, al tiempo que se los guardaba en el bolsillo.

Rokoff gimió. No se atrevía a maldecir en voz alta.

A la mañana siguiente Tarzán emprendió la marcha hacia el norte, en dirección a Buira y Argel. Cuando pasaba por delante del hotel, el teniente Gernois se encontraba de pie en el porche. Al ver a Tarzán, el oficial se puso blanco como la cal. El hombre-mono habría preferido que no le hubiese visto, pero le fue imposible evitarlo. Saludó a Gernois al paso. Mecánicamente, el oficial le devolvió el gesto, pero aquellos ojos terribles y desorbitados siguieron al jinete, inexpresivos por completo, a excepción del horror. Fue como si un cadáver contemplase a un fantasma.

En Sidi Aisa, Tarzán se entrevistó con el oficial francés al que había conocido durante su reciente estancia en la ciudad.

—¿Salió muy temprano de Bou Saada? —le preguntó el militar —. ¿No se ha enterado, pues, de lo del pobre Gernois?

—Fue la última persona que vi, al abandonar la ciudad — respondió Tarzán—. ¿Qué ocurre con él?

—Ha muerto. Se descerrajó un tiro hacia las ocho de esta mañana.

Dos días después, Tarzán llegaba a Argel. Allí descubrió que tendría que aguardar otros dos días antes de poder subir a un barco con destino a Ciudad de El Cabo. Durante la espera redactó un informe completo de su misión. No incluyó en él los documentos secretos que había arrebatado a Rokoff, porque no se atrevió a confiar a nadie que los poseía mientras no recibiese autorización, por algún conducto, para ponerlo en manos de otro agente o le indicaran que los entregase personalmente a París, a su regreso.

Cuando Tarzán subió a bordo de su barco, tras lo que le pareció una espera de lo más tediosa, dos hombres le observaban desde la cubierta superior. Ambos vestían con elegancia e iban bien afeitados. El más alto de los dos tenía el cabello rubio, pero sus cejas no podían ser más negras. Aquel mismo día, un poco más tarde, la pareja coincidió casualmente con Tarzán en cubierta, pero cuando estaban a punto de cruzarse, uno de los dos hombres llamó la atención de su compañero acerca de algo que había en el mar y ambos volvieron la cara, de modo que Tarzán no tuvo ocasión de ver sus facciones. La verdad es que el hombre-mono tampoco les prestó la menor atención.

De acuerdo con las instrucciones de su jefe, Tarzán había hecho la reserva del pasaje con nombre supuesto: John Caldwell, de Londres. No comprendía la necesidad de aquella precaución, aunque lanzó su mente por los vericuetos de un sinfín de especulaciones. Se preguntaba qué papel iba a desempeñar en Ciudad de El Cabo.

«Bueno», se dijo, «gracias a Dios, me he desembarazado de Rokoff. Ya empezaba a fastidiarme. Me gustaría saber si no me estaré volviendo tan civilizado que hasta los nervios amenazan con hacer de las suyas. Ese individuo me los ataca, porque no juega limpio. Uno nunca sabe de qué o de quién se va a valer para descargar su próximo golpe. Es como si Numa, el león, hubiese convencido a Tantor, el elefante, y a Histah, la serpiente, para que

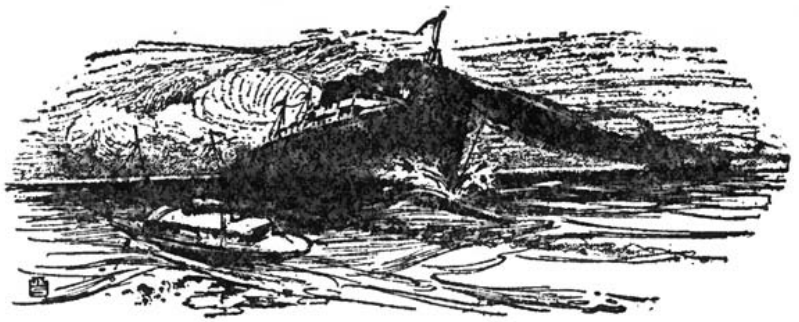
colaborasen con él en el intento de matarme. Yo nunca hubiera sabido en qué momento y quién iba a ser el que me atacaría a continuación. Pero las fieras son más nobles que los hombres… no se rebajan a tramar intrigas tan cobardes».

Aquella noche, en la cena, Tarzán se sentó junto a una joven situada a la izquierda del capitán. El oficial los presentó.

¡Señorita Strong! ¿Dónde había oído antes ese nombre? Le resultaba familiar. La madre de la joven le dio la pista oportuna, al llamar a su hija por el nombre de pila: Hazel.

¡Hazel Strong! ¡Qué recuerdos le inspiraba aquel nombre! Había sido la carta dirigida a aquella doncella, caligrafiada por la bonita mano de Jane Porter, lo que transmitió a Tarzán el primer mensaje de la mujer que amaba. ¡Qué vívidamente recordaba la noche en que tomó aquella carta de encima de la mesa de la cabaña de su difunto padre, donde Jane Porter había estado escribiéndola hasta la madrugada, mientras él permanecía agazapado en la oscuridad exterior! ¡Menudo susto se habría llevado la muchacha de haber sabido aquella noche que la fiera salvaje de la selva observaba todos sus movimientos a través de la ventana!

¡Y aquella joven era Hazel Strong…, la mejor amiga de Jane Porter!



XII

BARCOS QUE PASAN

RETROCEDAMOS unos cuantos meses y situémonos de nuevo en el andén de una pequeña estación ferroviaria del norte de Wisconsin batida por el viento. La nube de humo producida por el incendio del bosque flota, a escasa altura, sobre el paisaje circundante y los acres vapores que desprende ponen escozor en los ojos de las seis personas que aguardan la llegada del tren que ha de trasladarlos hacia el sur.

El profesor Arquímedes Q. Porter, entrelazadas las manos tras los faldones de su levita, pasea de un lado a otro bajo la siempre atenta mirada de su fiel secretario, el señor don Samuel T. Philander. En dos ocasiones, durante los últimos minutos, el ensimismado profesor cruzó las vías distraído en dirección a la zona pantanosa próxima, así que el incansable señor Philander tuvo que acudir a rescatarle y obligarle a volver sobre sus pasos.

Jane Porter, la hija del profesor, mantiene una insípida y forzada conversación con William Cecil Clayton y Tarzán de los Monos. Apenas unos segundos antes, en la minúscula sala de espera de la estación, ha tenido efecto una declaración de amor y una renuncia que han destrozado la vida y aniquilado la felicidad de dos miembros del grupo, pero William Cecil Clayton, *lord* Greystoke, no es ninguno de esos dos seres.

Detrás de la señorita Porter revolotea la maternal Esmeralda. También ella se siente feliz, porque ¿no regresa a su amada Maryland? Vislumbra ya a través de la neblina que forma la humareda el haz de luz que proyecta el faro de la locomotora. Los hombres empiezan a coger las maletas. De pronto, Clayton exclama:

—¡Por Júpiter! Me he dejado el abrigo en la sala de espera.

Y corre a recuperarlo.

—Adiós, Jane —dice Tarzán, tendida la mano—. ¡Que Dios te bendiga!

—Adiós —responde la muchacha con un hilo de voz—. Trata de olvidarme… No, eso no… No podría soportar la idea de que me has olvidado.

—No hay peligro de que eso ocurra, cariño —afirma él—. ¡Ojalá permitiera Dios que pudiese olvidarte! La vida me resultaría mucho más fácil si no tuviera presente de modo continuo el pensamiento de lo que pudo haber sido. Aunque tú serás feliz; estoy seguro de que lo serás…, tienes que serlo. Dile a los demás que decidí volver a Nueva York al volante de mi automóvil… No me siento con ánimo de despedirme de Clayton. Quiero tener buen recuerdo de él, pero me temo que aún conservo demasiados instintos salvajes como para que confíe en mí durante mucho tiempo el hombre que se interpone entre mi persona y la única criatura del mundo a la que quiero.

Cuando Clayton se inclinaba para coger el abrigo que había olvidado en la sala de espera, sus ojos tropezaron con un telegrama caído en el suelo, boca abajo. Se agachó, dispuesto a recogerlo por si acaso se trataba de un mensaje importante que se le hubiese caído a alguien. Le echó un rápido vistazo y, automáticamente, se olvidó del abrigo, del tren que se acercaba…, de todo, salvo de aquel pequeño rectángulo de papel amarillo que tenía en la mano. Leyó el texto dos veces antes de comprender en su totalidad el terrible significado que representaba para él.

Antes de recogerlo del suelo era un aristócrata inglés, el orgulloso y opulento propietario de extensas haciendas e importantes riquezas… Ahora, inmediatamente después de haber leído el telegrama sabía que no era más que un menesteroso sin título y sin un penique. El telegrama lo dirigía
D'Arnot
a Tarzán, y rezaba:

HUELLAS DACTILARES DEMUESTRAN ERES GREYSTOKE.
FELICIDADES.
D'ARNOT

Clayton se tambaleó como si hubiese recibido un golpe mortal. En aquel preciso instante oyó que los demás le llamaban, apremiantes, porque el tren se detenía ya ante el pequeño andén. Cogió el gabán como aturdido por un impacto inesperado. Les contaría lo del telegrama cuando estuviesen en el tren. Salió corriendo al andén en el momento en que la locomotora dejaba oír los dos silbidos que preceden al primer entrechocar de los topes al acoplarse. Los demás ya estaban en el vagón, se inclinaban desde la plataforma del «Pullman» y le gritaban que se diera prisa. Transcurrieron cinco minutos largos antes de que todos estuviesen acomodados en los asientos. Y entonces se dio cuenta Clayton, por primera vez, que Tarzán no se encontraba entre ellos.

—¿Dónde está Tarzán? —preguntó a Jane Porter—. ¿En otro vagón?

—No —repuso la joven—, en el último momento decidió volver en su automóvil a Nueva York. Tiene un afán tremendo por conocer lo más posible de Estados Unidos y cree que desde la ventanilla de un vagón de ferrocarril poco será lo que pueda ver. Regresa a Francia, ya sabes.

Clayton no hizo ningún comentario. Se esforzaba en dar con las palabras oportunas para explicarle a Jane la catástrofe que se había abatido sobre él… y sobre ella. Se preguntaba qué efecto le causaría a la muchacha. ¿Seguiría deseando casarse con él… convertirse en una señora Clayton corriente y moliente? De súbito el terrible sacrificio que uno de los dos debía hacer irrumpió en su imaginación, impresionante y ominoso. Surgió luego la pregunta:

¿Reivindicaría Tarzán lo suyo? El hombre-mono estaba enterado del contenido del telegrama antes de que negase, flemático e indiferente, que conociera su linaje. ¡Declaró que su madre fue la mona Kala! ¿Acaso lo hizo por amor a Jane Porter?

No parecía existir ninguna otra explicación más o menos razonable. Así pues, al hacer caso omiso de lo que decía el telegrama, ¿no era lógico suponer que no pretendía reclamar su patrimonio? En tal caso, ¿qué derecho tenía él, William Cecil Clayton, para frustrar los deseos, para poner trabas al autosacrificio de aquel hombre extraño? Si Tarzán de los Monos era capaz de actuar de aquella manera para evitar la infelicidad a Jane Porter, ¿por qué él, a quien se le confiaba el futuro en pleno de la muchacha, iba a poner en peligro los intereses de Jane Porter?

Así continuó razonando hasta que el impulso generoso inicial de proclamar la verdad y renunciar a los títulos y propiedades en beneficio de su legítimo dueño, quedó olvidado bajo el alud de sofismas que su egoísmo alegaba. Pero durante el resto del viaje, y a lo largo de muchos días posteriores, William Cecil Clayton se mostró melancólico y abatido. De vez en cuando le asaltaba la alarmante idea de que tal vez algún día Tarzán se arrepintiese de su magnanimidad y reclamara sus derechos.

Varias fechas después de su vuelta a Baltimore, Clayton propuso a Jane celebrar la boda en seguida.

—¿Qué entiendes por en seguida? —preguntó ella.

—Dentro de unos días. He de regresar a Inglaterra de inmediato… y quiero que me acompañes, cariño.

—No puedo estar lista tan pronto —replicó Jane—. Por lo menos necesitaré un mes.

A Jane le alegró aquella circunstancia, ya que esperaba que, fuera lo que fuese lo que reclamaba la presencia de Clayton en Inglaterra, ello representaría un ulterior aplazamiento de la boda. Había hecho un mal negocio, pero estaba dispuesta a cumplir lealmente su compromiso hasta el doloroso final, aunque si se le ofrecía la posibilidad de conseguir un respiro momentáneo, se consideraba con perfecto derecho a disfrutarlo. La respuesta de Clayton desbarató sus esperanzas.

—Muy bien, Jane —dijo el hombre—. Eso me decepciona un poco, pero retrasaré el regreso a Inglaterra ese mes que necesitas;

luego nos iremos juntos.

Pero cuando el mes en cuestión estaba a punto de concluir, Jane encontró una nueva excusa para aplazar otra vez la boda, hasta que finalmente, desanimado y dubitativo, Clayton no tuvo más remedio que viajar solo a Inglaterra.

Las diversas cartas que intercambiaron no consiguieron acelerar la consumación de las esperanzas de Clayton, por lo que acabó por escribir directamente al profesor Porter, con la intención de que le echase una mano. El anciano siempre se había mostrado favorable a aquel enlace matrimonial. Clayton le caía bien y, al pertenecer Porter a una familia sureña, concedía un valor exagerado a las ventajas de un título nobiliario, título que para Jane significaba muy poco, por no decir nada.

Clayton apremió al profesor para que aceptase su invitación a pasar una temporada en Londres, como huésped de *lord* Greystoke, invitación que se hacía extensiva a toda la familia, incluidos el señor Philander, Esmeralda y demás. El inglés se argumentaba que, una vez Jane se encontrase allí y se hubieran roto los vínculos con su patria, le asustaría menos dar el paso que tanto tiempo llevaba postergando, vacilante y temerosa.

La misma tarde en que recibió la carta de Clayton, el profesor Porter anunció que partirían hacia Londres la semana siguiente.

Pero, una vez en la capital inglesa, Jane Porter no se mostró más dócil y manejable que en Baltimore. Siguió poniendo una excusa tras otra y cuando, por último, *lord* Tennington invitó al grupo al crucero alrededor de África, en su yate, la joven acogió encantadísima la idea y se negó en redondo a casarse antes de que estuvieran de vuelta en Londres. Como quiera que aquel viaje se prolongaría por lo menos un año, puesto que harían escalas de duración indefinida en numerosos puntos de interés, Clayton puso mentalmente como hoja de perejil a su amigo Tennington por haber tenido la maldita idea de sugerir tan ridícula travesía.

El itinerario de *lord* Tennington consistía en pasar al Mediterráneo, cruzar después el mar Rojo, salir al océano Índico y luego descender por la costa oriental africana, con escala en todos los puertos que mereciese la pena visitar.

Y así ocurrió que cierto día dos buques atravesaron el estrecho de Gibraltar. El más pequeño, un airoso yate blanco, navegaba con

rumbo este y en su cubierta iba sentada una joven que contemplaba con ojos tristes el guardapelo con engarce de diamantes que acariciaba distraídamente entre los dedos. El pensamiento de la muchacha se encontraba muy lejos de allí, en la espesura frondosa de una jungla tropical… y el corazón acompañaba al pensamiento.

Se preguntaba la muchacha si habría vuelto a su selva virgen el hombre que le había regalado aquella bonita joya, una pieza que para él significaba mucho más que su valor intrínseco, que ni siquiera se preocupó nunca de conocer.

Y en la cubierta del buque mayor, un transatlántico de pasajeros que también se dirigía al este, el hombre estaba sentado junto a una joven y ambos se entretenían especulando ociosamente acerca de la identidad del precioso yate que se deslizaba graciosamente, surcando el tranquilo oleaje de un mar perezoso.

Cuando el yate se hubo alejado, el hombre reanudó la charla que al parecer había interrumpido el paso de la otra embarcación.

—Sí —dijo—. Me gusta Estados Unidos y eso significa, naturalmente, que me encantan los estadounidenses, porque un país no es más que la obra del pueblo que lo habita. Mientras estuve allí conocí a algunas personas estupendas. Recuerdo una familia de su propia ciudad, señorita Strong, a quienes aprecio de un modo especial: el profesor Porter y su hija.

—¡Jane Porter! —exclamó la joven—. ¡No me diga que conoce a Jane Porter! Pero si es la mejor amiga que tengo en el mundo. Nos criamos juntas…, nos conocemos desde hace siglos.

—¿De veras? —comentó Tarzán, sonriente—. Le costará trabajo convencer de eso a cualquiera que la vea a usted o la vea a ella. ¡Siglos!

—Bueno, pues desde hace un montón de años —rió la muchacha —. Los suyos y los míos… Nos conocemos desde siempre. Hablando en serio, somos como hermanas y ahora que voy a perderla tengo el corazón hecho polvo.

—¿Que va a perderla? —se extrañó Tarzán—. Pero ¿qué quiere decir? Ah, sí, comprendo. Se refiere a que ahora que va a casarse y se quedará a vivir en Inglaterra va a verla poco.

—Sí —corroboró Hazel Strong—, y lo más triste del asunto es que no se casa con el hombre que ama. Oh, es terrible, ¡casarse por sentido del deber! Opino que es una auténtica barbaridad, algo

perverso, y así se lo he dicho. Me siento tan afectada por ello que aunque soy la única persona, aparte los familiares directos, a la que se pidió que asistiera a la ceremonia, no pienso ir porque no quiero ser testigo de una parodia tan atroz. Pero Jane Porter es seria y formal como ella sola. Se ha convencido a sí misma de que hace lo único decoroso que puede hacer y nada en el mundo la impedirá casarse con *lord* Greystoke, salvo el propio Greystoke, o la muerte.

—Lo lamento por ella —dijo Tarzán.

—Y yo lo lamento por el hombre del que está enamorada —repuso la muchacha—, porque él también la quiere. No le conozco, pero si he de hacer caso a lo que me ha contado Jane, es una persona maravillosa. Parece ser que nació en la selva africana y que se crió en una tribu de simios antropoides. No vio a ninguna persona de raza blanca hasta que desembarcaron y dejaron abandonados al profesor Porter y su equipo en una playa, justo ante la puerta de la pequeña cabaña de ese hombre. Él los salvó de toda clase de fieras terribles y llevó a cabo proezas inimaginables. Luego, como remate, se enamoró de Jane y Jane de él, aunque Jane nunca lo supo con absoluta certeza hasta después de que *lord* Greystoke y ella estuvieron prometidos.

—Es de lo más extraordinario —murmuró Tarzán, al tiempo que se devanaba las meninges en busca de alguna excusa para cambiar de conversación.

Le encantaba oír hablar de Jane a Hazel Strong, pero cuando el protagonista del diálogo era él se sentía incómodo y violento. Por suerte, no tardó en tener un respiro, ya que la madre de la muchacha se reunió con ellos y la conversación adoptó un rumbo general.

Las siguientes jornadas transcurrieron sin acontecimientos dignos de mención. El mar estaba tranquilo. El cielo, claro. El transatlántico continuaba surcando las aguas, sin prisa y sin pausa, rumbo al sur. Tarzán pasaba algunos ratos con la señorita Strong y su madre. Entretenían sus horas sentados en cubierta, leían, charlaban y tomaban fotografías con la cámara de la señorita Strong. Cuando se ponía el sol, paseaban.

Un día Tarzán encontró a la señorita Strong conversando con un desconocido, un hombre al que hasta entonces no había visto a bordo. Al acercarse Tarzán a la pareja, el hombre dedicó una

reverencia a la muchacha e hizo ademán de retirarse.

—Aguarde un momento, *monsieur* Thuran —pidió la señorita Strong—, permítame que le presente al señor Caldwell. Somos compañeros de viaje y debemos conocernos todos.

Ambos hombres se estrecharon la mano. Cuando Tarzán miró a los ojos de *monsieur* Thuran le pareció percibir algo extrañamente familiar en su expresión.

—Estoy seguro de que en algún momento del pasado tuve el honor de conocer a *monsieur* Thuran —articuló Tarzán—, aunque no logro recordar las circunstancias de ese encuentro.

Monsieur Thuran no pareció sentirse precisamente a gusto.

—No me es posible aclararle nada, *monsieur* —contestó—. Tal vez esté usted en lo cierto. También yo he tenido esa misma sensación al verme frente a un desconocido.

—*Monsieur* Thuran me estaba explicando algunos secretos de la navegación —manifestó la señorita Strong.

Tarzán prestó escaso interés a la conversación que siguió… Se esforzaba en recordar dónde había conocido a *monsieur* Thuran. Tenía la certeza de que fue en circunstancias extrañas. Los rayos de sol cayeron de pronto sobre ellos y la muchacha pidió a *monsieur* Thuran que le desplazase un poco la tumbona, que se la pusiera a la sombra. Dio la casualidad de que en aquel momento Tarzán estaba mirando al hombre y observó que manejaba la tumbona con cierta torpeza: tenía rígida la muñeca izquierda. Aquel detalle fue suficiente…, una repentina cadena de asociación de ideas hizo lo demás.

Monsieur Thuran llevaba unos minutos intentando encontrar una excusa que le permitiera retirarse con elegancia. La laguna que se produjo en la conversación como consecuencia del cambio de sitio de los asientos le brindó la oportunidad de disculparse. Hizo una reverencia a la señorita Strong, dirigió una inclinación de cabeza a Tarzán y se volvió para marchar.

—Un momento —le detuvo Tarzán—. Si la señorita Strong tiene la bondad de perdonarme, me gustaría acompañarle un momento. Vuelvo en seguida, señorita Strong.

Monsieur Thuran parecía incómodo. Cuando los dos hombres se encontraron fuera de la vista de Hazel Strong, Tarzán se detuvo y una de sus gigantescas manos se posó en el hombro de su

acompañante.

—¿Qué juego se trae ahora entre manos, Rokoff? —preguntó.

—Abandono Francia, tal como le prometí —replicó el ruso en tono desabrido.

—De eso ya me he dado cuenta —dijo Tarzán—, pero le conozco demasiado bien para que me cueste un trabajo ímprobo creer que el hecho de que viaje en el mismo barco que yo es pura coincidencia. Y aunque en un momento de debilidad mental hubiese llegado a creerlo, el que se haya disfrazado me obligaría a desechar esa idea inmediatamente.

—Bueno —rezongó Rokoff, con un encogimiento de hombros—, no sé adónde quiere ir a parar. Este buque enarbola bandera británica. Tengo tanto derecho como usted a viajar a bordo de él y si pensamos que usted reservó su pasaje con nombre supuesto, imagino que incluso tengo más derecho que usted.

—No vamos a discutir por eso, Rokoff. Todo lo que quiero es advertirle que procure no acercarse a la señorita Strong… Es una mujer decente.

Rokoff se puso escarlata.

—Si echa en saco roto mi advertencia, le arrojaré por la borda —prosiguió Tarzán—. No olvide que lo único que espero es que se me ponga a tiro alguna excusa, por pequeña que sea.

Giró sobre sus talones y dejó plantado a Rokoff. Quieto allí, el ruso temblaba de furia mal contenida.

Tarzán no volvió a ver a Rokoff en varios días, pero el ruso no estuvo cruzado de brazos. En su camarote, con Paulvitch, se daba a todos los diablos, escupía rayos y centellas y amenazaba con la más feroz de las venganzas.

—Le tiraría al mar esta misma noche —rabiaba el ruso— si no fuera porque estoy seguro de que no lleva encima esos documentos. No puedo exponerme a que se pierdan con él en el océano. Y si tú, Alexis, no fueses un estúpido gallina encontrarías el modo de colarte en su camarote y registrarlo hasta dar con los documentos.

Paulvitch sonrió.

—Se supone que el cerebro de esta banda eres tú, mi querido Nicolás —replicó Paulvitch—. ¿Por qué no se te ocurre a ti la brillante idea que te permita ir tú mismo a registrar el camarote de *monsieur* Caldwell, eh?

Dos horas después, el destino se mostró benévolo con la pareja. Paulvitch, siempre ojo avizor, vio a Tarzán salir de su camarote sin tomar la precaución de cerrar con llave la puerta. A los cinco minutos, Rokoff se había apostado en un punto desde el que podía dar la alarma en el caso de que volviese Tarzán, mientras Paulvitch ejercía sus habilidades registrando el equipaje del hombre-mono.

Estaba a punto de darse por vencido cuando vio una chaqueta que Tarzán acababa de quitarse. Antes de que hubiese transcurrido un minuto, Paulvitch tenía en la mano un sobre oficial. La rápida mirada que echó a su contenido puso una amplia sonrisa en el semblante del allanador.

Cuando abandonó el camarote ni el propio Tarzán hubiese podido decir que, desde que salió, habían tocado o cambiado de sitio uno solo de los objetos de la estancia. Paulvitch era un consumado maestro en ese arte.

Al entregar el sobre a su compinche, en la intimidad del camarote, Rokoff llamó a un camarero y pidió una botella de champán.

—Hemos de celebrarlo, mi querido Alexis —dijo.

—Fue pura suerte, Nicolás —explicó Paulvitch—. Es obvio que siempre lleva encima esos papeles… Sólo el azar permitió que se le olvidara traspasarlos de un bolsillo a otro cuando se cambió de chaqueta un momento antes. Pero me temo que va a armar una buena tremolina cuando descubra la pérdida. Lo malo es que la relacionará contigo automáticamente. Ahora que sabe que estás a bordo, lo primero que hará será sospechar de ti.

—Después de esta noche… dará lo mismo de quién sospeche —dijo Rokoff, con repulsiva sonrisa.

Aquella noche, cuando la señorita Strong se retiró a descansar, Tarzán continuó en cubierta, apoyado en la barandilla y con la mirada en la lontananza marina. Desde que subió al buque, todas las noches había hecho lo mismo…, a veces permanecía así una hora. Y los ojos que habían estado espiándole continuamente, a partir del instante en que abordó el transatlántico en Argel, conocían perfectamente esa costumbre.

Esos mismos ojos seguían vigilándolo en aquel momento, mientras el hombre-mono permanecía acodado en la barandilla. El último rezagado abandonó la cubierta. Era una noche clara, pero

sin luna… Apenas se distinguían los objetos de cubierta.

De entre las sombras del camarote se destacaron dos figuras que fueron aproximándose sigilosamente por detrás al hombre-mono. El chapoteo de las olas al chocar contra los costados del barco, el zumbido de la hélice y el martilleo sordo de los motores ahogaron los casi inaudibles rumores que producían los dos hombres que se acercaban a Tarzán.

Casi habían llegado hasta él, iban agachados, como miembros de un equipo de fútbol americano preparando la jugada. Uno de ellos levantó y bajó la mano… Parecía contar los segundos… uno… dos… ¡tres! Al unísono, ambos saltaron sobre la víctima. Uno de ellos cogió una pierna y antes de que Tarzán de los Monos, con todo lo rápido que era, pudiese revolverse para afrontar al enemigo, ya le habían pasado por encima de la borda y caía al Atlántico.

Hazel Strong contemplaba el mar a través de la portilla del camarote. De pronto ante sus ojos pasó rápidamente un cuerpo que descendía a plomo desde la cubierta. Antes de que la muchacha tuviese tiempo de determinar con certeza qué era, el bulto desapareció tragado por las oscuras aguas… podía haber sido un hombre, pero Hazel no estaba segura. Aguzó el oído por si sonaba en la parte superior el grito, siempre alarmante, de «¡Hombre al agua!», pero tal grito no llegó. En el barco, arriba, todo era silencio. En el océano, abajo, también todo era silencio.

La joven llegó a la conclusión de que lo que había visto caer no era más que una bolsa de basura que sin duda lanzó por la borda algún miembro de la tripulación. Instantes después se acostaba en la litera.

XIII

EL NAUFRAGIO DEL *LADY ALICE*

A LA mañana siguiente, a la hora del desayuno, el asiento de Tarzán aparecía desocupado. Tal ausencia despertó cierta curiosidad en la señorita Strong, porque el señor Caldwell siempre se había creído en el deber de aguardar hasta que llegasen la joven y su madre para desayunar con ellas. Más tarde, cuando la muchacha estaba sentada en cubierta, *monsieur* Thuran pasó por allí y se detuvo a intercambiar con ella media docena de cortesías. Al parecer, el hombre se encontraba de un humor excelente, aparte de que era persona extraordinariamente amable. Cuando reanudó su camino, la señorita Strong se quedó pensando en lo encantador que era *monsieur* Thuran.

El día fue transcurriendo cansinamente. La muchacha echaba de menos la sosegada compañía del señor Caldwell; aquel caballero tenía algo que cautivó a la joven desde el primer momento. Su

conversación era amena y ella bebía sus palabras, embobada, cuando le hablaba de los lugares que había visto, de las gentes y de sus costumbres, de los animales salvajes… Tenía un estilo divertidísimo de hacer sorprendentes comparaciones entre las fieras y los hombres civilizados. Lo que revelaba en él un amplio conocimiento de los animales y una aguda y un tanto cínica apreciación de los hombres.

Por la tarde, *monsieur* Thuran volvió a hacer un alto en su paseo y entabló conversación con la señorita Strong, lo que alegró sobremanera a la chica, deseosa de romper la monotonía de la jornada. Pero ya empezaba a preocuparle seriamente la continuada ausencia del señor Caldwell. Sin saber cómo ni por qué empezó a asociarla de forma insistente con el sobresalto que había experimentado la noche anterior cuando aquella cosa oscura pasó frente sus ojos por delante de la portilla y se hundió en el mar. Sacó a colación el asunto en su diálogo con *monsieur* Thuran. ¿Había visto al señor Caldwell en el curso del día? Pues, no. ¿Por qué?

—No estaba en el comedor durante el desayuno, como tiene por costumbre, y tampoco le he visto hoy en todo el día —explicó la joven.

Monsieur Thuran no pudo mostrarse más cortés.

—La verdad es que no he tenido el gusto de conocer a fondo al señor Caldwell —dijo—. Lo que no es óbice para que me parezca un caballero de cualidades estimables. ¿No es posible que se encuentre indispuesto y se haya quedado en su camarote? No tendría nada de extraño.

—No —concedió la muchacha—, no tendría nada de extraño, claro; pero por alguna razón inexplicable me ha asaltado una de esas absurdas intuiciones femeninas que me dice que al señor Caldwell le ha pasado algo. Es una sensación extraña…, como si supiese subconscientemente que no está a bordo.

Thuran emitió una risa impregnada de simpatía.

—¡Por Dios, mi querida señorita Strong! —exclamó—, ¿en qué otro sitio podría estar? Llevamos un montón de días sin avistar tierra.

—Naturalmente, es ridículo por mi parte —reconoció Hazel. Y añadió—: Pero ahora mismo dejo de preocuparme y me dedico a averiguar dónde está el señor Caldwell.

Hizo una seña a un camarero que pasaba.

«Eso es más difícil de lo que imagina, mi querida joven», pensó *monsieur* Thuran. Aunque dijo en voz alta:

—¡Naturalmente!

—Por favor, ¿tendrá la bondad de buscar al señor Caldwell? —pidió Hazel al camarero—. Cuando lo encuentre, dígale que sus amigos están muy preocupados por su larga ausencia.

—¿Aprecia usted mucho al señor Caldwell? —se interesó *monsieur* Thuran.

—Me parece una persona estupenda —respondió la joven—. Y a mi madre le ha robado el corazón. Es la clase de hombre que inspira absoluta seguridad…, nadie puede por menos que sentir una confianza ciega y total en el señor Caldwell.

Al cabo de un momento regresaba el camarero con la noticia de que el señor Caldwell no se encontraba en su camarote.

—No consigo dar con él, señorita Strong, y —titubeó— me han dicho que esta noche no durmió en su litera. Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a informar de esto al capitán.

—Desde luego —coincidió Hazel—. Le acompañaré a ver al capitán. ¡Es terrible! Sé que le ha sucedido algo espantoso. Mi presentimiento no era ninguna falsa alarma, después de todo.

Momentos después, una asustadísima joven y un excitado mozo comparecían ante el capitán. El hombre escuchó en silencio la historia… y una expresión intranquila se reflejó en sus facciones cuando el camarero le aseguró que había buscado al pasajero perdido por todos los lugares de la nave que se esperaba pudiese frecuentar.

—¿Está usted segura, señorita Strong, de que anoche vio caer un bulto por la borda? —preguntó a la muchacha.

—De eso no hay la más ligera duda —respondió Hazel—. Lo que no puedo afirmar es que fuese un cuerpo humano… no se oyó ningún grito. Es posible que sólo fuese lo que en principio pensé que era, una bolsa de basura. Pero si el señor Caldwell no aparece, si no se le encuentra a bordo, nadie me quitará nunca de la cabeza la idea de que fue su cuerpo lo que vi caer por delante de la portilla de mi camarote.

El capitán ordenó un inmediato registro a fondo de la nave, de proa a popa. No debía pasarse por alto ningún rincón ni hendidura.

La señorita Strong permaneció en la cabina del oficial, a la espera del resultado de la búsqueda. El capitán le formuló innumerables preguntas, pero la muchacha no pudo explicarle gran cosa acerca del pasajero desaparecido, aparte de lo que había observado de él en el curso de los pocos ratos que pasaron juntos en el transatlántico. Por primera vez, Hazel reparó en lo poco que le había contado el señor Caldwell acerca de su persona y de su vida anterior. Todo lo que sabía de aquel hombre era que había nacido en África y que se había educado en París, escasa información que obtuvo como resultado de la sorpresa que manifestó ante el hecho de que un inglés hablara su propio idioma con tan marcado acento francés.

—¿No le habló nunca de ningún enemigo? —quiso saber el capitán.

—En ningún momento.

—¿Conocía o alternaba con algún otro pasajero?

—Sólo se relacionaba conmigo… y eso fue gracias a la circunstancia de nuestro encuentro casual como compañeros de viaje.

—Ejem… en su opinión, señorita Strong, ¿era hombre aficionado a beber en exceso?

—No creo que bebiera ni una gota… Desde luego, no había estado bebiendo media hora antes de que yo viese caer por la borda aquel cuerpo —declaró la joven—, porque hasta entonces estuvo conmigo en cubierta.

—Es muy extraño —opinó el capitán—. No me parecía hombre susceptible de tener desvanecimientos, lipotimias o cosas así. Incluso aunque hubiera sufrido un desmayo o algo semejante, es difícilmente creíble que hubiera caído por la borda mientras se apoyaba en la barandilla…, lo más probable es que se desplomase hacia dentro, sobre la cubierta. Si no está en el buque, señorita Strong, entonces es que lo han arrojado al agua, y el detalle de que no oyese usted ningún grito me hace suponer que estaba muerto antes de abandonar la cubierta del barco… que lo asesinaron.

Hazel Strong se estremeció.

El primer oficial se presentó una hora después, para informar del resultado de la búsqueda.

—El señor Caldwell no se encuentra a bordo, señor.

—Me temo que aquí se ha producido algo más grave que un accidente, señor Brently —dijo el capitán—. Quisiera que efectuase un examen personal y minucioso de los efectos del señor Caldwell, con vistas a descubrir algún indicio que nos permita determinar si existió algún motivo para el suicidio o el asesinato… Hay que llegar al fondo de este asunto.

—¡Sí, muy bien, señor! —respondió el señor Brently, y salió para iniciar la investigación.

Hazel Strong cayó en un estado de profundo abatimiento. No salió de su camarote en varios días y cuando por fin se decidió a aventurarse por la cubierta, su rostro aparecía pálido y macilento, con enormes ojeras. Tanto despierta como dormida veía continua y repetidamente aquel cuerpo oscuro que caía rápida y silenciosamente, para acabar sumergiéndose en las frías aguas del siniestro océano.

Poco después de su primera aparición en cubierta, a raíz de la tragedia, *monsieur* Thuran se le acercó con su cordialidad acostumbrada.

—¡Oh, es terrible, señorita Strong! —exclamó—. ¡No puedo quitármelo de la cabeza!

—Ni yo —repuso la joven cansinamente—. Creo que hubiera podido salvar su vida con sólo dar la alarma.

—No debe reprocharse nada, mi querida señorita Strong —rebatió *monsieur* Thuran—. De ninguna manera fue culpa suya. En su lugar, cualquiera hubiese reaccionado lo mismo que usted. ¿A quién se le iba a ocurrir que porque algo cae de un barco al mar ese algo tiene que ser obligatoriamente un hombre? Y el resultado habría sido el mismo, aunque hubiese dado la alarma. De entrada, hubiesen dudado de la veracidad de su historia, pensando que se trataba de las alucinaciones de una mujer histérica… Usted habría insistido, pero aún en el caso de que llegara a convencerlos, cuando hubiesen detenido el transatlántico, arriado los botes, remado de vuelta hasta el desconocido punto donde ocurrió la tragedia… entonces sería ya demasiado tarde. No, no debe usted culparse. Ha hecho por el pobre señor Caldwell más que ninguna otra persona… es usted la única que le echó de menos. Fue usted quien promovió e hizo posible la búsqueda.

La muchacha no pudo por menos que sentirse agradecida por

aquellas alentadoras palabras. Pasaba frecuentes ratos con *monsieur* Thuran —casi siempre estuvo con él durante el resto del viaje— y realmente empezó a sentir afecto por aquel hombre. *Monsieur* Thuran se enteró de que la preciosa señorita Strong, de Baltimore, era una rica heredera estadounidense… una muchacha adinerada por derecho propio y con unas perspectivas de futuro que dejaban sin resuello a Rokoff cuando empezaba a imaginárselas. Y como dedicaba la mayor parte de sus horas a ese deleitable pasatiempo era un auténtico milagro que pudiera respirar.

Inmediatamente después de la desaparición de Tarzán, *monsieur* Thuran creyó oportuno desembarcar en el primer puerto en que hiciese escala el barco. ¿No tenía ya en el bolsillo de la chaqueta el objetivo por el que adquirió pasaje en aquel transatlántico? No había nada que le retuviera allí. No veía el momento de regresar al continente europeo, estaba deseando verse en el primer tren expreso que partiera hacia San Petersburgo.

Pero había surgido otra idea, que se impuso rápidamente sobre su primitiva intención de echar pie a tierra. De ninguna manera podía despreciarse aquella fortuna estadounidense, cuya propietaria, además, no era menos atractiva que las riquezas que tenía a su nombre.

¡Sapristi! ¡Menuda sensación iba a causar en San Petersburgo!

También la causaría él, contando con la ayuda del patrimonio de la joven.

Cuando *monsieur* Thuran hubo gastado alegre y mentalmente unos cuantos millones de dólares, se percató de que la carrera de dilapidador le encantaba y que también le seducía continuar viaje hasta Ciudad de El Cabo, donde decidió de pronto que tenía urgentes compromisos que acaso le retuvieran allí algún tiempo.

La señorita Strong le había dicho que ella y su madre iban a visitar al hermano de esta última… No habían determinado cuánto tiempo iba a durar su estancia, aunque era probable que se prolongara unos meses.

La señorita Strong se alegró mucho cuando supo que *monsieur* Thuran también iba a Ciudad de El Cabo.

—Confío en que nos sea posible continuar esta relación amistosa —dijo la muchacha—. En cuanto nos hayamos instalado debe usted visitarnos a mi madre y a mí.

A *monsieur* Thuran le hizo feliz tal perspectiva y no perdió tiempo en manifestarlo así. La señora Strong no se sentía tan favorablemente impresionada como su hija.

—No sé por qué no acaba de gustarme ese hombre —confesó a Hazel un día en que salió a relucir el asunto—. Parece un perfecto caballero en todos los aspectos, pero a veces… hay algo en sus ojos…, una expresión huidiza que no puedo describir, pero que cuando la veo me produce una sensación extraña.

La hija se echó a reír.

—¡Qué tonta eres, mamá!

—Supongo que sí, pero no sabes lo que lamento que no sea el señor Caldwell quien nos acompañe, en vez de este otro individuo.

—Yo también lo lamento —replicó Hazel.

Monsieur Thuran se convirtió en asiduo visitante del domicilio del tío de Hazel Strong en Ciudad de El Cabo. Se hizo notar en seguida con su exagerado despliegue de atenciones, pero mostraba tan entusiasta vocación por adelantarse a todos los deseos de la joven que ésta empezó a contar con él cada vez más. ¿Necesitaba ella, su madre o una prima suya un acompañante que la escoltara o era preciso hacerles algún recado? Pues allí estaba siempre el ubicuo *monsieur* Thuran dispuesto a realizar el favor que fuera menester. Con su indefectible cortesía y su inagotable afán de ser útil se ganó el aprecio del tío de Hazel y de todos sus familiares. *Monsieur* Thuran alcanzó la condición de indispensable. Al final, cuando creyó llegado el momento propicio, se declaró. La señorita Strong se quedó estupefacta. No supo qué decir.

—Ni por asomo podía imaginarme que le interesase a usted en ese sentido —acabó por reconocer—. Siempre le he considerado un buen amigo. No puedo contestarle ahora. Olvide que me ha pedido que sea su esposa. Continuemos como hasta ahora… es posible que más adelante pueda hacerme a la idea. Deje que, durante un tiempo, piense en usted observándole desde un ángulo distinto. Cabe la posibilidad de que descubra que mis sentimientos hacia usted van más allá de la amistad. Desde luego, ni por un segundo se me ha ocurrido nunca que le quisiera.

Monsieur se dio por satisfecho con aquel acuerdo. Lamentaba en lo más hondo de su ser haberse precipitado, pero llevaba tanto tiempo enamorado de ella, tan perdida y fervorosamente prendado

de la señorita Strong, que daba por supuesto que todo el mundo estaba enterado de sus sentimientos.

—La quiero desde la primera vez que la vi, Hazel —confesó—. No tengo inconveniente en esperar, porque sé que un amor tan puro y tan inmenso como el mío tendrá su recompensa. Lo único que deseo es saber que usted no quiere a otro. ¿Me lo asegura?

—En la vida estuve enamorada de nadie —repuso la joven, lo cual tranquilizó a *monsieur* Thuran.

Durante su vuelta a casa, aquella noche, entretuvo la imaginación comprando un yate de vapor y adquiriendo una villa de un millón de dólares en el mar Negro.

Al día siguiente, Hazel Strong disfrutó de una de las sorpresas más venturosas de su vida: se dio de manos a boca con Jane Porter, en el momento en que ésta abandonaba una joyería.

—¡Pero, si eres Jane! ¡Jane Porter! —exclamó—. ¿De dónde diablos sales? ¡No me lo puedo creer!

—¡Vaya, precisamente tú! —se animó Jane, tan asombrada como su amiga—. ¡Y yo venga a malgastar toneladas de esfuerzo mental imaginándote en Baltimore… y luego te encuentro aquí!

Volvió a echar los brazos al cuello de su amiga y la besó una docena de veces.

Para cuando concluyeron sus mutuas explicaciones, Hazel sabía ya que el yate de *lord* Tennington permanecería una semana más en Ciudad de El Cabo y que al término de la misma continuaría su viaje —en esa ocasión costa occidental arriba— de regreso a Inglaterra.

—Donde —remató Jane— me casaré.

—¿Aún no te has casado? —preguntó Hazel.

—Todavía no —articuló Jane, para añadir, extemporáneamente —: Me gustaría que Inglaterra estuviese a un millón de kilómetros de aquí.

Se intercambiaron visitas entre los pasajeros del yate y los familiares de Hazel. Se organizaron comidas y excursiones por los alrededores para agasajar a los visitantes. A todos aquellos actos y reuniones se invitaba a *monsieur* Thuran, al que se acogía de mil amores. *Monsieur* Thuran obsequió con una cena a los hombres del grupo y se las ingenió para granjearse la buena voluntad de *lord* Tennington mediante numerosos gestos hospitalarios.

En el curso de la inesperada visita al yate de *lord* Tennington, *monsieur* Thuran captó cierta insinuación de algo que podía reportarle ciertos beneficios. Quiso aprovecharlo. En cuanto se vio a solas con el inglés dejó caer como quien no quiere la cosa que su compromiso oficial con la señorita Strong se anunciaría en cuanto regresaran a Estados Unidos.

—Pero esto es confidencial. No diga usted una palabra a nadie, mi querido Tennington… ni una palabra.

—Descuide, lo entiendo muy bien, compañero —aseguró Tennington—. Pero hay que felicitarle… se lleva usted una joven estupenda… de verdad.

Al día siguiente, la señora Strong, Hazel y *monsieur* Thuran se encontraban en el yate como invitados de *lord* Tennington. La señora Strong les acababa de explicar lo mucho que había disfrutado de su estancia en Ciudad de El Cabo y cuánto lamentaba haber recibido una carta de su procurador de Baltimore, por culpa de la cual se veía obligada a abreviar su visita a Ciudad de El Cabo.

—¿Cuándo zarpa? —le preguntó *lord* Tennington.

—A primeros de la semana que viene —respondió la dama.

—¿De veras? —exclamó Thuran—. ¡La suerte está conmigo! También yo me veo inesperadamente obligado a regresar cuanto antes, lo que significa que voy a tener el honor de acompañarles y que podré seguir a su servicio.

—Muy amable por su parte, *monsieur* Thuran —replicó la señora Strong—. Nos complacerá mucho ponernos bajo su protección, de eso estoy segura.

Pero en el fondo de su alma deseaba librarse de él. Aunque no podía explicarse el motivo.

—¡Por Júpiter! —se entusiasmaba *lord* Tennington poco después —. ¡Una idea magnífica, vive Dios!

—Sí, Tennington, naturalmente —aventuró Clayton—. Si es tuya, debe ser formidable, ¿pero en qué rayos consiste? ¿Vamos a ir a China, vía Polo Sur?

—Venga, hombre, venga, Clayton —replicó Tennington—, no hace falta que te encalabrines sólo porque no fue a ti a quien se le ocurrió sugerir este viaje… Desde que zarpamos no has parado de poner pegas, eres el perfecto eterno descontento. Sí, señor, mal que te pese, es una idea estupenda, así que tendrás que reconocerlo. Se

trata de llevar con nosotros a Inglaterra, en el yate, a la señora Strong, a su hija y, si también desea venir, al señor Thuran. ¿Qué te parece, no es fantástico?

—Perdona, Tenny, muchacho —plegó velas Clayton—. Sí, es una idea fabulosa…, impropia de ti, nunca hubiera sospechado que fuese tuya. ¿Estás seguro de que es original de tu caletre?

—Y nos haremos a la mar a primeros de la semana próxima o en cualquier otro momento que a usted le parezca bien, señora Strong —concluyó el rumboso inglés, como si todo estuviera arreglado, salvo la fecha de partida.

—Santo Dios, *lord* Tennington, ni siquiera nos ha brindado la oportunidad de darle las gracias y mucho menos la de decidir si nos es posible o no aceptar su generosa invitación —protestó, muy cumplida, la señora Strong.

—Pues claro que vendrán —insistió *lord* Tennington—. Navegamos tan deprisa como cualquier buque de pasajeros y dispondrán de cuantas comodidades necesiten. Además, les apreciamos mucho y no aceptaremos el no por respuesta.

De modo que se acordó que zarparían el lunes siguiente.

Dos días después, las dos muchachas miraban en el camarote de Hazel unas fotografías que la joven acababa de revelar en Ciudad de El Cabo. Eran las instantáneas que había tomado desde que salió de Estados Unidos. Estaban sumergidas en la contemplación de aquellas imágenes, y Hazel respondía a las mil preguntas de Jane, dando toda clase de torrenciales explicaciones acerca de las diversas vistas y personas que aparecían en las fotos.

—Aquí tienes —dijo de pronto Hazel— un hombre al que conoces. Pobrecillo, he tenido un montón de veces la idea de preguntarte por él, pero nunca me ha venido a la cabeza cuando estábamos juntas.

Sostenía la foto de forma que Jane no podía ver la cara del hombre retratado.

—Se llamaba John Caldwell —prosiguió Hazel—. ¿Te acuerdas de él? Dijo que te conoció en Estados Unidos. Es inglés.

—No recuerdo ese nombre —contestó Jane—. Déjame ver la foto.

—El pobre hombre cayó por la borda durante la travesía costa abajo —explicó Hazel, al tiempo que tendía la foto a Jane.

—¿Que se cayó…? ¡Pero, Hazel, Hazel… no me digas que se ahogó en el mar! ¡Hazel! ¡Dime que es una broma!

Y antes de que la sorprendida señorita Strong pudiera sostenerla Jane Porter se desmayó y fue a parar al suelo.

Cuando logró que su amiga volviera en sí, Hazel la estuvo contemplando largo rato, antes de que alguna de las dos hablase.

—No sabía, Jane —silabeó Hazel en tono forzado—, que tu amistad con el señor Caldwell fuese tan estrecha como para que esto te afectase tanto.

—¿John Caldwell? —interrogó Jane—. No me irás a decir que ignorabas quién era ese hombre, ¿verdad, Hazel?

—Pues, claro que sé quién era, Jane. Sé perfectamente quién era… se llamaba John Caldwell, de Londres.

—¡Oh, Hazel, daría cualquier cosa por creerte! —gimió Jane—. Quisiera poder creerte, pero esas facciones están grabadas tan profundamente en mi memoria y en mi corazón que lo reconocería en cualquier lugar del mundo en medio de miles de personas, las cuales podrían parecer idénticas al resto del mundo, excepto a mí.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir, Jane? —exclamó Hazel, alarmada hasta el fondo de su ser—. ¿Quién crees que es?

—No es que lo crea, Hazel. Sé que esta es una fotografía de Tarzán de los Monos.

—¡Jane!

—Es imposible que me equivoque. ¡Oh, Hazel! ¿Estás segura de que ha muerto? ¿No puede haber posibilidad de error?

—Me temo que no, querida —contestó Hazel tristemente—. Me gustaría poder pensar que estás equivocada, pero ahora vienen a mi mente un sinfín de pequeños detalles que no significaron nada para mí cuando creía que era John Caldwell, de Londres, pero que ahora se convierten en pruebas que confirman lo que dices. Me contó que había nacido en África y que se educó en Francia.

—Sí, eso sería cierto —murmuró Jane Porter, alicaída.

—El primer oficial, cuando revisó su equipaje, no encontró nada que lo identificase como John Caldwell, de Londres. Prácticamente, todas sus pertenencias se habían fabricado o adquirido en París. Todas las prendas u objetos con iniciales llevaban o una «T» sola o «J. C. T.».

Pensamos que viajaba de incógnito bajo sus dos primeros

nombres… J. C. correspondería así a John Caldwell.

—Tarzán de los Monos adoptó el nombre de Jean C. Tarzán —articuló Jane, con voz monótona y mortecina—. ¡Y está muerto! ¡Oh, Hazel, es terrible! ¡Murió solo en ese horrendo océano! ¡Me resulta inconcebible pensar que su corazón indomable haya dejado de latir… que sus poderosos músculos se hayan quedado fríos y rígidos para siempre! Que él, personificación de la vida, de la salud, de la energía, sea ahora presa de unos seres viscosos y rastreros que…

No pudo seguir, exhaló un gemido, hundió la cabeza entre los brazos y, sollozante, se dejó caer en el piso del camarote.

La señorita Porter cayó enferma y se pasó varios días en cama. No deseaba ver a nadie, a excepción de Hazel y de la fiel Esmeralda. Cuando por fin salió de nuevo a cubierta, a todos sorprendió el triste cambio que había experimentado. Ya no era la preciosidad norteamericana lista y vivaracha que sedujo, encandiló e hizo las delicias de cuantos se acercaban a ella. Se había convertido en una mozuela tranquila y melancólica, cuyo semblante tenía una expresión de meditabunda desesperanza que nadie, salvo Hazel Strong, podía interpretar.

Todos los integrantes del grupo se esforzaban por distraerla y alegrarle la vida, pero era inútil. Alguna que otra vez, el ingenioso *lord* Tennington conseguía arrancarle una sonrisa lánguida, pero la mayor parte del tiempo la muchacha se lo pasaba con la vista perdida en la inmensidad del océano.

Como si la enfermedad de Jane Porter hubiese sido una especie de factor negativo desencadenante, sobre el yate empezó a caer una lluvia de desdichas. Primero se averió un motor y tuvieron que permanecer dos días al pairo mientras se efectuaban las necesarias reparaciones. Luego les pilló desprevenidos una turbonada cuyas ráfagas arrojaron por la borda casi todo lo que no estaba bien sujeto en cubierta. Posteriormente, dos marineros mantuvieron una pelea a navajazos en la parte de proa de la nave con el resultado de que uno de ellos quedó malherido y al otro hubo que aherrojarlo en un calabozo. Y como remate, para coronar bien el cúmulo de desgracias, el piloto se cayó al mar durante la noche y se ahogó antes de que nadie pudiera echarle un cabo. El yate se pasó diez horas dando vueltas por el lugar del accidente, pero no volvió a

verse al hombre una vez se hundió en las aguas del océano.

A todos los viajeros y miembros de la tripulación dejó deprimidos y sombríos aquella sucesión de adversidades. El que más y el que menos temía que ocurriese algo todavía peor, y ello era especialmente cierto entre los marinos que recordaban toda clase de avisos y presagios terribles acaecidos durante la primera parte del viaje y que ahora interpretaban los aprendices de profeta como anuncio inequívoco de alguna tragedia funesta y terrible que inevitablemente iba a abatirse sobre ellos.

No tuvieron que esperar mucho los que presagiaban malos augurios. Dos noches después de que el piloto se ahogara, el pequeño yate experimentaba una sacudida que lo estremeció de proa a popa. Hacia la una de la madrugada sufrió un terrorífico impacto que arrojó de las literas en que dormían a tripulantes y pasajeros. Un crujido impresionante dejó temblando la frágil embarcación. El casco se inclinó a estribor. Los motores se detuvieron. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a la superficie del agua… Luego, con ominoso ruido de desgarro, recuperó la horizontalidad sobre el mar.

Automáticamente, los hombres salieron a cubierta, con las mujeres pisándoles los talones. Aunque las nubes encapotaban el cielo, apenas soplaba viento y la mar parecía bastante tranquila, pero la noche no era lo bastante oscura como para que no distinguiesen, cerca de la amura de babor, una masa de color negro que flotaba en el agua.

—Un pecio, un trozo de nave naufragada —explicó el oficial de guardia.

El maquinista subía a cubierta en aquel momento para hablar con el capitán.

—Ha saltado la pieza con que cubrimos la tapa del cilindro, señor —informó—. Y tenemos una vía de agua en la amura de babor.

Instantes después, un marinero subía corriendo.

—¡Santo Dios! —gritó—. La quilla se ha quebrado y el fondo se está inundando. No permaneceremos a flote ni veinte minutos.

—¡Cállese! —rugió Tennington—. Señoras, bajen y recojan sus cosas. Es posible que la situación no sea tan grave como todo eso,

pero tal vez tengamos que recurrir a los botes. Vale más que estemos preparados. Dense prisa, por favor. Y, capitán Jerrold, tenga la bondad de enviar abajo a alguien competente para que efectúe una valoración precisa de los daños. Mientras tanto, sugiero que se apresten los botes.

El tono de voz bajo y sereno del propietario de la nave tuvo la virtud de tranquilizar a todos y, unos segundos después, habían puesto manos a la obra, llevando a cabo lo que acababa de proponer. Para cuando las damas volvieron a cubierta, las barcas de salvamento ya estaban casi totalmente pertrechadas y dispuestas. Regresó el hombre que había bajado a calcular los daños. Iba a entregar su informe, pero no hacía falta que expresara su opinión: el grupo de hacinados hombres y mujeres sabía ya que el fin del *Lady Alice* estaba a punto de consumarse.

—¿Y bien, señor? —preguntó el capitán, al ver que el oficial vacilaba.

—Me disgusta asustar a las señoras, capitán —dijo—, pero, a mi juicio, no creo que sigamos estando a flote dentro de diez minutos. La embarcación tiene un agujero por el que podría pasar una vaca, señor.

La proa del *Lady Alice* llevaba cinco minutos hundiéndose. La popa estaba ya fuera del agua, elevándose en el aire, y mantenerse en pie sobre cubierta costaba Dios y ayuda. El yate iba equipado con cuatro botes, los cuales se ocuparon y se arriaron sin problemas. Cuando se alejaban rápidamente del yate, a golpe de remo, Jane Porter volvió la cabeza para echarle la última mirada. En aquel momento resonó un vibrante chasquido, acompañado de un ominoso y sordo estrépito, que brotó del corazón de la nave. Las máquinas, destrozadas y sueltas, volaban hacia popa, llevándose por delante mamparas y paneles de separación. La popa se elevó por encima de todos, permaneció unos segundos inmóvil, como un astil vertical que sobresaliera desde el fondo del océano y luego, rápidamente, el buque se hundió de proa y las olas se lo tragaron.

En uno de los botes, el intrépido *lord* Tennington se enjugó una lágrima… No era una fortuna lo que acababa de ver sumergirse en el océano, sino un magnífico amigo al que quería enormemente.

Por fin, aquella larga noche dio paso a la aurora y un sol tropical envió sus rayos para que se batieran con las ondulantes aguas. Jane

Porter había conciliado un sueño inquieto, pero se despertó cuando la brillante claridad del sol le bañó la cara. La muchacha miró en tomo. En el bote iban con ella tres marineros, Clayton y *monsieur* Thuran. Su mirada buscó las otras barcas, pero en todo lo que alcanzaba la vista nada rompía la pavorosa y monótona uniformidad de aquel desierto de agua salada… Estaban solos a bordo de un pequeño bote, perdidos en la inmensidad del Atlántico.

XIV

REGRESO A LA VIDA PRIMITIVA

AL LLEGAR al agua, el primer impulso de Tarzán fue alejarse nadando del buque y del potencial peligro que representaban las hélices. No ignoraba a quién tenía que agradecer el apuro en que se encontraba y, mientras se mantenía a flote mediante un leve movimiento de los brazos, lo que más le mortificaba era la facilidad con que Rokoff le había vencido.

Permaneció algún tiempo así, con la vista en las luces del transatlántico, que se alejaban y disminuían de tamaño, sin que ni por un momento se le ocurriera gritar pidiendo ayuda. A lo largo de su vida, ni una sola vez había pedido auxilio, de modo que nada tiene de extraño que tampoco lo hiciera en aquella ocasión. Siempre dependió exclusivamente de sus facultades y recursos y, por otra parte, desde los días de Kala no hubo nadie que hubiera podido acudir en su socorro. Cuando se le ocurrió que podía pedir ayuda ya

era demasiado tarde.

Tarzán calculó que habría una probabilidad entre cien mil de que le recogiese algún barco que pasara por allí y que incluso todavía eran menores las probabilidades de que pudiese llegar a tierra, pero, no obstante, decidió nadar sin prisas en dirección a la costa…, tal vez el transatlántico se encontraba más cerca del litoral de lo que él suponía.

Avanzó a base de brazadas largas y fáciles, transcurrirían muchas horas antes de que sus colosales músculos empezaran a dar señales de fatiga. Mientras nadaba hacia el este, guiándose por las estrellas, notó que los zapatos eran una rémora, de modo que se desprendió de ellos. A continuación hizo lo propio con los pantalones y se habría quitado la chaqueta también de no haber sido por los preciosos documentos que guardaba en el bolsillo. Para tranquilizarse, para cerciorarse que aún estaban allí, se llevó la mano al bolsillo y, con gran consternación, comprobó que habían desaparecido.

Supo entonces que en el hecho de que Rokoff se apresurara a arrojarle por la borda hubo algo más que simple venganza: el ruso se las había ingeniado para recuperar previamente los papeles que Tarzán le arrebatase en Bou Saada. El hombre-mono soltó una palabrota en voz baja y dejó que su chaqueta y camisa se hundieran en el Atlántico. No pasaron muchas horas antes de que se hubiese desprendido del resto de las prendas que vestía, para nadar sin engorros ni entorpecimientos en dirección este.

Los primeros albores del día empezaban a atenuar el fulgor de las estrellas cuando la tenue silueta de una mole negra se destacó delante de Tarzán, justo en la ruta que llevaba. Unas cuantas brazadas le pusieron junto a ella: era la parte inferior del casco de un buque que había naufragado. Tarzán subió a aquel pecio, con la sana idea de descansar hasta que amaneciese del todo. No albergaba la menor intención de permanecer inactivo, era presa del hambre y la sed. Si iba a morir, prefería hacerlo en plena acción, mientras intentaba salvarse.

El mar estaba en calma, por lo que el trozo de casco sólo se movía leve, ondulantemente, como si pretendiera acunar a aquel nadador que llevaba veinte horas sin dormir. Tarzán de los Monos se arrebujó sobre la mucilaginosa madera y no tardó en quedar

sumido en profundo sueño.

Le despertaron los ardores del sol, poco después del mediodía. Su primera sensación consciente fue la de que le agobiaba la sed, una sed que fue aumentando el sufrimiento de Tarzán a medida que iba despabilándose, pero momentos después la alegría de dos descubrimientos casi simultáneos le hicieron olvidar todos los pesares. El primero lo constituía un conjunto de restos de naufragio que flotaban cerca de su pecio; en medio de aquellos restos subía y bajaba, a impulsos del oleaje, un bote salvavidas boca abajo. El segundo fue la débil línea de una costa distante que se divisaba en el horizonte oriental.

Tarzán se zambulló en el agua y rodeó a nado los restos del naufragio hasta alcanzar el bote. La fresca temperatura del océano calmó un poco las apremiantes sensaciones de Tarzán y, con renovadas energías, llevó el pequeño bote junto al casco y, tras no pocos hercúleos esfuerzos, consiguió ponerlo en el resbaladizo fondo del pecio. Allí lo enderezó para examinarlo… El bote era bastante sólido y al cabo de unos segundos flotaba junto al trozo de casco. Tarzán seleccionó varias tablas del naufragio susceptibles de convertirse en remos y pronto estuvo bogando rumbo a la distante orilla.

Muy entrada estaba ya la tarde cuando Tarzán se encontró lo bastante cerca como para distinguir las cosas que había en tierra y para determinar los perfiles de la línea costera. Vio ante sí lo que al parecer era la entrada de una pequeña bahía. La punta del norte, cubierta de árboles, le resultó curiosamente familiar. ¿Sería posible que el destino le hubiese arrojado a los umbrales de su adorada selva? Pero cuando la proa de su barca entró por la bocana de aquel puerto natural, todas las dudas de Tarzán se disiparon, porque allí estaba, frente a sus ojos, en la playa del fondo, bajo las sombras de aquel bosque primitivo, su cabaña… la cabaña que antes de que él, Tarzán, naciese, había construido su padre, John Clayton, *lord* Greystoke, muerto tantos años atrás.

Mediante el impulso que sus músculos de gigante imprimían a los toscos remos, el hombre-mono llevó el bote rápidamente hacia aquella playa. Apenas la proa tocó la arena cuando Tarzán saltó a tierra, mientras el corazón aceleraba los latidos y le saltaba en el pecho, exultante de alegría, cada vez que los errantes ojos caían

sobre algo familiar: la cabaña, la playa, el arroyuelo, la tupida selva, la impenetrable y oscura floresta; además de la infinidad de pájaros de brillante plumaje multicolor, las primorosas enredaderas que colgaban de los árboles gigantescos y la multitud de flores que embellecían todo aquel panorama.

Tarzán de los Monos estaba de vuelta en sus dominios y para que todo el mundo tuviera noticia de su regreso alzó su joven cabeza y lanzó a los cuatro vientos el salvaje grito retador propio de su tribu. Durante unos minutos reinó el silencio en aquella selva virgen y luego, sordo y extraño, surcó el aire una respuesta al desafío de Tarzán: el profundo rugido de Numa, el león, y, debilitado por la distancia, el bramido aterrador de un mono macho.

Tarzán fue primero al arroyo y apagó la sed. A continuación se encaminó a la cabaña. La puerta estaba cerrada y el pestillo corrido, tal como
D'Arnot
y él lo dejaron. Descorrió el cerrojo y entró. Todo seguía igual que cuando lo dejó, dos años atrás: la mesa, la cama y la cuna que había construido su padre, la estantería y los armarios, que llevaban allí más de veintitrés años.

Satisfecha la vista, el estómago empezó a reclamar su atención: los pinchazos del hambre le sugirieron la conveniencia de buscar alimentos urgentemente. En la cabaña no había nada comestible, ni siquiera arma alguna, pero vio colgada en la pared una de sus viejas cuerdas de hierba. Estaba muy gastada y tiempo atrás se rompió varias veces, por lo que la había desechado para valerse de otra mejor. Le hubiera gustado disponer de un cuchillo. Bueno, o mucho se equivocaba o antes de que se hubiera ocultado el sol dispondría de un venablo, de un arco y de algunas flechas… De agenciarse todo eso se encargaría la cuerda y, entretanto, se procuraría algo que echarse al coleto. Enrolló la cuerda cuidadosamente, se la echó al hombro, salió y cerró la puerta.

La selva empezaba a pocos pasos de la cabaña. Tarzán se hundió en la espesura, precavido y silencioso, transformado de nuevo en un animal salvaje a la caza de comida. Anduvo un trecho por el suelo, pero al no descubrir señales que le indicasen la proximidad de piezas que pudieran suministrarle carne, decidió subir a la

enramada de los árboles. En cuanto empezó a desplazarse por las alturas, a saltar vertiginosamente de rama en rama, volvió a inundar su espíritu la antigua alegría de vivir. Remordimientos, pesares y preocupaciones pasaron al olvido. ¡Aquello era vida! ¡Realmente, aquella era la perfecta e insuperable dicha de la libertad sin cortapisas! ¿Quién iba a desear volver a las asfixiantes y perversas ciudades del hombre civilizado cuando las extensas vastedades de la selva virgen le ofrecían paz y libertad? No sería él.

Aún había luz diurna cuando Tarzán llegó al abrevadero de un río de la selva. Desde las más remotas épocas solían acudir allí a beber diversos animales del bosque. Por la noche siempre podía encontrarse allí a Sábor o a Numa, agazapados en la espesura, a la espera de un impala o cualquier otro antílope con los que alimentarse. Allí iba a abrevar Horta, el jabalí, y allí fue Tarzán de los Monos dispuesto a cobrar una pieza porque tenía el estómago muy vacío.

Se puso en cuclillas en una rama situada sobre el sendero. Aguardó casi una hora. La oscuridad empezaba a convertirse en negrura. En lo más espeso de la floresta, junto al vado, el oído de Tarzán percibió el leve rumor de unas patas acolchadas y de un cuerpo bastante voluminoso que pasaba rozando las altas hierbas y las embrolladas enredaderas. Salvo Tarzán, nadie hubiera podido captar aquellos ruidos, pero el hombre-mono los percibió e interpretó: Numa, el león, había salido de caza, sus intenciones eran idénticas a las de Tarzán. Éste sonrió.

En seguida oyó que alguien se aproximaba sigilosamente por la senda que conducía al abrevadero. Al cabo de un momento entraba en el campo visual del hombre-mono. Se trataba de Horta, el jabalí. Su carne era exquisita y a Tarzán se le hizo la boca agua. Las hierbas entre las que se ocultaba Numa permanecían inmóviles… ominosamente inmóviles. Horta pasó por debajo de Tarzán. Unos cuantos pasos más y se colocaría dentro del radio del salto de Numa. Tarzán se imaginaba cómo le brillarían en aquel momento los ojos al león, que sin duda estaría conteniendo la respiración antes de soltar el horrísono rugido que dejaría petrificada a su presa durante el tiempo suficiente para que él, Numa, saltase y clavara los pavorosos colmillos en unos huesos que iban a astillarse inmediatamente.

Pero cuando Numa se disponía a dar ese salto, una cuerda delgada voló por el aire, desde las ramas bajas de un árbol próximo. El lazo se cerró alrededor del cuello de Horta. Resonó un gruñido asustado y luego un chillido de protesta, mientras Numa veía retroceder a su presa, arrastrada por el camino. Cuando el león saltó, Horta, el jabalí, se remontó en el aire y desapareció en la enramada, lejos de las garras de Numa. Entre el follaje del árbol apareció un rostro que dedicó al felino una serie de carcajadas y muecas burlonas.

Y entonces sí que resultaron espeluznantes los rugidos de Numa. Furibundo, amenazador, hambriento, paseó de un lado a otro, por debajo de las ramas desde las que el hombre-mono seguía riéndose de él. Se detuvo, por último, se levantó sobre los cuartos traseros y, apoyando el cuerpo en el tronco del árbol que albergaba a su enemigo, clavó las enormes uñas en la corteza y arrancó un buen pedazo de ésta, dejando al descubierto la madera blanca que había debajo.

Mientras tanto, Tarzán había izado al jabalí, que no cesaba de debatirse, hasta la rama en que se encontraba. Los fuertes dedos del hombre-mono remataron la obra que inició el nudo corredizo. No tenía cuchillo, pero la naturaleza le había proporcionado los medios necesarios para desgarrar la carne palpitante de la pieza recién cobrada y la centelleante dentadura se hundió en la carne suculenta, en tanto el león, abajo, frenético de rabia, contemplaba cómo su rival disfrutaba de una cena que momentos antes él había considerado suya.

Ya era noche cerrada cuando Tarzán se sintió ahíto. ¡Ah, pero qué delicia! Nunca se había acostumbrado del todo a la carne deteriorada que le servían en el mundo civilizado, y en el fondo de su salvaje espíritu siempre echó de menos el sabor de la carne fresca y de la espléndida sangre roja que desprendía.

Se limpió las ensangrentadas manos con un puñado de hojas, se cargó al hombro el resto de la pieza y, saltando de rama en rama, a media altura, regresó a la cabaña.

En aquellos precisos momentos, Jane Porter y William Cecil Clayton se levantaban de la mesa, tras una suculenta cena, en el *Lady Alice*, a miles de millas al este, en el océano Índico.

Numa, el león, se desplazaba por el suelo, al mismo ritmo de

Tarzán, y cada vez que éste miraba hacia abajo veía los lúgubres ojos de la fiera, que brillaban en la oscuridad y que no perdían de vista al hombre-mono. Numa ya no rugía, se limitaba a moverse en furtivo silencio, como una sombra del gran felino. Sin embargo, no dio un solo paso que no percibieran los sensibles oídos de Tarzán.

El hombre-mono se preguntó si se encontraría a Numa al acecho en la puerta de la cabaña. Confiaba en que no, porque eso significaba que tendría que pasar la noche durmiendo en la horquilla de un árbol y, desde luego, prefería el lecho de hierbas de su propio hogar. Naturalmente, conocía el árbol y la horquilla más cómoda, si no le quedaba más remedio que pasar la noche al raso. En el pasado, más de cien veces le siguió hasta la cabaña algún gran felino de la selva y se vio obligado a albergarse en aquel mismo árbol, hasta que un cambio de humor o la salida del sol inducían a su enemigo a retirarse.

Pero ese no fue el caso aquella noche: Numa optó por abandonar y, con una breve sucesión de protestas y rugidos, dio media vuelta rabiosamente y partió en busca de una cena que le resultase más fácil de conseguir. De modo que Tarzán llegó sin compañía a la cabaña e instantes después ya estaba arrebujado sobre los mohosos restos de lo que otrora había sido un lecho de hierbas. A *monsieur* Jean C. Tarzán no le costó nada desprenderse del barniz de civilización artificial que le recubría y cayó automáticamente en el sueño profundo del animal que se ha llenado el estómago a rebosar. No obstante, el «sí» de una mujer le hubiese ligado de por vida a la otra existencia y le habría hecho considerar repulsiva la mera idea de quedarse en la selva, entre las fieras salvajes.

Tarzán durmió hasta el mediodía siguiente, ya que los esfuerzos de la noche pasada en el mar y de la caza en la selva le habían dejado agotadísimo, puesto que sus músculos habían perdido la costumbre de tales pruebas. Lo primero que hizo al despertarse fue ir al arroyo a beber. Luego se dio un chapuzón en el mar, donde estuvo nadando quince minutos. Después volvió a la cabaña y se regaló con un desayuno a base de carne de jabalí. Cuando se dio por satisfecho, enterró el resto de Horta en la blanda tierra de la parte exterior de la cabaña, para la cena.

Tomó de nuevo la cuerda y se adentró en la selva. En esa ocasión su presa sería más noble: el hombre; aunque si le hubiesen

pedido su opinión habría citado a una docena de habitantes de la jungla a los que consideraba superiores en nobleza al hombre que pensaba cazar. Se preguntó si las mujeres y niños de la aldea de Mbonga habrían permanecido en el poblado después de que la expedición de castigo enviada desde el crucero francés exterminara a todos los guerreros, como represalia por la supuesta muerte de D'Arnot.

Albergaba la esperanza de encontrar allí algunos guerreros, porque en el caso de que la aldea estuviese desierta, la búsqueda podría durar indefinidamente. Ignoraba cuánto.

El hombre-mono se desplazó velozmente por la selva y hacia la medianoche llegaba al solar de la aldea. Descubrió, decepcionado, que la vegetación silvestre había invadido los campos de cultivo y que la putrefacción había desmoronado las chozas. Ni el menor rastro de seres humanos. Tarzán se paseó entre las ruinas durante media hora, confiando en encontrar algún arma olvidada, pero su búsqueda fue infructuosa, de modo que decidió emprenderla por otra parte y continuó riachuelo arriba, siguiendo aquella corriente cuyo curso se deslizaba en dirección sureste. Lo lógico sería que los poblados se estableciesen cerca del agua dulce. Si iba a encontrar uno, estaría junto al arroyo.

Buscaba alimento por el camino, como lo buscó cuando vivía con los monos de la tribu, como Kala le había enseñado a hacerlo, o sea, dando la vuelta a los troncos podridos, debajo de los cuales se refugiaban bichos comestibles, o subiendo a lo más alto de los árboles para robar los nidos de pájaros, o abalanzándose con la celeridad de un gato sobre algún pequeño roedor. También comía otras cosas, pero cuantos menos detalles dé uno acerca de la dieta de los monos, tanto mejor… Y Tarzán había recuperado su condición de mono, volvía a ser el mismo antropoide feroz y brutal que Kala le había enseñado a ser y que fue a lo largo de los veinte primeros años de su vida.

A veces saltaba a sus labios una sonrisa al recordar a algún amigo que en aquel momento estaría apaciblemente sentado, vestido con impecable elegancia, en el salón de un club selecto de París…, como Tarzán había estado pocos meses antes. Después se quedaba quieto, repentinamente petrificado, cuando la suave brisa llevaba hasta su adiestrado olfato el efluvio de alguna nueva presa o

de algún enemigo temible.

Durmió aquella noche tierra adentro, lejos de la cabaña, acunado en la horquilla de un árbol, a treinta metros del suelo. Se había vuelto a dar un buen banquete, esa vez a base de carne de Bara, el ciervo, víctima del rápido lazo de Tarzán.

Reanudó la marcha a primera hora de la mañana siguiente. Avanzó en paralelo al curso del arroyo. Continuó la búsqueda durante tres días, hasta que llegó a una zona de la selva en la que no había estado nunca. De vez en cuando, al coronar un altozano en el que la floresta era menos densa, divisaba a lo lejos sierras de montañas majestuosas ante las cuales se extendían amplias planicies. Allí, en aquellos espacios abiertos abundaba la caza: cantidades ingentes de antílopes y grandes manadas de cebras. Tarzán se sintió hechizado: efectuaría una prolongada visita a aquel mundo desconocido.

En la mañana de la cuarta jornada un olor nuevo llegó súbita y pasmosamente a su olfato. Olor a hombre, aunque muy distante. Tarzán se estremeció de placer. Con los cinco sentidos alertas, sigiloso y hábil, se desplazó velozmente entre los árboles, con el viento de cara, en dirección a su presa. La alcanzó en seguida: un guerrero solitario que avanzaba sosegadamente por la selva.

El hombre-mono le siguió, saltando de rama en rama, a la espera de un trecho lo bastante despejado como para permitirle utilizar la cuerda. Mientras acechaba a la desprevenida víctima, nuevas ideas afluían a la mente de Tarzán, ideas que eran producto de la depuradora influencia de la civilización y de su crueldad. Se le ocurrió que el hombre civilizado casi nunca mataba a un ser humano sin tener una excusa para ello, por leve que fuera. Cierto que él, Tarzán, deseaba las armas y los adornos de aquel guerrero, ¿pero era imprescindible quitarle la vida para obtenerlos?

Cuanto más pensaba en ello, más repugnante se le hacía la idea de arrebatar la existencia innecesariamente a un semejante. Y mientras le daba vueltas en la cabeza a lo que procedía hacer, ocurrió que llegaron a un claro de la selva, al fondo del cual se alzaba una aldea de chozas como colmenas, protegida por una empalizada.

Cuando el guerrero salió de entre los árboles, Tarzán vislumbró fugazmente un cuerpo de piel rojiza que se abría paso furtivamente

a través de la maraña de hierbas de la selva: era Numa, el león. También iba a la caza del negro. En el mismo instante en que Tarzán comprendió el peligro en que se encontraba el indígena, su actitud respecto a la presa cambió radicalmente. Ahora se trataba de un ser humano, como él, amenazado por un enemigo común.

Numa estaba a punto de lanzarse al ataque. No había tiempo para entretenerse comparando la conveniencia de recurrir a uno u otro sistema ni para sopesar los probables resultados de cada uno de ellos. Los acontecimientos se dispararon y, casi simultáneamente, sucedieron varias cosas: el león saltó desde el punto donde se escondía hacia el negro, Tarzán emitió un grito de aviso y el guerrero volvió la cabeza a tiempo de ver una cuerda de hierba que atravesaba el aire. El lazo que remataba la cuerda cayó limpiamente alrededor del cuello de Numa, inmovilizado en mitad de su salto.

El hombre-mono había actuado con tan precipitada rapidez que no tuvo tiempo de prepararse para resistir el tirón que el enorme peso e impulso de Numa imprimiría a la cuerda, de modo que aunque ésta detuvo a la fiera antes de que las zarpas se hundieran en la carne del negro, la sacudida hizo perder el equilibrio a Tarzán, que fue a parar al suelo, a menos de seis pasos del enfurecido animal. Numa se revolvió como el rayo, para encarar al nuevo enemigo e, indefenso como se encontraba, Tarzán de los Monos vio la muerte tan próxima como nunca la había visto hasta entonces. Le salvó el negro. El guerrero comprendió al instante que debía la vida a aquel extraño hombre blanco y se dio cuenta también de que sólo un milagro podía evitar que su salvador cayese bajo aquellos feroces colmillos amarillentos que tan cerca habían estado de clavarse en su propia carne.

Raudo como el pensamiento, el brazo que empuñaba el venablo se echó hacia atrás, para luego dispararse hacia adelante con toda la fuerza de los poderosos músculos que ondulaban bajo la reluciente piel de ébano. El arma cruzó el aire y su certera punta de hierro atravesó la lustrosa piel de Numa desde la ingle derecha hasta la paletilla izquierda La bestia soltó un espantoso rugido de furia y dolor, al tiempo que se volvía para dirigirse hacia el negro. Había dado una docena de pasos cuando la cuerda de Tarzán volvió a detenerle. Numa dio otra media vuelta, dispuesto a acabar con el hombre-mono, y un nuevo ramalazo de dolor le sacudió cuando una

flecha con lengüeta se clavó hasta la mitad del asta en su carne palpitante. Se detuvo el león una vez más y, para entonces, Tarzán ya había asegurado la cuerda dándole dos vueltas alrededor del tronco de un árbol y anudándola rápidamente.

El guerrero sonrió al ver la maniobra, pero Tarzán sabía que Numa iba a contrarrestarla en seguida. Sus fuertes dientes no iban a tardar en aplicarse a la delgada cuerda y la cortarían en un abrir y cerrar de ojos. En cuestión de segundos, Tarzán se acercó al negro y desenvainó el largo cuchillo que llevaba el guerrero. Después le indicó que continuara arrojando flechas al enorme felino, mientras él intentaba acercarse armado con el cuchillo. Así, mientras uno hostigaba a la fiera por un lado, el otro se le fue aproximando cautelosamente por el costado contrario. Numa no podía estar más furibundo. Llenaba el aire de frenéticos aullidos, rugidos pavorosos y bramidos espeluznantes, al tiempo que, encabritado, agitaba con ferocidad las patas delanteras en vanos intentos de alcanzar con las zarpas a uno u otro de los verdugos que lo atormentaban.

Pero, al final, el ágil hombre-mono tuvo su oportunidad. Se abalanzó sobre el costado izquierdo del felino, por detrás de la poderosa paletilla. Un brazo gigantesco se ciñó en torno a la leonada garganta y la larga hoja de un cuchillo su hundió hasta la empuñadura, para llegar al corazón salvaje de Numa y atravesarlo certeramente. Luego, Tarzán se irguió y el hombre blanco y el hombre negro se miraron por encima del cuerpo de la pieza que acababan de cobrar… El hombre negro hizo el signo de la paz y Tarzán de los Monos correspondió de igual modo.

XV

DE SIMIO A HOMBRE SALVAJE

EL FRAGOR del combate con Numa atrajo allí a una excitada turba de habitantes de la aldea e instantes después de la muerte del león, los dos hombres se vieron rodeados por numerosos guerreros de ébano, ágiles y gesticulantes, que parloteaban atropelladamente… y que formularon mil preguntas en rápida sucesión, sin dar tiempo a que se les respondiese ninguna.

Luego se presentaron las mujeres y los niños, curiosos, anhelantes y, al ver a Tarzán, más inquisitivos que nunca. El nuevo amigo del hombre-mono logró finalmente hacerse oír y cuando hubo concluido su relato, los hombres y mujeres del poblado compitieron entre sí en el empeño de honrar a aquella extraña criatura que había salvado la vida de su compañero y luchado a brazo partido con el feroz Numa.

Finalmente, le condujeron a la aldea y le colmaron de regalos:

aves de corral, cabras y alimentos cocinados. Cuando les señaló las armas que llevaban, los guerreros se apresuraron a ofrecerle venablos, escudos, arcos y flechas. Su reciente amigo le regaló el cuchillo con el que Tarzán había matado a Numa. No había nada en el poblado que Tarzán no pudiera obtener con sólo pedirlo.

Cuánto más fácil era lograr así las cosas que deseaba, pensó Tarzán, que procurárselas a través del robo y el asesinato. Qué poco había faltado para que matase a aquel hombre, al que no había visto en la vida y que ahora manifestaba, por todos los primarios medios que se le ocurrían, su amistad y su afecto hacia el hombre que pudo ser su verdugo. Tarzán de los Monos se sintió avergonzado. A partir de entonces, cada vez que tuviera intención de matar a alguien, esperaría antes hasta cerciorarse de si la víctima merecía o no la muerte.

Por asociación de ideas, en su mente apareció Rokoff. Le gustaría tener al ruso a su disposición en las profundidades de la selva durante unos minutos. Si existía un hombre merecedor de la muerte, ese hombre era Rokoff. Y si en aquel momento hubiera podido ver al ruso, dedicado en cuerpo y alma a la placentera tarea de ganarse el afecto de la preciosa señorita Strong, aún habría deseado Tarzán con más intensidad aplicar a aquel desaprensivo la suerte que merecía.

La primera noche que pasó Tarzán con los indígenas estuvo consagrada a una salvaje orgía en su honor. Se disfrutó de un señor festín porque, como prueba de su destreza, los cazadores habían llevado un antílope y una cebra. Carne que se regó con litros y litros de la cerveza de baja graduación que preparaban los nativos. Mientras contemplaba a los guerreros danzar a la claridad de las hogueras, a Tarzán volvió a impresionarle las simétricas proporciones de sus figuras y la regularidad de sus rasgos faciales, ninguno tenía en absoluto la nariz aplastada ni los gruesos labios propios de los salvajes de la costa occidental. En reposo, los rostros de los hombres denotaban inteligencia y dignidad, los de las mujeres eran bellos y atractivos en muchos casos.

En el curso de aquel baile el hombre-mono observó por primera vez que algunos hombres y bastantes mujeres lucían adornos de oro…, principalmente ajorcas en los tobillos, pulseras y brazaletes en los brazos, al parecer de oro macizo. Cuando expresó el deseo de

echar una ojeada de cerca a una de aquellas piezas, la propietaria se la quitó e insistió, por señas, en que Tarzán la aceptase como regalo. El examen del objeto convenció al hombre-mono de que se trataba de oro virgen y, sorprendido, cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía ornamentos de oro entre los salvajes de África; hasta entonces sólo les había visto lucir la bisutería y las baratijas que compraban o robaban a los europeos. Intentó averiguar de dónde sacaban aquel metal, pero no consiguió hacerse entender.

Cuando concluyó la danza, Tarzán manifestó su intención de despedirse, pero casi le imploraron que aceptase la hospitalidad de una gran choza que el jefe de la tribu le había destinado para su uso exclusivo. Trató de indicarles que volvería por la mañana, pero no le comprendieron. Cuando por fin logró alejarse de ellos, retirándose en dirección a la parte del poblado opuesta al portón de la entrada, los indígenas aún se quedaron más confundidos acerca de las intenciones que albergaba.

Sin embargo, Tarzán tenía perfectamente claro lo que iba a hacer. Sus experiencias precedentes le habían hecho tomar contacto con los roedores, sabandijas y parásitos que infestaban las aldeas indígenas, y aunque en otras cuestiones no era demasiado escrupuloso, en aquella prefería el aire libre y fresco de las alturas arbóreas a la fétida atmósfera de un bohío.

Los indígenas le siguieron hasta el punto donde las ramas de un árbol gigantesco pasaban por encima de la empalizada. Tarzán saltó una de las ramas bajas y desapareció en el follaje, con la ágil precisión saltarina de Manu, el mico, lo que provocó un estallido de atónitas exclamaciones de sorpresa. Los habitantes del poblado estuvieron media hora llamándole, pero como Tarzán no contestó, al no obtener respuesta desistieron y se retiraron en busca de las esteras donde se tendían a dormir, dentro de las chozas.

Tarzán se adentró en el bosque hasta encontrar, no lejos del poblado, un árbol que cubría sus requerimientos esenciales. Se acurrucó en una horquilla a propósito y casi automáticamente se sumergió en un profundo sueño.

A la mañana siguiente se descolgó en la calle del poblado, tan repentinamente como había desaparecido la noche anterior. Durante unos segundos, los indígenas permanecieron patidifusos y

asustados, pero en cuanto reconocieron en él a su invitado de la velada anterior se les pasó el susto y empezaron a emitir gritos de bienvenida y risas alegres. Aquel día acompañó a una partida de guerreros que salió a cazar por las llanuras cercanas y Tarzán manejó con tal habilidad las toscas armas de que disponía que entre los indígenas aumentó más si cabe el sentimiento de respeto y admiración que les inspiraba aquel extraño hombre blanco.

Tarzán vivió varias semanas con sus amigos salvajes y con ellos cazó búfalos, antílopes y cebras, para procurarse carne, y elefantes para hacerse con marfil. No tardó en aprender el sencillo lenguaje de aquel pueblo, sus costumbres indígenas y la ética de su primitiva sociedad tribal. Se enteró de que no eran caníbales y que miraban con desprecio y repugnancia a los hombres que comían hombres.

Busuli, el guerrero al que había seguido hasta la aldea, le contó diversas leyendas de la tribu; que su pueblo había llegado allí muchos años antes, tras infinidad de largas jornadas de marcha, desde el norte; que hubo un tiempo en que constituían una tribu grande y poderosa; que los cazadores de esclavos, con sus mortíferos palos de fuego, hicieron tales estragos entre la tribu que ésta quedó reducida a una ínfima parte de su población inicial, entonces incalculable y pujante.

—Nos cazaban como si fuéramos animales salvajes —explicó Busuli—. No tenían misericordia de nosotros. Y cuando no buscaban esclavos, era marfil, aunque generalmente querían ambas cosas. Mataban a nuestros hombres y se llevaban a nuestras mujeres como si fueran rebaños de ovejas. Les combatimos durante años y años, pero nuestras flechas y venablos no podían competir con los palos que escupen fuego, plomo y muerte, y lo lanzaban hasta una distancia que no podían alcanzar las flechas ni los venablos de nuestros guerreros más fuertes. Por fin, siendo mi padre joven, los árabes se presentaron una vez más, pero nuestros guerreros los divisaron cuando aún estaban lejos y Chowambi, que entonces era el jefe, dijo a su pueblo que recogieran todas sus cosas y se fueran con él…, que los conduciría hacia el sur hasta donde encontrase un lugar al que los saqueadores árabes nunca llegarían.

»Y obedecieron a Chowambi, tomaron sus pertenencias, incluidos muchos colmillos de marfil, y emprendieron la marcha. Anduvieron errantes durante largos meses, sufriendo infinidad de

penalidades y privaciones, ya que buena parte del camino lo tenían que hacer a través de la espesa selva o franqueando montañas altas y abruptas, pero finalmente llegaron a este lugar, y aunque destacaron patrullas de exploración en busca de algún paraje mejor que éste, no localizaron ninguno.

—¿Y los incursores árabes no os han encontrado aquí? —preguntó Tarzán.

—Hace cosa de un año una pequeña partida de árabes y manyuemas se nos echó encima, pero reaccionamos bien y los pusimos en fuga. Matamos a unos cuantos. Les perseguimos durante varios días, acosándolos como se acosa a las fieras salvajes, que es lo que son. Los fuimos liquidando uno por uno, pero un puñado de ellos lograron escapar.

Al tiempo que refería su historia, Busuli acariciaba el grueso brazalete de oro macizo que rodeaba su brazo izquierdo. Los ojos de Tarzán se habían posado en aquel adorno, pero la cabeza estaba en otra parte. Sin embargo, en aquel momento recordó la pregunta que trató de formular el día que llegó a la tribu, la pregunta que entonces no consiguieron entenderle. Durante las semanas transcurridas se olvidó de algo tan baladí como el oro, porque dedicó ese tiempo a ser un hombre primitivo cuyo pensamiento se centraba en el presente, sin alargarse hasta el mañana. No obstante, ver de pronto aquel oro despertó la civilización dormida en su interior y le recordó la existencia de algo llamado codicia. Aquella lección del ansia de riqueza Tarzán la había aprendido bien en su breve experiencia de los estilos de vida del hombre civilizado. Sabía que el oro significaba placer y poder. Señaló el brazalete.

—¿De dónde sale ese metal amarillo, Busuli? —preguntó.

El guerrero señaló hacia el sureste.

—A una luna de marcha… tal vez un poco más lejos —respondió.

—¿Has estado allí? —quiso saber Tarzán.

—No, pero algunos de nuestro pueblo fueron hace años, cuando mi padre era aún joven. Una de las expediciones que salieron en busca de un lugar más apropiado para que se estableciera la tribu, poco después de que llegasen aquí, encontró un pueblo extraño que llevaba muchos objetos de metal amarillo. La punta de sus lanzas era de ese metal, lo mismo que la de las flechas, y guisaban en

vasijas hechas de metal macizo, como mi brazalete.

»Vivían en un poblado muy grande, de chozas de piedra y rodeado por una muralla alta. Eran de una fiereza terrible, tanto que se lanzaron a la carga sobre nuestros guerreros, sin molestarse en preguntar si llegaban en son de paz. Nuestros hombres eran escasos en número, pero se hicieron fuertes en lo alto de un monte rocoso y resistieron hasta que se puso el sol y los feroces individuos se retiraron a su maldito poblado. Nuestros guerreros bajaron entonces del monte y, después de recoger muchos adornos de metal amarillo, arrancándoselos a los cuerpos de los que habían muerto en el combate, abandonaron el valle, regresaron aquí y ninguno de nosotros ha vuelto a aquel sitio.

»Son un pueblo de gente mala…, ni blancos como tú ni negros como yo, pero recubiertos de pelo como Bolgani, el gorila. Sí, verdaderamente son individuos de lo peor y Chowambi se alegró de marcharse de su territorio.

—¿Y no vive ninguno de los que estaban con Chowambi?, ¿vieron a aquellos seres extraños y su maravilloso poblado? —preguntó Tarzán.

—Waziri, nuestro jefe, estuvo allí —respondió Busuli—. Era muy joven por entonces, pero acompañó a Chowambi, que era su padre.

Así que Tarzán interrogó aquella noche a Waziri y Waziri, un hombre ahora muy anciano, dijo que fue una marcha muy larga, pero que el camino no era difícil de recorrer. Lo recordaba muy bien.

—Seguimos durante diez días el curso del río que pasa junto a nuestra aldea. Marchamos contra corriente, hacia su nacimiento, y en la décima jornada llegamos a una fuentecilla que brotaba en la parte superior de la ladera de una montaña muy alta. Ese manantial es el nacimiento de nuestro río. Al día siguiente franqueamos la montaña y en la vertiente del otro lado encontramos un arroyuelo que seguimos hasta llegar a un gran bosque. Avanzamos durante muchos días siguiendo la serpenteante orilla del arroyo, luego se convirtió en río que finalmente desembocó en otro río mayor, el cual se deslizaba por el centro de un valle enorme.

»Luego continuamos aguas arriba de este último río, con la esperanza de llegar a terreno abierto. Al cabo de veinte jornadas de marcha, contando a partir del día que franqueamos las montañas y

abandonamos nuestro país, tropezamos con otra sierra. Subimos por su ladera, siempre en paralelo al río, que por entonces había menguado hasta quedar reducido a un arroyo. Llegamos a una pequeña caverna, situada cerca de la cima de la montaña. En esa cueva estaba la madre del río.

»Recuerdo que acampamos allí aquella noche y que hacía mucho frío, porque era una montaña muy alta. Al día siguiente decidimos subir a la cumbre, ver qué clase de territorio había al otro lado y comprobar su aspecto. Si no parecía mejor que el que acabábamos de atravesar, regresaríamos a nuestra aldea y diríamos a nuestra gente que ya tenían el mejor lugar del mundo para vivir.

»De modo que trepamos por los escalamientos de peñascos hasta la cima y allí, desde la meseta que coronaba la montaña contemplamos, no muy abajo, un valle poco profundo y bastante estrecho, al fondo del cual había un gran poblado de piedra, muchas de cuyas construcciones se habían desmoronado o estaban en trance de derrumbarse.

El resto de la historia de Waziri era prácticamente el mismo que ya había relatado Busuli.

—Me gustaría ir allí y ver esa extraña ciudad —dijo Tarzán—. Y arrebatar algo de ese metal amarillo a sus feroces habitantes.

—Está muy lejos —respondió Waziri— y yo tengo ya demasiados años, pero si esperas a que termine la estación de las lluvias y el caudal de los ríos haya descendido cogeré unos cuantos guerreros y te acompañaré.

Tarzán tuvo que conformarse con esa promesa, aunque desde luego le habría gustado emprender la marcha al día siguiente… Era impaciente como un chiquillo. En realidad, Tarzán de los Monos no era otra cosa que un niño; era un hombre primitivo, que viene a ser lo mismo.

Al día siguiente, sin embargo, regresó del sur a la aldea una patrulla, que informó haber avistado una gran manada de elefantes a unos kilómetros de distancia. Desde lo alto de los árboles tuvieron una estupenda panorámica de aquel rebaño, formado, según dijeron, por numerosos machos, con gran número de hembras y de ejemplares jóvenes. Los adultos podían proporcionar una cantidad de marfil que merecía la pena recoger.

Los preparativos para la gran cacería ocuparon el resto de la

jornada y parte de la noche. Se revisaron los venablos, se cargaron las aljabas, se tensaron o cambiaron las cuerdas de los arcos; todo mientras el brujo de la tribu iba de un grupo de guerreros a otro, dispensando encantamientos y distribuyendo amuletos destinados a preservar de todo daño a quien lo llevara y a otorgar buena suerte en la cacería que se iba a emprender por la mañana.

Los cazadores salieron al alba. Cincuenta guerreros negros, de cuerpo lustroso y ágil. En medio de ellos, juncal y dinámico como un joven dios de la selva, marchaba Tarzán de los Monos, cuya bronceada piel contrastaba curiosamente con el tono ébano de la de sus compañeros. Salvo por el color, era uno más de ellos. Llevaba las mismas armas y adornos, hablaba su mismo lenguaje, reía y bromeaba con ellos y había saltado y vociferado igual que los demás durante la danza que se ejecutó antes de partir de la aldea. Era a todos los efectos y fines un salvaje entre salvajes. No, no se lo preguntó a sí mismo, pero ni por asomo hubiera reconocido que se identificaba más con aquellos indígenas y con su modo de vida que con los amigos parisienses cuyas costumbres había conseguido imitar a la perfección en los escasos meses que convivió con ellos. Los imitó como un mono.

Una sonrisa divertida asomó a sus labios al imaginarse la cara que pondría el inmaculado
D'Arnot
si por algún medio fantástico pudiese ver a Tarzán en aquel momento. Pobre Paul, que se enorgullecía de su obra: haber erradicado de su amigo todo vestigio de salvajismo.

«¡Qué poco he tardado en caer!», pensó Tarzán. Pero en el fondo no consideraba que aquello fuese una caída…, más bien sentía lástima por aquellas pobres criaturas de París, encerradas como prisioneros en sus estúpidas prendas de vestir, vigiladas continuamente por la policía a lo largo de toda su vida, condenadas a no poder hacer nada que no fuese completamente artificial y aburrido.

Dos horas de marcha les llevaron a las proximidades del lugar donde el día anterior se localizó a los elefantes. A partir de allí avanzaron en el mayor silencio, a la búsqueda del rastro de los grandes proboscidios. Al final encontraron una senda bien marcada, por la que pocas horas antes había pasado el rebaño. Continuaron

en fila india durante cosa de media hora. Fue Tarzán el primero que alzó la mano para indicar que la presa andaba cerca: su sensitivo olfato le acababa de advertir que los elefantes no se encontraban muy lejos por delante de ellos.

Los negros se mostraron escépticos cuando les explicó cómo lo sabía.

—Acompañadme —dijo Tarzán— y lo comprobaremos.

Ágil como una ardilla saltó a la rama de un árbol y trepó con ligereza a la copa. Le siguió uno de los negros, más despacio y con más cuidado. Cuando el indígena llegó a la rama alta en que estaba el hombre-mono, éste señaló con el índice hacia el sur y allí, a un centenar de metros de distancia, el negro vio cierto número de enormes lomos que sobresalían por encima de las altas hierbas de una pradera. Tarzán indicó esa misma dirección a los observadores que aguardaban en el suelo y les transmitió, con los dedos, el número de animales que podía contar.

Los cazadores salieron de inmediato en pos de los elefantes. El negro del árbol se apresuró a bajar, pero Tarzán les siguió a su modo, o sea desplazándose de rama en rama.

Cazar elefantes con las toscas armas del hombre primitivo no es precisamente un juego de niños. Tarzán sabía que son pocas las tribus indígenas que lo practican y el hecho de que aquella lo hiciese le hacía sentir no poco orgullo… Empezaba ya a pensar en sí mismo como miembro de aquella pequeña comunidad.

Mientras se movía silenciosamente a través de los árboles, Tarzán vio a los guerreros desplegarse para formar un semicírculo en torno a los elefantes, que estaban completamente ajenos a lo que se les venía encima. Por último, los indígenas tuvieron a la vista a los gigantescos animales. Seleccionaron dos ejemplares adultos, de grandes colmillos y, a una señal, los cincuenta guerreros se levantaron como un solo hombre en el lugar donde se ocultaban y lanzaron sus venablos de guerra sobre los dos elefantes elegidos. Ni una sola de aquellas lanzas erró el tiro; cada uno de los dos gigantescos animales recibió en el costado su correspondiente cuota de veinticinco venablos. Uno de ellos ni siquiera pudo moverse del lugar donde se encontraba cuando el alud de lanzas cayó sobre él; dos de aquellas lanzas, certeramente dirigidas, se le clavaron en el corazón y el elefante dobló las rodillas y se desplomó sin ofrecer la

menor resistencia, sin un estertor.

Aunque situado cerca de su compañero, al encontrarse de cara a los cazadores el otro elefante no había ofrecido un blanco tan perfecto y ningún venablo alcanzó su corazón. Permaneció inmóvil unos segundos, barritando de rabia y dolor mientras buscaba con la vista al causante de sus heridas. Los negros habían desaparecido en la espesura de la jungla antes de que los débiles ojos del monstruo cayesen sobre alguno, pero el animal oyó el ruido que producían al huir y, con aterrador estruendo de arbustos y matorrales aplastados, se precipitó hacia los indígenas en retirada.

El azar quiso que avanzara en dirección a Busuli, a quien ganaba terreno con tal rapidez que se hubiese dicho que el negro estaba quieto, cuando lo que hacía era correr con toda su alma para escapar a la inevitable muerte que estaba a punto de alcanzarle. Tarzán había presenciado todo el desarrollo de la operación desde la enramada de un árbol cercano y, al ver el peligro en que se encontraba su amigo, salió disparado hacia la enfurecida bestia y trató de llamar su atención a base de gritos, con la esperanza de distraerla.

Pero igual podía ahorrarse el aliento, porque el elefante estaba sordo y ciego para todo lo que no fuese el objetivo de su cólera, que inútilmente corría por delante de él. Tarzán comprendió entonces que sólo un milagro podía salvar a Busuli y con la misma despreocupación con que en otro momento había perseguido a aquel hombre se aprestó ahora a colocarse en el camino del elefante e intentar salvar la vida del guerrero negro.

Aún empuñaba el venablo y cuando Tantor se hallaba aún a unos siete u ocho pasos de su presa, un vigoroso guerrero blanco aterrizó casi delante de él, como caído del cielo. Con las peores intenciones del mundo, el elefante se desvió a la derecha para acabar con aquel temerario enemigo que osaba interponerse entre él y su presunta víctima. Pero Tantor no contaba con la celérica rapidez de aquel hombre, capaz de electrizar sus músculos de acero y dotarlos de tan maravillosa celeridad que ni siquiera la aguda vista de Tantor pudiera percibir sus movimientos cuando entrasen en acción.

Y ocurrió así que antes de que el proboscidio se percatara de que su nuevo adversario se había quitado de su camino mediante un

prodigioso salto, Tarzán ya había clavado su lanza con punta de hierro detrás de la maciza paletilla del elefante, hundiéndola hasta su corazón. Y el imponente animal se derrumbó, sin vida, a los pies del hombre-mono.

Busuli no vio la forma en que se había librado de aquel apuro, pero Waziri, el anciano jefe, sí lo había contemplado de principio a fin, lo mismo que varios de los demás guerreros. Todos vitorearon a Tarzán y se agruparon a su alrededor, entre felicitaciones y gritos de júbilo por aquella monumental pieza. Cuando el hombre-mono se subió al cadáver y lanzó al aire el extraño alarido que anunciaba una gran victoria, los negros retrocedieron, encogidos de miedo, porque para ellos aquel grito era casi idéntico al del brutal Bolgani, al que temían tanto como a Numa, el león. A tal temor se incorporaba cierto acatamiento reverencial hacia aquel ser con aspecto humano al que atribuían poderes sobrenaturales.

Pero cuando Tarzán bajó la cabeza y les sonrió, los guerreros recobraron la tranquilidad, aunque seguían desconcertados. No acababan de comprender a aquella curiosa criatura que se trasladaba por los árboles con la misma rapidez que Manu y, sin embargo, lo suyo, lo natural para él era el suelo, el mismo medio natural de ellos: un ser que, aparte el color de la piel, era como cualquier hombre de la tribu y, no obstante, estaba dotado de una fuerza diez veces superior a la de cualquier miembro de la tribu y capaz de enfrentarse a cuerpo limpio con los más feroces pobladores de la jungla salvaje.

Una vez reunidos todos los guerreros se reanudó la cacería y se inició de nuevo el acoso del rebaño, que había emprendido la retirada. Pero apenas habían cubierto un centenar de metros cuando resonó a su espalda, a gran distancia, una extraña sucesión de detonaciones.

Durante unos instantes todos se quedaron inmóviles, como un grupo de estatuas, mientras escuchaban con toda su atención. Por último, Tarzán dijo:

—Armas de fuego. Están atacando la aldea.

—¡Vamos! —arengó Waziri—. ¡Los saqueadores árabes han vuelto con sus esclavos antropófagos para robarnos nuestro marfil y llevarse a nuestras mujeres!

XVI

LOS SAQUEADORES DE MARFIL

LOS guerreros de Waziri echaron a correr a través de la selva, en dirección a su aldea. Durante unos minutos, el estampido de las descargas de fusilería los incitó a apresurarse, pero los disparos fueron espaciándose, hasta quedar reducidos a alguna que otra detonación esporádica para, por último, cesar completamente. El silencio no resultó menos ominoso que el tiroteo anterior, porque indicaba a la pequeña patrulla que acudía al rescate que la escasamente guarnecida aldea había sucumbido bajo la superioridad de las fuerzas atacantes.

Los cazadores que regresaban apresuradamente al poblado habían recorrido cinco de los ocho kilómetros que al principio les separaban de la aldea cuando encontraron los primeros fugitivos que habían logrado escapar a los proyectiles y a las garras del enemigo. En el grupo figuraban una docena de mujeres y jóvenes de

ambos sexos; su excitación era tal que apenas se hicieron entender cuando intentaron relatar a Waziri la catástrofe que se acababa de abatir sobre su pueblo.

—Hay tantos como hojas en el bosque —exclamó una de las mujeres para explicar los efectivos de las fuerzas enemigas—. Hay muchos árabes y los manyuemas son incontables. Y todos tienen rifles. Se arrastraron cuerpo a tierra hasta muy cerca de la aldea antes de que nos diéramos cuenta de lo que estaba ocurriendo y luego, al tiempo que gritaban como locos, arremetieron contra nosotros y con sus armas de fuego mataron a muchos hombres, mujeres y niños. Cierto número de nosotros huimos a la desbandada en todas direcciones y nos refugiamos en la selva, pero mataron a muchos más. No sé si cogieron prisioneros o no… parece que lo único que querían era matarnos a todos. Los manyuemas se hartaron de insultarnos y de decir que se nos iban a comer a todos antes de abandonar nuestro país… ese era nuestro castigo por haber matado a sus amigos el año pasado. No oí mucho, porque salí huyendo a todo correr.

Se reanudó la marcha hacia la aldea, ahora más despacio y con mayores precauciones, puesto que Waziri sabía que era demasiado tarde para auxiliar a nadie y que su único objetivo sería la venganza. En el kilómetro y medio siguiente encontraron a un centenar de fugitivos más. Entre ellos había muchos hombres, por lo que la potencia bélica de la partida aumentó considerablemente.

Se destacó una avanzada de una docena de guerreros, en misión de reconocimiento. Waziri se quedó con el grueso de las fuerzas, que marchaba a través de la selva formando un delgado frente que se desplegaba en forma de media luna. Tarzán caminaba junto al jefe.

Regresó uno de los exploradores de la avanzadilla de exploración. Habían llegado a situarse a la vista de la aldea.

—Todos están dentro de la empalizada —susurró.

¡Estupendo! —se animó Waziri—. Caeremos sobre ellos y los mataremos a todos.

Se dispuso a pasar a lo largo de la línea la orden de que se detuvieran todos en el borde del claro hasta que le vieran a él lanzarse corriendo hacia el poblado… Entonces todos debían seguirle.

—¡Un momento! —advirtió Tarzán—. Si dentro de la empalizada hay cincuenta rifles, rechazarán nuestro ataque y harán una carnicería con nosotros. Deja que me llegue al poblado desplazándome por las ramas de los árboles para espiarlos desde arriba, ver cuántos son y las posibilidades que tenemos si desencadenamos un asalto. Sería estúpido perder innecesariamente un solo hombre si no contamos con la más leve esperanza de triunfo. Se me ha ocurrido una idea y creo que podemos conseguir mejores resultados si recurrimos a la astucia en vez de emplear la fuerza. ¿Querrás esperar un poco, Waziri?

—Sí —respondió el anciano jefe—. ¡Adelante!

Así que Tarzán saltó a la enramada y desapareció rumbo al poblado. Se desplazaba con más cautela que de ordinario, porque sabía que los hombres armados de rifle podían descerrajarle un tiro con la misma facilidad en los árboles que en el suelo. Por otra parte, cuando Tarzán de los Monos adoptaba la determinación de actuar extremando el sigilo, ninguna criatura de la selva podía moverse tan silenciosamente como él, ni hacerse tan invisible a los ojos del enemigo.

Llegó en cinco minutos al gigantesco árbol cuyas ramas pasaban por encima de la estacada en un extremo de la aldea y espió desde aquella atalaya a la horda salvaje que hormigueaba abajo. Contó cincuenta árabes y calculó que los manyuemas eran cinco veces más. Éstos habían empezado ya a atracarse de carne y, bajo las mismas narices de sus amos blancos, preparaban el espantoso festín que constituye la *piéce de résistance*, el plato fuerte con que se remata una victoria en la que caen en sus horribles manos cadáveres enemigos.

El hombre-mono comprendió que sería negativo atacar a aquella turba salvaje, armada con rifles y atrincherada tras los cerrados portones de la aldea, de modo que volvió junto a Waziri y le aconsejó que aguardara un poco, que él, Tarzán, tenía un plan mejor.

Pero, momentos antes, uno de los fugitivos había contado a Waziri el escalofriante asesinato de la esposa del anciano jefe y éste se hallaba en un estado tal de rabiosa exaltación que lanzó a los cuatro vientos toda prudencia. Convocó a sus guerreros, ordenó el asalto inmediato y el reducido contingente de poco más de cien

hombres se precipitó demencialmente hacia las puertas de la aldea. Pero antes de que hubiesen llegado a la mitad del calvero, los árabes abrieron fuego desde la empalizada.

Waziri cayó en la primera de aquellas mortíferas descargas. El ímpetu y la carrera de los asaltantes se redujeron. Otra descarga abatió a media docena más. Sólo unos cuantos consiguieron alcanzar los atrancados portones… para caer allí, sin contar con la más leve sombra de posibilidad de franquear la empalizada. El ataque se desintegró y los guerreros supervivientes huyeron cada uno por su lado a refugiarse en la selva.

Una vez pusieron en fuga a los guerreros, los invasores abrieron las puertas y salieron en su persecución, para concluir la tarea de la jornada con el exterminio total de la tribu. Tarzán estuvo entre los últimos que volvieron al bosque y ahora, mientras se retiraba sin demasiada prisa, hacía un alto de vez en cuando para dar media vuelta y agujerear con una flecha certera el cuerpo de un perseguidor.

Ya en el interior de la jungla, encontró un puñado de guerreros que esperaban concentrados allí, firmemente resueltos a plantar batalla a la horda de árabes y manyuemas, pero Tarzán les ordenó a gritos que se dispersaran y procurasen seguir ilesos hasta que cayera la oscuridad. Entonces se podrían reunir y formar una buena partida combatiente.

—Haced lo que os digo —insistió— y os conduciré a la victoria sobre esos enemigos vuestros. Diseminaos por el bosque, ir avisando a todos los que encontréis y cuando llegue la noche, si receláis que os ha seguido alguien, despistadlo dando un rodeo y dirigíos al lugar donde hemos matado hoy a los elefantes. Entonces os explicaré mi plan y comprobaréis que puede dar resultado. No tenéis ni la más remota esperanza de salir bien librados si os enfrentáis con vuestras escasas fuerzas y vuestras simples armas a las armas de fuego y a la aplastante superioridad numérica de los árabes y manyuemas.

Accedieron por fin los negros.

—Cuando os desperdiguéis —concluyó Tarzán—, vuestros enemigos también se desperdigarán para perseguiros, lo que os permitirá matar a muchos manyuemas con vuestras flechas, si, ocultos en las ramas de algunos grandes árboles, los tenéis bien

localizados.

Apenas dispusieron de tiempo para perderse de vista adentrándose más en la selva antes de que los primeros incursores llegasen al claro y continuaran la persecución por la arboleda.

Tarzán cubrió a pie un corto trecho antes de saltar a los árboles. Luego ascendió rápidamente al nivel superior de la enramada y emprendió veloz regreso al poblado. Se encontró allí con que prácticamente todos los árabes y manyuemas se habían lanzado a la persecución y que, en consecuencia, la aldea estaba desierta, con la salvedad de los prisioneros encadenados y de un solo centinela de guardia.

Éste se apostaba en el abierto portón de la aldea y dirigía la vista hacia la jungla, por lo que no pudo ver al ágil gigante que aterrizó en el extremo de la calle, al fondo del poblado. Tenso el arco, Tarzán se fue acercando subrepticiamente al confiado centinela. Los prisioneros ya habían advertido la presencia de Tarzán y sus ojos rebosaban admiración y esperanza mientras contemplaban a su presunto libertador. Tarzán se detuvo a menos de diez pasos del desprevenido manyuema. La flecha ocupó su lugar en el arco, al nivel de los agudos ojos grises, cuya mirada se deslizó a lo largo de la pulimentada superficie del astil. La flecha salió disparada repentinamente, cuando los dedos soltaron la tensa cuerda del arco y, sin emitir un gemido, el centinela se desplomó de cara, con una flecha que le atravesaba el corazón y sobresalía unos treinta centímetros de su pecho negro.

Tarzán dedicó entonces su atención a las cincuenta mujeres y niños encadenados unos a otros por el cuello en una larga hilera de esclavos. Como no disponía de tiempo para abrir los viejos candados, el hombre-mono les dijo que le siguieran tal como estaban y, tras recoger el rifle y la canana del centinela muerto, condujo al ahora feliz conjunto de exprisioneros a través del portón y hacia la selva, en la que entraron por el otro extremo del claro.

Fue una marcha ardua y lenta, porque formar parte de una cadena de esclavos era algo nuevo para aquellos seres y se retrasaban mucho: tropezaban cada dos por tres y en cada uno de los muchos traspiés arrastraban a los demás y todos iban a dar con sus huesos en el suelo. Por si fuera poco, Tarzán se vio obligado a dar un amplio rodeo para evitar que los sorprendieran los

saqueadores, que muy bien podían volver. Los disparos intermitentes le guiaban respecto a la dirección que debía tomar y le indicaban que la horda árabe seguía acosando de cerca a los huidos habitantes del poblado. Estaba seguro, no obstante, de que si éstos obedecían sus consejos, pocas serían las bajas, aparte las que sufriesen los merodeadores.

Al anochecer, el tiroteo había cesado por completo y Tarzán comprendió que los árabes estaban de vuelta en la aldea. Apenas pudo reprimir una sonrisa de triunfo al pensar en la cólera que se apoderaría de ellos al descubrir que habían matado al centinela y se habían llevado los prisioneros. A Tarzán le hubiera encantado haber podido llevarse también una parte del marfil almacenado en la aldea, con el simple objeto de aumentar el furor de los árabes, pero no ignoraba que tal distracción tampoco era necesaria, puesto que contaba ya con un plan bien trazado que iba a impedir a los árabes, de manera efectiva, marcharse de aquellas tierras con un solo colmillo de elefante. Y habría sido una crueldad superflua cargar a aquellas pobres mujeres y niños, tan abrumados ya, con el peso adicional del marfil.

Era pasada la medianoche cuando Tarzán, con su lenta caravana, se aproximaba al punto donde yacían los elefantes. Le guió mucho antes de llegar la enorme hoguera que los indígenas habían encendido en el centro de una apresuradamente improvisada *boma*, en parte para calentarse y en parte para ahuyentar a cualquier león que pudiese rondar por las proximidades.

Antes de entrar en el campamento, Tarzán avisó en voz alta de que quienes se acercaban eran amigos. Los negros que se encontraban dentro del recinto de la *boma* manifestaron una gran alegría en cuanto la claridad que difundía la hoguera iluminó a los integrantes de la larga fila de parientes y amigos encadenados. Habían abandonado toda esperanza de volverlos a ver con vida, como también dieron por muerto a Tarzán, de modo que los negros, felices y contentos, se hubieran pasado toda la noche despiertos celebrando el regreso de sus compañeros y dándose un festín de carne de elefante, de no ser porque Tarzán insistió en que debían dormir cuanto pudieran, para estar descansados cuando llegase la hora de cumplir la tarea que les aguardaba al día siguiente.

De cualquier modo, conciliar el sueño no era fácil, porque las

mujeres que habían perdido al marido o a los hijos en la batalla y la matanza de la jornada no cesaban de llorar, gemir y chillar, lo que presagiaba una noche endemoniada. Pero Tarzán logró finalmente acallarlas, con el argumento de que sus lamentaciones atraerían a los árabes hacia aquel lugar y éstos, los árabes, los matarían a todos.

Con la llegada de la aurora, Tarzán expuso su plan de batalla a los guerreros. Sin vacilar, todos convinieron en que era la forma más segura de desembarazarse de los invasores y de vengar el asesinato en masa de los miembros de la tribu.

Como primera providencia se enviaron hacia el sur, protegidos por una veintena de guerreros jóvenes y veteranos, a las mujeres y niños, para que estuviesen fuera de la zona de peligro. Tenían instrucciones de montar refugios provisionales y construir una *boma* protectora a base de matas de espino. El plan de campaña de Tarzán acaso necesitaría varios días para desarrollarse, tal vez semanas, incluso, lapso durante el cual los guerreros no regresarían al nuevo campamento.

Dos horas después del alba un delgado círculo de guerreros negros rodeó la aldea. A intervalos, uno de ellos trepaba a las ramas altas de un árbol desde donde su vista llegaba al otro lado de la empalizada. Al poco, un manyuema caía de bruces dentro de la aldea, atravesado por una flecha. No había sonado ruido alguno anunciador de un asalto —nada de gritos de guerra ni alardeante agitación de lanzas amenazadoras, como ocurría cuando los salvajes proclamaban su inminente ataque—, sólo un silencioso mensajero de muerte que llegaba de la no menos silenciosa floresta.

Los árabes y sus sicarios se daban a todos los diablos ante aquel suceso sin precedentes. Corrieron a la puerta del poblado, ávidos de venganza sobre el insolente que había perpetrado aquel ultraje, pero al instante cayeron en la cuenta de que ignoraban hacia dónde debían volverse para dar con el enemigo. Mientras permanecían allí discutiendo el asunto, vociferando y gesticulando frenéticamente, uno de los árabes se desplomó contra el suelo, en medio del grupo, sin exhalar un gemido… con una flecha clavada en el corazón.

Tarzán había apostado a los más certeros tiradores de la tribu en los árboles circundantes, con las apropiadas instrucciones para que en ningún momento revelasen su posición cuando el enemigo

mirase hacia donde se encontraban. Cuando uno de los indígenas enviara su mensaje de muerte, debía ocultarse tras el tronco del árbol elegido y no volvería a apuntar su arco hasta que un ojo vigilante le dijese que nadie mirase hacia el árbol.

En tres ocasiones atravesaron los árabes el calvero corriendo en dirección al punto de donde pensaban que procedían las flechas, pero en cada una de tales ocasiones, otra flecha surcaba el aire a su espalda para aumentar su número de bajas. Entonces daban media vuelta y se precipitaban en una nueva dirección. Por último, decidieron efectuar una batida de exploración por la zona de bosque próxima, pero los indígenas se fundían ante ellos y no descubrieron el menor asomo de enemigos.

En la espesa fronda de las copas de un árbol gigantesco, una torva figura los acechaba: era Tarzán de los Monos, que parecía flotar sobre ellos como si fuera la sombra de la muerte. Un manyuema cometió el error de adelantarse a sus compañeros; en la dirección por la que avanzaba no se veía a nadie, de modo que apresuró el paso… instantes después, los que le seguían tropezaron con el cuerpo sin vida de su compañero, en cuyo pecho sobresalía el fatal astil de una flecha.

El hombre blanco no necesita contemplar prolongadamente esta forma de hacer la guerra para que se le pongan los nervios de punta, así que nada tiene de extraño que los manyuemas no tardaran en dejarse dominar por el pánico. Si uno de ellos se destacaba de sus camaradas, una flecha encontraba rápidamente su corazón; si otro se rezagaba, no volvían a verle con vida; si alguno tropezaba, se desviaba y sus compañeros le perdían de vista, aunque sólo fuera un momento, no regresaba… y siempre que encontraban ante sí un cadáver, éste tenía clavada en el pecho aquella saeta que parecía disparar un poder sobrenatural que la enviaba directa y certeramente al corazón de la víctima. Pero lo peor de todo era la espeluznante circunstancia de que, en el curso de toda la mañana, ni una sola vez habían visto ni oído el menor indicio del enemigo, aparte las implacables flechas.

Cuando finalmente regresaron a la aldea, las cosas no les fueron mejor. De vez en cuando, a intervalos que resultaban enloquecedores a causa de la tensión que producían, un hombre caía de bruces, muerto. Los manyuemas pidieron a sus amos

abandonar aquel terrible lugar, pero los árabes tampoco se atrevían a emprender la marcha a través de una selva hostil, en la que parecía imperar aquel nuevo y terrible enemigo, cargados con las importantes existencias de marfil que habían encontrado en la aldea. Pero lo peor de todo era tener que dejar aquel precioso cargamento. Tal idea les mortificaba.

Por último, la expedición al completo se refugió en las chozas con techo de paja, a cuyo interior, al menos, no llegarían las flechas. Desde lo alto del árbol que dominaba el poblado, Tarzán tomó buena nota del chamizo en el que se acogieron los jefes árabes. Se mantuvo en equilibrio sobre una rama suspendida sobre aquella choza y, con toda la fuerza de sus poderosos músculos, lanzó el venablo a través del techo de paja. Un aullido de dolor le informó de que la lanza había encontrado carne. Con tal saludo de despedida para convencer a los árabes de que no estaban a salvo en ningún lugar de aquel territorio, Tarzán regresó a la selva, reunió a sus guerreros y todos se retiraron a kilómetro y medio hacia el sur en el interior de la jungla, para descansar y comer algo. Puso centinelas en varios árboles desde los que se podía vigilar el sendero de la aldea, pero nadie les persiguió.

El recuento de sus huestes le indicó que no había tenido una sola baja, ni siquiera sufrió nadie un rasguño, mientras que si efectuaba un cálculo, así, por encima, de las pérdidas enemigas, resultaba que no menos de veinte saqueadores habían caído bajo las flechas de los indígenas. Una oleada de eufórico entusiasmo inundó el ánimo de éstos, quienes se propusieron coronar aquella jornada gloriosa lanzándose al asalto del poblado y acabando de una vez con los últimos enemigos que quedasen. Ya se imaginaban las torturas a las que los someterían y se refocilaban anticipada y mentalmente con el sufrimiento de los manyuemas, hacia los que sentían un odio especial, cuando intervino Tarzán y echó por tierra todos sus planes.

—¡Estáis locos! —voceó—. Os he demostrado cuál es la única forma de combatir a esa gente. Habéis matado a veinte enemigos sin perder un solo guerrero cuando ayer, actuando conforme a vuestra táctica, que ahora habéis renovado, tuvisteis por lo menos una docena de bajas y no matasteis un solo árabe ni manyuema. O lucháis como os digo que luchéis o me vuelvo ahora a mi territorio

y ahí os quedáis.

Aquella amenaza los amedrentó y prometieron obedecerle escrupulosamente si él prometía a su vez no abandonarlos.

—Muy bien —dijo el hombre-mono—. Volveremos a la *boma* de los elefantes y pasaremos allí la noche. Tengo un plan para obsequiar a los árabes con un sabroso anticipo de lo que pueden esperar si permanecen en nuestra región, pero para eso no me hace falta ayuda. En marcha. Si en lo que queda de día no reciben ningún castigo más se tranquilizarán, cobrarán confianza y cuando mañana vuelvan a probar el sabor del miedo tendrán los nervios más destrozados que si continuamos amargándoles la vida toda esta tarde.

De modo que volvieron al campamento de la noche anterior y allí encendieron grandes fogatas, comieron y comentaron las aventuras del día, hasta mucho después de que hubiese oscurecido. Tarzán durmió hasta la medianoche, luego se levantó y echó a andar a través de las espesas negruras de la jungla. Una hora después llegaba a la linde del claro existente frente al poblado. Ardía una fogata dentro del recinto de la estacada. El hombre-mono cruzó el calvero y se llegó a los atrancados portones. Miró por los intersticios y vio un centinela solitario sentado ante la hoguera del campamento.

Tarzán se dirigió silenciosamente al árbol del extremo de la calle. Subió sin hacer ruido a su puesto habitual y montó una flecha en el arco. Pasó varios minutos intentando centrar la puntería sobre el centinela, pero el movimiento de las ramas y el oscilar de la claridad de la fogata le llevaron al convencimiento de que el riesgo de fallar el tiro era demasiado alto: su plan requería acertar de lleno en el centro del corazón, para que la muerte fuese todo lo repentina y silenciosa que su plan necesitaba.

Además del arco, las flechas y la cuerda llevaba consigo el rifle que el día anterior cogió de manos del centinela, después de haberle matado. Depositó todas aquellas armás en el hueco de la horquilla del árbol y se dejó caer sin ruido dentro de la empalizada, armado nada más que con su largo cuchillo. El centinela estaba de espaldas a él. Tarzán se deslizó como un gato hacia el adormilado individuo. Ya estaba a dos pasos de él… Unos segundos más y el cuchillo se deslizaría silenciosamente y se hundiría en el corazón del hombre.

Tarzán encogió el cuerpo, preparándose para el salto, sistema de ataque de la fiera de la selva que siempre resulta ser el más rápido y seguro… y en aquel preciso instante, avisado por algún sutil sexto sentido, el centinela se puso en pie de un brinco, dio media vuelta y se encaró con el hombre-mono.

XVII

EL JEFE BLANCO DE LOS WAZIRIS

EL HORROR desorbitó los ojos del salvaje manyuema cuando su vista cayó sobre aquella extraña criatura que había aparecido ante él empuñando un amenazador cuchillo. Se olvidó del arma de fuego que llevaba; incluso se olvidó de lanzar el grito de alarma… Su única idea fue escapar de aquel aterrador salvaje blanco, de aquel gigante en cuyos formidables músculos y poderoso pecho rielaban los ondulantes reflejos de las llamas.

Sin embargo, antes de que pudiese dar media vuelta, tuvo a Tarzán encima. Entonces sí que se le ocurrió gritar pidiendo auxilio, pero ya era demasiado tarde. Una mano enorme se cerró en torno a su garganta y el manyuema se vio arrojado contra el suelo. Luchó furiosa pero inútilmente. Con la implacable tenacidad de la mandíbula de un perro dogo aquellos dedos terribles continuaron apretando, aferrados a su cuello. Rápida e inflexiblemente le fueron

arrancando la vida. Los ojos se le salían de las cuencas, la lengua dejaba atrás la boca, el rostro adoptaba un color lívido, fantasmal, purpúreo… Los músculos se estremecieron con un temblor convulso y el manyuema quedó tendido, rígido e inmóvil.

El hombre-mono se echó el cadáver al hombro y, tras recoger las armas de su víctima, emprendió la marcha a paso ligero, silenciosamente, por la calle de la dormida aldea hacia el árbol que de una manera tan cómoda le facilitaba el acceso al interior de la empalizada aldea. Trasladó el cuerpo sin vida del centinela hasta el centro de un laberinto de fronda situado hacia la copa del árbol.

Después de aposentarlo en la horquilla de una rama, Tarzán empezó por quitar al cadáver la canana y los adornos que deseaba para sí. Los dedos del hombre-mono tantearon hábilmente el cuerpo, ya que la oscuridad no le permitía ver bien las piezas del botín. Concluido el registro, tomó el arma que había pertenecido al manyuema y se deslizó hasta la punta de una rama, desde donde podía disponer de una vista mejor de las chozas. Tras apuntar con todo cuidado a la estructura de colmena en la que sabía se alojaban los jefes árabes, apretó el gatillo. Casi al instante se oyó un gemido de dolor. Tarzán sonrió. Había vuelto a dar en el blanco.

Tras el disparo, en el campamento reinó el silencio durante unos segundos, al cabo de los cuales árabes y manyuemas salieron atropelladamente de las chozas como enjambres de avispas irritadas. Claro que, en realidad, se sentían más asustadas que coléricas. Las tensiones de la jornada les habían llevado al borde del abismo del pánico y aquella detonación única, en plena noche, desató en sus aterrados cerebros los más horripilantes pavores.

Al descubrir la desaparición del centinela, su espanto se desbordó y, como si creyesen que para estimular su valor había que intentar algo de tipo bélico, empezaron a disparar a tontas y a locas hacia las puertas del poblado, aunque por allí no aparecía visible enemigo alguno. Tarzán aprovechó el ensordecedor estrépito de aquellas repetidas descargas para hacer fuego a su vez sobre la turba que tenía a sus pies.

Nadie distinguió su disparo de entre los que se hacían en la calle, pero algunos manyuemas sí vieron desplomarse repentinamente a un camarada que tenían cerca. Al agacharse para ver qué le ocurría, comprobaron que estaba muerto. El pánico cobró

dimensiones impresionantes y fue preciso todo el brutal autoritarismo de los árabes para impedir que los manyuemas salieran de estampida y se precipitaran desordenadamente en la jungla… en cualquier sitio con tal de huir de aquella aldea infernal.

Pasado cierto tiempo empezaron a calmarse y, como no se produjeron más muertes misteriosas, fueron recobrando el ánimo poco a poco. Pero no fue más que una breve tregua, porque cuando ya empezaban a creer que no volverían a mortificarles más, Tarzán emitió un alarido sobrenatural y cuando los invasores del poblado dirigían la mirada hacia el punto de donde procedía el gemebundo grito, el hombre-mono, que columpiaba suavemente el cadáver del centinela muerto, dejó caer de súbito el cuerpo sobre las cabezas de los manyuemas.

Entre alaridos de alarma la patulea se disgregó en todas direcciones impulsados todos por una sola idea: escapar como fuese de aquella terrible criatura que parecía haber saltado sobre ellos. En la desquiciada imaginación de cada uno de los manyuemas, el cuerpo del centinela, que yacía en el suelo con los brazos y las piernas extendidas en toda su longitud, asumía el aspecto de un enorme animal de presa. Dominados por el ansia fugitiva, muchos de los negros se lanzaron a escalar la empalizada, mientras otros quitaban los barrotes de las puertas y corrían como locos a través del claro hacia la jungla.

Transcurrió un buen rato antes de que nadie regresara hacia el origen de su sobresalto, pero Tarzán sabía que iban a acabar por volver y que cuando descubrieran que aquello no era más que el cadáver del centinela sin duda iban a sentirse más aterrados que antes. Con todo, el hombre-mono tenía una idea bastante clara de lo que harían, de modo que se alejó silenciosamente hacia el sur, desplazándose de regreso al campamento de los waziri por las alturas superiores de los árboles, sobre las que la luna derramaba a raudales su luz plateada.

Uno de los árabes volvió la cabeza de repente y su mirada tropezó con lo que había saltado del árbol sobre ellos y que ahora yacía, mudo e inmóvil, en mitad de la calle del poblado. Se acercó cautelosamente hasta que vio que sólo se trataba de un hombre. Segundos después se encontraba junto a aquella figura, a la que identificó al instante como el cadáver del manyuema que montaba

guardia a la puerta de la aldea.

Llamó a sus compañeros, que rápidamente se agruparon en torno suyo y, tras unos momentos de excitado debate, hicieron precisamente lo que Tarzán había supuesto que iban a hacer. Se echaron el rifle a la cara y dispararon descarga tras descarga sobre el árbol del que el hombre-mono había arrojado el cuerpo… De haberse quedado allí, un centenar de proyectiles habría convertido en un colador el cuerpo de Tarzán.

Cuando árabes y manyuemas comprobaron que las únicas señales de violencia que presentaba el cadáver de su compañero eran las huellas de unos dedos en la hinchada garganta, volvieron a hundirse en la más profunda y desesperada aprensión.

Darse cuenta de que ni siquiera dentro de la empalizada estaban seguros durante la noche constituyó un impacto terrible para ellos. Que un enemigo pudiese entrar hasta el corazón de su campamento y matar a su centinela sólo con las manos parecía algo que rebasaba los límites de la razón, por lo que los supersticiosos manyuemas empezaron a echar la culpa de su mala suerte a causas sobrenaturales; ni siquiera los árabes fueron capaces de brindar una explicación más convincente.

Con por lo menos cincuenta hombres huyendo a la desbandada por el interior de la tenebrosa selva y sin la más remota idea acerca del momento en que aquellos misteriosos enemigos podían reanudar la matanza a sangre fría que iniciaron, aquel grupo de asesinos sanguinarios aguardó la llegada del nuevo día sin pegar ojo y sumido en la desesperación. Sólo cuando los árabes les prometieron que abandonarían la aldea con el alba consintieron los manyuemas que quedaban en permanecer en el poblado unos momentos más. Ni siquiera el miedo que les inspiraban sus crueles amos fue suficiente para sobreponerse a aquel nuevo terror.

Y así fue como, cuando Tarzán y sus guerreros se dispusieron a la mañana siguiente a lanzar su ataque, se encontraron con que los invasores se preparaban para abandonar la aldea. Los manyuemas ya habían cargado el marfil producto de su robo. Al verlos, Tarzán esbozó una sonrisa, sabedor de que no lo transportarían muy lejos. Entonces vio algo que le llenó de zozobra: cierto número de manyuemas prendían antorchas en la declinante fogata del campamento. Se aprestaban a incendiar el poblado.

Tarzán estaba encaramado en la alta enramada de un árbol, a un centenar de metros de la empalizada. Hizo bocina con las manos para vocear en lengua árabe:

—¡Como prendáis fuego a las chozas, os mataremos a todos! ¡Como prendáis fuego a las chozas, os mataremos a todos!

Lo repitió una docena de veces. Los manyuemas titubearon; luego, uno de ellos arrojó su antorcha a la hoguera. Los demás estaban a punto de imitar su ejemplo cuando un árabe armado de una estaca se colocó entre ellos de un salto y, a palo limpio, los hizo dirigirse hacia las chozas. Tarzán fue testigo de cómo les ordenaba incendiar las pequeñas viviendas de techo de paja. Se puso en pie sobre la oscilante rama, se echó a la cara uno de los rifles de los árabes, afinó la puntería y apretó el gatillo. Se produjo la detonación y, simultáneamente, el árabe que azuzaba a los manyuemas cayó redondo, sin vida. Los manyuemas soltaron las antorchas y huyeron alejándose de la aldea. Lo último que de ellos vio Tarzán fue que huían a todo correr hacia la selva, mientras sus antiguos amos, rodilla en tierra, disparaban los rifles contra ellos.

Sin embargo, con toda la cólera que les producía la rebelión de sus esclavos, los árabes llegaron al menos al convencimiento de que, por mucha satisfacción que les produjera contemplar envuelta en llamas aquella aldea que tan mala acogida les había dispensado en dos ocasiones, lo mejor que podían hacer era renunciar a tal placer y marcharse. En su fuero interno, no obstante, juraron volver con fuerzas armadas suficientes para arrasar aquella zona en un radio de varios kilómetros, convirtiéndolos en tierra quemada y desprovista del menor vestigio de vida humana.

Habían buscado en vano al propietario de aquella voz que metió el miedo en el cuerpo y puso en fuga a los hombres que tenían la misión de prender fuego a las chozas, pero ni los que tenían la vista más aguda pudieron localizarlo. A raíz del disparo que acabó con el árabe vieron una nubecilla de humo flotar en la enramada, pero aunque se hizo una descarga cerrada sobre el follaje, nada indicó que alguno de los proyectiles hubiera resultado efectivo.

Tarzán era demasiado inteligente para dejarse coger en semejante trampa y antes de que los ecos de la detonación se hubieran desvanecido en el aire ya se había trasladado a toda velocidad el hombre-mono a otro árbol y se encontraba a cien

metros de distancia. Encontró allí una atalaya conveniente desde la que le era posible espiar los preparativos de los incursores. Se le ocurrió que podía divertirse a lo grande a costa de ellos, de modo que volvió a ponerse las manos a ambos lados de la boca, a guisa de bocina, y gritó:

—¡Dejad el marfil! ¡Dejad el marfil! ¡El marfil no les sirve de nada a los muertos!

Algún que otro manyuema se dispuso a abandonar su carga, pero aquello era demasiado para los codiciosos árabes. Empezaron a proferir gritos y maldiciones, encañonaron a los porteadores y amenazaron con una muerte instantánea a todo aquel que tuviese la desdichada idea de soltar su carga. Pasaban por renunciar al incendio del poblado, pero de ninguna manera les cabía en la cabeza la idea de abandonar aquella inmensa fortuna en marfil… Antes la muerte.

Partieron, pues, de la aldea de los waziri. A hombros de los esclavos se llevaban un cargamento de marfil cuyo valor hubiera podido servir para pagar el rescate de veinte reyes. Marcharon hacia el norte, rumbo al selvático asentamiento que habían establecido en una región salvaje e ignota del interior del Congo, en lo más profundo del Gran Bosque. Por ambos flancos vigilaba a la caravana un enemigo tan invisible como despiadado.

Dirigidos por Tarzán, los guerreros negros de waziri se apostaban a ambos lados del sendero, en la espesura de la maleza. Se situaban a intervalos bastante distanciados entre sí y, una vez pasaba la columna, una flecha o un venablo, certeramente dirigido, atravesaba a un manyuema o a un árabe. A continuación, el waziri se fundía en la floresta, se adelantaba a la carrera y ocupaba un nuevo puesto, cerca de donde debía pasar la caravana. No descargaban su golpe a menos que tuviesen la absoluta seguridad de que el éxito era cierto y el riesgo de que lo detectasen absolutamente nulo. Las flechas y los venablos que cumplían tal misión eran pocos y espaciados, pero tan tenaces e inevitables que los cargados porteadores de la columna se encontraban en un estado de pánico perenne. Pánico que alimentaba siempre el traspasado cuerpo del compañero que acababa de caer. Pánico que fomentaba la incertidumbre de ignorar quién sería el siguiente y cuándo caería.

En una docena de ocasiones, los árabes tuvieron enormes dificultades para evitar que sus hombres arrojasen la carga y huyeran por el sendero como conejos asustados, corriendo hacia el norte. Así transcurrió la jornada: una espantosa pesadilla para los saqueadores; un día fatigoso pero bien recompensado para los waziris. Al llegar la noche, los árabes montaron una tosca *boma* en un pequeño claro, junto a un río, y se dispusieron a acampar.

De vez en cuando, en el curso de la noche, un rifle sonaba por encima de sus cabezas y uno de los doce centinelas que habían apostado se venía al suelo. Tal situación era insoportable para los invasores. Éstos, naturalmente, se daban cuenta de que mediante aquella táctica iban a acabar borrados del mapa, sin haber ocasionado siquiera una sola baja al enemigo. A pesar de ello, con la recalcitrante avaricia propia del hombre blanco, los árabes siguieron aferrados a su botín y cuando amaneció, obligaron a los desmoralizados manyuemas a echarse al hombro la carga de muerte y adentrarse a trompicones por la selva.

La diezmada columna mantuvo su espantosa marcha durante tres días. No pasaba hora en que una flecha fatal o un venablo implacable dejara de cobrar su tributo de muerte. Las noches eran pavorosas a causa del ladrido de aquel rifle invisible que hacía que el turno de guardia equivaliese para el centinela a una sentencia de muerte.

En el curso de la mañana del cuarto día los árabes se vieron obligados a abatir a tiros a dos de sus esclavos negros para dar un escarmiento que persuadiera a los demás de que debían coger su carga de odiado marfil. Acababan de hacerlo cuando llegó de la fronda de la selva una voz potente y clara:

—¡Hoy vais a morir, oh, manyuemas, a menos que os despidáis del marfil! ¡Abalanzaos sobre vuestros crueles amos y matadlos! Tenéis armas de fuego, ¿por qué no las empleáis? Matad a los árabes y no os haremos ningún daño. Os llevaremos a nuestra aldea, os daremos de comer y os conduciremos fuera de nuestras tierras sanos, salvos y en paz. Dejad el marfil y caed sobre vuestros amos… Os ayudaremos. Si no obedecéis, ¡moriréis!

Cuando la voz dejó de oírse, los saqueadores se quedaron petrificados. Los árabes contemplaron a sus esclavos manyuemas; los esclavos se miraron entre sí… sólo esperaban a que uno u otro

de sus compañeros tomase la iniciativa. Quedaban vivos unos treinta árabes y como ciento cincuenta negros. Todos iban armados, incluso los que desempeñaban la función de porteadores llevaban un rifle colgado del hombro.

Los árabes formaron una piña. El jeque ordenó a los manyuemas que se pusieran en marcha y, mientras hablaba, amartilló el rifle y se lo echó a la cara. Pero en aquel mismo instante, uno de los negros arrojó al suelo la carga, levantó el rifle y disparó a quemarropa sobre el grupo de árabes. En décimas de segundo el campamento se convirtió en una masa de seres infernales que maldecían, ululaban y combatían unos contra otros con rifles, cuchillos y pistolas. Los árabes se mantenían en grupo compacto y defendían valientemente sus vidas, pero el diluvio de plomo que descargaban sobre ellos sus propios esclavos y la lluvia de flechas y venablos que les llegaba de la jungla, dirigida a ellos en exclusiva, dejó pocas dudas, desde el principio, acerca de cuál iba a ser el desenlace. Diez minutos después de que el primer porteador arrojase su carga, caía muerto el último árabe.

Cuando cesó el tiroteo, Tarzán volvió a dirigir la palabra a los manyuemas.

—Coged nuestro marfil y regresad con él a nuestra aldea, de donde lo habéis robado. No vamos a haceros ningún daño.

Los manyuemas vacilaron un momento. Al parecer les faltaban estómago y energías para repetir en sentido inverso su ardua caminata de tres jornadas. Hablaron entre sí a base de susurros. Uno de ellos se volvió hacia la selva y preguntó a la voz que les había hablado desde la densa fronda:

—¿Qué garantías tenemos de que cuando estemos en vuestra aldea no nos vais a matar a todos?

—No tenéis garantía alguna —respondió Tarzán—, aparte de la que os hemos prometido que no os haremos el menor daño si nos devolvéis nuestro marfil. Lo que sí os consta es que está en nuestras manos mataros a todos si no dais ahora media vuelta, tal como os indicamos, ¿y no es más probable que lo hagamos si nos irritáis desobedeciendo nuestras órdenes?

—¿Quién eres tú, que hablas la lengua de nuestros amos árabes? —gritó el portavoz de los manyuemas—. Deja que te veamos y luego te daremos nuestra contestación.

Tarzán salió de la espesura de la jungla y apareció a una docena de pasos de los manyuemas.

—¡Aquí me tenéis!

Cuando vieron que era blanco, el terror volvió a hacer presa en ellos, porque era la primera vez que veían un salvaje blanco y al observar sus enormes músculos y su figura gigantesca la maravilla y la admiración los invadió.

—Podéis confiar en mí —les tranquilizó Tarzán—. Mientras hagáis lo que os diga y no causéis daño alguno a los míos, no me meteré con vosotros para nada. ¿Vais a recoger nuestro marfil y a volver con él pacíficamente a nuestra aldea o preferís que continuemos acosándoos en vuestro camino hacia el norte, tal como hemos hecho durante los tres últimos días?

El recuerdo de aquellas tres espantosas jornadas que acababan de vivir fue lo que finalmente decidió a los manyuemas, y así, tras una breve conferencia volvieron a cargarse el marfil y empezaron a desandar lo andado, rumbo a la aldea de los waziris.

Al concluir el tercer día franquearon la puerta del poblado, donde recibieron una calurosa bienvenida por parte de los supervivientes de la reciente carnicería, a los que Tarzán había enviado un mensajero al campamento provisional del sur, el día en que los saqueadores se marcharon, para informarles de que podían regresar a la aldea.

Tarzán tuvo que recurrir a toda su maestría y a todo su poder de persuasión para evitar que los waziris cayeran con uñas y dientes sobre los manyuemas y los despedazaran en el acto, pero cuando explicó que había empeñado su palabra, asegurándoles que no se meterían con ellos si devolvían el marfil al lugar del que lo robaron, y cuando hizo hincapié en la circunstancia de que los waziris le debían a él aquella victoria en toda la línea, los waziris accedieron a sus demandas y permitieron que los antropófagos descansaran en paz dentro del recinto de la empalizada.

Aquella noche, los guerreros convocaron una sesión plenaria para celebrar sus victorias y elegir un nuevo jefe. Desde la muerte del anciano Waziri, Tarzán había venido capitaneando a los guerreros en las batallas y se le había concedido tácitamente el mando provisional de las huestes. No habían dispuesto de tiempo para nombrar un nuevo jefe entre los guerreros de la tribu y, en

realidad, el caudillaje del hombre-mono había sido tan notablemente triunfal que tampoco tuvieron el menor deseo de delegar la autoridad suprema en otra persona por temor a perder lo que tenían ganado. Habían sufrido las desastrosas consecuencias de actuar en contra de las indicaciones de aquel salvaje blanco, como ocurrió en el caso de Waziri, que ordenó un ataque desaconsejado por Tarzán y murió en el curso del mismo, y al recordarlo no se les hizo cuesta arriba aceptar que Tarzán tomase el mando definitivamente.

Los guerreros de mayor importancia se sentaron en círculo alrededor de una pequeña fogata para debatir los méritos objetivos de cualquier candidato que se propusiera como sucesor del anciano Waziri. Busuli fue el primero en hacer uso de la palabra.

—Puesto que Waziri ha muerto sin dejar ningún hijo, entre nosotros sólo hay uno que sabemos posee la experiencia adecuada para ser un gran rey. Sólo hay uno que ha demostrado que puede acaudillarnos con éxito frente a las armas de fuego del hombre blanco y llevarnos a una victoria fácil sin sufrir por nuestra parte la pérdida de una sola vida. Sólo hay uno: el hombre blanco que nos ha dirigido durante los últimos días.

Busuli se puso en pie y, enarbolado el venablo y doblado el cuerpo, inició lentamente una danza alrededor de Tarzán, al tiempo que entonaba, al ritmo de los pasos:

—Waziri, rey de los waziris. Waziri, exterminador de árabes. Waziri, rey de los waziris…

Uno tras otro los demás guerreros manifestaron su aquiescencia a la designación de Tarzán como rey de los waziris incorporándose a la solemne danza. Las mujeres acudieron al borde del círculo, donde se pusieron en cuclillas y empezaron a golpear el
tam-tam
y a batir palmas al compás de los danzarines, al tiempo que hacían coro a la cantinela de los guerreros. En el centro del corro estaba sentado Tarzán de los Monos… Waziri, rey de los waziris, puesto que, al igual que su antecesor en el trono, tomaría como propio el nombre de su tribu.

El ritmo de los bailarines fue adquiriendo cada vez mayor rapidez, mientras el volumen de sus gritos salvajes aumentaba también paulatinamente. Las mujeres se levantaban y bajaban al

unísono y no tardaron en estar gritando a voz en cuello. Se blandieron los venablos con feroz energía y cuando los bailarines se encorvaban para batir con sus escudos la pisoteada tierra de la calle de la aldea, la escena era tan terriblemente primitiva y salvaje como si se estuviera desarrollando en los albores de la humanidad, infinitos siglos atrás.

Cuando la excitación creció, el hombre-mono se puso en pie de un salto y se integró en la selvática ceremonia. En el centro de aquel círculo de cabrilleantes cuerpos de piel negra, saltaba, rugía y enarbolaba su lanza con el mismo entusiasmo general que hechizaba a sus compañeros salvajes. Quedaba en el pozo del olvido su último resto de civilización… Era un hombre primitivo en toda la extensión y profundidad del término, que disfrutaba, eufórico y entusiasta, de la libertad de la vida salvaje que tanto amaba y de su recién estrenada condición de rey entre aquellos negros montaraces.

¡Ah, si Olga de Coude le hubiese echado una ojeada en aquel momento…! ¿Habría reconocido en él al joven tranquilo y elegante, cuyo bien parecido rostro y sus modales irreprochables la habían cautivado apenas unos meses antes? ¡Y Jane Porter! ¿Seguiría enamorada de aquel jefe guerrero, que bailaba desnudo entre sus desnudos y salvajes súbditos? ¡Y
D'Arnot!
¿Podría creer
D'Arnot
que aquél era el mismo hombre al que había introducido en media docena de los más selectos círculos de París? ¿Qué dirían sus compañeros pares de la Cámara de los Lores si uno de ellos señalase con el índice a aquel bailarín gigantesco, con su tocado bárbaro y sus adornos metálicos, y dijese: «Ahí lo tienen, señores míos, es John Clayton, *lord* Greystoke»?

Y así entró Tarzán de los Monos en la auténtica realeza… Despacio, pero indefectiblemente, seguía la evolución de sus ancestros, porque, como ellos, ¿no había partido de cero, de lo más bajo?

XVIII

LA LOTERÍA DE LA MUERTE

POR la mañana, tras la noche del naufragio del *Lady Alice*, Jane Porter fue la primera de los ocupantes del bote salvavidas que se despertó. Los demás miembros del grupo dormían sobre las bancadas o hacinados en forzadas posturas sobre el fondo de la barca.

Cuando la muchacha se percató de que las otras embarcaciones se habían perdido de vista, la alarma cundió en su ánimo. La sensación de profunda soledad y absoluto desamparo que producía en ella la desierta inmensidad del océano le resultó tan deprimente que, desde el primer momento, vio el futuro negro, sin el más leve rayo de esperanza. Tuvo la certeza de que estaban perdidos…, perdidos y sin la más remota posibilidad de que los rescataran.

Clayton se despertó poco después. Tuvieron que transcurrir varios minutos para que sus sentidos cobrasen conciencia de la

situación o para que recordase el desastre de la noche pasada. Por último, sus desconcertados ojos tropezaron con su prometida.

—¡Jane! —exclamó—. ¡Gracias a Dios que estamos juntos!

—¡Mira! —dijo la muchacha, sombría, a la vez que, con gesto apático, indicaba el horizonte—. Estamos solos.

Clayton exploró el mar en todas direcciones.

—¿Dónde estarán los demás? —preguntó—. No pueden haberse hundido, porque no hay mala mar, y estaban a flote después de que el yate se sumergiera… Los vi a todos en las barcas.

Despertó a los otros náufragos y les explicó la situación.

—A mí me parece que es mejor que los botes se hayan diseminado, señor —opinó uno de los marineros—. Todos llevan provisiones, de forma que en ese aspecto no necesitan ayuda de los demás y, si estallase una tormenta, tampoco serviría de nada estar juntos. Pero si las barcas están esparcidas por el océano hay más probabilidades de que algún barco que pase vea y recoja a una, en cuyo caso se iniciaría de inmediato la búsqueda de las demás. Si todos los botes estuvieran juntos sólo contaríamos con una probabilidad de rescate; en cambio, ahora puede que tengamos cuatro.

Comprendieron la sensatez de tal filosofía y las palabras del marinero les inyectaron cierta dosis de ánimo, pero su contento duró poco, porque cuando decidieron ponerse a remar con energía y dirigirse hacia el este, hacia el continente, tropezaron con la desagradable sorpresa de que los marineros encargados de mover los remos se habían quedado dormidos durante la noche y los dos únicos remos de que disponían se cayeron al mar. Ninguno de esos remos se encontraba ahora a la vista.

Durante los airados insultos y reproches que siguieron al desdichado descubrimiento, los marineros estuvieron en un tris de llegar a las manos, pero Clayton consiguió calmar su agresividad. Un momento después, sin embargo, *monsieur* Thuran a punto estuvo de provocar otra trifulca al dejar caer un insultante comentario acerca de la estupidez de los ingleses en general y de los marineros ingleses en particular.

—Venga, venga, compañeros —terció uno de los hombres, Thompkins, que no había participado en la pendencia—, poniéndonos verdes unos a otros no llegaremos a ninguna parte.

Como ha dicho Spider hace un momento, es condenadamente posible que alguien nos pesque, así que, ¿qué ganamos con tirarnos los trastos a la cabeza? Vale más que le echemos algo al buche, propongo.

—No es mala idea —aceptó Thuran, para dirigirse acto seguido al tercer marinero, Wilson—: Páseme una de esas latas de popa, buen hombre.

—Cójala usted —replicó el «buen hombre», hosco—. No acepto órdenes de ningún… extraño… Y además, que yo sepa, usted no es el capitán de esta nave.

Al final, el propio Clayton fue quien tuvo que acercarse a coger la lata. De ello surgió otra exaltada tremolina al acusar uno de los marineros a Clayton y *monsieur* Thuran de conspiración para controlar las provisiones y arramblar así con la parte del león.

—Alguien debería asumir el mando de esta embarcación —sugirió Jane Porter, profundamente disgustada por la aciaga reyerta con que había empezado una obligada convivencia que tal vez se prolongara muchos días—. Ya es bastante horrible encontrarse solos en una frágil barca en medio del Atlántico, para que encima añadamos el peligro y la desdicha de unas peleas y discusiones continuas entre los miembros del grupo. Ustedes, los hombres, tendrían que elegir un jefe y comprometerse a acatar luego sus decisiones en todos los asuntos. La necesidad de ceñirse a una estricta disciplina es aquí más imperiosa que en un buque donde todo está bien organizado.

Antes de expresar su criterio, la muchacha había confiado en que no sería preciso entrar en un debate para decidir quién sería el jefe en cuestión, porque creía que Clayton estaba perfectamente capacitado para hacer frente a cualquier emergencia. Tenía que reconocer sin embargo que, al menos hasta entonces, Clayton no había demostrado ser más capaz que cualquiera de los otros de saber manejar la situación, aunque, por lo menos, se había abstenido de echar más leña al fuego de las desagradables disensiones, e incluso había tratado de calmar los ánimos cediendo una lata a los marineros, cuando éstos se manifestaron contrarios a que él la abriese.

Las palabras de la muchacha tranquilizaron momentáneamente a los hombres y, al final, se decidió que los dos barriles de agua y las

cuatro latas de víveres se distribuyeran en dos partes. Una de esas partes sería para los tres marineros, que, en proa, podían hacer con ellas lo que quisieran. La otra parte quedaría en popa, destinada a los tres pasajeros.

De modo que los ocupantes del bote se dividieron en dos grupos, y en cuanto se hizo el reparto, cada uno de esos grupos se apresuró a abrir los recipientes para saborear la comida y el agua. Los marineros se adelantaron en la apertura de la primera lata de «alimentos». Sus tacos de rabia y decepción obligaron a Clayton a preguntar qué ocurría.

—¿Que qué ocurre? —estalló Spider—. ¿Que qué ocurre? Esto es peor que… ¡esto es la muerte! ¡Esta lata… está llena de petróleo!

Precipitadamente Clayton y Thuran abrieron una de las suyas, para constatar la espantosa verdad: no contenía comida, sino petróleo. Se abrieron una tras otra las cuatro latas que había a bordo. Y cuando se comprobó lo que tenían todas, un coro de gritos de rabia anunciaron la terrible realidad: en el bote no había un gramo de comida.

—¡Bueno, menos mal que no son los recipientes del agua! —trató de ver Thompkins el lado positivo—. Es más fácil resistir sin comida que sin agua. Si las cosas se ponen feas, podemos comernos los zapatos, pero bebérnoslos es imposible.

Mientras Thompkins hablaba, Wilson perforó uno de los barriles de agua. Spider aplicó un vaso de aluminio al orificio para tomar un trago del precioso liquido. Por el pequeño agujero salió un chorro de secas y negruzcas partículas, que fueron a depositarse en el fondo del cubilete. Wilson dejó caer el barril y, muda de horror la expresión, se quedó sentado con la vista clavada en los polvos del fondo del vaso de aluminio.

—Los barriles están llenos de pólvora —se dirigió Spider en voz baja a los que iban en popa.

Lo que quedó confirmado al abrirse el último barril.

—¡Petróleo y pólvora! —gritó *monsieur* Thuran—. ¡Sapristi! ¡Estupenda dieta para unos náufragos!

Cuando llegó al fondo de sus mentes el pleno conocimiento de que a bordo no había agua ni comida, los tormentos del hambre y la sed recrudecieron inmediatamente sus punzadas, por lo que ya desde el primer día de su trágica aventura se encontraron con que

se les venían encima todos los horrores del naufragio.

Y con el paso de los días, las condiciones fueron acentuando su gravedad terrorífica. Los dolientes ojos escrutaban el horizonte día y noche, hasta que el cansancio debilitaba a los exploradores y acababa dejándolos moral y físicamente hundidos en el suelo del bote, donde trataban de encontrar en el sueño unos instantes de alivio que los alejase de las penalidades de la realidad.

Aguijoneados por los despiadados suplicios del hambre, los marineros habían hincado el diente a sus cinturones de cuero, los zapatos y las cintas de sus gorras, aunque Clayton y *monsieur* Thuran se esforzaron en convencerlos de que lo único que conseguirían iba a ser aumentar sus sufrimientos.

Extenuados y sin esperanza, los integrantes de la partida yacían bajo el implacable sol tropical, hinchada la lengua y resquebrajados los labios, a la espera de una muerte que ya empezaban a anhelar. El intenso padecimiento de las primeras jornadas se había reducido un tanto en el caso de los tres pasajeros que no comieron nada, pero era un martirio agónico para los tres marineros, los jugos gástricos de cuyos depauperados estómagos se las tenían y se las deseaban para entendérselas con los trozos de cuero con que los llenaron. Thompkins fue el primero en sucumbir. A la semana justa del hundimiento del *Lady Alice*, el marinero falleció entre horripilantes convulsiones.

Sus facciones contraídas en monstruoso rictus, parecían dirigir una sonrisa, que en realidad era una mueca, a los que se encontraban en la popa del bote, hasta que Jane Porter no pudo seguir soportándolo.

—¿No puedes arrojar por la borda ese cadáver, William? —preguntó.

Clayton se levantó y, dando tumbos, se llegó al cuerpo de Thompkins. Los dos marineros restantes le miraron con una expresión extraña y tétrica en sus hundidas pupilas. El inglés trató inútilmente de levantar el cadáver para tirarlo al agua por la borda, pero no le quedaban fuerzas para aquella tarea.

—Por favor, écheme una mano —pidió a Wilson, que era el que tenía más cerca.

—¿Para qué quiere arrojarlo por la borda? —gruñó el marinero, quejumbroso.

—Hay que hacerlo antes de que nos sintamos demasiado débiles y nos sea imposible —explicó Clayton—. Si se pasa todo el día expuesto a este sol de justicia, mañana estará hecho un verdadero asco.

—Será mejor que lo deje ahí —rezongó Wilson—. Tal vez lo necesitemos antes de mañana.

El significado de las palabras del marinero fue filtrándose despacio en las entendederas de Clayton. Por último, comprendió el motivo por el cual el marinero se oponía a que se desembarazasen del cadáver.

—¡Santo Dios! —murmuró el inglés con voz horrorizada—. No pretenderá…

—¿Por qué no? —gruñó Wilson—. ¿No tenemos que vivir? Él está muerto —agitó el pulgar en dirección al cadáver—. ¿Qué puede importarle?

—Acérquese, Thuran —dijo Clayton, y se volvió hacia el ruso—. Tendremos a bordo algo peor que la muerte si no quitamos de en medio este cuerpo antes de que oscurezca.

Wilson se incorporó, vacilante, dispuesto a impedir lo que Clayton se proponía hacer, pero cuando vio que su compañero, Spider, tomaba partido por el inglés y *monsieur* Thuran, desistió y volvió a sentarse. No obstante, su mirada famélica no se apartó del cadáver hasta que los tres hombres, combinando sus esfuerzos, lograron arrojarlo al agua.

El resto del día se lo pasó Wilson fulminando a Clayton con la mirada. En los ojos del marinero relucía el fulgor de la locura. Al atardecer, mientras el sol se hundía en el mar, empezó a reír entre dientes y a murmurar para sí, pero sus ojos no se apartaban de Clayton.

Después de que las negruras de la noche se espesaran, Clayton continuaba sintiendo sobre él aquella mirada. No se atrevía a quedarse dormido y, sin embargo, estaba tan agotado que mantenerse despierto le costaba un esfuerzo ímprobo y constante. Al cabo de lo que parecía una eternidad de sufrimiento, su cabeza cayó sobre una bancada y el sueño se apoderó de él. No sabía cuánto tiempo permaneció inconsciente… Le despertó un roce que sonaba muy cerca de él. Había salido la luna y, al abrir los asustados ojos, Clayton vio a Wilson que se le acercaba

arrastrándose sigilosamente, abierta la boca y colgando de ella la hinchada lengua.

El leve rumor también había despertado a Jane Porter quien, al ver aquel espantoso cuadro, lanzó un agudo chillido de alarma. En ese mismo instante, el marinero se abalanzó con un último impulso sobre Clayton. Como una fiera salvaje, Wilson buscó con los dientes la garganta de su presa, pero, a pesar de lo débil que estaba, Clayton encontró dentro de sí fuerzas suficientes para mantener a distancia las fauces de aquel lunático.

El grito de Jane Porter despertó a *monsieur* Thuran y a Spider. Al ver el motivo de la alarma de la muchacha, ambos hombres acudieron arrastrándose en auxilio de Clayton y entre los tres lograron dominar al marinero y arrojarlo al fondo de la barca. Durante unos minutos, Wilson permaneció allí, parloteando y riendo, y luego, al tiempo que emitía un grito que helaba la sangre, y antes de que sus compañeros pudiesen impedirlo, se puso en pie tambaleante y se arrojó al mar.

La reacción posterior a aquel escalofriante acceso de excitación dejó a los debilitados supervivientes temblorosos y postrados. Spider se vino abajo y rompió a llorar; Jane Porter rezó; Clayton maldijo en voz baja, para sí; *monsieur* Thuran continuó sentado, con la cabeza entre las manos, meditativo. A la mañana siguiente expuso el resultado de sus cavilaciones a través de una propuesta que planteó a Spider y Clayton.

—Caballeros —lijo Thuran—, ya ven la suerte que nos espera a todos nosotros, a menos que nos recojan en el plazo de un par de días como máximo. Que nuestras esperanzas de que eso ocurra son escasas lo evidencia el hecho de que en el curso de todos estos días que hemos estado a la deriva no hemos avistado una sola vela ni la más ínfima nubecilla de humo en el horizonte.

»Podríamos tener alguna probabilidad si contásemos con alimentos, pero sin víveres no existe ninguna esperanza. No nos quedan, pues, más que dos alternativas, y hemos de elegir una de ellas en seguida. O morimos todos en cuestión de unos pocos días, o uno de nosotros se sacrifica para que los otros puedan sobrevivir. ¿Han captado la idea?

Jane Porter oyó aquello y se quedó horrorizada. Si tal propuesta la hubiera hecho un pobre e ignorante marinero, posiblemente a

ella no le habría sorprendido. Pero apenas podía creerla cuando el que la exponía era un hombre que pasaba por culto y refinado, por un caballero.

—Entonces, es mejor que muramos todos —dijo Clayton.

—Ha de decidir la mayoría —replicó *monsieur* Thuran—. Como sólo uno de nosotros será el sacrificado, habrá que decidirlo entre nosotros. La señorita Porter no entra en esto, así que no corre peligro.

—¿Cómo se determinará quién ha de ser el primero? —preguntó Spider.

—Lo señalará la suerte —contestó Thuran—. Llevo en el bolsillo unas cuantas monedas de un franco. Podemos elegir una fecha de acuñación precisa… El que saque de debajo de un trozo de tela la moneda con esa fecha, será el primero.

—No quiero tener nada que ver con ese juego diabólico —murmuró Clayton—. Aún cabe la posibilidad de que avistemos tierra o que aparezca un barco… a tiempo.

—Usted hará lo que decida la mayoría, o será «el primero» sin el formalismo de jugar a esta lotería —amenazó *monsieur* Thuran—. Venga, empecemos por votar el plan. Mi voto es favorable. ¿Qué dice usted, Spider?

—Yo también digo que sí —respondió el marinero.

—Es la voluntad de la mayoría —anunció *monsieur* Thuran—. Ahora es cuestión de sacar las monedas sin más pérdida de tiempo. Es un juego tan limpio para uno como para otro. Para que tres puedan seguir viviendo, uno de nosotros ha de morir… Su muerte sólo se le adelantará unas horas, porque de todas maneras estaría sentenciado como todos.

Inició los preparativos de aquella lotería de la muerte, mientras Jane Porter permanecía sentada, lleno de horror el ánimo y con los ojos desorbitados ante la idea de aquel macabro espectáculo que iba a presenciar. Thuran extendió su chaqueta sobre el suelo del bote, sacó un puñado de monedas y seleccionó seis piezas de un franco. Los otros dos hombres se inclinaron para inspeccionar las monedas. Por último, Thuran se las tendió a Clayton.

—Obsérvelas con atención —dijo—. La más antigua es de 1875, y sólo hay una de esa fecha.

Clayton y el marinero examinaron una por una todas las

monedas. A sus ojos no existía la más pequeña diferencia entre ellas, aparte las fechas de acuñación. Se dieron por satisfechos. De haber conocido la práctica que como tahúr tenía *monsieur* Thuran, que había desarrollado su sentido del tacto hasta el punto de que con apenas rozar la superficie de un par de naipes era capaz de distinguir uno de otro, de saber eso el juego no les habría parecido tan limpio. La moneda de 1875 era un pelo más delgada que las demás, pero ni Clayton ni Spider hubieran detectado esa diferencia sin la ayuda de un micrómetro.

—¿En qué orden sacamos? —preguntó Thuran, al que la experiencia le había enseñado que la mayor parte de los hombres prefieren hacerlo en último lugar cuando se trata de una lotería en la que sólo hay un premio y éste es desagradable: siempre existe la posibilidad y la esperanza de que ese premio lo sacará antes otro jugador. Por razones particulares, *monsieur* Thuran prefería ser el primero en probar suerte, por si se daba el caso de que hubiese que repetir la aventura y sacar por segunda vez una moneda de debajo de la chaqueta.

De modo que cuando Spider eligió ser el último, Thuran se brindó graciosamente a ser el primero. Su mano permaneció bajo la chaqueta apenas un segundo, lo que no impidió a sus dedos rápidos y diestros palpar cada una de las monedas y desechar la pieza fatídica. Retiró la mano y mostró en ella un franco de 1888. Le tocó el turno a Clayton. Con el semblante tenso de horror, Jane Porter se inclinó hacia adelante cuando la mano del hombre con el que iba a casarse tanteó debajo de la chaqueta. Clayton la sacó en seguida, con una moneda en la palma. Tardó un instante en atreverse a mirarla, pero *monsieur* Thuran, que se acercó para comprobar la fecha, le aseguró que se había salvado.

Temblorosa y exhausta, Jane Porter se apoyó desmadejadamente en el costado del bote. Se sentía enferma y mareada. Si Spider no sacaba a continuación la moneda de 1875, habría que soportar otra vez aquel espantoso juego.

El marinero había introducido ya la mano debajo de la chaqueta. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Temblaba como si sufriera un ataque de fiebre. En voz alta, se maldijo a sí mismo por haber elegido el último lugar, puesto que ahora sus probabilidades de librarse eran de tres a uno, cuando las de

monsieur Thuran fueron de cinco a uno y las de Clayton de cuatro a uno.

El ruso hizo gala de una gran paciencia y no metió ninguna prisa al hombre. Sabía que él, Thuran, estaba completamente a salvo, tanto si aquella vez salía la moneda de 1875 como si no. El marinero retiró la mano, bajó la vista sobre la pieza y se dejó caer, inerte, en el fondo de la barca. Clayton y Thuran, con toda su debilidad, se apresuraron a examinar la moneda, que se le había escapado a Spider de la mano y estaba caída a su lado. No llevaba la fecha de 1875. El miedo había hecho reaccionar al marinero exactamente igual que si hubiera sacado la pieza funesta.

Pero ahora había que repetir todo el proceso. De nuevo, el ruso extrajo una moneda liberadora. Jane Porter cerró los ojos cuando Clayton metió la mano bajo la chaqueta. Spider se inclinó hacia adelante, desorbitados los ojos, porque en aquella última jugada, la suerte de Clayton sería la desgracia de Spider. Y viceversa.

William Cecil Clayton, *lord* Greystoke, retiró luego la mano de debajo de la prenda de Thuran y, con la moneda oculta por el puño cerrado, miró a Jane Porter. No se atrevía a abrir la mano.

—¡Rápido! —apremió Spider—. ¡Por todos los diablos, veamos qué ha sacado!

Clayton levantó los dedos, con la palma de la mano hacia arriba. Spider fue el primero en ver la fecha. Nadie conocía sus intenciones cuando se irguió, se arrojó por la borda y desapareció para siempre en las verdes profundidades marinas: la moneda no llevaba la fecha de 1875.

La tensión dejó hasta tal punto agotados a todos los demás que permanecieron medio inconscientes durante el resto de la jornada. Y a lo largo de varios días no volvió a aludirse para nada a aquel asunto. Fueron unas horribles jornadas de creciente debilidad y desesperanza. Por último, *monsieur* Thuran se arrastró hasta donde yacía Clayton.

—Hemos de repetir el juego antes de que sea demasiado tarde y nos hayamos debilitado tanto que ni siquiera podamos comer —susurró.

Clayton se encontraba en tal estado de postración que ni siquiera dominaba su voluntad. Jane Porter llevaba tres días sin pronunciar palabra. El joven *lord* se daba cuenta de que la

muchacha se estaba muriendo. No obstante lo espantosa que era esa idea, Clayton comprendía que el sacrificio de Thuran o de él posiblemente significara renovadas energías para Jane, por lo que accedió automáticamente a la propuesta del ruso.

La lotería se jugó siguiendo las mismas normas de la otra vez, pero el resultado no podía ser más que uno: Clayton sacó la moneda de 1875.

—¿Cuándo será? —le preguntó a Thuran.

El ruso se había sacado ya una navaja del bolsillo de los pantalones y trataba débilmente de abrirla.

—Ahora —silabeó, y sus voraces ojos se recrearon glotones en el inglés.

—¿No puede esperar a que caiga la noche? —preguntó Clayton —. La señorita Porter no debe presenciarlo. Íbamos a casarnos, ya sabe.

Una expresión de desencanto decoró el rostro de *monsieur* Thuran.

—Muy bien —se avino, titubeante—. No falta mucho para la noche. Si he esperado tantos días… lo mismo puedo esperar unas hora más.

—Gracias, amigo mío —musitó Clayton—. Ahora me pondré junto a Jane y me quedaré con ella hasta que llegue el momento. Quiero pasar un par de horas a su lado antes de morir.

Jane Porter estaba inconsciente cuando Clayton llegó junto a ella… El inglés sabía que la muchacha agonizaba y se alegró de que no se viese obligada a contemplar la horrible tragedia que iba a representarse allí al cabo de unas horas. Tomó una mano de Jane y se la llevó a los tumefactos y cuarteados labios. Acarició durante largo tiempo aquella extremidad demacrada, más parecida ahora a una garra, que en otro tiempo había sido la bonita, fina y delicada mano de una preciosa joven de Baltimore.

Cerró la noche antes de que Clayton tuviera conciencia de ello, pero se lo recordó una voz que atravesó la oscuridad. Era la del ruso, que le convocaba para que se sometiera a su destino.

—Ya voy, *monsieur* Thuran —se apresuró a responder Clayton.

Por tres veces intentó incorporarse sobre las manos y las rodillas, para poder ir a gatas hacia la muerte, pero en las escasas horas que permaneció tendido allí la debilidad se había apoderado

de él hasta tal extremo que le era imposible acudir al lado de Thuran.

—Tendrá que venir usted, *monsieur* —le indicó con un hilo de voz—. No me quedan fuerzas suficientes para ponerme a gatas.

—¡Sapristi! —murmuró Thuran—. Intenta escamotearme mi «premio».

Clayton oyó el ruido que ocasionaba al hombre al arrastrarse por la cubierta del bote. Al final, un gemido desesperado.

—No puedo arrastrarme —oyó lamentarse al ruso—. Es demasiado tarde, me has timado, sucio perro inglés.

—No le he timado, *monsieur* —replicó Clayton—. He hecho todo lo que he podido para levantarme, pero volveré a intentarlo, y entonces tendrá usted su «premio».

Clayton recurrió de nuevo a las casi nulas energías que le restaban y le pareció oír que Thuran hacía lo mismo. Al cabo de casi una hora, el inglés logró ponerse a gatas, pero al primer movimiento que intentó para avanzar, cayó de bruces.

Un momento después oyó una exclamación triunfal por parte de *monsieur* Thuran.

—Ahí voy —musitó el ruso.

Una vez más, Clayton trató de arrastrarse hacia su sentencia de muerte, pero de nuevo volvió a caer de bruces sobre el fondo de la barca, y ya no tuvo vigor para volver a levantarse. Su último esfuerzo sólo sirvió para darse media vuelta y quedar tendido de espaldas, de cara a las estrellas, en tanto que por detrás, acercándosele lenta pero inexorablemente, oía los resuellos entrecortados del ruso y el rumor de sus trabajosos movimientos.

Clayton tuvo la sensación de que transcurrió así una hora, a la espera de que aquel individuo que se arrastraba se materializase en la oscuridad y pusiera fin a su sufrimiento. Ya estaba a punto de llegar a él, pero las pausas entre los tirones con que se impulsaba hacia adelante eran cada vez más largas, y los movimientos para avanzar le parecían al *lord* inglés poco menos que imperceptibles.

Por último se percató de que Thuran estaba casi a su lado. Oyó una risita ronca, algo le rozó la cara y perdió el conocimiento.

XIX

LA CIUDAD DE ORO

LA MISMA noche en que eligieron a Tarzán de los Monos jefe de los waziris, la mujer de la que estaba enamorado yacía moribunda en un pequeño bote a la deriva, a doscientas millas al oeste de la costa, en pleno Atlántico. Mientras el hombre-mono danzaba entre sus desnudos y salvajes compañeros, alrededor de una hoguera que arrancaba fulgores cabrilleantes a los tensos músculos de aquel cuerpo de gigante, personificación de la fortaleza y la perfección física, la mujer a la que amaba permanecía tendida y demacrada, en la fase terminal del coma que precede a la muerte por hambre y sed.

La semana que siguió a la exaltación de Tarzán al simbólico trono de los waziris se dedicó a la tarea de acompañar a los manyuemas de los invasores árabes hasta la frontera norte del territorio waziri, conforme a la palabra que Tarzán les había dado.

Antes de despedirse de ellos, el hombre-mono les obligó a prometer solemnemente que no conducirían en el futuro ninguna expedición contra los waziris, promesa que, por cierto, no le costó mucho trabajo conseguir. Los manyuemas ya habían sufrido en sus carnes las tácticas de guerra del nuevo jefe de los waziris; tenían suficiente y no albergaban el menor deseo de formar parte de ninguna fuerza depredadora que se aventurara rebasando los límites de los dominios de Tarzán.

En cuanto regresó a la aldea, casi inmediatamente, Tarzán inició los preparativos para acaudillar una expedición hacia la ruinosa ciudad del oro que el anciano Waziri le había descrito. Eligió cincuenta guerreros de entre los más fornidos y resueltos de la tribu. Puso especial empeño en que también fuesen hombres deseosos de acompañarle en aquella marcha, que se anunciaba ardua, y compartir los peligros de un territorio inexplorado y hostil.

La fabulosa riqueza de aquella ciudad fantástica casi no se había apartado un solo momento de la imaginación de Tarzán, desde que Waziri le refirió los extraños lances que vivió durante la expedición anterior, cuando se tropezó por azar con las vastas ruinas de aquel pueblo. A la hora de apremiarle a emprender cuanto antes la marcha, el acicate de la aventura podía constituir un factor de atractivo tan poderoso para Tarzán de los Monos como el del mismo oro, porque entre los hombres civilizados había aprendido mucho acerca de los milagros que está en condiciones de realizar quien posea ese mágico metal amarillo. No se le ocurrió pensar de qué le serviría una fortuna de oro en el corazón del África salvaje… Le bastaría poseer ese tesoro que confiere el poder de realizar maravillas, incluso aunque nunca se le presentase la oportunidad de ponerlas en práctica.

De forma que una espléndida mañana tropical, Waziri, rey de los waziris, inició la marcha en busca de aventuras y de riquezas, a la cabeza de cincuenta atléticos guerreros de ébano. Siguieron el mismo itinerario que el anciano Waziri había especificado a Tarzán. Anduvieron a lo largo de varias jornadas: remontaron un río, atravesaron una cuenca; siguieron después por otra corriente, río abajo, hasta que al final del vigésimoquinto día acamparon en la ladera de una montaña, desde cuya cima confiaban avistar por primera vez la maravillosa ciudad del tesoro.

A primera hora de la mañana siguiente emprendieron el ascenso por los riscos poco menos que verticales que constituían la última pero más formidable barrera entre ellos y su punto de destino. Poco antes del mediodía, Tarzán, que encabezaba la delgada línea de guerreros escaladores, trepó a lo alto del último peñasco, se encaramó a su cúspide y se irguió en la pequeña meseta de la montaña.

A uno y otro lado se alzaban imponentes escalamientos de peñascos, de trescientos metros de altitud, entre los cuales se abría el paso por el que Tarzán y sus hombres se dispusieron a entrar en el valle prohibido. A su espalda se extendía la cuenca cubierta de arbolado por la que habían caminado durante tantos días y, en la parte opuesta, la serranía baja que señalaba la frontera de su propio territorio.

Pero ante sí se hallaba el panorama que centraba su atención. Allí se extendía un valle desolado… estrecho y de escasa profundidad, salpicado de árboles canijos y sembrado de infinidad de gigantescas rocas. Y en el otro extremo del valle se aplastaba lo que parecía ser una ciudad imponente, de altas y gruesas murallas, torres, esbeltas agujas, alminares y cúpulas rojas y amarillas bajo los rayos del sol. Tarzán se encontraba aún demasiado lejos para distinguir las señales de ruinas… a sus ojos aparecía como una ciudad maravillosa de magnífica belleza y, en su imaginación, la vio poblada por multitudes dinámicas y felices que henchían las amplias avenidas y los monumentales templos.

La pequeña expedición descansó en lo alto de la montaña cosa de una hora y luego Tarzán condujo a sus huestes al valle tendido abajo. No había camino abierto, pero el descenso resultó mucho menos penoso que la escalada por la otra vertiente. Una vez en el valle pudieron acelerar el ritmo de marcha y avanzaron con tal rapidez que aún había luz diurna cuando se detuvieron ante las gigantescas murallas de aquella arcaica ciudad.

El muro exterior tenía unos quince metros de altura en los trechos donde la ruina aún no la había afectado, pero en toda la longitud que alcanzaba la vista no existía punto en que el nivel superior de la muralla descendiese de los cuatro o cinco metros. Continuaba siendo una defensa formidable. En varias ocasiones Tarzán tuvo la sensación de haber vislumbrado algo que se movía

tras alguna zona semiderruida próxima a donde se encontraban, como si, ocultas detrás de los bastiones, determinadas criaturas estuviesen vigilándolos. Y esa sensación se completó a menudo con la de unos ojos invisibles que no se apartaban de él, pero en ningún momento pudo estar seguro de que tales impresiones fuesen algo más que simple fruto de su imaginación.

Acamparon aquella noche delante de la plaza. Hacia la medianoche les despertó un estridente alarido que llegaba del otro lado de la muralla. Un grito alto al principio, pero que fue descendiendo gradualmente de volumen para acabar en una breve sucesión de lúgubres gemidos. Mientras continuó en el aire, su efecto entre los negros resultó sobrecogedor: les imbuyó un terror casi paralizante. Tuvo que transcurrir una hora para que el campamento recuperase la tranquilidad y los indígenas volvieran a conciliar el sueño.

Por la mañana, las consecuencias de aquel extraño aullido eran visibles aún en los rostros asustados y en las miradas de soslayo que los waziris dirigían continuamente a la impresionante y maciza estructura que se elevaba ominosamente sobre ellos.

Tarzán tuvo que recurrir a toda su capacidad de estímulo, persuasión y apremio para impedir que los negros renunciasen en el acto a la aventura, abandonaran la empresa y echaran a correr de vuelta por el valle hacia los riscos que habían escalado el día antes. Pero al final, a copia de órdenes y tras la amenaza —más que aseveración— de que entraría solo, los waziris accedieron a acompañarle.

Caminaron durante quince minutos a lo largo de la muralla antes de dar con un punto de acceso. Pasaron a través de una grieta de unos cincuenta centímetros de anchura, al otro lado de la cual encontraron un tramo de escalera cuyos peldaños de cemento, desgastados por siglos de uso, ascendían unos metros y luego trazaban una súbita curva y desaparecían ante un estrecho paso.

Por aquella angosta entrada se aventuró Tarzán. Tuvo que ponerse de costado para que sus anchos hombros pudieran deslizarse al interior. Los demás guerreros marcharon tras él. Los escalones se interrumpían nada más doblar la curva y a partir de allí el camino era llano, aunque se retorcía como una serpentina hasta que, de súbito, tras una esquina en ángulo recto,

desembocaba en un patio estrecho, al fondo del cual se alzaba una muralla tan alta como la externa. Aquel muro interior tenía diversas torres redondas que se alternaban en lo alto de la muralla con monolitos puntiagudos. La muralla estaba derruida en algunos trechos, pero su estado de conservación era mucho mejor que el del baluarte exterior.

Otro estrecho paso les permitió franquear la muralla y, al final de dicho paso, Tarzán y sus guerreros se encontraron en una espaciosa avenida y, al fondo de la misma, vieron un conjunto de ruinosos edificios de granito labrado, de aspecto siniestro, amenazador. En los escombros de los desmoronados muros habían crecido árboles, y por los huecos de las ventanas salían enredaderas y plantas trepadoras que dibujaban formas retorcidas sobre las paredes exteriores. Pero los edificios que quedaban frente a Tarzán parecían menos invadidos por aquella vegetación silvestre y estaban mucho mejor conservados. Era un conjunto macizo, coronado por una inmensa cúpula. A ambos lados de la inmensa entrada se erguían hileras de altas columnas, cada una de ellas coronada por una grotesca y enorme ave esculpida en la roca sólida de los monolitos.

Mientras el hombre-mono y sus compañeros contemplaban, más o menos maravillados, aquella antigua ciudad levantada en medio del África salvaje, algunos de ellos tuvieron plena conciencia de que se producían ciertos movimientos en el interior de la estructura que estaban mirando. Figuras borrosas, sombras inconcretas parecían desplazarse de un lado a otro en la semioscuridad del interior de los muros. No se trataba de algo tangible que pudiera captar el ojo… sólo era una peculiar insinuación de vida donde no parecía existir vida alguna, porque resultaba algo completamente fuera de lugar la posibilidad de que existiera alguna especie de criatura viviente en aquella ciudad de otro mundo, muerta desde hacía tantos siglos.

Tarzán recordó algo que había leído en una biblioteca de París. Era algo relativo a una perdida raza de hombres blancos que, según las leyendas indígenas, vivieron en el corazón de África. Se preguntó si no estaría contemplando las ruinas de la civilización de aquel extraño pueblo que había sentado sus reales en el centro de un medio extraño y salvaje. ¿Sería posible que hubiesen sobrevivido hasta aquellos días los descendientes de tal raza perdida y que

habitasen ahora aquel vestigio de la arruinada grandeza que otrora crearon y disfrutaron sus progenitores? Volvió a percibir cierta actividad furtiva en el interior del gran templo que tenía delante.

—¡Vamos! —instó a sus waziris—. Echemos un vistazo a lo que hay detrás de esas paredes ruinosas.

A sus hombres les hacía maldita la gracia seguirle, pero al ver la intrepidez con que cruzaba la ominosa puerta echaron a andar tras él, a unos pasos de distancia, formando un grupo compacto que parecía la personificación del nerviosismo medroso. Un solo chillido como el que oyeron la noche anterior habría sido suficiente para lanzarlos a una huida frenética por la angosta hendidura de las grandes murallas que permitía salir al mundo exterior.

Al entrar en el edificio Tarzán tuvo la clara y absoluta certeza de que muchos ojos se clavaban en él. En un pasillo cercano sonó el rumor de unas sombras que se desplazaban presurosas y hubiera jurado que vio retirarse una mano humana del hueco de una tronera abierta en lo alto de la rotonda coronada por una cúpula. La cúpula cubría la estancia.

El suelo de la cámara era de cemento, las paredes de liso granito en el que aparecían cinceladas curiosas figuras de hombres y animales. En algunos puntos de la sólida mampostería de las paredes se habían fijado placas de metal amarillo.

Cuando se acercó a una de aquellas láminas comprobó que era de oro y que diversos jeroglíficos cubran su superficie. Detrás de aquella primera sala había otras y, al final de la última, el conjunto arquitectónico se ramificaba en diversas galerías. Tarzán cruzó varias de aquellas cámaras, en las que encontró numerosas pruebas de la fabulosa riqueza de sus remotos constructores. Vio en una sala varias columnas de oro macizo y observó que el suelo de otra era también del mismo precioso metal. En el curso de toda aquella exploración, los negros se mantenían muy juntos a su espalda, mientras formas extrañas parecían flotar a derecha e izquierda, ante ellos y a su espalda, aunque no lo bastante cerca como para que cualquiera pudiese decir que no estaban solos.

La tensión, sin embargo, ponía a los waziris al borde del ataque de nervios. No cesaban de rogar a Tarzán que volviese a la luz del sol. Afirmaban que de aquella expedición no iba a salir nada bueno, porque los espíritus de los muertos que vivieron allí acudían

asiduamente a visitar las ruinas.

—¡Nos están observando, oh, rey! —musitó Busuli—. Nos acechan, están esperando que lleguemos al lugar más recóndito de su fortaleza para caer entonces sobre nosotros y destrozarnos a mordiscos. Así actúan los espíritus. El tío de mi madre, que es un gran hechicero, me lo contó infinidad de veces.

Tarzán soltó la carcajada.

—Volved a la luz del sol, chiquillos —permitió—. Me reuniré con vosotros cuando haya examinado estas ruinas desde el tejado hasta el sótano y cuando haya encontrado oro o me convenza de que no hay una brizna de él. Por lo menos podremos llevarnos las placas de las paredes, aunque las columnas pesan demasiado para que podamos cargar con ellas. Pero tiene que haber almacenes llenos de oro… oro que podamos llevarnos fácilmente, cargado a la espalda. Largaos ahora hacia donde haya aire fresco y podáis respirar a gusto.

Unos cuantos waziris diligentes se dispusieron a obedecer a su jefe, pero Busuli y algunos otros dudaron en dejarlo…, titubearon entre el afecto y la lealtad a su rey y el temor supersticioso a lo desconocido. Y entonces, inesperadamente, se produjo algo que decidió el asunto sin que fuera preciso seguir debatiéndolo. De lo más profundo del silencio del templo surgió, muy cerca de sus oídos, el espantoso grito que escucharon la noche anterior y, entre exclamaciones de horror, los guerreros negros dieron media vuelta y atravesaron a todo correr las vacías salas del viejo edificio.

Tarzán de los Monos permaneció donde lo dejaron, con una torva sonrisa en los labios…, a la espera del enemigo que suponía iba a abalanzarse sobre él de un momento a otro. Pero volvió a reinar un silencio absoluto, sólo turbado por el tenue rumor que producían unos pies descalzos al moverse subrepticiamente por las proximidades.

Al cabo de un momento, Tarzán dio media vuelta y se aventuró hacia las profundidades del templo. Pasó de una sala a otra hasta llegar a una estancia cuya puerta aparecía cerrada y asegurada con barrotes. Cuando aplicaba el hombro contra la hoja de madera, el escalofriante alarido resonó de nuevo, como un aviso, esa vez casi a su lado. Resultaba evidente que se le advertía de la conveniencia para él de abstenerse de profanar aquella estancia precisa. ¿No

podía ocurrir que el secreto que conducía a los almacenes del tesoro se encontrase en aquella estancia?

Sea como fuere, el mero hecho de que los extraños guardianes invisibles de aquel increíble lugar tuviesen algún motivo para no desear que él entrase en aquella cámara particular fue suficiente para que a Tarzán se le multiplicase por tres el deseo de hacerlo, y aunque el aullido se repetía continuamente, siguió empujando con el hombro hasta que la puerta cedió ante la ciclópea fuerza de Tarzán y empezó a girar sobre sus chirriantes goznes de madera.

Una negrura de tumba saturaba el interior. No había ventana alguna por la que pudiera filtrarse un rayo de luz y el pasillo que conducía a la puerta estaba sumido en la semioscuridad, por lo que tampoco lanzaba ninguna claridad a través de la entrada. Tarzán tanteó el piso con la contera del venablo y entró en aquellas tinieblas de río Estigio. La puerta se cerró súbitamente a su espalda y, al mismo tiempo, multitud de manos misteriosas surgieron en la oscuridad, de todas direcciones, y sujetaron con fuerza al hombre-mono.

Éste luchó con toda la furia salvaje de su instinto de conservación, respaldado por su fuerza hercúlea. Pero aunque notó que sus puños golpeaban al enemigo y que sus dientes se clavaban en la carne de los agresores, parecía que siempre había dos nuevas manos para sustituir a las que acababa de rechazar. Acabaron por derribarle contra el suelo y poco a poco, muy despacio, consiguieron dominarlo merced a la superioridad numérica. Después le ataron las manos a la espalda. A continuación le doblaron las piernas hacia atrás, para ligarle los pies a las manos.

Durante toda la pelea Tarzán no oyó más ruido que la entrecortada respiración de sus antagonistas y la zarabanda de la lucha. Ignoraba qué clase de criaturas le acababan de capturar, pero el hecho de que le hubiesen atado era prueba evidente de que se trataba de seres humanos.

En aquel momento lo levantaron del suelo y, medio a rastras, medio a empujones, lo sacaron de la cámara envuelta en negruras, le obligaron a franquear el hueco de una puerta y lo llevaron a un patio interior del templo. Allí vio a los que le habían aprehendido. Calculó que serían por lo menos un centenar, hombres achaparrados, robustos, de barbas largas y pobladas que les cubrían

el rostro y se derramaban sobre el velludo pecho.

La pelambrera, hirsuta y enmarañada, les caía desde la cabeza sobre la hundida frente, los hombros y la espalda. Tenían las piernas cortas, fuertes y arqueadas; los brazos eran largos y musculosos. Atadas a la cintura llevaban pieles de león y leopardo, y largos collares hechos con garras de esas fieras guarnecían sus pechos. Se adornaban brazos y piernas con aros de oro macizo. Sus armas eran los gruesos garrotes nudosos que empuñaban y los largos cuchillos de avieso aspecto que les colgaban del cinto, cinto que ajustaba la única prenda que cubría su cuerpo.

Pero el rasgo que más sorpresa e intensa impresión causó a su prisionero fue la blancura de la piel… Ni en el color ni en las facciones de aquellos hombres se apreciaba el menor indicio de la raza negra. Lo que no era óbice para que sus frentes hundidas, la escasa distancia que entre sí guardaban los ojos y el tono amarillento de los dientes no resultasen detalles que los hiciesen agradables o simpáticos a primera vista.

No pronunciaron palabra durante la pelea en la oscuridad de la cámara ni durante el traslado de Tarzán al patio interior, aunque algunos de ellos intercambiaron ahora una serie de gruñidos, entablando una conversación monosilábica en una lengua absolutamente desconocida para el hombre-mono. Le dejaron caer en un suelo de cemento y se alejaron al trote de sus cortas piernas, rumbo a otra parte del templo situada más allá del patio.

Tendido boca arriba, Tarzán observó que el recinto del templo estaba totalmente circundado por unos muros enormes que se elevaban sobre él. En las alturas resultaba visible un pequeño cuadrado de cielo azul, y en una dirección, a través de una tronera, divisó unas ramas cubiertas de follaje, aunque no sabía si estaban dentro o fuera del templo.

Desde el suelo hasta el borde superior del templo, circundaban el patio series de galerías abiertas y, de vez en cuando, el cautivo vislumbró pupilas brillantes que relucían bajo espesos flequillos de pelo caído sobre la frente. Ojos que le contemplaban desde las galerías.

Con cuidado, el hombre-mono probó la solidez de las ligaduras que lo mantenían atado y, aunque no podía estar seguro al ciento por ciento, pensó que no eran lo bastante fuertes para resistir la

potencia de sus vigorosos músculos cuando llegara el momento de esforzarse para recobrar la libertad. Pero no juzgó oportuno someter las ataduras a prueba en aquel momento. Era mejor intentarlo cuando hubiese caído la oscuridad y no sintiera fijos en su persona aquellos ojos que lo espiaban.

Estuvo varias horas tendido en el suelo del patio hasta que los primeros rayos de sol descendieron en vertical sobre él. Y casi al mismo tiempo oyó el rumor de pies descalzos que caminaban por los pasillos circundantes. Instantes después observó que las galerías de encima se llenaban de semblantes con astuta expresión, mientras más de una veintena de hombres irrumpía en el patio.

Durante un momento, todas las miradas confluyeron en el rutilante sol del mediodía y luego, al unísono, los que poblaban las galerías y los que se encontraban en el patio empezaron a entonar un repetido y extraño estribillo, en tono bajo, pesado, lúgubre. Acto seguido, los que estaban alrededor de Tarzán iniciaron una danza al ritmo de su solemne cántico. Bailaron en círculo, despacio, en torno al hombre-mono: en su forma de moverse, arrastrando los pies al compás de aquella cantinela parecían un grupo de osos torpes y desmañados. Pero mientras danzaban no dirigían la vista sobre Tarzán, sino que sus ojillos estaban clavados en el sol con inamovible fijeza.

Durante diez minutos, más o menos, continuaron con su canto y sus pasos monótonos. Luego, de pronto, con perfecta sincronización, todos se volvieron a la vez hacia su víctima, enarbolaron sus garrotes y, con las facciones contraídas en la más diabólica de las expresiones, se abalanzaron sobre Tarzán.

En aquel preciso instante, una figura femenina se adelantó para situarse en medio de aquella horda sedienta de sangre y, con una estaca similar a la que empuñaban los hombres, con la diferencia de que estaba labrada en oro, obligó a retroceder a los individuos que avanzaban hacia el caído.

XX

LA

DURANTE unos segundos, Tarzán creyó que algún incomprensible capricho del destino había propiciado un milagro salvador, pero cuando cayó en la cuenta de la facilidad con que la muchacha, por sí misma, sin ayuda de nadie, hizo retroceder a veinte hombres que parecían otros tantos gorilas, y cuando, un instante después, vio que todos reanudaban la danza a su alrededor, bajo la dirección de la joven, cuya monótona cantinela evidentemente se sabía de memoria, el hombre-mono llegó a la conclusión de que todo aquello no era más que parte de una ceremonia en la que él representaba el papel de protagonista.

Al cabo de un momento, la muchacha desenvainó un cuchillo que llevaba al cinto, se inclinó sobre Tarzán y le cortó las ligaduras de los pies. Los hombres interrumpieron entonces su danza, se acercaron y la mujer indicó a Tarzán que se levantara. Le colocó

alrededor del cuello la atadura que acababa de quitarle de los tobillos y lo condujo a través del patio. Los hombres les siguieron en fila de dos en fondo.

La muchacha encabezó la marcha a lo largo de retorcidos pasillos, adentrándose por las profundas interioridades del templo, hasta que llegaron a una enorme nave, en el centro de la cual estaba dispuesto un altar. El hombre-mono comprendió entonces que toda la ceremonia anterior no había sido más que el preámbulo para introducirle en aquel santuario sagrado.

Había caído en poder de unos descendientes de antiguos adoradores del Sol. Su aparente rescate por parte de una vicaria de la gran sacerdotisa del Sol no había sido más que parte de aquella parodia que constituía su rito pagano: al derramar el astro rey sus rayos por el hueco cuadrado de lo alto del patio, reclamaba como propia aquella víctima, de modo que la sacerdotisa había acudido de las interioridades del templo para arrancarla de las manos impuras de aquellos profanos, salvarlo y ofrendarlo como sacrificio humano a la flamígera deidad.

Y si necesitaba confirmación a su hipótesis, no tenía más que echar una ojeada a las manchas rojo parduscas que salpicaban la piedra del altar y del suelo alrededor del mismo, así como a las calaveras que exhibían sus sonrisas descarnadas en las innumerables hornacinas de los altos muros.

La sacerdotisa llevó a la víctima hasta la escalinata del altar. Las galerías volvieron a colmarse de espectadores, mientras por la arqueada puerta del extremo oriental de la nave empezó a discurrir hacia el interior de la amplia nave una procesión de mujeres que poco a poco la fue llenando. Al igual que los hombres, sólo iban vestidas con pieles de animales salvajes sujetas a la cintura con correas de cuero crudo o cadenas de oro. Pero en sus espesas cabelleras negras se incrustaba un tocado compuesto por innumerables piezas de oro, circulares y ovaladas, ingeniosamente unidas entre sí para formar un gorro metálico del que colgaban, a ambos lados de la cabeza, largas cadenas de eslabones ovales que descendían hasta la cintura.

Las mujeres estaban mucho mejor formadas que los hombres, sus figuras eran mucho más proporcionadas simétricamente, sus facciones de una perfección muy sugestiva, la configuración de sus

cabezas, así como la hermosura de sus ojos grandes, negros, de mirada suave, denotaban mucha más inteligencia y humanidad que los de sus, al parecer, amos y señores.

Cada una de aquellas sacerdotisas llevaba en las manos sendas copas de oro y, cuando se colocaron en fila a un lado del altar, los hombres hicieron lo propio en el ala contraria y luego avanzaron para coger una copa de la mujer que tenían enfrente. Se reanudó el canto una vez más y, entonces, por la boca de un tenebroso pasillo situado al fondo del altar emergió otra mujer, procedente de las cavernosas profundidades del subsuelo de la cámara.

«La suma sacerdotisa», pensó Tarzán. Era una joven de rostro bien parecido y expresión inteligente. Sus adornos guardaban bastante semejanza con los de sus vestales, pero eran más complejos y ricos, puesto que llevaban engarzados profusión de diamantes. La gran cantidad de ornamentos enjoyados que lucía en los desnudos brazos y piernas casi ocultaban totalmente sus extremidades, mientras que un ceñidor de aros de oro con extraños dibujos formados por infinidad de pequeños diamantes sostenía la piel de leopardo que era su único vestido. Al cinto llevaba un largo cuchillo con el mango también engastado en joyas y su diestra empuñaba una vara delgada en vez de un garrote.

Avanzó unos pasos por el lado opuesto del altar, se detuvo y entonces cesó el cántico. Sacerdotes y sacerdotisas se arrodillaron ante ella y así permanecieron mientras la mujer, extendida la vara sobre sus fieles, recitaba una oración monótona e inacabable. Tenía una voz suave y musical… A Tarzán le costaba trabajo creer que la poseedora de aquella voz pudiera transformarse momentos después, mediante un fanático éxtasis de celo religioso, en un verdugo femenino de ojos demenciales y fervor sanguinario que, con el goteante cuchillo en la mano, sería la primera en beber, en la copa que ahora descansaba en el altar, la roja y caliente sangre de la víctima del sacrificio.

Al concluir su oración, la sacerdotisa dejó que sus ojos se posaran en Tarzán por primera vez. Dando muestras de considerable curiosidad, lo examinó de pies a cabeza. Luego le dirigió la palabra y se mantuvo erguida, expectante, como si aguardase a que él la contestara.

—No entiendo tu lengua —dijo Tarzán al final—. Tal vez

podamos comprendernos en otro idioma.

Pero ella no le entendió, aunque Tarzán probó con el francés, el inglés, el árabe, el waziri y, como último recurso, la lengua *franca* de la costa occidental de África.

La suma sacerdotisa denegó con la cabeza y en su tono de voz pareció apreciarse cierto deje de cansancio cuando indicó a los sacerdotes que continuaran con la ceremonia. Los hombres formaron de nuevo un círculo para repetir aquella danza estúpida, a la que puso término una orden de la sacerdotisa, quien, durante todo el tiempo que duró aquella coreografía ritual, no apartó su atenta mirada de la figura de Tarzán.

A una señal de la mujer, los sacerdotes se precipitaron sobre el hombre-mono, lo levantaron en peso y lo colocaron boca arriba encima del altar, con la cabeza colgando por un extremo y los pies por el borde contrario. Sacerdotes y sacerdotisas formaron dos líneas, en la mano sus pequeñas copas de oro, listas para conseguir la cuota correspondiente de sangre de la víctima, una vez cumpliese su misión el cuchillo del sacrificio.

En la fila de los sacerdotes se originó una disputa acerca de quién debía ocupar el primer lugar. Un individuo de aspecto bestial, con un semblante en el que se reflejaba la exquisita inteligencia del gorila intentaba relegar a un puesto secundario a otro menos dotado físicamente. Frente a los empujones del gigantón, el más pequeño apeló a la suma sacerdotisa. En tono gélido y terminante, la mujer ordenó al gorilesco sacerdote situarse en el extremo de la hilera. Tarzán oyó los gruñidos y las sordas protestas del perdedor mientras se dirigía despacio al puesto de segunda clase.

La sacerdotisa, de pie ante Tarzán, procedió a declamar lo que el hombre-mono supuso sería una plegaria. Al mismo tiempo, la mujer alzaba lentamente en el aire su delgado y afilado cuchillo. A Tarzán le pareció que transcurrieron siglos hasta que el arma dejó de elevarse y quedó como suspendida sobre su pecho desnudo.

Empezó a descender, muy despacio al principio, pero a medida que la invocación avanzaba, el cuchillo incrementó su rapidez, a ritmo creciente. Tarzán seguía oyendo los gruñidos que el sacerdote despechado emitía, contrariadísimo, en el extremo de la fila. La voz del hombre aumentó gradualmente de volumen. Una sacerdotisa próxima a él le llamó la atención en tono de agudo reproche. El

cuchillo estaba ya bastante cerca del pecho de Tarzán, pero interrumpió su descenso y la sacerdotisa alzó la vista para disparar una mirada de disgusto al instigador de aquella interrupción sacrílega.

Se produjo un súbito alboroto en la zona donde estaban los querellantes y Tarzán volvió la cabeza en aquella dirección a tiempo de ver al corpulento y bestial sacerdote abalanzarse sobre la sacerdotisa situada frente a él y destrozarle la cabeza de un solo garrotazo. Los sesos de la mujer salpicaron los alrededores, despedidos en todas direcciones. Sucedió a continuación lo que Tarzán había presenciado centenares de veces a lo largo de su existencia entre los moradores de la jungla. Había visto ocurrirle aquello mismo a Kerchak, a Tublat y a Terkoz; a una docena de monos adultos de su tribu; y a Tantor, el elefante; escasos eran los machos de la selva que se salvaban de verse acometidos en un momento u otro por aquel ataque de frenesí demencial. El sacerdote se volvió loco y, enarbolando su gruesa estaca, se lanzó sobre sus compañeras.

Acompañaba sus aterradores gritos de furia con una lluvia de golpes demoledores propinados por aquel gigantesco garrote, golpes que sólo interrumpía para hundir sus espantosos colmillos en la carne de alguna víctima que tenía la desgracia de quedar a su alcance. Durante todo ese tiempo, la suma sacerdotisa permaneció inmóvil, suspendida sobre el pecho de Tarzán la mano que empuñaba el cuchillo, fijos los horrorizados ojos en el maniaco homicida que sembraba muerte y destrucción entre las sacerdotisas.

La nave del templo se quedó desierta en cuestión de segundos. Sólo quedaron allí los muertos y los moribundos esparcidos por el suelo, la presunta víctima tendida sobre el altar, la suma sacerdotisa y el loco. Un nuevo y repentino fulgor obsceno se encendió en los ladinos ojillos del furibundo desequilibrado cuando se posaron en la mujer. Se le fue aproximando lentamente y empezó a hablar. Y la sorpresa se despertó en los oídos de Tarzán, porque aquel era un lenguaje que entendía, el último que hubiera esperado que emplease alguien que pretendiera entablar conversación con seres humanos, el gruñido gutural con que se comunicaban los miembros de su tribu de grandes antropoides, su propia lengua materna. Y la suma sacerdotisa contestó al hombre en el mismo lenguaje.

A las amenazas que profería aquella bestia humana, la mujer respondía intentando razonar, porque era evidente que el individuo no iba a doblegarse a la autoridad. El sacerdote loco se encontraba ya muy cerca… Tendidas las manos, como garras, hacia la mujer, daba la vuelta al altar por uno de los extremos.

Tarzán bregó con las ligaduras que le sujetaban las manos a la espalda. La mujer no se percató de ello: sumida en el horror del peligro que la amenazaba se había olvidado de la víctima del sacrificio. Cuando la fiera dio un salto y dejó atrás a Tarzán, dispuesta a agarrar a la sacerdotisa, el hombre-mono dio un tirón sobrehumano a las ligaduras. El esfuerzo le impulsó fuera del altar, rodó sobre sí mismo y cayó en el suelo de piedra por el lado contrario al que se encontraba la suma sacerdotisa. Se puso en pie y, al tiempo que caían de los brazos las ataduras, se dio cuenta de que estaba solo en aquella parte del templo: el sacerdote loco y la suma sacerdotisa habían desaparecido.

Un grito sofocado llegó entonces por la cavernosa boca del oscuro agujero abierto más allá del altar de los sacrificios, a través de la cual había entrado la suma sacerdotisa en la nave del templo. Sin pensar en absoluto en su propia seguridad o en las posibilidades de escapatoria que le ofrecía aquella serie de circunstancias fortuitas favorables, Tarzán de los Monos atendió a la llamada de una mujer en peligro. Un ágil salto le llevó a la ominosa entrada de la cámara subterránea y un instante después descendía corriendo por un tramo de viejos peldaños de cemento que ignoraba a dónde podían conducirle.

A la tenue claridad que se filtraba desde la nave distinguió un sótano amplio, de techo bajo, en el que había varias puertas abiertas a espacios negros como la tinta. Pero no tuvo necesidad de adentrarse a la ventura por ninguna de aquellas puertas, porque frente a él estaba lo que iba a buscar: la fiera enloquecida tenía a la muchacha contra el suelo y los dedos del antropoide se hundían frenéticamente en la garganta de la suma sacerdotisa, por más que ésta luchaba con todas sus fuerzas para zafarse de la furia de aquel terrible ser que tenía encima.

Cuando la pesada mano de Tarzán se posó en el hombro del sacerdote, éste soltó a su víctima y se revolvió contra el candidato a salvarla. Cubiertos de espuma los labios, prestas las fauces a la

dentellada, el demente adorador del Sol combatía con unas energías que la locura multiplicaba por diez. En la avidez sanguinaria de su furor, la criatura había vuelto súbitamente a un estado de bestialidad primitiva, se convirtió en un animal salvaje, olvidado de la daga que llevaba al cinto, y sólo pensaba en las armas naturales con que luchaba su irracional ancestro en los albores de la evolución del hombre.

Pero si bien sabía emplear ventajosamente la dentadura y las manos, se encontró con alguien incluso más ducho que él, más competente aún en la escuela de la pelea salvaje a la que el sacerdote loco había revertido. Tarzán de los Monos se le abrazó y ambos cayeron juntos al suelo, desgarrándose y destrozándose recíprocamente como dos monos machos. La sacerdotisa, mientras, se mantuvo pegada a la pared, contemplando con ojos como platos, fascinados por aquel horror, a las dos fieras que, a sus pies, rugían y se atacaban con saña.

Vio que, por último, una mano del desconocido se cerraba en torno a la garganta de su adversario, obligaba a echar hacia atrás la cabeza del hombre bestia y descargaba una lluvia de golpes sobre su rostro vuelto hacia arriba. Un momento después, el extraño apartó de sí la figura inerte de su enemigo, se incorporó y la sacudió como un león. Apoyó un pie en el cuerpo caído a sus plantas, alzó la cabeza y se aprestó a lanzar el grito de victoria de su tribu, pero cuando su mirada llegó a la abertura que conducía al templo de los sacrificios humanos cambió de idea y se abstuvo de lanzar al aire su grito.

Medio paralizada hasta entonces por el terror que la había dominado durante la lucha de los dos hombres, la muchacha empezó a pensar en la probable suerte que iba a abatirse sobre ella, porque aunque se había librado de las garras del sacerdote loco ahora iba a caer en poder de alguien a quien momentos antes estuvo a punto de matar. Miró en torno, a la búsqueda de alguna vía de escape. Cerca se le abría la negra boca de un pasillo, pero cuando se dispuso a franquear los umbrales de aquella salida los ojos del hombre-mono cayeron sobre ella y, con celérico salto, Tarzán se plantó junto a la joven y una fuerte mano se posó en su brazo.

—¡Espera! —dijo Tarzán de los Monos en el lenguaje de la tribu

de Kerchak.

La muchacha se le quedó mirando, atónita.

—¿Quién eres tú —susurró— que hablas el lenguaje del primer hombre?

—Soy Tarzán de los Monos —respondió él, en la lengua vernácula de los antropoides.

—¿Qué quieres de mí? —continuó ella—. ¿Con qué propósito me has salvado de Tha?

—¿Acaso puedo ver cómo asesinan a una mujer? —respondió Tarzán con otra pregunta.

—¿Qué pretendes hacer ahora conmigo? —quiso saber la sacerdotisa.

—Nada —replicó Tarzán—, pero tú sí puedes hacer algo por mí… Sacarme de este sitio y proporcionarme la libertad.

Lo sugirió sin albergar la más ligera esperanza de que la muchacha accediese. Tenía la certeza poco menos que absoluta de que la ceremonia del sacrificio se reanudaría a partir del punto en que se interrumpió, caso de que la suma sacerdotisa impusiera su voluntad, aunque también estaba seguro a todo estarlo de que, sin ligaduras y con una daga en la mano, Tarzán de los Monos sería una víctima mucho menos dócil y manejable que un Tarzán maniatado y sin armas.

La sacerdotisa le contempló largo rato antes de hablar.

—Eres un hombre estupendo de veras —encomió—. Eres un hombre como el que veo en sueños desde que era niña. Eres un hombre como imagino que debieron ser los hombres de mi pueblo: la gran raza que construyó esta poderosa ciudad en el corazón de un mundo salvaje y que supo arrancar de las entrañas de la tierra las fabulosas riquezas por las que sacrificaron su remota civilización.

»No logro entender qué es lo que te ha impulsado a salvarme, como tampoco me es posible comprender por qué, teniéndome en tu poder, no te vengas de mí por haberte sentenciado a muerte… por casi haberte matado con mis propias manos.

—Supongo —repuso el hombre-mono— que actuabas cumpliendo las doctrinas de tu religión. No puedo reprochártelo, al margen de lo que pueda opinar acerca de tus creencias. Pero ¿quién eres? ¿Entre qué clase de pueblo he caído?

—Soy La, suma sacerdotisa del Templo del Sol, en la ciudad de Opar. Somos los descendientes de un pueblo que vino a este mundo salvaje, en busca de oro, hace más de diez mil años. Sus ciudades se extendían desde un mar inmenso, bajo el sol naciente, hasta otro mar inmenso, en el que el sol desciende por la noche para refrescar su flamígera frente. Eran muy ricos y poderosos, pero sólo vivían unos pocos meses al año en los magníficos palacios edificados en esta tierra; el resto del tiempo lo pasaban en su país natal, lejos, muy lejos, por el norte.

»Entre su mundo nuevo y su mundo antiguo eran muchos los barcos que iban y venían. Durante la estación de las lluvias quedaban aquí pocos habitantes, sólo los encargados de supervisar el trabajo de las minas, tarea que realizaban esclavos negros, los comerciantes que suministraban cuanto hacía falta y los soldados que custodiaban las ciudades y las minas.

»En uno de esos periodos ocurrió la gran catástrofe. Cuando llegó el momento en que debían regresar miles y miles de personas, nadie volvió. El pueblo aguardó durante semanas. Al final, enviaron una gran galera para averiguar por qué no había llegado nadie de la madre patria, pero aunque navegaron recorriendo el océano durante varios meses no encontraron el menor rastro de las tierras que a lo largo de innumerables siglos albergaron su antigua y pujante civilización… ¡Se habían hundido en el mar!

»El inicio de la decadencia de mi pueblo data de esa época. Abatidos, desalentados e infelices, no tardaron en ser presa fácil para las hordas negras del norte y del sur. Una tras otra, las ciudades se fueron abandonando o cayeron en poder de los enemigos. Los últimos supervivientes se vieron obligados a refugiarse tras las murallas de esta formidable fortaleza de las montañas. Poco a poco, nuestro pueblo fue perdiendo poder e influencia, se degradó paulatinamente su civilización, el nivel de inteligencia descendió y el número de integrantes de nuestra raza se redujo drásticamente… Ahora no somos más que una pequeña tribu de simios salvajes.

»A decir verdad, los monos conviven con nosotros. Desde hace muchos siglos. Los llamamos “primeros hombres” y nos expresamos en su lenguaje casi tan asiduamente como en el nuestro. Sólo nos esforzamos en utilizar y conservar nuestra lengua materna en las

ceremonias que celebramos en el templo. Con el tiempo, acabaremos por olvidarla y entonces sólo hablaremos el lenguaje de los monos. Con el tiempo dejaremos de desterrar a aquellos de los nuestros que se aparean con los simios y, al final, acabaremos descendiendo a ese estado animal del que puede que surgieran en tiempos inmemoriales nuestros progenitores.

—Pero ¿por qué eres tú más humana que los otros? —preguntó Tarzán.

—Por alguna circunstancia que desconocemos, las mujeres no hemos retrocedido hacia el salvajismo tan rápidamente como los hombres. Acaso ello se deba a que en la época en que sobrevino la gran catástrofe aquí sólo permanecían los varones de tipo inferior, mientras que en los templos residían gran número de doncellas, las hijas más nobles de la raza. Mi estirpe se ha mantenido como la más esclarecida de todas porque a lo largo de innumerables siglos mis antepasadas fueron sumas sacerdotisas, desciendo de ellas en línea directa, ya que esta dignidad sagrada se hereda de madres a hijas. Nos eligen esposo entre la flor y nata de la nobleza de la tierra. Para las sumas sacerdotisas se selecciona el hombre más perfecto, intelectual y físicamente.

—A juzgar por los caballeros que he visto ahí arriba —comentó Tarzán con irónica sonrisa—, no parece que resulte muy difícil elegir entre ellos.

La muchacha le lanzó una mirada curiosa.

—No seas sacrílego —reprochó—. Todos son santos varones… son sacerdotes.

—¿Eso significa que hay otros más apuestos? —preguntó.

—Los demás son más repulsivos que los sacerdotes —respondió la sacerdotisa.

Tarzán se estremeció compasivamente ante el destino que se le presentaba a la joven, porque, incluso a la escasa luz del sótano la belleza de la suma sacerdotisa le había impresionado.

—¿Qué me dices de mí? —interrogó de pronto—. ¿Vas a conducirme a la libertad?

—El Dios Flamígero te ha elegido como suyo —respondió la muchacha en tono solemne—. Ni siquiera yo tengo poder para salvarte… si vuelves a caer en sus manos. Pero no tengo intención de que te encuentren. Arriesgaste tu vida para salvar la mía. No

debo hacer menos por ti. No será un asunto fácil, y acaso requiera algunos días, pero creo que al final conseguiré ponerte al otro lado de las murallas. Vamos, seguramente ya estarán buscándome y, si nos encuentran juntos, los dos estaremos perdidos… Me matarán si sospechan que he traicionado a mi dios.

—No debes arriesgarte, pues —se apresuró a decir Tarzán—. Yo volveré al templo y si consigo abrirme paso a la fuerza hasta la libertad, no arrojarán sospecha alguna sobre ti.

Pero La no estaba dispuesta a permitirlo y acabó por convencer a Tarzán para que la siguiera, alegando que llevaban tanto tiempo en el sótano que era inevitable que recayesen sospechas sobre ella, incluso aunque volviesen al templo.

—Te esconderé y luego volveré sola a buscarte —explicó—. Les contaré que estuve mucho tiempo inconsciente, después de que tú matases a Tha, y que ignoro cómo y por dónde pudiste escapar.

Le condujo por una serie de pasillos serpenteantes y oscuros, hasta que desembocaron en un pequeño aposento iluminado débilmente por la claridad que se filtraba a través de una piedra enrejada del techo.

—Esta es la Cámara de los Muertos —dijo La—. A nadie se le ocurrirá venir a buscarte aquí… no se atreverían. Volveré cuando haya oscurecido. Puede que para entonces se me haya ocurrido algún plan para facilitarte la huida.

La se marchó y Tarzán de los Monos se quedó solo en la Cámara de los Muertos, bajo la tantos siglos muerta ciudad de Opar.

XXI

LOS NAÚFRAGOS

CLAYTON estaba soñando que bebía agua a más y mejor, tragos de agua fresca, pura, deliciosa. Se despertó sobresaltado para tomar conciencia de que se encontraba ya empapado: un torrencial chubasco caía sobre su cuerpo y le tableteaba el rostro vuelto hacia el cielo. Un aguacero tropical se derramaba sobre ellos en toda su intensidad. Clayton abrió la boca y bebió. Se sintió revitalizado y fortalecido hasta el punto de que fue capaz de incorporarse apoyado en las manos. Atravesado sobre sus piernas tenía a *monsieur* Thuran. Y a unos cuantos palmos, Jane Porter yacía hecha un ovillo en el fondo de la barca, completamente inmóvil. A Clayton se le ocurrió que debía de estar muerta.

Tras infinitos esfuerzos consiguió quitarse de encima el cuerpo de Thuran y con renovadas energías se arrastró hacia la muchacha. Levantó la cabeza de Jane, separándola de las tablas del bote. Se

dijo entonces que cabía la posibilidad de que quedara un asomo de vida en aquel pobre cuerpo al filo de la muerte por inanición. No quería ni podía abandonar toda esperanza, así que tomó un trozo de tela empapado en agua y exprimió unas cuantas gotas del precioso líquido entre los labios hinchados de aquella criatura de horrible aspecto que unos cuantos días antes resplandecía de vida y felicidad, en toda la gloria de su magnífica belleza.

Durante un buen rato no se apreció indicio alguno de reanimación, pero al final los esfuerzos de Clayton obtuvieron la recompensa de un leve aleteo de los párpados. Palmeó las delgadas manos de la joven e introdujo unas cuantas gotas más en la reseca garganta. Jane abrió los ojos y estuvo mirándole largo tiempo antes de poder recordar la situación y el entorno.

—¿Agua? —musitó—. ¿Nos hemos salvado?

—Está lloviendo —explicó Clayton—. Al menos podemos beber. A nosotros dos ya nos ha hecho revivir.

—¿Y *monsieur* Thuran? —preguntó Jane—. No te ha matado. ¿Está muerto?

—No lo sé —respondió Clayton—. Si vive y esta lluvia lo reanima…

Se interrumpió, recordando demasiado tarde que no debía añadir más horrores a los que Jane había soportado ya.

La muchacha, sin embargo, adivinó lo que Clayton iba a decir.

—¿Dónde está?

Clayton indicó con un movimiento de cabeza la postrada figura del ruso. Durante unos momentos, ni Clayton ni Jane pronunciaron palabra.

—Voy a ver si le reanimo —dijo Clayton finalmente.

—No —susurró Jane, y alargó la mano hacia él, indicándole que se detuviera—. No lo hagas… Te matará en cuanto el agua le haya proporcionado las fuerzas suficientes. Si está agonizando, que se muera. No me dejes sola en el bote con esa bestia.

Clayton titubeó. Su honor de hombre de bien le exigía hacer lo posible para reanimar a Thuran, y también existía la posibilidad de que el ruso se encontrase en un estado que hiciese inútil cualquier intento de salvarlo. No era ninguna deshonra confiar en ello. Mientras mantenía esa lucha interna, levantó los ojos del cuerpo de Thuran y, al pasar la vista por encima de la borda del bote, se puso

en pie tambaleante y exhaló un jadeo de alegría.

—¡Tierra, Jane! —fue casi un grito a través de los resquebrajados labios—. ¡Tierra, gracias a Dios!

La muchacha miró también y allí, a menos de cien metros de distancia, vio una playa de arenas amarillas y, un poco más allá, la vegetación y la fronda exuberante de una jungla tropical.

—Ahora sí que puedes intentar reanimarle —dijo Jane Porter.

A ella también le remordía la conciencia como consecuencia de su decisión de impedir que Clayton prestase ayuda a su compañero de viaje.

Hubo de transcurrir cerca de media hora para que el ruso diera suficientes muestras de que recobraba el conocimiento lo bastante como para abrir los ojos, y se necesitó un buen rato más para que llegara a comprender el golpe de suerte con que el destino les había favorecido. Por entonces, la arena del fondo arañaba suavemente la quilla de la barca.

Entre el agua refrescante que había bebido y el acicate de la renovada esperanza, Clayton encontró energías suficientes para echarse al agua y subir dando traspiés playa arriba, tras atar una cuerda a la proa del bote. Pasó la soga alrededor del tronco de un arbolito que crecía en el borde de un talud bajo, porque entonces era periodo de pleamar y temió que cuando bajase la marea el reflujo se llevara el bote otra vez al océano antes de que él tuviese tiempo para recobrar sus fuerzas en cantidad suficiente para llevar a Jane Porter a tierra. Era posible que transcurriesen horas antes de que él tuviera las energías necesarias para ello.

Acto seguido se las arregló para, a rastras y a trompicones, llegarse a la selva, donde había visto profusión de frutas tropicales. Su anterior experiencia en la jungla de Tarzán de los Monos le había aleccionado acerca de las muchas cosas que eran comestibles y, al cabo de una hora de ausencia, regresó a la playa con los brazos llenos de alimentos.

Había escampado y los rayos de un sol abrasador se cebaban en Jane Porter con tal violencia que la muchacha insistió en probar de inmediato a salir del bote y llegar a tierra. Vigorizados aún más por las frutas que aportó Clayton, los tres náufragos pudieron alcanzar la sombra del arbolito al que el inglés había amarrado el bote. Completamente exhaustos, se dejaron caer como sacos y allí

durmieron hasta que oscureció.

Durante un mes vivieron en la playa relativamente seguros. Una vez recobradas las fuerzas, los dos hombres construyeron un tosco refugio en las ramas de un árbol, a bastante altura del suelo como para encontrarse a salvo de las grandes fieras depredadoras. Durante el día recogían frutos y cazaban con trampas algún que otro pequeño roedor; por la noche se retiraban a su frágil albergue, con más o menos miedo en el cuerpo, mientras los habitantes salvajes de la jungla se encargaban de llenar de terror las oscuras horas nocturnas.

Dormían sobre lechos de hierbas de la selva y, para abrigarse por la noche, Jane Porter no contaba más que con el viejo gabán que pertenecía a Clayton, aquella prenda que llevaba durante la memorable excursión a los bosques de Wisconsin. Clayton había entretejido un tabique de ramas para dividir el arbóreo refugio en dos compartimentos, uno para Jane y el otro para Thuran y él.

Desde el primer momento, el ruso dio muestras de todos los rasgos de su verdadero carácter: egoísmo, ordinariez, arrogancia, cobardía e impudicia. Clayton y él llegaron a las manos en dos ocasiones, por la actitud de Thuran hacia Jane Porter. Clayton no se atrevía a dejar sola a la muchacha ni por un instante. Tanto el inglés como su prometida vivían en una continua pesadilla. Sin embargo, no dejaban de albergar la esperanza de que, en última instancia, alguien acudiría a salvarlos.

El pensamiento de Jane Porter volvía con cierta asiduidad al recuerdo de su anterior experiencia en aquella costa salvaje. ¡Ah, si estuviera con ellos el invencible dios de la floresta de aquel pasado ahora muerto! En absoluto tendría que preocuparse de las fieras al acecho ni de aquel ruso bestial. No podía por menos que comparar la escasa protección que le brindaba Clayton con la que le hubiera proporcionado Tarzán de los Monos, de verse durante un momento frente a la siniestra y amenazadora actitud de *monsieur* Thuran. Una vez, cuando Clayton fue al arroyo en busca de agua y Thuran se dirigió a Jane en tono grosero, la muchacha expresó en voz alta lo que pensaba.

—Tiene usted suerte, *monsieur* Thuran —dijo—, de que el pobre señor Tarzán se cayera del barco aquel en que viajaban usted y la señorita Strong rumbo a Ciudad de El Cabo y de que, en

consecuencia, no se encuentre aquí ahora.

—¿Conocía usted a ese cerdo? —preguntó Thuran, burlón.

—Conocía a ese hombre —replicó Jane—. El único hombre de verdad, creo, que he conocido en la vida.

Algo en el tono de voz de la muchacha hizo adivinar al ruso que la relación de su enemigo con aquella joven era algo más profundo que la simple amistad, y aprovechó la circunstancia para llevar más lejos su venganza sobre el hombre al que creía muerto, mancillando la memoria que de él tuviese la chica.

—Era peor que un cerdo —se exaltó—. Un individuo ruin y cobarde. Para librarse de la justa ira del esposo de una mujer a la que había deshonrado, no tuvo inconveniente en faltar a sus promesas echándole a la dama la culpa de todo. Al no conseguirlo, tuvo que huir de Francia para no enfrentarse al marido en el campo del honor. Por eso iba a bordo del barco en el que viajábamos a Ciudad de El Cabo la señorita Strong y yo. Sé lo que me digo, porque la mujer agraviada era mi hermana. Y sé algo más, que no he dicho nunca a nadie: su valeroso *monsieur* Tarzán se arrojó al agua a causa del terror, del pánico que le asaltó cuando le dije que le había reconocido y que exigía de él una reparación, que tendría que brindarme a la mañana siguiente… Nos batiríamos a cuchillada limpia en mi camarote.

Jane Porter soltó la carcajada.

—Ni por un segundo imaginará que quienquiera que haya conocido a *monsieur* Tarzán y que le conozca a usted va a creerse semejante cuento… ¿A que no?

—Entonces, ¿por qué viajaba con nombre falso? —preguntó Thuran.

—No le creo una sola palabra —aseguró Jane.

A pesar de todo, la semilla de la duda ya estaba plantada, porque la joven sabía que Hazel Strong conoció al dios de la selva sólo por el nombre de John Caldwell, de Londres.

A unos ocho kilómetros escasos de su tosco refugio arbóreo, completamente ignorado por ellos y prácticamente tan remoto como si los separasen miles de kilómetros de selva impenetrable, se encontraba la pequeña cabaña de Tarzán de los Monos. Y un poco más lejos, costa arriba, unos cuantos kilómetros más allá de dicha cabaña, en unos rústicos pero bien construidos albergues, vivía un

pequeño grupo de dieciocho almas: los ocupantes de los tres botes del *Lady Alice* que se habían alejado de la barca de Clayton.

Remando por un mar tranquilo, en menos de tres días llegaron a la tierra firme del continente. No vivieron ninguno de los horrores del naufragio y aunque abatidos por el dolor y con el sufrimiento propio del impacto que produjo en ellos la catástrofe y las penalidades de aquella nueva existencia, a las que no estaban acostumbrados, la aventura no les había ocasionado males peores.

Les animaba a todos la esperanza de que alguna nave hubiese recogido al cuarto bote y de que tal salvamento originaría una búsqueda rápida y minuciosa de la costa. Comoquiera que todas las armas de fuego y las municiones del yate se habían cargado en la barca de *lord* Tennington, el grupo estaba muy bien equipado para la defensa y para la caza mayor y menor con vistas a procurarse provisiones de boca.

La única inquietud inmediata la constituía el profesor Arquímedes Q. Porter. Absolutamente convencido de que un vapor de los que navegaban por allí había rescatado del mar a su hija, el hombre desechó de su mente toda preocupación relativa al bienestar de la muchacha y dedicó toda la inmensidad de su bien dotado intelecto a la profunda meditación de los abstrusos problemas científicos que consideraba únicos temas adecuados para un cerebro del talento y la erudición del suyo. Su cabeza era impermeable a toda posible influencia de cualquier tema ajeno a lo trascendental.

—Nunca —explicaba el agotado señor don Samuel T. Philander a *lord* Tennington—, nunca se ha mostrado el profesor Porter tan difícil… y digo difícil, ejem, por no decir imposible. Esta misma mañana, sin ir más lejos, obligado por las circunstancias suspendí mi vigilancia apenas media hora y, cuando he vuelto, me he encontrado con la desagradable sorpresa de que había desaparecido. Y, bendito sea Dios, señor, ¿a que no sabe dónde lo encontré? A media milla mar adentro, señor, en uno de esos botes salvavidas. Se alejaba remando como si le fuese la vida en ello. No sé cómo pudo llegar tan lejos desde la orilla, porque sólo contaba con un remo y, consecuentemente, bogaba en círculo.

»Cuando uno de los marineros me llevó hasta él en otra barca, el profesor acogió indignadísimo mi sugerencia de que regresáramos a

tierra en seguida. Me dijo: “Pero, señor Philander, no sabe cuánto me sorprende que usted, culto hombre de letras, tenga la temeridad de interrumpir el progreso de la ciencia. Casi tenía totalmente configurada, a través de ciertos fenómenos astronómicos que estuve observando durante las pasadas noches tropicales, una nueva hipótesis nebular destinada a revolucionar incuestionablemente el mundo científico. Deseo consultar una monografía excelente sobre la teoría de Laplace que, según tengo entendido, existe en cierta colección particular de la ciudad de Nueva York. Su interferencia, señor Philander, representará un retraso de irreparables consecuencias, porque precisamente ahora remaba con ánimo de consultar ese folleto cuanto antes”. No sabe usted el trabajo que me costó convencerle para que regresara a tierra, sin tener que recurrir a la fuerza.

La señorita Strong y su madre se manifestaban animosamente serenas ante el casi constante temor de los ataques de las fieras. Y no estaban tan predispuestas a aceptar, con el optimismo de que hacían gala los demás, el supuesto de que un buque hubiese recogido sanos y salvos a Jane, Clayton y *monsieur* Thuran.

La doncella de Jane Porter, Esmeralda, no paraba de llorar, inconsolable, a causa del destino cruel que la había separado de su «pobrecilla y dulce nena».

A *lord* Tennington no le abandonó ni por un segundo su generoso espíritu magnánimo. Seguía siendo el jovial anfitrión, pendiente siempre de que sus invitados se sintieran cómodos y a gusto. Con la tripulación de su yate siempre fue el jefe justo pero firme: en la selva no se suscitaron más problemas ni conflictos que a bordo del *Lady Alice* respecto a la autoridad máxima encargada de dilucidar las cuestiones importantes y cuantas circunstancias requerían un mando frío, flemático e inteligente.

Si aquella partida de náufragos bien organizada y relativamente a salvo hubiese visto al harapiento trío acosado por el miedo que se encontraba a unos cuantos kilómetros al sur, a duras penas habría reconocido en ellos a los, pocas semanas atrás, elegantes miembros del grupo que jugaba y se divertía riendo alegremente a bordo del *Lady Alice*.

Clayton y *monsieur* Thuran iban casi desnudos, destrozadas sus ropas por los arbustos y matorrales espinosos y la enmarañada

vegetación de la jungla, a través de la cual tenían que abrirse camino en busca de unos alimentos que cada vez era más dificil encontrar.

Naturalmente, Jane Porter estaba exenta de tan agotadoras expediciones, lo que no impedía que su vestido se encontrara también en un lamentable estado de deterioro.

A falta de ocupación más provechosa, Clayton se había entretenido en desollar a todos los animales que cazaban y conservar cuidadosamente sus pieles. Las extendía sobre los troncos de los árboles, las depilaba rascándolas diligentemente y así se las arregló para mantenerlas en condiciones suficientemente buenas como para hacerse con ellas unas prendas con las que cubrir sus desnudeces, ahora que tenían ya la ropa completamente destrozada. Para tal confección utilizó por aguja una espina fuerte y afilada; a guisa de hilo, fibras de hierba y tendones de animales.

El resultado de su labor de costura fue una especie de sayo sin mangas que llegaba casi a las rodillas. Como estaba fabricado a base de pieles de diferentes especies de roedores cosidas unas a otras, su aspecto no podía ser más insólito. Unido al desagradable olor que despedía, aquella prenda no era precisamente un modelo que cualquiera anhelase añadir a su guardarropa. Pero había sonado la hora de sacrificarse en pro de la decencia y ponerse aquello, de modo que, a pesar de la apurada situación en que se veían, Jane Porter no pudo por menos de soltar una divertida carcajada al contemplar semejante vestidura.

Posteriormente, Thuran también consideró necesario confeccionarse un sayo similar, de forma que, descalzos y con una poblada barba cubriéndoles el rostro, parecían la reencarnación de dos prehistóricos progenitores del género humano. Thuran se comportaba como tal.

Llevaban cerca de dos meses sumidos en esa existencia cuando el primer gran desastre se abatió sobre ellos. Lo precedió una aventura que a punto estuvo de acabar bruscamente y para siempre con los sufrimientos de dos de ellos, de la forma más terrible y despiadada de la jungla.

Afectado por un ataque de fiebre tropical, Thuran yacía en el refugio construido entre las ramas del árbol. Clayton se había adentrado en la selva cosa de cien metros, a la búsqueda de

alimentos. Cuando volvía, Jane echó a andar para acudir a su encuentro. A espaldas del inglés, astuto y hábil, se deslizaba un viejo y sarnoso león. El felino llevaba tres días sin que sus caducos músculos y nervios fueran capaces de cumplir la tarea de procurar el más ínfimo bocado de carne al vacío estómago. En los últimos meses cada vez comía con menos frecuencia y el hambre le obligaba a alejarse más y más de su territorio acostumbrado, a la caza de presas más fáciles. Había encontrado por fin a la criatura más débil e indefensa de la naturaleza: unos momentos más y Numa llenaría el estómago.

Ignorante de la muerte que estaba al acecho tras él, Clayton salió al claro y avanzó hacia Jane. Había llegado ante la muchacha, treinta metros más allá del enmarañado borde de la jungla cuando, por encima de su hombro, la joven vio la leonada cabeza y los ojos perversos que aparecieron al separarse las hierbas. La enorme bestia, con el hocico pegado al suelo, salió silenciosamente a descubierto.

Tan paralizada por el terror se quedó Jane que no pudo emitir ningún sonido, pero la empavorecida y fija mirada de sus ojos desorbitados resultaron de lo más explícito para Clayton. Un rápido vistazo a su espalda le reveló lo desesperado de la situación. El león se hallaba a menos de treinta pasos de ellos y aproximadamente a la misma distancia se encontraban ellos de su refugio. El hombre iba armado con una gruesa estaca, tan eficaz frente a un león, pensó, como una escopeta infantil de juguete, de las que disparan un corcho.

Desesperado de hambre, Numa sabía desde bastante tiempo atrás que era inútil rugir o bramar cuando se trataba de hacerse con una presa, pero ahora que la daba por tan segura como si sus aún poderosas garras se hubiesen clavado en la blanda carne de la pieza, abrió su enorme bocaza y lanzó a los cuatro vientos su rabia largo tiempo contenida en una serie de rugidos ensordecedores que hicieron vibrar el aire.

—¡Corre, Jane! —gritó Clayton—. ¡Rápido, sube al refugio!

Pero los paralizados músculos de la muchacha se negaron a responder y permaneció allí, muda y rígida, mirando con fantasmal semblante la muerte viva que se deslizaba hacia ellos.

Al oír aquel espantoso rugido, Thuran se llegó a la abertura del

refugio y, al ver la escena que se desarrollaba a sus pies, empezó a saltar de un lado para otro, al tiempo que gritaba, en ruso:

—¡Corra, corran! Corran o me quedaré solo en este terrible lugar.

Luego se vino abajo y estalló en lágrimas.

Durante unos segundos, aquella voz nueva distrajo al león, que hizo un alto para lanzar una inquisitiva mirada en dirección al árbol. Clayton no pudo seguir soportando la tensión. De espaldas al león, hundió la cabeza entre los brazos y esperó.

Jane se le quedó mirando horrorizada. ¿Por qué no intentaba algo? Si debía morir, ¿por qué no moría como un hombre… valientemente, golpeando la cara de aquella fiera con la estaca, por inútiles que esos golpes pudieran ser? No habría actuado así Tarzán de los Monos. ¿Tarzán de los Monos no le habría plantado cara a la muerte, luchando con heroísmo hasta el final?

El león se agazapaba ya para impulsarse y dar el salto que acabaría con sus jóvenes vidas bajo los desgarradores y crueles colmillos amarillentos. Jane Porter se arrodilló y rezó, cerrados los párpados para no contemplar aquel último y aterrador momento. Debilitado por la fiebre, Thuran se desvaneció.

Los segundos se convirtieron en minutos, los minutos se alargaron hasta hacerse eternos… y el león no saltaba. La prolongada angustia del terror casi hizo perder el sentido a Clayton, las rodillas empezaron a temblarle… Unos segundos más y se desplomaría.

Jane Porter tampoco pudo soportar aquello por más tiempo. Abrió los ojos. ¿Estaría soñando?

—¡William! —musitó—. ¡Mira!

Clayton recuperó lo suficiente el dominio de sí como para levantar la cabeza, volverse y mirar al león. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios. La fiera yacía encogida a sus pies. De su piel leonada sobresalía un grueso venablo de guerra. Le había entrado por el costado, a la altura de la paletilla derecha para hundírsele en el cuerpo y atravesarle el salvaje corazón.

Jane Porter se puso en pie; Clayton se acercó a la muchacha al ver que la debilidad la hacía tambalearse. La rodeó con el brazo para evitar que cayese, la acercó a sí… Oprimió la cabeza de la muchacha contra su hombro y se inclinó para besarla en acción de

gracias.

Jane lo apartó suavemente.

—No lo hagas, William, por favor —dijo—. En el curso de estos últimos minutos he vivido mil años. Frente a la muerte, he aprendido cómo debo vivir. No deseo lastimarte más de lo imprescindible, pero no puedo continuar viviendo en esta situación. Un falso sentido de la lealtad me indujo a intentarlo, a causa de la impulsiva promesa que te hice, pero no puedo seguir.

»Los últimos segundos que he vivido me han hecho comprender que sería espantoso continuar engañándome y engañándote, o considerar, aunque sólo fuera un instante más, que sea posible convertirme en tu esposa cuando volvamos a la civilización.

—Pero, Jane —exclamó él—. ¿Qué pretendes decir? ¿Qué tiene que ver nuestra providencial salvación con el cambio que dices han experimentado tus sentimientos hacia mí? Estás un poco trastornada… Mañana volverás a ser tú misma otra vez.

—En este momento soy yo misma más de lo que lo he sido en todo el último año —replicó Jane—. Lo que acaba de ocurrir ha obligado a mi memoria a recordar el hecho de que el hombre más valiente que haya existido en este mundo me honró con su amor. No me di cuenta de que le correspondía hasta que fue demasiado tarde, cuando ya lo había despedido. Ahora está muerto y jamás me casaré con nadie. Y, desde luego, no podría unirme en matrimonio a otro menos valiente que él sin alimentar un constante sentimiento de desprecio hacia mi esposo, por su relativa cobardía respecto al otro. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí —repuso Clayton, agachada la cabeza, con el rostro cubierto por el sonrojo de la vergüenza.

Y al día siguiente sobrevino la gran catástrofe.

XXII

LA CÁMARA DEL TESORO DE OPAR

ERA noche cerrada cuando La, suma sacerdotisa de Opar, regresó a la Cámara de los Muertos con comida y bebida para Tarzán. No llevaba luz alguna y recorrió el camino hasta la cámara tanteando con las manos las ruinosas paredes. A través del enrejado de piedra del techo se filtraban los tenues rayos de una luna tropical que proporcionaban al interior una semiclaridad apenas perceptible.

Sentado en cuclillas entre las sombras de la esquina más recóndita de la estancia, Tarzán se incorporó al oír el ruido de los pasos que se aproximaban y acudió a recibir a la sacerdotisa en cuanto advirtió que era ella.

—Están furiosos —fueron las primeras palabras de la joven—. Es la primera vez que la víctima de un sacrificio humano se escapa del altar. Han salido cincuenta hombres en tu persecución. Antes registraron todo el templo, a excepción de esta cámara.

—¿Por qué les asusta venir aquí? —preguntó Tarzán.

—Esta es la Cámara de los Muertos. Aquí vuelven los difuntos para celebrar sus ritos religiosos. ¿Ves ese antiguo altar? Ahí es donde los muertos sacrifican a los vivos… si encuentran aquí una víctima. Ese es el motivo por el que nuestro pueblo rehúye esta cámara. Saben que si alguien entra aquí, los difuntos que aguardan dentro se apoderarán de él para sus sacrificios.

—Pero tú…

—Yo soy la suma sacerdotisa… Soy la única que está a salvo de los muertos. La que, a intervalos irregulares, les traigo un sacrificio humano del mundo exterior. Nadie más que yo puede entrar aquí sin peligro.

—¿Por qué no se han apoderado de mí? —preguntó Tarzán, ironizando a costa de la grotesca creencia. La le observó durante unos segundos, también con cierto humor en los ojos.

—El deber de toda suma sacerdotisa es instruir, interpretar… de acuerdo con el credo de los demás, los que son más sabios que ella. Pero ese credo no dice nada acerca de lo que ella tiene que creer. Cuanto más sabe una de su religión, menos fe tiene en ella… Y de mi religión nadie sabe más que yo.

—En ese caso, tu único temor al ayudarme a escapar es que tus compañeros mortales descubran tu engaño, ¿no?

—Eso es todo… Los muertos muertos están; ni pueden hacer daño… ni pueden echar una mano. Por lo tanto, dependemos de nosotros mismos y cuanto antes empecemos a actuar, tanto mejor saldrán las cosas. Tuve bastantes dificultades para eludir su vigilancia y poder traerte este bocado. Intentar repetir la operación a diario sería toda una locura. Venga, veamos hasta donde podemos llegar en la ruta a la libertad antes de que tenga que volver a mis lares.

Le condujo de nuevo a la cámara situada debajo de la nave del altar. Dobló por uno de los numerosos pasillos que partían de allí. En la oscuridad, Tarzán no pudo determinar cuál de ellos tomaron. Durante diez minutos anduvieron a tientas, despacio, por el serpenteante pasadizo, hasta llegar finalmente a una puerta cerrada. Oyó el sonido metálico de una llave al entrechocar ésta con una cerradura, cuando la introdujo La. Giró la puerta sobre sus chirriantes goznes y entraron en una estancia.

—Aquí estarás a salvo hasta mañana por la noche —dijo la sacerdotisa.

Después, La salió, cerró la puerta tras de sí y volvió a echar la llave.

Tarzán se quedó en un lugar tan negro como el Erebo. Ni siquiera sus adiestrados ojos podían atravesar aquellas opacas tinieblas. Avanzó cautelosamente, con los brazos extendidos al frente, hasta que su mano tocó una pared. Luego, poco a poco, muy despacio, recorrió las cuatro paredes de la cámara.

Aparentemente medía algo menos de dos metros cuadrados. El suelo era de cemento, las paredes de mampostería indicaban el sistema de construcción apreciable en la superficie, sobre el nivel del terreno. Pequeños bloques de granito de diversos tamaños, hábilmente encajados unos con otros, sin argamasa, constituían los cimientos del antiguo templo.

Durante la primera vuelta de tanteo por las paredes, Tarzán creyó detectar un fenómeno que resultaba extraño en una estancia carente de ventanas y con una sola puerta. Dio otra vuelta cuidadosamente. ¡No, no se había equivocado! Hizo una pausa en el muro del fondo respecto a la puerta. Permaneció unos instantes completamente inmóvil, luego se desplazó lateralmente unos palmos. Volvió de nuevo, para deslizarse otros treinta o cuarenta centímetros por el lado opuesto.

Efectuó de nuevo el circuito completo de la habitación, palpando cuidadosamente la pared palmo a palmo. Se detuvo finalmente, otra vez, en la sección particular que había despertado su atención. En aquel punto determinado se filtraba a través de los intersticios de mampostería una fina corriente de aire fresco… Nada más que en aquel punto.

Tarzán probó varios bloques de granito de los que formaban el muro hasta que, por último, obtuvo la recompensa de comprobar que uno salía de su sitio sin grandes dificultades. Tendría unos veinticinco centímetros de anchura, con una superficie de ocho por quince centímetros, de cara a la habitación. El hombre-mono retiró una tras otra varias piezas similares. Al parecer, el muro estaba levantado totalmente a base de aquellas losas prácticamente perfectas. En un momento había retirado una docena y entonces introdujo la mano por el hueco para tantear la siguiente capa de

mampostería. Con gran sorpresa por su parte, se encontró con que al final del brazo extendido, su mano no tropezó más que con el vacío.

En cuestión de minutos hubo abierto en la pared hueco suficiente para permitir el paso de su cuerpo. Por delante creyó percibir una débil claridad… en el fondo, apenas una leve disminución de la impenetrabilidad de aquella negrura. Con las debidas precauciones, Tarzán avanzó a gatas hasta aproximadamente a cuatro metros y medio, más o menos la anchura de los cimientos de aquellos muros, donde notó que el suelo se interrumpía súbitamente, para transformarse en un descenso poco menos que vertical. Tanteó estirando el brazo todo lo que pudo, pero no consiguió llegar al fondo de aquel abismo tenebroso que se abría ante él. Ni siquiera cuando se colgó del borde y bajó el cuerpo en toda su estatura.

Se le ocurrió alzar la mirada y entonces vio en lo alto, a través de una abertura redonda, la mancha circular y estrellada del cielo. Al ir tanteando la pared de aquel pozo hacia arriba, el hombre-mono descubrió que, a medida que ascendía, la pared circular se iba cerrando paulatinamente para converger en el centro. Lo que excluía toda posibilidad de escapatoria en esa dirección.

Mientras especulaba acerca de la naturaleza y utilidad de aquel extraño paso y su conclusión, la luna se situó encima de la abertura superior y dejó caer un raudal de suave y plateada claridad al interior de aquel lugar sombrío. Tarzán comprendió entonces instantáneamente la naturaleza del pozo, porque distinguió abajo, a bastante profundidad, el cabrilleo del agua. Se encontraba en un antiguo pozo artesiano… ¿pero qué finalidad tenía aquella conexión entre el pozo y la mazmorra en la que él había estado escondido?

Cuando la luna se situó de lleno encima de la boca del pozo, su claridad inundó el interior totalmente y Tarzán divisó otra abertura en la pared opuesta. Se preguntó si no se trataría de la boca de un pasaje que condujese a alguna posible vía de escape. Al menos, merecía la pena investigarlo, de modo que determinó hacerlo así.

Volvió rápidamente a la pared que había desmontado para explorar lo que había detrás. Trasladó las piedras al lado en que se encontraba y volvió a colocarlas desde aquella parte. Las gruesas capas de polvo, que había notado se acumulaban en los bloques que

retiró de la pared, le convencieron de que, aunque los actuales ocupantes de la antigua mole conocieran la existencia de aquel pasadizo, lo cierto era que hacía varias generaciones que no se utilizaba.

Vuelta la pared a su estado anterior, Tarzán regresó al pozo, que en aquel punto tenía unos cuatro metros y medio de anchura. Cruzar de un salto el espacio que le separaba de la otra boca fue cuestión de escaso fuste para el hombre-mono y un momento después avanzaba por un túnel angosto, con toda la cautela del mundo, no fuera caso de que se interpusiese en su camino otro pozo como el que acababa de dejar a su espalda.

Habría recorrido unos treinta metros cuando llegó a un tramo de escalera que descendía hacia una negrura estigia. Cosa de veinte peldaños más abajo, comenzaba de nuevo el piso nivelado del túnel y, poco después, su avance se vio interrumpido por una pesada puerta de madera con gruesos barrotes, también de madera, que la trababan en la parte por la que Tarzán se dirigía a ella. Lo cual sugirió al hombre-mono que seguramente se trataba de un pasaje que conducía al mundo exterior. Los cerrojos, que impedían el paso desde el otro lado, sustentaban esa hipótesis, a no ser que aquélla diera paso a otra cárcel.

Por la parte superior, la superficie de los barrotes tenía densas capas de polvo: una indicación adicional de que el pasadizo en cuestión llevaba largo tiempo sin utilizarse. Al abrir aquel macizo obstáculo, chirriaron los enormes goznes, como una especie de extraña protesta por aquel incordio desacostumbrado. Tarzán permaneció un momento a la escucha por si tal ruido insólito en la noche hubiese provocado la alarma entre los ocupantes del templo. Al no oír nada, franqueó el umbral y siguió adelante.

Tanteando cuidadosamente comprobó que se hallaba en una cámara de grandes proporciones, en cuyo suelo y paredes se amontonaban numerosas pilas de lingotes metálicos de configuración extraña, aunque uniforme. Al tacto de su mano, cuando los palpó, comprobó que su forma era análoga a la de unos posibles descalzadores de botas con doble cabeza. Los lingotes eran muy pesados y, a no ser por la inmensa cantidad existente allí, hubiese tenido la certeza de que eran de oro. Pero la idea de la fabulosa riqueza que representarían tantos miles de kilos de metal si

realmente fuesen de oro, casi le convenció de que debía de ser algún metal menos valioso.

En el fondo de la cámara descubrió otra puerta atrancada y de nuevo, al observar que las barras estaban por dentro, alentó la esperanza de estar recorriendo un pasadizo que llevaba a la libertad. Al otro lado de la puerta, el pasaje se extendía recto como un venablo de guerra, y el hombre-mono pronto tuvo la convicción de que le conducía hacia el otro lado de los muros del templo. ¡Si conociese la dirección en que iba! Si era hacia el oeste, entonces debería encontrarse ya más allá de las murallas exteriores de la ciudad.

Con ilusionada y creciente esperanza avanzó todo lo deprisa que se atrevía, hasta que al cabo de media hora llegó a otro tramo de escalera que llevaba hacia arriba. El piso de los peldaños era de cemento, pero la planta de sus pies descalzos notó mientras subía que la materia de aquellos escalones cambiaba repentinamente. Los escalones de cemento fueron sustituidos por otros de granito. Al tantearlos con la mano, Tarzán descubrió que estos últimos estaban tallados en la roca viva, ya que no se apreciaba ninguna hendidura de acoplamiento.

Durante una treintena de metros, los peldaños ascendían en espiral. Finalmente, la escalera de caracol trazó un giro brusco y Tarzán se encontró en una estrecha grieta flanqueada por dos muros de roca. Por encima, las estrellas fulguraban en el cielo y, ante él, una cuesta empinada sustituía a la escalera. Tarzán ascendió presuroso por el sendero ascendente y al llegar a la parte superior se encontró con un enorme y áspero peñasco de granito.

A kilómetro y medio de allí se encontraba la ruinosa ciudad de Opar, con sus cúpulas y torreones bañados por la luz suave de la luna ecuatorial. Tarzán bajó la mirada sobre el lingote que había llevado consigo. Lo examinó durante unos momentos a los resplandecientes rayos lunares y luego alzó la cabeza y contempló las distantes moles de representantes de una grandeza en plena ruina.

—Opar —musitó—. Opar, la ciudad encantada de un pretérito muerto y olvidado. Ciudad de beldades y seres animalescos. Ciudad de horror y muerte, pero… ¡ciudad de riqueza fabulosa!

El lingote era de oro puro.

El peñasco en el que se encontraba Tarzán sobresalía en la planicie a bastante distancia de los riscos que sus guerreros y él habían escalado la mañana anterior. Descender por aquella áspera y perpendicular cara rocosa era una empresa infinitamente laboriosa y de considerable peligro, incluso para el hombre-mono, pero al final tuvo el blando suelo del valle bajo los pies y, sin volver la cabeza para echar otro vistazo a la ciudad de Opar, encaró las escarpaduras y se dispuso a atravesar el valle a paso ligero.

El sol empezaba a remontarse en el cielo cuando Tarzán llegó a la cumbre plana de la montaña que constituía la frontera occidental del valle. Avistó a sus pies una columna de humo que se elevaba por encima de las copas de los árboles del bosque que verdeaba en la base de las estribaciones serranas.

—Hombres —murmuró—. Salieron cincuenta en mi búsqueda. ¿Serán ellos?

Descendió rápidamente por la cara del farallón y, tras dejarse caer en el fondo de un estrecho barranco que llevaba a la distante arboleda, se encaminó apresuradamente en dirección al humo. Al llegar a la orilla del bosque, a unos cuatrocientos metros del punto de donde se elevaba en el tranquilo aire la delgada columna de humo, Tarzán se subió a la enramada. Se fue aproximando cautelosamente y, de súbito, apareció ante sus ojos una tosca *boma*, en el centro de la cual, sentados en cuclillas alrededor de sus minúsculas fogatas, vio a sus cincuenta negros waziris. Los avisó en su propia lengua:

—¡Levantaos, muchachos, y saludad a vuestro rey!

Entre exclamaciones de sorpresa y temor, los guerreros se pusieron en pie, sin tener muy claro si debían huir o quedarse allí. Tarzán se descolgó ágilmente de una rama y se situó en el centro del grupo. Cuando comprobaron que era su jefe en carne y hueso y no un espíritu materializado momentáneamente, los invadió una eufórica alegría.

—¡Fuimos cobardes, oh Waziri! —exclamó Busuli—. Salimos huyendo y te abandonamos a tu suerte. Pero cuando logramos superar nuestro pánico juramos volver para salvarte o, por lo menos, vengar tu posible asesinato. Precisamente ahora estábamos preparando la operación de escalar de nuevo esas alturas y atravesar el valle desolado que lleva a la ciudad.

—¿Habéis visto pasar por el bosque a cincuenta hombres de aspecto espantoso procedentes de los riscos, muchachos? —preguntó Tarzán.

—Sí, Waziri —respondió Busuli—. Pasaron junto a nosotros ayer, cuando estábamos a punto de dar media vuelta e ir a buscarte. No saben andar por el bosque. Oímos el ruido que armaban cuando estaban a más de kilómetro y medio, y como teníamos otro asunto entre manos, nos escondimos en la arboleda y los dejamos pasar. Andaban deprisa, moviendo sus cortas piernas de un modo ridículo; a veces, se ponían a marchar a cuatro patas, como Bolgani, el gorila. Verdaderamente, eran espantosos, Waziri.

Después de que Tarzán les refiriese sus aventuras y les hablara del metal amarillo que había descubierto, ninguno de ellos puso la menor pega cuando les esbozó el plan que había trazado para volver a la ciudad durante la noche y llevarse de allí cuanto pudieran de aquel fabuloso tesoro. Así fue como, al caer la oscuridad de la noche sobre el yermo valle de Opar, cincuenta guerreros de ébano marcharon a paso ligero por el reseco y polvoriento suelo hacia el gigantesco peñón que se alzaba imponente sobre la ciudad.

Si difícil había parecido la tarea de descender por la cara del peñasco, Tarzán no tardó en comprender que sería imposible conseguir que los cincuenta guerreros alcanzasen la cima. Por último, la operación se cumplió merced a los hercúleos esfuerzos del hombre-mono. Se ataron unos a otros diez venablos, por los extremos, y con el primero de aquella cadena ligado a la cintura, Tarzán consiguió escalar el risco.

Una vez en la cima, utilizó la cadena de venablos para ir izando uno por uno a los cincuenta guerreros. Cuando toda la partida se encontró segura en la cumbre del peñón, Tarzán los condujo de inmediato a la cámara del tesoro, donde a cada uno se le asignaron dos lingotes, lo que representaba una carga de aproximadamente treinta y cinco kilos.

A medianoche, la patrulla en pleno se encontraba de nuevo al pie del risco, pero con aquel pesado cargamento a cuestas no llegaron a la cumbre de los peñascos hasta poco antes del mediodía. Desde allí, el regreso a su territorio fue lento, dado que aquellos orgullosos guerreros no estaban acostumbrados a las obligaciones

de los porteadores. Pero cumplieron su tarea de transporte sin quejarse y treinta días después llegaban a su territorio.

En la frontera, en vez de continuar hacia el nordeste, donde se encontraba su aldea, Tarzán los condujo en dirección oeste, hasta que en la mañana de la jornada trigésimotercera, levantaron el campamento y el hombre-mono ordenó a los waziris que dejasen el oro donde lo habían apilado la noche anterior y regresaran a su poblado.

—¿Y tú, Waziri? —le preguntaron.

—Me quedaré aquí unos días, muchachos —respondió—. Ahora, volved en seguida junto a vuestras esposas e hijos.

Cuando se hubieron marchado, Tarzán cogió dos lingotes, saltó a la enramada de un árbol y, desplazándose por encima de la impenetrable masa de vegetación enmarañada al nivel del suelo, recorrió velozmente unos doscientos metros para emerger súbitamente en un claro circular a cuyo alrededor se erguían los gigantes del bosque selvático como vigilantes guardianes. En el centro de aquel anfiteatro natural había un pequeño montículo de tierra endurecida y achatada superficie.

Tarzán había estado centenares de veces en aquel retiro aislado, a cuyo alrededor las zarzas, los arbustos espinosos, los matorrales y las enredaderas formaban una barrera tan densa que no podían romper ni siquiera Sheeta, el leopardo, con sus felinos movimientos sinuosos, ni Tantor, con su enorme fuerza de gigante. Era un obstáculo que protegía la cámara de consejo de los grandes monos, impidiendo el paso a todos los habitantes de la jungla, salvo los inofensivos.

Cincuenta viajes tuvo que hacer Tarzán para depositar todos los lingotes en el recinto del anfiteatro. Del hueco del tronco de un árbol herido por un rayo sacó la misma azada con la que había desenterrado el arcón del profesor Arquímedes Q. Porter y que, en cierta ocasión, a imitación de los simios, sepultó en el mismo lugar. Con aquella herramienta excavó una zanja alargada, en cuyo fondo colocó la fortuna que sus negros habían trasladado desde la olvidada cámara del tesoro de la ciudad de Opar.

Durmió aquella noche dentro del recinto del anfiteatro y, casi con el alba, se puso en camino hacia su cabaña, que deseaba visitar antes de volver con los waziris. Encontró las cosas tal como las

había dejado y luego se adentró en la jungla para ver si podía cazar algo, con la intención de llevarse la pieza a la cabaña para darse un banquete a gusto y rematar el día durmiendo en un lecho cómodo.

Recorrió unos ocho kilómetros en dirección sur, hacia las orillas de un gran río que desembocaba en el mar a cosa de diez kilómetros de la cabaña. Habría avanzado ochocientos metros tierra adentro, cuando su fino olfato captó el único olor que sobresalta a toda la selva virgen: Tarzán percibió el olor del hombre.

El viento soplaba desde el océano, por lo que Tarzán supo que las personas de las que provenía se encontraban al oeste de su situación. Mezclado con el de hombre llegaba el olor de Numa. Hombre y león.

«Será mejor que me dé prisa», pensó el hombre-mono, al reconocer el efluvio del hombre blanco. «Seguramente Numa ha salido de caza».

Cuando a través de los árboles llegó a la linde de la selva, vio a una mujer que, arrodillada, parecía estar rezando. De pie ante ella, con la cabeza hundida entre los brazos, había un hombre blanco de aspecto salvaje y primitivo. A espaldas del hombre, un viejo león de roñoso aspecto avanzaba despacio hacia una fácil presa. Como el hombre tenía la cara oculta y la mujer inclinada la cabeza, Tarzán no podía ver las facciones de ninguno de los dos.

Numa se aprestaba ya a saltar. No había un segundo que perder. Tarzán ni siquiera contaba con tiempo para preparar el arco y hundir una flecha envenenada en la piel amarilla del felino. Y estaba demasiado lejos para llegar hasta la fiera y utilizar el cuchillo sobre ella. No quedaba más que una esperanza… una sola alternativa. Y el hombre-mono actuó con la celeridad del pensamiento.

Un brazo musculoso voló hacia atrás y en una milésima de segundo un fuerte venablo pasó por encima del hombro del gigante… El potente brazo efectuó un vigoroso movimiento hacia adelante y un veloz mensajero de muerte atravesó raudo la fronda y fue a enterrarse en el corazón de la fiera, ya en pleno salto. Sin producir sonido alguno, Numa rodó a los pies de sus presuntas víctimas… muerto.

Durante unos instantes, ni el hombre ni la mujer se movieron. Luego, ésta abrió los párpados y se quedó mirando con asombrados

ojos el animal caído sin vida a la espalda de su compañero. Cuando la bonita cabeza se alzó, a Tarzán de los Monos se le escapó un jadeo de atónita sorpresa. ¿Se había vuelto loco? ¡Aquella no podía ser la mujer que amaba! ¡Sin embargo, no era ninguna otra!

La mujer se levantó y el hombre la rodeó con su brazo y se dispuso a besarla. De súbito, el hombre-mono lo vio todo rojo a través de una sangrienta bruma asesina y la vieja cicatriz de su frente adoptó un ardiente color escarlata para destacar sobre el tono moreno de la piel.

Una terrible expresión apareció en su rostro mientras colocaba en el arco una flecha envenenada. En aquellas grises pupilas fulguró un brillo desagradable mientras apuntaba a la espalda del confiado hombre, ajeno al peligro que se cernía sobre él.

Tarzán miró a lo largo del pulimentado astil de la flecha y luego tensó al máximo la cuerda del arco, para que el impulso permitiera al proyectil atravesar el corazón al que estaba destinada.

Pero no envió el mensajero fatal. Despacio, la punta de la flecha se inclinó hacia abajo; el color escarlata de la cicatriz volvió a fundirse con el tono bronceado de la frente; se aflojó la tensión de la cuerda del arco… Y Tarzán de los Monos agachó la cabeza y, tristemente, volvió a adentrarse por la selva y se dirigió a la aldea de los waziris.

XXIII

CINCUENTA HOMBRES ESPANTOSOS

JANE PORTER y William Cecil Clayton permanecieron largos minutos contemplando en silencio el cuerpo sin vida de la fiera bajo cuyas garras a punto estuvieron de perecer.

La muchacha fue la primera en tomar de nuevo la palabra, tras el estallido de su impulsiva confesión.

—¿Quién puede haber sido? —susurró.

—¡Sabe Dios! —fue lo único que se le ocurrió contestar al hombre.

—Si es un amigo, ¿por qué no se presenta? —continuó Jane—. ¿No crees que deberíamos llamarle, aunque sólo fuese para darle las gracias?

Maquinalmente, Clayton hizo lo que Jane sugería, pero sólo obtuvieron la callada por respuesta.

Jane Porter se estremeció.

—La jungla misteriosa —musitó entre dientes—. La terrible jungla. Consigue que hasta los gestos amistosos parezcan algo aterrador.

—Vale más que volvamos al refugio —dijo Clayton—. Al menos tú estarás allí más segura. —Añadió con amargura—: Maldita la protección que puedo ofrecerte yo.

—No hables así, William —se apresuró a decir Jane, lamentando la herida que habían abierto sus palabras—. Te has portado lo mejor que has podido. Has sido noble, sacrificado y valiente. No tienes la culpa de no ser un superhombre. Que yo conozca, sólo hay otro hombre que se hubiera comportado mejor que tú. Por culpa de la excitación elegí mal las palabras… No quería ofenderte. Lo único que quiero es que quede claro, de una vez por todas, que no puedo casarme contigo… que tal matrimonio sería una ruindad.

—Creo que lo entiendo —repuso Clayton—. No hablemos más del asunto… al menos hasta que hayamos vuelto a la civilización.

Al día siguiente, Thuran había empeorado. Su estado delirante era casi continuo. Nada podían hacer para aliviarle, ni tampoco Clayton tenía excesivos deseos de intentarlo. Temía al ruso por el daño que pudiera causarle a Jane… y en el fondo de su corazón confiaba en que muriese. La idea de que le pudiera ocurrir algo a él y que la muchacha quedase totalmente a merced de aquella bestia le producía una inquietud mayor que la probabilidad de la muerte casi segura que esperaba a Jane caso de quedarse sola en los aledaños de la despiadada selva virgen.

El inglés había sacado el grueso venablo del cuerpo del león, así que cuando por la mañana salió de caza y se aventuró por la jungla, la sensación de seguridad que le animaba era infinitamente mayor que en ninguna otra ocasión desde que arribaron a aquella costa salvaje.

La consecuencia fue que se adentró en la selva e, inconscientemente o no, se alejó del refugio más de lo habitual.

Para eludir en lo posible los accesos delirantes que la fiebre provocaba en el ruso, Jane Porter había bajado del refugio y se encontraba al pie del árbol… ya que no se atrevía a aventurarse fuera de la zona. Sentada allí, junto a la tosca escala que Clayton construyó para ella, contemplaba el mar, con la siempre viva esperanza de avistar algún buque que pudiera ir a rescatarlos.

Daba la espalda a la jungla, por lo que no se percató de que alguien apartaba las hierbas y que en el hueco aparecía el rostro de un salvaje. Unos ojillos diminutos, muy juntos, inyectados en sangre la observaron atentamente; de vez en cuando, se desviaban para explorar la playa, en busca de señales que indicasen la presencia de otras personas.

Apareció otra cabeza, a la que siguió otra, y otra más… El enfermo del refugio empezó a delirar otra vez y las cabezas desaparecieron tan silenciosa y bruscamente como habían surgido. No tardaron en asomarse de nuevo, en vista de que la muchacha no daba muestras de alterarse lo más mínimo a causa de los continuos gemidos del hombre que estaba en el refugio del árbol.

Una tras otra, las grotescas figuras emergieron de la jungla y fueron acercándose sigilosamente a la confiada mujer. El tenue rumor del roce de unas hierbas atrajo la atención de Jane. Volvió la cabeza y el espectáculo con que se enfrentaron sus ojos la hizo incorporarse, vacilante, al tiempo que exhalaba un chillido aterrado. Se precipitaron en bloque sobre ella. Una de aquellas espantosas criaturas la levantó en peso con sus largos brazos de gorila y se dirigió con ella al interior de la selva. Una sucia zarpa cubrió la boca de Jane para sofocar sus gritos. Sumado a la semana de tortura que ya había sufrido, aquel sobresalto fue más de lo que la joven pudo resistir. Sus nervios destrozados cedieron y perdió el conocimiento.

Cuando recuperó el sentido se encontró en la espesura de la selva virgen. Era de noche. Ardía una gigantesca hoguera en el pequeño claro donde yacía. En torno a la muchacha cincuenta espantosos individuos permanecían sentados en cuclillas. Tanto la cabeza como el rostro estaban cubiertos por enmarañadas e hirsutas matas de pelo. Sus largos brazos descansaban sobre las rodillas de sus cortas y estevadas piernas. Masticaban, rumiaban más bien, como animales, algo de aspecto desagradable. Sobre la lumbre, en el borde de la fogata, hervía el contenido de un caldero del que, de vez en cuando, uno u otro de aquellos seres sacaba un pedazo de carne pinchado en el extremo de un palo de punta afilada.

Cuando se dieron cuenta de que su prisionera había vuelto en sí, la sucia mano del comensal que estaba más cerca de ella le arrojó un trozo de aquel repugnante estofado. La carne rodó junto a la

muchacha, pero Jane se limitó a cerrar los ojos mientras la náusea ascendía desde el fondo de su estómago.

Viajaron muchos días a través de la tupida vegetación de la jungla. A Jane Porter, exhausta y con los pies hinchados y doloridos, la obligaban a avanzar, medio a rastras, medio a empujones, a lo largo de las tediosas, largas y abrasadoras jornadas. Alguna que otra vez, cuando tropezaba y caía, el repelente individuo que estaba más a mano la abofeteaba o la hacía levantarse a puntapiés. Mucho antes de que alcanzasen el final de aquella horrible marcha, Jane había prescindido de sus zapatos, a los que ya les faltaba la suela cuando los tiró. Sus prendas de vestir habían quedado reducidas a andrajosos harapos y, entre los lamentables jirones de la tela, la en otro tiempo blanca y tersa piel aparecía ahora ensangrentada y cubierta de arañazos producidos por los miles de implacables espinos y zarzas a través de las que la arrastraban.

Los últimos dos días de aquel viaje infernal se hallaba en estado tal de agotamiento que por muchas patadas que le propinasen y por muchos insultos que le dirigieran, le resultaba de todo punto imposible incorporarse sobre los sufridos y sanguinolentos pies. La maltratada naturaleza había llegado al límite de su resistencia y la muchacha se encontraba en una situación de impotencia física tan absoluta que ni siquiera podía ponerse de rodillas.

Aquellos bestias la rodeaban, sin parar de dirigirle amenazas en aquel lenguaje incomprensible para ella, se regodeaban en sus sufrimientos, la golpeaban con los puños y los pies, mientras la joven yacía en el suelo, con los ojos cerrados, rezando para que la muerte misericordiosa pusiera coto a tanto padecimiento. Pero esa muerte no llegó y, al final, los cincuenta hombres espantosos comprendieron que su víctima era incapaz de andar, por lo que la cogieron y la llevaron a cuestas el resto del viaje.

A última hora de la tarde, Jane vio las decadentes murallas de una imponente ciudad que se alzaba frente a ellos, pero estaba tan enferma y se sentía tan débil que no despertó en ella la más leve sombra de interés. No ignoraba que, la llevasen a donde la llevaran, su destino no podía tener más que un fin, cautiva de aquellos feroces semihombres.

Pasaron por último a través de dos gigantescas murallas y

llegaron al interior de la ruinosa ciudad. La condujeron a un pabellón medio derruido, donde la rodearon centenares de criaturas como las que la habían llevado allí. Pero entre aquella multitud había mujeres, cuyo aspecto era menos horrible. Al verlas, la muchacha alentó un conato de esperanza susceptible de mitigar su martirio. Pero duró poco, porque las féminas no le brindaron la menor simpatía, aunque, por otra parte, tampoco se metieron con ella.

Tras inspeccionarla a entera satisfacción de los individuos de aquel edificio, la trasladaron a una oscura cámara de los sótanos, donde la dejaron tirada en el suelo, con un cuenco de metal lleno de agua y otro con comida.

Durante una semana, Jane sólo vio a las mujeres encargadas de llevarle alimento y agua. Poco a poco fue recuperando las energías… pronto se encontraría en condiciones para constituir un sacrificio digno del Dios Flamígero. Era una suerte que la muchacha ignorase el destino que le aguardaba.

Cuando Tarzán de los Monos se retiraba lentamente a través de la jungla, tras arrojar certeramente aquel venablo que salvó a Clayton y a Jane Porter de morir destrozados por las fauces de Numa, el dolor que ocasiona una herida que se reabre de pronto inundaba su mente y su espíritu.

Se alegraba de haber detenido su brazo a tiempo de evitar la consumación de aquel acto homicida que su demencial arrebato de celos rabiosos le impulsaba irracionalmente a cometer. Sólo una fracción de segundo se había interpuesto entre Clayton y la muerte a manos del hombre-mono. En el breve instante transcurrido desde que reconoció a la joven y a su acompañante y la relajación de los tensos músculos que sostenían la flecha envenenada con la punta dirigida al corazón del inglés, Tarzán se había visto desequilibrado, dominado por los bárbaros impulsos de la salvaje vida de la fiera.

Había visto a la mujer que anhelaba —su mujer, su compañera, su pareja— en brazos de otro. De acuerdo con el inflexible código de la jungla que le había guiado en su existencia anterior, no podía reaccionar más que de una sola manera, era el único camino. Pero una décima de segundo antes de que fuese demasiado tarde, sentimientos más humanos, inherentes a su innata caballerosidad, se elevaron por encima de la llameante hoguera de su pasión y le

salvaron. Dio gracias a Dios mil veces porque tales sentimientos hubiesen triunfado antes de que sus dedos soltasen la pulimentada flecha.

Cuando pensó en volver con los waziris, la idea le resultó repelente. No deseaba volver a ver a ningún ser humano. Al menos, viviría solo, vagando por la selva, durante una temporada, hasta que el agudo filo del cuchillo de su dolor se mellara un poco. Al igual que sus compañeros los animales, prefería sufrir en silencio y a solas.

Aquella noche volvió a dormir en el anfiteatro de los monos, y durante varios días partió de allí a cazar y allí regresaba por la noche. En la tarde del tercer día volvió temprano. Llevaba un momento tendido encima de la suave hierba del claro cuando percibió un sonido que le era familiar. Deambulaba por la selva una cuadrilla de grandes simios… No podía equivocarse. Aguzó el oído a lo largo de varios minutos. Avanzaban en dirección al anfiteatro.

Tarzán se levantó perezosamente y se estiró. Sus aguzados oídos siguieron todos y cada uno de los movimientos de la tribu. Marchaban con el viento de espalda y Tarzán captó en seguida su olor, aunque no necesitaba aquella evidencia adicional para estar seguro de que tenía razón.

Cuando se aproximaban al anfiteatro. Tarzán de los Monos se escabulló entre las ramas de un árbol del lado contrario de la arena. Aguardó allí para inspeccionar a los que llegaban. No tuvo que esperar mucho.

Una cara velluda y feroz apareció de pronto entre las ramas bajas de la orilla contraria del bosque. Los crueles ojillos lanzaron una ojeada al claro y luego hubo un intercambio de parloteos cuando informó a los que marchaban detrás. Tarzán distinguió las palabras. El explorador comunicaba a los demás miembros de la tribu que el camino estaba despejado y que podían entrar en el anfiteatro con absoluta seguridad.

El cabecilla guía se descolgó ágilmente sobre la mullida alfombra de hierba y a continuación, uno tras otro, cerca de un centenar de antropoides le siguieron. Había adultos de gran tamaño e individuos jóvenes. Unas cuantas crías se aferraban a los peludos cuellos de sus selváticas madres.

Tarzán reconoció a bastantes miembros de la tribu. Era la misma

en la que se había criado y vivido desde niño. No pocos de los ahora adultos eran pequeños durante la juventud de Tarzán. Había jugado y retozado con ellos en aquella selva en el curso de su breve infancia y niñez. Se preguntó si se acordarían de él… La memoria de algunos simios no es lo que se dice demasiado larga y dos años pueden constituir para ellos toda una eternidad.

Las conversaciones que llegaban a sus oídos le participaron que la tribu había ido allí a elegir un nuevo rey: su último jefe se cayó desde una altura de treinta metros, al romperse una rama por la que pasaba, y el impacto contra el suelo le mató.

Tarzán anduvo hasta el extremo de una rama, desde donde quedaba visible a los integrantes de la tribu: Los rápidos ojos de una hembra fueron los primeros en localizarle. La hembra lanzó un aullido gutural para llamar la atención de los demás. Varios machos gigantescos se irguieron en toda su estatura para ver mejor al intruso. Enseñando los dientes y erizados los pelos del cuello avanzaron lentamente hacia Tarzán, al tiempo que de las profundidades de sus gargantas salían sordos y ominosos gruñidos.

—Soy Tarzán de los Monos, Karnath —anunció el hombre-mono en la lengua vernácula de la tribu—. Tienes que acordarte de mí. Juntos nos burlamos e hicimos rabiar mucho a Numa, cuando aún éramos pequeños. Le arrojábamos palos y nueces desde las ramas altas, donde estábamos a salvo.

El animal al que se dirigía detuvo su avance, con expresión de haber comprendido a medias y el asombro decorando su cara bestial.

—Y tú, Magor —se dirigió Tarzán a otro—, ¿no te acuerdas de tu antiguo jefe, el que mató al poderoso Kerchak? ¡Mírame! ¿No soy el mismo Tarzán, el formidable cazador, el luchador invencible al que todos vosotros conocisteis durante muchas estaciones?

Los monos avanzaron en grupo, pero en su ánimo había más curiosidad que amenaza. Cuchichearon entre ellos durante unos momentos.

—¿Qué buscas ahora entre nosotros? —preguntó Karnath.

—Sólo quiero paz —respondió el hombre-mono.

Los simios volvieron a conferenciar. Por último, Karnath habló de nuevo.

—Ven en paz, pues, Tarzán de los Monos —dijo.

Y Tarzán de los Monos se dejó caer con flexible salto sobre el mullido césped, en medio de aquella turba feroz y terrible. Había completado su ciclo evolutivo, para volver de nuevo a su condición de bruto entre los brutos.

No hubo saludos de bienvenida como hubiera ocurrido entre los hombres tras una separación de dos años. La mayoría de los monos reanudaron sus actividades, interrumpidas por la llegada de Tarzán, sin prestarle más atención, como si nunca se hubiera ausentado de la tribu.

Un par de machos jóvenes, que no tenían suficiente edad para recordarle, se llegaron a él y procedieron a olfatearle. Uno de ellos le enseñó los dientes y le gruñó, amenazador: deseaba poner de inmediato a Tarzán en el sitio que le correspondía. De haberse echado Tarzán atrás, seguramente el macho joven se habría dado por satisfecho, pero a partir de aquel momento la posición de Tarzán entre sus compañeros sería siempre inferior a la del macho que le había hecho retroceder.

Pero Tarzán de los Monos no retrocedió. Por el contrario, su gigantesca diestra salió disparada, con toda la fuerza de sus poderosos músculos, y arreó al joven macho tan tremenda bofetada en pleno rostro que lo mandó rodando por la hierba. El simio se levantó automáticamente, en una décima de segundo, se abalanzó sobre Tarzán… y esa vez la lucha sería cuerpo a cuerpo, a dentelladas desgarradoras y zarpazos demoledores: al menos, tal era la intención del macho joven. Pero apenas llegaron al suelo, entre gruñidos y mordiscos, los dedos del hombre-mono encontraron la garganta de su antagonista.

El macho joven no tardó en dejar su forcejeo, para permanecer completamente inmóvil en el suelo. Pero Tarzán aflojó la presa, le soltó y se puso en pie… No deseaba matar, sólo demostrar al joven y a quienquiera que pudiese estar contemplando la escena, que Tarzán de los Monos seguía siendo amo y señor.

La lección cumplió su objetivo: los belicosos monos jóvenes se apartaron de su camino, como debían hacer en presencia de congéneres superiores, y los machos adultos se abstuvieron de poner en tela de juicio las prerrogativas que le correspondían. Durante varios días, las hembras jóvenes con hijos de pecho mantuvieron respecto a él una actitud recelosa, y cuando se les

acercaba más de la cuenta se precipitaban hacia él, con las fauces abiertas y emitiendo rugidos espantosos. En tales casos, Tarzán emprendía la retirada juiciosamente y se ponía lejos de su alcance, porque también esa es la costumbre entre los monos: sólo los machos que se vuelven locos atacan a una madre. Al cabo de unos días, sin embargo, todos se habían acostumbrado a la presencia de Tarzán.

Iba de caza con ellos, como en los viejos tiempos, y cuando se dieron cuenta de que su superior inteligencia los llevaba a los puntos donde la comida era mejor y más abundante y de que su eficiente y astuta cuerda les proporcionaba suculenta carne de piezas que en raras ocasiones podían saborear, empezaron a considerarle como lo habían hecho en el pasado, cuando llegó a ser su rey. Y así fue que, antes de que abandonasen el anfiteatro para volver a su existencia nómada, ya lo habían vuelto a elegir jefe de la tribu.

El hombre-mono se sentía muy satisfecho de su suerte. Desde luego, no era feliz, nunca volvería a serlo, pero al menos se encontraba lo más lejos que le era posible encontrarse de cuanto pudiera recordarle su pasada desdicha. Hacía mucho tiempo que abandonó toda idea de regresar a la civilización y había decidido ya no volver nunca junto a sus amigos negros, los waziris. Había renunciado para siempre a convivir con los hombres. Empezó su vida como mono… y como mono moriría.

Sin embargo, le era imposible borrar de su memoria el hecho de que la mujer de la que se había enamorado estaba a menos de una jornada de distancia del terreno por el que vagaba la tribu, como tampoco podía apartar de su mente el temor de que a Jane la acechase el peligro de manera constante. Durante los breves instantes en que fue testigo directo de la ineficacia de Clayton comprendió que Jane no contaba ni mucho menos con la debida protección. Cuanto más pensaba en ello, más le atormentaba a Tarzán la conciencia.

Al final llegó a odiarse a sí mismo por permitir que su dolor y sus celos egoístas se interpusieran entre Jane Porter y la seguridad de la muchacha. A medida que iban pasando los días, aquel remordimiento iba corroyéndole cada vez con más intensidad el espíritu y la mente. Pero cuando decidió volver a la costa para velar

por Jane Porter y Clayton, surgieron noticias que alteraron todos sus planes y le impulsaron a salir disparado enloquecida y temerariamente hacia el este, sin pensar en los peligros y la muerte que podían aguardarle.

Antes de que Tarzán se hubiese integrado de nuevo en la tribu, cierto macho joven, al no estar seguro de que encontraría pareja apropiada entre las hembras de su comunidad, se marchó a recorrer mundo, de acuerdo con la costumbre de aquella familia de antropoides, como un caballero andante del medievo, en busca de la hermosa dama que colmase sus sueños, a la que tal vez encontraría en alguna comunidad vecina.

Acababa de regresar con su novia y se apresuraba a narrar las aventuras vividas, antes de que se le olvidaran. Entre otras cosas, contó haber visto una gran tribu de monos de aspecto singular.

—Todos eran machos de cara peluda —explicó—. Todos, menos uno, que era una hembra de color aún más claro que el de este forastero —y señaló a Tarzán con el pulgar.

Se despertó instantáneamente el interés del hombre-mono. Empezó a formular preguntas con toda la rapidez que permitía la corta inteligencia del antropoide, lento en las respuestas.

—Esos machos, ¿eran bajos y tenían las piernas arqueadas?

—Sí.

—¿Llevaban pieles de Numa y de Sheeta atadas alrededor de la cintura e iban armados con estacas y cuchillos?

—Sí.

—¿Llevaban muchos aros amarillos en los brazos y en las piernas?

—Sí.

—Y la hembra… ¿era menuda, esbelta y muy blanca?

—Sí.

—¿Pertenecía a la tribu o parecía ser su prisionera?

—La llevaban a rastras, unas veces tirando de ella por un brazo, otras del pelo de la cabeza que lo tenía muy largo. Y no paraban de darle golpes con los puños y con los pies. ¡Ah, era divertidísimo de ver!

—¡Dios santo! —murmuró Tarzán. Preguntó al macho joven—: ¿Dónde estaban cuando los viste y qué dirección llevaban?

—Estaban a la orilla de la segunda agua de ahí detrás —señaló

el antropoide hacia el sur—. Cuando pasaron junto a mí iban hacia la mañana, contra corriente, por el borde del agua.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió Tarzán.

—Hace media luna.

Sin una palabra más, el hombre-mono saltó a la enramada y voló de árbol en árbol como un espíritu incorpóreo, hacia el este, rumbo a la olvidada ciudad de Opar.

XXIV

TARZÁN VUELVE A OPAR

AL REGRESAR al refugio y descubrir que Jane Porter había desaparecido, un frenético arrebato de miedo y dolor asaltó a Clayton. Encontró a *monsieur* Thuran en sus cabales; la fiebre le había abandonado del mismo modo repentino en que se presentó, lo cual no deja de ser una de las peculiaridades de ese fenómeno patológico. Pese a su mejoría, el ruso, débil y exhausto, continuaba tendido en su lecho de hierbas del refugio.

Al preguntarle Clayton por la muchacha, pareció sorprenderle la noticia de que Jane no se encontraba allí.

—No he oído nada fuera de lo normal —dijo—. Claro que la mayor parte del tiempo he estado inconsciente.

De no haber sido por la evidente debilidad del individuo, Clayton hubiera sospechado que el ruso tenía algún siniestro conocimiento del paradero de Jane. Pero saltaba a la vista que

Thuran carecía de la vitalidad suficiente para bajar del refugio sin ayuda ajena. En las condiciones físicas en que se encontraba no podía haber causado daño alguno a la muchacha, como tampoco hubiera podido subir solo por la tosca escala que llevaba al refugio.

El inglés decidió dedicar el resto del día a inspeccionar la zona próxima de la selva, en busca de alguna pista de Jane o de su posible secuestrador. Pero aunque el rastro que dejaron los cincuenta espantosos hombres —cuya habilidad para moverse por la selva era prácticamente nula— fuese tan claro para cualquier morador de la jungla como una calle de ciudad para Clayton, el inglés lo cruzó y volvió a cruzar veinte veces sin percibir la más leve indicación de que por allí había pasado poco antes un nutrido grupo de hombres.

Al tiempo que exploraba el terreno, Clayton seguía llamando a Jane, pero lo único que consiguió con sus voces fue atraer a Numa, el león. Por suerte para él, Clayton vio a tiempo la sombría forma del felino que se le acercaba furtivamente y pudo trepar a las ramas de un árbol antes de que la fiera se hubiese aproximado lo suficiente como para poder echarle las zarpas encima. El lance puso fin a la búsqueda de Clayton durante el resto de la tarde, dado que el león estuvo hasta bien caída la noche paseándose bajo la enramada donde se había encaramado el inglés.

Incluso bastante después de que el animal se alejara, Clayton no se atrevió a descender a la amedrentadora negrura del suelo, de modo que se pasó la noche en el árbol: una noche aterradora, pavorosa. A la mañana siguiente abandonó toda esperanza de auxiliar a Jane Porter y regresó a la playa.

En el transcurso de la semana siguiente, *monsieur* Thuran recobró rápidamente sus energías, sin moverse de su lecho en el refugio, mientras Clayton salía en busca de comida para ambos. Los dos hombres sólo se dirigían la palabra cuando era estrictamente necesario. Clayton había pasado a ocupar la parte del refugio que estuvo reservada a Jane Porter, y sólo veía al ruso cuando le llevaba comida o agua, o cuando efectuaba para él alguna tarea de las que el más elemental sentido humanitario requería.

Cuando Thuran volvió a encontrarse en condiciones de bajar en busca de alimento, fue Clayton el que se vio atacado por la fiebre. Durante días y días el delirio y el sufrimiento no cesaron de

acosarle, pero el ruso no se acercó una sola vez a verle. Clayton no tenía apetito y no necesitaba alimento, pero su organismo sí precisaba agua y el deseo anhelante de ingerirla se convirtió en una tortura. A pesar de lo débil que estaba, solía aprovechar los momentos en que los intermitentes ataques de delirio se lo permitían para bajar del refugio, una vez al día, ir al arroyo y llenar una pequeña lata, que era uno de los pocos objetos sacados del bote salvavidas.

En tales ocasiones, Thuran le observaba con expresión de malévolo regodeo… Realmente parecía disfrutar con el sufrimiento del hombre que, pese al desprecio que pudiera sentir por él, le había cuidado lo mejor que supo durante el tiempo que el ruso sufrió los mismos rigores febriles.

Por último, la debilidad se apoderó de Clayton de tal modo que el inglés ya no pudo bajar del refugio. Se pasó un día entero muerto de sed y sin recurrir a Thuran pero, finalmente, no pudo resistir más y rogó al ruso que le llevase un poco de agua.

Thuran se presentó en la entrada del compartimento de Clayton, con un plato lleno de agua en la mano. Una sonrisa perversa contraía sus facciones.

—Aquí está el agua —dijo—. Pero antes permítame recordarle que me indispuso con la chica, que le habló mal de mí, que se la reservó para sí, que no quiso compartirla conmigo…

Clayton le interrumpió.

—¡Ya está bien! —gritó—. ¡Basta! ¿Qué clase de miserable es usted, capaz de calumniar y deshonrar la memoria de una mujer buena y que creemos está muerta? ¡Santo Dios! ¡Qué estúpido fui al permitirle seguir viviendo! ¡Ni siquiera es digno de vivir en esta tierra maldita!

—Aquí tiene su agua —dijo el ruso—. Toda la que va a conseguir.

Thuran se llevó el recipiente a los labios y bebió un trago.

Arrojó al suelo, abajo, la que quedaba. Luego dio media vuelta y dejó abandonado al enfermo.

Clayton se puso de costado, enterró el rostro entre los brazos y se dio por vencido.

Al día siguiente, Thuran decidió emprender la marcha hacia el norte, a lo largo del litoral. Sabía que, tarde o temprano, llegaría a

algún lugar habitado por seres civilizados y que, en el peor de los casos, no estaría peor de lo que estaba en la playa del refugio. Además, los desvaríos delirantes del inglés empezaban a atacarle los nervios.

Así, pues, se apoderó del venablo de Clayton y se puso en camino. Habría matado al enfermo antes de marcharse de no ocurrírsele que eso podía ser una obra de misericordia.

Aquel mismo día llegó a una pequeña cabaña junto a la costa y su corazón se llenó de renovada esperanza al ver aquella prueba de la proximidad de civilización. Pensó que sería el puesto avanzado de alguna colonia cercana. De haber sabido a quien pertenecía y que en aquel momento su propietario se hallaba a escasos kilómetros, tierra adentro, Nicolás Rokoff habría huido de allí como alma que lleva el diablo. Pero como lo ignoraba, decidió quedarse unos días en la cabaña y disfrutar de la seguridad y de las relativas comodidades que proporcionaba aquel albergue. Después reanudó la marcha hacia el norte.

En el campamento de *lord* Tennington se realizaban preparativos para construir moradas permanentes y, una vez concluidas, enviar una patrulla de varios hombres en busca de socorro.

A medida que fueron pasando los días sin que apareciese por allí la ansiada expedición de salvamento, fue volatilizándose la esperanza de que hubiesen rescatado del mar a Jane Porter, Clayton y *monsieur* Thuran. Nadie habló más del asunto al profesor, que, por otra parte, estaba tan inmerso en sus elucubraciones científicas que había perdido la noción del tiempo y de su transcurrir.

De vez en cuando formulaba el comentario de que el día menos pensado iban a ver un vapor que anclaría cerca de la orilla y todos volverían a reunirse, felices y contentos. A veces hablaba de un tren y se preguntaba si no llevaría tanto retraso por culpa de las tormentas de nieve.

—Si no conociese tan bien a ese querido buen hombre —Tennington hablaba con la señorita Strong—, casi tendría la absoluta seguridad de que… ejem… no está del todo en su sano juicio, ¿sabe?

—Si no fuese tan patético, sería ridículo —repuso la muchacha, en tono triste—. Yo, que le conozco desde pequeña, sé cuánto adora a Jane, sin embargo, a los demás les puede parecer que le tiene sin

cuidado la suerte de su hija. Lo único que ocurre es que carece por completo de sentido práctico, vive en las nubes y no puede concebir una cosa tan real como la muerte, a no ser que le presenten una prueba irrebatible de ella.

—Nunca imaginaría usted lo que hizo ayer —continuó Tennington—. Yo volvía solo de una pequeña excursión de caza, cuando me lo encontré de cara, caminando a toda prisa por el sendero. Llevaba las manos a la espalda, entrelazadas bajo el faldón de esa larga levita negra suya y la chistera encasquetada a fondo en la cabeza. Con la vista clavada en el suelo seguramente se hubiera precipitado a una muerte segura si no llego a interceptarle.

»Le pregunté: "Pero ¿a dónde diablos va, profesor?". "Voy a la ciudad, *lord* Tennington", me contestó, muy serio, "a quejarme al jefe de Correos del mal servicio que tienen aquí. Porque, señor, llevo una semana sin recibir ni una sola carta. Y tendría que haber recibido varias de Jane. Se ha de informar inmediatamente a Washington de este asunto".

»No sabe usted, señorita Strong, lo que me costó convencer al pobre anciano de que aquí no hay cartería rural, que no existe ciudad ni, por lo tanto, estafeta, que ni siquiera estamos en el mismo continente en que se encuentra Washington, ni en el mismo hemisferio.

»Cuando todo eso entró en su mente, empezó a preocuparse por su hija… Creo que se dio cuenta por primera vez de la situación en que nos encontramos aquí y de que es posible que no hayan rescatado del mar a la señorita Porter.

—No quiero pensar en eso —dijo la muchacha— y, sin embargo, tampoco puedo quitarme de la cabeza a los miembros ausentes de nuestro grupo.

—Hemos de esperar lo mejor —respondió Tennington—. Usted misma es un espléndido ejemplo de valor, ya que, en cierto modo, es la que más ha perdido de todos nosotros.

—Sí —convino la señorita Strong—. No querría más a Jane si fuese mi hermana.

Tennington no manifestó la sorpresa que le produjo el comentario. Sus tiros no iban por ahí. Desde el naufragio del *Lady Alice* había pasado muchas horas junto a aquella preciosa hija de Maryland y últimamente se había percatado de que la joven le

inspiraba más cariño del que sería recomendable para su paz espiritual y el sosiego de su mente, ya que a su cerebro acudía con reiteración constante la confidencia que le hiciera *monsieur* Thuran, relativa al compromiso matrimonial entre el ruso y la señorita Strong. Se preguntó si, después de todo, *monsieur* Thuran habría dicho la verdad. Por parte de la muchacha no había observado el menor detalle que indicase que Hazel experimentara hacia Thuran algo que rebasara los límites de la amistad. Aventuró Tennington:

—Además, la pérdida de *monsieur* Thuran, si es que se ha perdido, le habrá causado a usted una profunda aflicción.

Hazel Strong levantó hacia él una rápida y sorprendida mirada.

—*Monsieur* Thuran había llegado a convertirse en un buen amigo mío —dijo la muchacha—. Me caía muy bien, aunque nos conocíamos desde hacía muy poco tiempo.

—Entonces, ¿no estaba usted comprometida en matrimonio con él? —se exaltó *lord* Tennington, reanimado.

—¡Cielos, no! —exclamó la joven—. Nada de nada, en ese sentido.

Había algo que *lord* Tennington deseaba decirle a Hazel Strong… se perecía por decírselo y por decírselo inmediatamente, pero sin saber cómo ni por qué, las palabras se le quedaban atascadas en la garganta. Empezó un par de veces, se le quebró la voz, carraspeó, se le puso como la grana el semblante y, por último… acabó diciendo que las cabañas estarían terminadas antes de que llegase la estación de las lluvias.

Pero, aunque Tennington no tuvo conciencia de ello, lo cierto era que había transmitido a la joven el mensaje que deseaba transmitirle, cosa que hizo feliz a Hazel… más feliz de lo que jamás había sido en toda su vida.

En ese preciso instante interrumpió el diálogo la aparición de una figura de aspecto tan extraño como terrible, que surgió de la selva al sur del campamento. Tennington y la muchacha lo vieron simultáneamente. El inglés tiró de revólver, pero cuando aquel ser medio desnudo, de barbado rostro, pronunció su nombre en voz alta y corrió hacia ellos, *lord* Tennington bajó el arma y acudió al encuentro del recién llegado.

En aquel hombre sucio y demacrado, vestido sólo con una especie de sayo hecho de pequeñas pieles, nadie hubiese reconocido

al atildado y elegante *monsieur* Thuran que los pasajeros del *Lady Alice* habían visto por última vez en la cubierta del yate.

Antes de informar a los demás miembros del grupo de la presencia del ruso, Tennington y la señorita Strong interrogaron a *monsieur* Thuran acerca de la suerte de los otros ocupantes del bote perdido.

—Han muerto todos —respondió Thuran—. Los tres marineros, antes de que desembarcáramos. A la señorita Porter se la llevó al interior de la selva alguna fiera salvaje mientras la fiebre me tenía a mí hundido y delirante. Clayton falleció de esa misma fiebre, pero unos pocos días después. ¡Y pensar que sólo nos separaban unos cuantos kilómetros… apenas un día de marcha! ¡Es terrible!

Jane Porter ignoraba cuánto tiempo permaneció tendida a oscuras en el suelo de aquella mazmorra del antiguo templo de Opar. Aquejada por la fiebre estuvo unos días delirando, pero cuando superó el estado febril empezó a recobrar lentamente sus energías. La mujer que a diario le llevaba comida le indicaba por señas que se incorporase, pero durante bastantes fechas Jane sólo pudo menear la cabeza para comunicarle así que estaba demasiado débil para poder levantarse.

Pero llegó un momento en que estuvo en condiciones de ponerse en pie y, luego, de dar unos pasos vacilantes, apoyándose con una mano en la pared. Los seres que la habían apresado la observaban ahora con creciente interés. Se acercaba el día del sacrificio y la víctima tenía cada vez más fuerzas.

Amaneció por fin el día en cuestión y una joven a la que Jane Porter veía por primera vez se presentó en el calabozo subterráneo acompañada de otras mujeres. Llevaron a cabo allí una especie de ceremonia, de naturaleza religiosa, Jane estuvo segura de eso, lo que le hizo cobrar nuevos ánimos, alegrada por la idea de que había caído entre personas a quienes la influencia formativa de la religión había cultivado y depurado. La tratarían humanitariamente… de eso tenía ahora el convencimiento absoluto.

De modo que cuando la sacaron de aquel calabozo, la condujeron a lo largo de oscuros pasillos y, tras ascender una escalera con peldaños de cemento, a un patio inundado de brillante claridad, la muchacha avanzó de buen grado e incluso contenta, porque, ¿no se encontraba entre servidoras de Dios? Cabía la

posibilidad, naturalmente, de que la concepción que aquellas gentes tuviesen del Ser Supremo fuera distinta a la suya, pero el hecho de que tuviesen un dios era prueba evidente de que se trataba de criaturas pías y bondadosas.

Pero cuando vio un altar de piedra en el centro de la nave descubierta, y observó las oscuras manchas de sangre resecas sobre el cemento, alrededor del altar, nacieron dudas en su mente. Y cuando se agacharon, le ligaron los tobillos y le ataron las manos a la espalda, sus dudas se transformaron en verdadero miedo. Un momento después, cuando la levantaron en peso y la tendieron encima del altar, toda esperanza desapareció de su espíritu y la angustia del pánico sembró de temblores su cuerpo.

Durante la grotesca danza de las sacerdotisas, Jane permaneció sumida en el terror y para comprender cuál sería su destino no le hizo falta ver cómo la mano de la gran sacerdotisa levantaba despacio la afilada hoja del cuchillo.

Cuando la mano inició el descenso, Jane Porter cerró los párpados y elevó en silencio sus preces al Supremo Hacedor, ante el que no tardaría en enfrentarse… luego sucumbió a la tensión de sus agotados nervios y se desvaneció.

Día y noche corrió Tarzán de los Monos a través de la selva virgen en dirección a la ruinosa ciudad en la que estaba seguro se encontraba, prisionera o muerta ya, la mujer que amaba.

Cubrió en veinticuatro horas la misma distancia que había costado casi una semana a los cincuenta hombres espantosos, porque Tarzán de los Monos volaba de árbol en árbol, por encima de la maraña vegetal que obstaculizaba el paso al nivel del suelo.

El relato del joven mono macho le había indicado claramente que la muchacha cautiva era Jane Porter, porque en toda la jungla no había otra mujer menuda y blanca aparte de «ella». En los «monos» de la burda descripción, Tarzán reconoció a las grotescas caricaturas de hombre que habitaban en las ruinas de Opar. Y no le costaba nada imaginar el destino de Jane, que veía en su mente con la misma claridad que si fuese testigo directo del mismo. No podía adivinar cuándo iban a tender a la muchacha sobre la losa del altar, pero sí estaba seguro de que el frágil cuerpo de su amada acabaría allí tarde o temprano.

Al cabo de lo que al impaciente hombre-mono le parecieron

siglos, Tarzán llegó a lo alto de la barrera de escalamientos de peñascos que jalonaban el valle desolado. Contempló abajo las hoscas y pavorosas ruinas de la ahora aterradora ciudad de Opar. A trote rápido atravesó el polvoriento terreno sembrado de peñascos, rumbo a la meta de sus deseos.

¿Llegaría a tiempo de salvar a Jane? Lo esperaba contra toda esperanza. Al menos, podría vengarse, y en su ira se consideraba capaz de borrar del mapa a toda la población de aquella ciudad de los horrores. Era cerca de mediodía cuando alcanzó el gran peñón en cuya parte superior concluía el pasadizo que enlazaba con los pozos de debajo de la ciudad. Escaló como un gato las escarpadas superficies de aquella amenazadora *kopje* de granito. Segundos después se desplazaba por la oscuridad del largo y recto túnel que llevaba a la cámara del tesoro. Cruzó ésta y continuó hasta llegar a la chimenea-pozo situada al otro lado de la que ocupaba la mazmorra de la pared falsa. Hizo una pausa en el borde del pozo y, desde la abertura de arriba, llegó a sus oídos un tenue soniquete. Lo captó al instante y tradujo su significado… Era la danza de la muerte previa al sacrificio, acompañada por la canción ritual de la suma sacerdotisa. Reconoció incluso la voz de la mujer.

¿Sería precisamente aquella la ceremonia por la que él había corrido tanto para evitar? Una oleada de terror le inundó. ¿Es que, después de todo, llegaba demasiado tarde? Como un ciervo aterrado franqueó de un salto el estrecho abismo, hacia la continuación del pasillo que se prolongaba al otro lado. Se precipitó como un poseso contra la pared falsa, dispuesto a derribar rápidamente aquel obstáculo que se le oponía: sus músculos de gigante apartaron los bloques, introdujo la cabeza y los hombros por la pequeña brecha inicial y se llevó por delante el resto de la pared, que cayó con gran estruendo sobre el piso de cemento de la mazmorra.

Salvó de un solo brinco toda la longitud de la cámara y se arrojó contra la vieja puerta. Pero ésta le cortó el paso eficazmente. Las fuertes barras de madera que la atrancaban por el otro lado demostraron estar hechas a prueba de sus formidables músculos. Sólo necesitó un momento para llegar a la conclusión de que eran inútiles sus esfuerzos y que no podría derribar aquella barrera infranqueable. Sólo había otro camino de acceso y para recorrerlo debía regresar por los túneles hasta el risco que se alzaba un

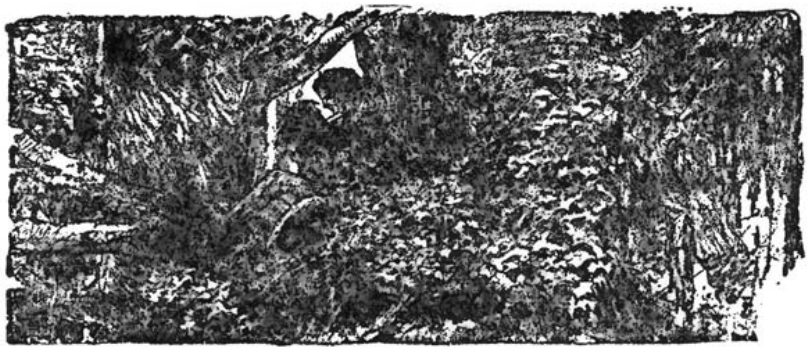
kilómetro y medio más allá de las murallas de Opar. Y luego avanzar por el terreno descubierto y entrar en la ciudad tal como lo hizo la primera vez con los waziris.

Comprendió que volver sobre sus pasos y entrar en la plaza por la superficie quizás significara llegar demasiado tarde para salvar a Jane, si realmente era ella la que estaba tendida sobre el altar. Pero no parecía existir otro medio, así que dio media vuelta y regresó al pasadizo del otro lado de la pared. Al llegar al pozo oyó de nuevo la monótona cantinela de la suma sacerdotisa. Miró hacia arriba y vio que la abertura, a unos seis metros por encima de él, parecía tan cercana que le entraron ganas de saltar hacia ella, en un loco empeño de alcanzar el patio interior que tan próximo estaba.

¡Si pudiera enganchar el extremo de su cuerda de hierbas en algún saliente o protuberancia de aquella tentadora abertura! Se le ocurrió la idea en aquel instante de pausa. Lo intentaría. Regresó a la pared derribada y tomó una loseta ancha y llana de las que integraban el tabique. Ató a toda prisa un extremo de la cuerda alrededor de la pieza de granito y volvió al pozo. Dejó en el suelo, junto a él, la cuerda enrollada. Tomó la pesada loseta a la que había atado un extremo de la cuerda, balanceó la piedra varias veces, para determinar bien la distancia y la dirección. Arrojó la piedra de modo que subiese inclinada en cierto ángulo, a fin de que antes de descender pasara por el borde de la abertura y cayese por la otra parte del patio.

Tarzán tiró hacia abajo del extremo suelto de la cuerda, hasta que notó que la piedra había quedado encajada segura y firmemente en el filo del borde del pozo y luego empezó a trepar por la cuerda, suspendido sobre el tenebroso fondo de aquel abismo. Cuando todo el peso de su cuerpo pendía de la cuerda sintió que la parte superior de ésta resbalaba.

Aguardó con los nervios tensos y la incertidumbre agobiándole mientras la cuerda bajaba, con pequeñas sacudidas, centímetro a centímetro. La piedra subía, resbalaba hacia la parte exterior de la mampostería que rodeaba el borde del pozo… ¿Se sujetaría, quedaría trabada en el mismo filo, o el propio peso de Tarzán la haría resbalar por encima del borde, para caer sobre él y acompañarle en su descenso, cuando se desplomara hacia las desconocidas y negras profundidades del pozo?



XXV

A TRAVÉS DE LA SELVA VIRGEN

DURANTE un momento, breve pero angustioso, Tarzán notó cómo se deslizaba la cuerda de la que estaba colgado y oyó sobre su cabeza el rechinar de la loseta de piedra al resbalar por la mampostería.

Luego, de repente, la cuerda dejó de deslizarse: la piedra había quedado sujeta en el mismo filo de la abertura. Cautelosamente, el hombre-mono trepó por la frágil cuerda. Instantes después asomaba la cabeza por el borde del pozo. El patio estaba vacío. Los habitantes de Opar asistían al sacrificio. Tarzán oyó la voz de La que llegaba de la cercana nave de los sacrificios. Había cesado la danza. Debía estar muy cerca el momento en que descendiera el cuchillo, pero incluso mientras tales pensamientos cruzaban por su mente, Tarzán corría a toda velocidad en dirección al punto donde sonaba la voz de la sacerdotisa.

El destino le condujo hasta los mismos umbrales de la gran nave sin techo. Entre el altar y él se interponía la larga fila de sacerdotes y sacerdotisas, que aguardaban con la copa de oro en la mano a que brotara la sangre caliente de su víctima.

La mano de La bajaba lentamente hacia el pecho de la delicada e inmóvil figura tendida sobre la dura piedra. Tarzán exhaló un jadeo, casi un sollozo, al reconocer las facciones de su amada. Y la cicatriz de encima de su frente se transformó en una llameante cinta escarlata, una neblina roja flotó ante sus ojos y con el terrible rugido del mono macho que enloquece de repente, saltó como un león y se plantó en medio de las sacerdotisas.

Arrebató la estaca al sacerdote que tenía más cerca y la volteó como un auténtico demonio furioso, para abrirse paso rápidamente hacia el altar. La mano de La se inmovilizó al sonar el primer ruido de la interrupción. Al ver quién era el culpable de aquel pandemónium, se puso blanca. No había conseguido desentrañar el enigma de la misteriosa huida de Tarzán del calabozo en el que lo dejó encerrado. En ningún momento había deseado que saliera de Opar, porque La contemplaba el atlético cuerpo y el atractivo rostro de Tarzán con ojos de mujer y no de sacerdotisa.

Su inteligente cerebro había concebido ya la historia de una maravillosa revelación supuestamente recibida de labios del propio Dios Flamígero, según la cual se le ordenaba que acogiese a aquel blanco desconocido como mensajero enviado por el propio dios a su pueblo en la Tierra. La sabía que tal fábula dejaría satisfechos a los habitantes de Opar. Y estaba segura de que el hombre también se sentiría satisfecho y de que le complacería quedarse allí y convertirse en su esposo. Eso era mucho mejor que volver al altar de los sacrificios.

Pero cuando fue a la mazmorra para explicarle el plan, el hombre había desaparecido, a pesar de que la puerta continuaba cerrada con llave, exactamente igual que la dejó. Y ahora estaba de vuelta —se había materializado en el aire— y mataba a los sacerdotes como si fuesen corderos. La se olvidó momentáneamente de su víctima y antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa, el gigante blanco estaba ante ella y sostenía en los brazos a la muchacha que hacía unos segundos estaba tendida sobre el altar.

—¡Apártate, La! —conminó Tarzán—. Me salvaste una vez y no

voy a hacerte daño, pero no te interpongas en mi camino ni trates de seguirme…, porque entonces tendría que matarte a ti también.

—¿Quién es? —preguntó la suma sacerdotisa, al tiempo que señalaba con el dedo a la mujer inconsciente.

—¡Es mía! —respondió Tarzán de los Monos.

La muchacha de Opar permaneció inmóvil un instante, mirándole con ojos desorbitados. Después, una expresión de angustiada desesperanza apareció en sus pupilas…, afloraron las lágrimas a sus ojos y, al tiempo que se le escapaba un grito entrecortado, la sacerdotisa se desplomó sobre el suelo. Casi simultáneamente, una enfurecida turba de hombres espantosos saltaba por encima del cuerpo de La dispuesta a caer sobre el hombre-mono.

Pero Tarzán ya no estaba allí cuando alargaban los brazos para cogerlo. Un ágil salto le había llevado al pasillo que conducía a los pozos del subsuelo. Desapareció por allí y cuando los perseguidores marcharon tras él, cautelosamente, encontraron la cámara vacía. Se echaron a reír e intercambiaron jocosos comentarios, convencidos como estaban de que no existía ninguna salida de aquellos pozos, aparte de la que se utilizaba para entrar. Todo lo que entraba por allí, por allí tenía que salir, de modo que lo único que les quedaba por hacer era esperar arriba a que intentase escapar.

Mientras tanto, Tarzán de los Monos, cargado con la inconsciente Jane Porter, atravesaba los pozos de Opar por debajo del templo del Dios Flamígero sin que nadie le persiguiera. Sin embargo, cuando los hombres de Opar hubiesen profundizado más en el asunto recordarían que aquel hombre ya se había escapado una vez de los pozos y, como ellos vigilaban la entrada, sabían que no huyó por allí. No obstante, luego apareció procedente del exterior. Enviarían otra vez cincuenta hombres al valle para que encontraran y apresaran a aquel profanador del templo.

Cuando Tarzán llegó al pozo del otro lado de la pared de la mazmorra, confiaba de tal modo en el éxito de la fuga, que se entretuvo en poner de nuevo los bloques de granito en su sitio, ya que no le hacía mucha gracia que los individuos del templo se enterasen de la existencia de aquel paso olvidado, a través del cual se llegaba a la cámara del tesoro. Tenía intención de volver a Opar y llevarse de allí una fortuna todavía mayor de la que ya había

enterrado en el anfiteatro de los monos.

Recorrió los pasadizos a paso ligero, franqueó la primera puerta y atravesó la cámara del tesoro. Dejó atrás la segunda puerta y prosiguió a lo largo del túnel que conducía a la salida oculta situada fuera de la ciudad. Jane Porter continuaba sin sentido.

Se detuvo en lo alto del gran peñón para lanzar un vistazo hacia la ciudad. Vio una cuadrilla de espantosos hombres de Opar que avanzaba a través del valle. Vaciló unos segundos. ¿Sería mejor descender y lanzarse a la carrera hacia los lejanos riscos o quedarse donde estaba hasta que anocheciese? Una ojeada al blanco semblante de la joven le decidió. No podía dejarla allí y permitir que los enemigos se interpusieran entre ellos y la libertad. No ignoraba que era posible que les hubiesen seguido por los túneles, en cuyo caso tendrían enemigos al frente y por la espalda, lo que significaba que acabarían indefectiblemente por capturarlos, puesto que, cargado como iba con la inconsciente muchacha, no podría abrirse paso luchando.

Descender por la cara vertical del peñón cargado con Jane Porter no era tarea fácil, pero utilizó la cuerda de hierba para atarse a la muchacha cruzada sobre los hombros y consiguió llegar abajo antes de que los hombres de Opar alcanzasen el risco. Como había descendido por la cara opuesta a la ciudad, la patrulla de búsqueda no pudo verle, ni a ninguno de sus integrantes se le pasó por la cabeza que su presa se encontrara tan cerca por delante de ellos.

A base de mantener el *kopje* entre él y los perseguidores, Tarzán de los Monos se las arregló para recorrer un kilómetro y medio antes de que los hombres de Opar rodeasen el centinela de granito y divisaran al fugitivo delante de ellos. Entre salvajes alaridos de júbilo, emprendieron una carrera frenética, con la idea, sin duda, de que alcanzarían en seguida a aquel hombre, cargado como iba. Pero subestimaban la fortaleza única del hombre-mono y sobrestimaban las posibilidades de sus cortas y arqueadas piernas.

Al ritmo de su paso ligero, Tarzán mantuvo la distancia entre ellos. De vez en cuando lanzaba una mirada al rostro que tan cerca tenía del suyo. De no ser por los débiles latidos del corazón que se oprimía contra su piel, no habría sabido que la muchacha continuaba viva, tan pálido y ojeroso aparecía el cansado semblante de Jane.

Llegaron a lo alto de la montaña coronada por la altiplanicie y la barrera de acantilados. Durante el último kilómetro y medio, Tarzán había acelerado el ritmo, corriendo como un gamo, para sacar a los perseguidores la máxima ventaja y descender por la vertiente contraria antes de que los oparianos llegasen a la cumbre y pudieran arrojarles piedras. De modo que ya habían cubierto ochocientos metros de descenso por la ladera de la montaña cuando los hombrecillos de Opar llegaron a la cumbre, exhaustos y jadeantes.

Empezaron a lanzar gritos de rabia y desilusión mientras corrían por el borde de la cima, agitaban sus garrotes e interpretaban una auténtica danza de la cólera. Pero en esa ocasión se abstuvieron de rebasar la frontera de su territorio. Tanto si ello se debía a que se daban cuenta de lo estéril y molesta que había sido su anterior búsqueda o a que acababan de comprobar lo fácil que le había resultado al hombre-mono dejarles tan atrás, con su último acelerón, lo cierto es que los de Opar se convencieron de lo absolutamente inútil que sería continuar la persecución. Y cuando Tarzán llegaba a la arboleda que nacía al pie de las estribaciones que bordeaban los farallones, dieron media vuelta y regresaron a Opar.

Nada más cruzar la linde de la floresta, desde donde aún podían verse las cimas de los riscos, Tarzán depositó su carga sobre la hierba y, acercándose a un arroyo próximo, llevó agua y lavó la cara y las manos de la joven. Ni siquiera así recuperó Jane el conocimiento, por lo que, preocupado, cogió nuevamente a la muchacha en sus fuertes brazos y reanudó la marcha apresuradamente hacia el oeste.

Jane Porter se despertó entrada la tarde. No abrió los ojos en seguida… antes trató de rememorar las últimas escenas de las que fue testigo. Ah, ya lo recordaba. El altar, aquella terrible sacerdotisa, el cuchillo que descendía lentamente. Se estremeció, pensó que o aquello era la muerte o el cuchillo acababa de hundirse en su corazón y estaba experimentando el breve delirio que precede a la muerte.

Cuando por fin reunió valor suficiente para levantar los párpados, lo que vio confirmaba sus temores: por un frondoso paraíso la llevaba en brazos el hombre al que amaba, un hombre

muerto hacía tiempo.

—Si esto es la muerte —susurró—, doy gracias a Dios por haber fallecido.

—¡Hablas, Jane! —exclamó Tarzán—. ¡Has recobrado el conocimiento!

—Sí, Tarzán de los Monos —repuso la mujer, y, por primera vez en varios meses, una sonrisa de paz y felicidad animó su rostro.

—¡Gracias a Dios! —casi gritó el hombre-mono. Se llegó a un claro cubierto de hierba, junto al arroyo—. Después de todo, llegué a tiempo.

—¿A tiempo? ¿Qué quieres decir? —preguntó Jane.

—A tiempo de salvarte de la muerte en aquel altar, cariño —contestó él—. ¿No te acuerdas?

—¿Salvarme de la muerte? —articuló en tono de extrañeza—. ¿No estamos muertos?

Tarzán la había tendido ya sobre la hierba del prado, con la cabeza apoyada en la raíz de un árbol gigantesco. Respondió a la pregunta de Jane retrocediendo para ver mejor el semblante de la muchacha.

—¿Muertos? —repitió, y se echó a reír—. Desde luego, tú no estás muerta y si quieres volver a la ciudad de Opar y preguntárselo a los que viven allí, te contarán que tampoco a mí me mataron hace unas pocas horas, como hubiera sido su gusto. No, cariño, los dos estamos vivos y bien vivos.

—Pero Hazel y *monsieur* Thuran me dijeron que te caíste al mar a muchas millas de la costa —insistió Jane, como si tratara de convencerle de que tenía que estar muerto—. Aseguraron que no cabía duda alguna de que se trataba de tu persona… y mucho menos de que pudieras haber sobrevivido o de que algún buque te rescatara del mar.

—¿Cómo puedo convencerte de que no soy un fantasma? —soltó Tarzán una carcajada—. Fui yo la persona a la que el encantador *monsieur* Thuran arrojó por la borda, pero no me ahogué (te lo contaré todo dentro de un momento), de modo que aquí me tienes: tan salvaje como la primera vez que me viste, Jane Porter.

La joven se puso en pie, muy despacio, y se le acercó.

—Aún no puedo creerlo —murmuró—. No es posible que tanta felicidad sea cierta después de todas las cosas horribles que me han

pasado en los meses transcurridos desde que el *Lady Alice* se fue a pique.

Ante él, apoyó una mano, suave y temblorosa, en el brazo de Tarzán.

—Debo de estar soñando y luego me despertaré y veré de nuevo ese aterrador cuchillo descendiendo hacia mi corazón… Bésame, cariño, sólo una vez, antes de que se desvanezca y se pierda mi sueño para siempre.

Tarzán de los Monos no necesitó que se lo repitieran. Tomó en sus brazos y besó a la joven, no una, sino cien veces, hasta que Jane se quedó jadeante, sin aliento. Sin embargo, cuando Tarzán dejó de besarla, ella le pasó los brazos alrededor del cuello y atrajo los labios del hombre sobre los suyos una vez más.

—¿Estoy vivo, esto está sucediendo en realidad o no se trata más que de un sueño? —preguntó Tarzán.

—Si no estás vivo —repuso ella—, rezaré para morir yo también antes de despertar a la espantosa realidad de los últimos instantes que estuve despierta.

Permanecieron silenciosos unos momentos… mirándose a los ojos como si cada uno dudase de la realidad de aquella inefable dicha que inopinadamente había caído sobre ellos. El pasado, con todas sus horripilantes decepciones, se hundía en el olvido, el futuro no les pertenecía, pero el presente… ¡ah!, el presente era totalmente suyo. Nadie podía arrebatárselo. La muchacha fue la primera en quebrar aquel dulce silencio.

—¿Adónde vamos, cariño? —preguntó—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Adónde te gustaría ir? —respondió Tarzán con otra pregunta —. ¿Qué es lo que más te gustaría hacer?

—Iré a donde vayas tú; haré lo que a ti te parezca mejor —respondió ella.

—Pero ¿y Clayton? —recordó Tarzán. Durante un momento se había olvidado de que sobre la Tierra viviese alguien más, aparte de ellos dos—. No hemos tenido en cuenta a tu marido.

—No estoy casada, Tarzán de los Monos —protestó Jane—. Y he dejado de estar prometida en matrimonio. El día antes de que aquellas horribles criaturas me cogieran prisionera le confesé a Clayton que estaba enamorada de ti y él comprendió que me era imposible cumplir la promesa que le hice. Fue inmediatamente

después de que nos salvásemos milagrosamente de un león que iba a atacarnos. —Se interrumpió bruscamente y alzó la cabeza para mirar a Tarzán, con un brillo interrogador en las pupilas. Exclamó —: ¿Fuiste tú quien hizo aquello, Tarzán de los Monos? Claro, no podía ser nadie más.

El hombre-mono bajó la mirada; se sentía avergonzado.

—¿Cómo pudiste marcharte y dejarme allí? —le reprochó Jane.

—¡No, Jane! —suplicó Tarzán—. ¡Calla, por favor! No sabes lo que he sufrido desde entonces, por la crueldad de aquel acto, ni lo que pasé entonces, primero por los celos y después por el rencor que me atormentaba a causa de un destino que no merecía. Después de aquel episodio, regresé con mi tribu de antropoides, decidido a no volver a ver jamás a ningún ser humano.

Le habló a continuación de la vida que había llevado desde que regresó a la jungla, de cómo había caído a plomo, desde la condición de parisiense civilizado hasta la índole de salvaje guerrero waziri, para descender de ésta a la de fiera selvática, el estado en que se crió.

Jane le hizo numerosas preguntas y, por último, planteó temerosamente el asunto que le había contado *monsieur* Thuran: las relaciones de Tarzán con aquella mujer de París. Él le contó detalladamente su existencia civilizada, sin omitir nada, ya que nada tenía de qué avergonzarse: su corazón siempre perteneció a Jane. Cuando hubo terminado, se quedó contemplando a la muchacha, como si esperase su veredicto y sentencia.

—Sabía que aquel hombre no estaba diciendo la verdad —manifestó Jane—. ¡Oh, qué ser más despreciable!

—¿No estás enfadada conmigo, pues? —inquirió Tarzán.

Y la respuesta de Jane, aunque incongruente en apariencia, no pudo ser más femenina.

—¿Es muy guapa Olga de Coude?

Tarzán se echó a reír y besó de nuevo a Jane.

—Ni la décima parte que tú, cielo.

Jane dejó escapar un suspiro de placer y apoyó la cabeza en el hombro de Tarzán. Y él supo que estaba perdonado.

Aquella noche Tarzán construyó un refugio en la enramada alta de un árbol gigantesco. Allí durmió la cansada muchacha, mientras él, encaramado en una horquilla del mismo árbol, un poco más

abajo, se acurrucó para protegerla, incluso durante el sueño.

Tardaron muchas jornadas en cubrir el trayecto hasta la costa. Cuando encontraban un trecho de camino fácil, avanzaban cogidos de la mano, bajo el verde dosel de la selva, como muy bien pudieron pasear por allí los remotos antepasados del hombre. Cuando la maleza se tornaba tupida y enmarañada, Tarzán cogía en sus largos brazos a Jane y la trasladaba ágilmente a través de los árboles. Y los días les resultaban demasiado cortos, porque eran felices. A no ser por el angustioso deseo de llegar cuanto antes a la playa para socorrer a Clayton, hubieran prolongado indefinidamente la dicha de aquel maravilloso viaje.

El día antes de llegar a la costa, el olfato de Tarzán detectó emanación humana: olor a hombres negros. Se lo comunicó a Jane y le advirtió que se mantuviera en silencio.

—En la selva hay pocos amigos —observó en tono seco.

Al cabo de media hora se aproximaron sigilosamente a una pequeña partida de guerreros negros que marchaban en fila india hacia el oeste. Al verlos, Tarzán emitió un grito jubiloso: era una cuadrilla de sus waziris. Entre ellos figuraba Busuli y algunos otros de los que le acompañaron a Opar. Cuando vieron a Tarzán estallaron en gritos de eufórica alegría y empezaron a bailar. Le dijeron que llevaban varias semanas buscándole.

Los negros manifestaron un asombro considerable al ver a la mujer blanca que acompañaba a Tarzán y cuando se enteraron de que se trataba de su compañera, compitieron entre sí para agasajarla. Llegaron al tosco refugio de la playa acompañados por los felices, rientes y danzarines waziris.

No se vislumbraba indicio alguno de vida, ni nadie respondió a sus llamadas. Tarzán subió rápidamente al interior de la choza construida en el árbol, sólo para reaparecer un instante después, con una lata vacía en la mano. Se la arrojó a Busuli, con el encargo de que fuese a buscar agua, y luego hizo una seña a Jane Porter, para indicarle que subiera.

Se agacharon juntos sobre el desmedrado cuerpo del que en otro tiempo había sido un apuesto aristócrata inglés. Las lágrimas afluyeron a los ojos de Jane cuando vio las resecas mejillas, los hundidos ojos y las arrugas que el sufrimiento había trazado en aquel rostro una vez joven y hermoso.

—Aún vive —dijo Tarzán—. Haremos cuanto podamos por él, pero me temo que hemos llegado demasiado tarde.

Cuando llegó Busuli con el agua, Tarzán introdujo a la fuerza unas cuantas gotas entre los cuarteados y tumefactos labios. Secó la ardorosa frente de Clayton y le lavó las esqueléticas extremidades.

Clayton abrió los ojos. La sombra de una débil sonrisa iluminó su expresión al ver a Jane inclinada sobre él. Cuando sus ojos se posaron en Tarzán, la expresión se tornó estupefacta.

—Todo va bien, muchacho —le animó el hombre-mono—. Te hemos encontrado a tiempo. Ahora todo se arreglará y, antes de que te des cuenta, estarás caminando por tu propio pie.

El inglés meneó la cabeza débilmente.

—Es demasiado tarde —musitó—, pero ya da lo mismo. Preferiría morir.

—¿Dónde está *monsieur* Thuran? —preguntó la muchacha.

—Me abandonó al agravarse mi fiebre y ponerse las cosas feas. Es un individuo satánico. Cuando le supliqué que me trajese un poco de agua porque me encontraba tan débil que no podía ir a buscarle, la bebió delante de mí, tiró al suelo la que había sobrado y se me rió en la cara.

El recuerdo de aquella escena reanimó súbitamente a Clayton con un ramalazo de vitalidad. Se incorporó, apoyándose en un codo.

—¡Sí! —casi gritó—. Viviré. ¡Viviré el tiempo suficiente para encontrar a esa bestia y matarla!

Pero aquel esfuerzo lo dejó más exhausto si cabe que antes y se derrumbó de nuevo sobre las hierbas putrefactas que, con el viejo sobretodo, habían constituido el lecho de Jane Porter.

—No te preocupes de Thuran —declaró Tarzán de los Monos, y puso su mano tranquilizadora sobre la frente del enfermo—. Ese tipo es cosa mía y, no temas, le echaré el guante y lo pasará mal.

Durante largo tiempo Clayton permaneció inmóvil. En varias ocasiones, Tarzán aplicó el oído al huesudo pecho, para captar los débiles latidos de aquel corazón deteriorado y consumido. Al atardecer, Clayton se volvió a incorporar durante breves segundos.

—Jane —musitó. La joven agachó la cabeza para acercarla y recibir el casi inaudible mensaje—. Me he portado mal contigo… y con él —movió débilmente la cabeza, indicando a Tarzán—. ¡Te

quería tanto…! Ya sé que es una excusa muy pobre para el daño que te he causado, pero no podía soportar la idea de perderte. No te pido que me perdones. Sólo deseo hacer ahora lo que debí hacer un año atrás.

Rebuscó en el bolsillo del abrigo sobre el que estaba echado, en busca de algo que había descubierto allí durante sus accesos febriles. Sus dedos lo encontraron por fin: un trozo de arrugado papel amarillo. Se lo tendió a Jane y cuando la muchacha lo tomó, el brazo de Clayton le cayó desmayadamente sobre el pecho, se desplomó su cabeza hacia atrás y, con un estertor final, el hombre se quedó rígido e inmóvil. Tarzán de los Monos cubrió con un pliegue del abrigo el rostro de William Clayton.

Permanecieron unos instantes arrodillados allí. Los labios de Jane se movieron en silenciosa plegaria cuando se levantaron, uno a cada lado de la ahora apacible figura, los ojos del hombre-mono se cubrieron de lágrimas. A través de la angustia sufrida por su propio corazón había aprendido a compadecer las pesadumbres de los demás.

A través de sus propias lágrimas, Jane Porter leyó el mensaje que contenía el trozo de papel amarillo y, al hacerlo, sus ojos se desorbitaron. Releyó un par de veces aquellas sorprendentes palabras, antes de comprender del todo lo que significaban.

HUELLAS DACTILARES DEMUESTRAN ERES GREYSTOKE.
FELICIDADES.
D'ARNOT

Tendió el papel a Tarzán.

—¿Lo supo durante todo este tiempo y no te dijo nada?

—Yo lo supe primero —respondió Tarzán—. Lo que ignoraba es que él estuviese enterado. El papel debió de caérseme aquella noche en la sala de espera. Allí fue donde me lo entregaron.

—¿Y después de eso nos dijiste que tu madre era una mona y que no llegaste a conocer a tu padre? —preguntó Jane, en tono incrédulo.

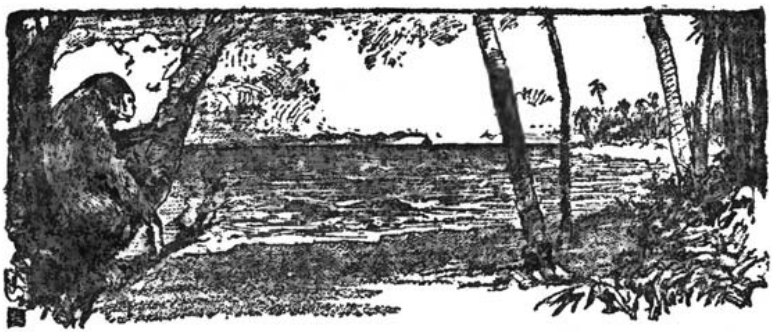
—Sin ti, cariño, el título y las propiedades no significaban nada para mí —replicó Tarzán—. Y de haberle despojado de ellos también le hubiese arrebatado la mujer que amo… ¿no lo

comprendes, Jane?

Era como si intentara justificarse por un acto culpable.

Jane le tendió los brazos por encima del cadáver de Clayton y tomó entre las suyas las manos de Tarzán.

—¡Y yo me habría perdido un amor como este tuyo! —exclamó.



XXVI

ADIOS AL HOMBRE-MONO

A LA mañana siguiente emprendieron la corta excursión hasta la cabaña de Tarzán. Cuatro waziris llevaban el cadáver del difunto inglés. Al hombre-mono se le ocurrió que se debía enterrar a Clayton junto a la tumba del anterior *lord* Greystoke, al lado de la cabaña que éste había construido, cerca de la linde de la floresta.

Jane Porter opinó que era una idea excelente y en el fondo de su corazón se maravilló de la exquisita delicadeza espiritual de aquel hombre admirable que, pese a que lo criaron animales y entre animales vivió toda su infancia y juventud, poseía la ternura y el sentido caballeresco que suele asociarse con la elegancia refinada de la más distinguida civilización.

Habrían cubierto unos cinco kilómetros de los ocho que los separaban de la playa de Tarzán, cuando el waziri que encabezaba la marcha se detuvo en seco y señaló con gesto de asombro a una

extraña figura que se aproximaba a ellos por la costa. Era un hombre tocado con una chistera brillante y que avanzaba despacio, con las manos entrelazadas a la espalda, bajo los faldones de su larga y negra levita.

Al verle, Jane Porter lanzó un grito de alegre sorpresa y echó a correr a su encuentro. Era un hombre anciano que, al oír la voz de la joven, alzó la cabeza y, cuando vio quién se le acercaba, soltó a su vez una exclamación de alivio y felicidad. Mientras el profesor Arquímedes Q. Porter estrechaba a su hija entre los brazos, las lágrimas de dicha se deslizaron por su curtido y viejo semblante y tuvieron que transcurrir varios minutos antes de que pudiera dominar su emoción lo suficiente como para poder hablar.

Un momento después, cuando reconoció a Tarzán, a los demás les costó un trabajo ímprobo convencerle de que el dolor no le había desequilibrado el cerebro, porque al igual que los demás miembros de la partida, tenía la absoluta certeza de que el hombre-mono había muerto. Y no dejaba de resultarle un problema serio conciliar esa certeza con el aspecto de plenitud vital que presentaba el «dios de la selva» de Jane. Al anciano le desconcertó un tanto la noticia del fallecimiento de Clayton. Por cierto detalle cronológico.

—No logro entenderlo —dijo—. *Monsieur* Thuran nos aseguró que Clayton había muerto hace muchos días.

—¿Thuran está con ustedes? —inquirió Tarzán.

—Sí, nos encontró hace poco y nos condujo a la cabaña de usted. Estamos acampados a cierta distancia de ella, al norte. ¡Dios mío, cuánto se va a alegrar de verles!

—¡Y cuánto se va a sorprender! —comentó Tarzán.

Poco después el extraño grupo llegaba al claro en el que se encontraba la cabaña del hombre-mono. El calvero rebosaba de afanosas personas que iban de un lado a otro.

D’Arnot
debió de ser la primera que reconoció Tarzán.

—¡Paul! —exclamó—. Por todos los santos, ¿qué haces aquí? ¿O es que nos hemos vuelto todos locos?

Sin embargo, la explicación fue rápida y sencilla, como ocurre con muchas cosas que a primera vista parecen extrañas. El buque de D’Arnot
patrullaba a lo largo de la costa cuando, a sugerencia del teniente,

se decidió anclar frente al pequeño puerto natural para echar un vistazo a la cabaña y a la selva en la que varios oficiales y miembros de la tripulación habían vivido una emocionante aventura dos años atrás. Al desembarcar, encontraron allí a la partida de *lord* Tennington, por lo que ya se estaban llevando a cabo los preparativos precisos para trasladarlos a bordo a la mañana siguiente y llevarlos de nuevo a la civilización.

Hazel Strong y su madre, Esmeralda y el señor don Samuel T. Philander, recibieron un auténtico baño de felicidad ante el regreso de Jane Porter. La salvación de la muchacha les parecía un verdadero milagro o poco menos y todos estuvieron de acuerdo en que sólo Tarzán de los Monos hubiera podido llevar a cabo una hazaña de tales proporciones. Colmaron de elogios y atenciones al hombre-mono, que se sintió enormemente incómodo ante tanto homenaje y hasta llegó a desear volver al anfiteatro de los simios.

Todo el mundo mostró gran interés por sus waziris y los negros recibieron numerosos regalos de los amigos de su rey, pero cuando se enteraron de que éste seguramente zarparía en aquella gran canoa fondeada a una milla del litoral y se alejaría de ellos, la tristeza los invadió.

Hasta entonces, ni Tarzán ni Jane habían visto el menor rastro de *lord* Tennington y *monsieur* Thuran. Ambos habían salido juntos a cazar a primera hora de la mañana y aún no estaban de vuelta.

—¡Menuda sorpresa se va a llevar ese hombre que, según dices, se llama Rokoff! —le comentó Jane a Tarzán.

—Una sorpresa que le va a durar poco —replicó el hombre-mono, ceñudo.

En su tono había algo tan ominoso que Jane levantó la cabeza para mirarle alarmada. Lo que leyó en la expresión de Tarzán evidentemente confirmó sus temores, porque se apresuró a ponerle la mano en el brazo y a rogarle que entregara al ruso a las autoridades y leyes de Francia.

—En el corazón de la jungla, mi vida —argumentó Jane—, donde no existe más derecho ni justicia a la que apelar que a tus propios músculos, te asistiría el derecho a ejecutar sobre ese hombre la sentencia que merece. Pero tienes a tu disposición el fuerte brazo de la ley de un gobierno civilizado, por lo que si lo mataras ahora, sería un asesinato. Incluso a tus propios amigos no

les quedaría más remedio que arrestarte y, si te resistieras a la detención, nos lanzarías otra vez a todos a la desdicha. No soportaría volver a perderte, cariño mío. Prométeme que lo entregarás al capitán Dufranne y que permitirás que la ley siga su curso… Esa fiera no merece que por su culpa pongamos en peligro nuestra felicidad.

Tarzán comprendió la sensatez de tales palabras e hizo la promesa que Jane le solicitaba. Media hora después salían de la jungla Rokoff y Tennington. Marchaban uno junto a otro. Tennington fue el primero en percatarse de la presencia de extraños en el campamento. Vio a los guerreros negros parloteando con los tripulantes del crucero y después a un gigante ágil y bronceado que conversaba con el teniente
D'Arnot
y el capitán Dufranne.

—Me pregunto quién será ese hombre —le comentó Tennington a Rokoff.

Cuando el ruso levantó la cabeza y se percató de que los ojos del hombre-mono le estaban mirando, dio un traspié y palideció.

—¡Sapristi! —exclamó, y antes de que Tennington comprendiera lo que intentaba hacer, Rokoff ya se había echado el rifle a la cara, apuntaba a Tarzán y, a quemarropa, apretaba el gatillo.

Pero el inglés estaba muy cerca de él… Tan cerca que no tuvo más que levantar la mano y desviar el cañón del rifle una décima de segundo antes de que el percutor del arma cayese sobre el cartucho, por lo que la bala que se pretendía atravesase el corazón de Tarzán pasó silbando inofensiva por encima de su cabeza.

Antes de que el ruso tuviese tiempo de disparar de nuevo, Tarzán ya se le había echado encima y le había arrancado el rifle de las manos. El capitán Dufranne, el teniente
D'Arnot
y una docena de marineros se habían precipitado hacia allí al oír la detonación y, sin pronunciar palabra, Tarzán les entregó a Rokoff. Antes de que llegara el ruso ya había explicado todo el asunto al comandante francés, de modo que el oficial ordenó de inmediato que esposaran al criminal y lo confinasen a bordo del crucero.

Un momento antes de que la guardia se llevara al prisionero a la lancha que iba a transportarlo a su prisión temporal, Tarzán pidió

permiso para registrarle y, con encantada satisfacción, encontró escondidos en su persona los documentos robados.

El disparo había atraído fuera de la cabaña a Jane Porter y a los demás e, instantes después de que se calmara todo el revuelo, la joven saludaba al sorprendido *lord* Tennington. Una vez recuperados los documentos sustraídos por Rokoff, Tarzán se reunió con el grupo y Jane Porter se lo presentó a *lord* Tennington.

—John Clayton, *lord* Greystoke, mi señor.

A pesar de sus hercúleos esfuerzos para guardar las formas y mostrar la debida cortesía, el inglés no pudo disimular su estupefacción y para que la entendiera bien fue preciso que se le repitiera varias veces la extraña historia del hombre-mono, contada por él mismo. Entre Jane Porter y el teniente
D'Arnot
convencieron a *lord* Tennington de que no estaban rematadamente locos.

Enterraron a William Cecil Clayton a la puesta del sol, junto a las tumbas próximas a la selva en que descansaban sus tíos, los anteriores *lord* y *lady* Greystoke. Y a petición de Tarzán se dispararon tres salvas sobre la última morada de un «valiente que afrontó la muerte con arrojo y bravura».

El profesor Porter, que en sus años mozos había recibido las órdenes de pastor de almas, se encargó de dirigir las sencillas honras fúnebres. En torno a la sepultura, inclinada la cabeza, se congregó el más extraño conjunto de asistentes a un entierro que jamás contemplara el sol poniente: oficiales y marineros franceses, dos lores ingleses, varios ciudadanos estadounidenses y una veintena de salvajes guerreros africanos.

Al término del funeral, Tarzán rogó al capitán Dufranne que retrasara un par de días la partida del crucero, mientras él iba unos kilómetros tierra adentro a recoger «sus cosas». El capitán le concedió de mil amores tal favor.

Bastante entrada la tarde del día siguiente, Tarzán y sus waziris regresaron con el primer cargamento de lo que el hombre-mono llamaba «sus cosas». Cuando los miembros del grupo vieron los antiguos lingotes de oro puro se arremolinaron como moscas alrededor de Tarzán y le acribillaron a preguntas… Pero Tarzán, sonriente, hizo oídos sordos al interrogatorio… y se abstuvo de

proporcionarles la más ligera pista acerca de la procedencia de tan inmenso tesoro.

—Por cada uno que traigo, he dejado a mi espalda miles de lingotes como éstos —explicó—. Y cuando me haya gastado los de esta remesa, volveré a por otra.

Al día siguiente trasladó al campamento el resto de los lingotes. Cuando toda aquella fortuna estuvo cargada en el crucero, Dufranne comentó que se sentía como el capitán de un viejo galeón español que volviera con el tesoro de las ciudades aztecas.

—Ignoro en qué momento la tripulación se amotinará, me degollará y se apoderará del barco —añadió.

A la mañana siguiente, cuando se disponían a embarcar en el crucero, Tarzán aventuró una sugerencia a Jane Porter.

—Se da por supuesto que las fieras salvajes carecen de sentimientos —dijo—, pero, no obstante, me gustaría casarme en la cabaña donde nací, junto a las tumbas de mis padres y rodeado por la selva virgen que siempre fue mi hogar.

—¿Será eso legal, cariño? —preguntó Jane—. Porque, en tal caso, no conozco sitio mejor y más apropiado para casarme con mi dios de la selva que a la sombra de su floresta primitiva.

Cuando se lo expusieron a los demás, todos estuvieron de acuerdo en que sería perfectamente legal, aparte de constituir espléndido remate a un noviazgo extraordinario. Así que la partida en pleno se reunió en el interior de la pequeña cabaña y ante la puerta de la misma para asistir a la segunda ceremonia que el profesor Porter iba a solemnizar en el espacio de tres días.

D'Arnot iba a actuar de padrino y Hazel Strong de dama de honor de la novia, pero entonces intervino Tennington y trastocó los planes con otra de sus geniales «ideas».

—Si la señora Strong no tiene inconveniente —dijo, al tiempo que tomaba entre las suyas la mano de la dama de honor—, Hazel y yo hemos pensado que sería sensacional celebrar una doble boda.

Zarparon al día siguiente y cuando el crucero surcaba despacio las aguas, proa a alta mar, un caballero alto, con impecable traje de franela blanca y una grácil y preciosa muchacha se apoyaron en la barandilla para contemplar cómo se alejaba la línea de la costa, donde veinte guerreros negros waziris bailaban desnudos, enarbolaban los venablos de guerra por encima de sus cabezas y

lanzaban al aire sus gritos de despedida, dando su adiós al rey que partía.

—Me fastidiaría pensar que veo la jungla por última vez, amor mío —dijo el hombre—, si no fuera porque sé que voy a un mundo nuevo en el que disfrutaré a tu lado de una felicidad perpetua.

Y Tarzán de los Monos inclinó la cabeza y besó en los labios a su compañera.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950).

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo

cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió
$700
por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

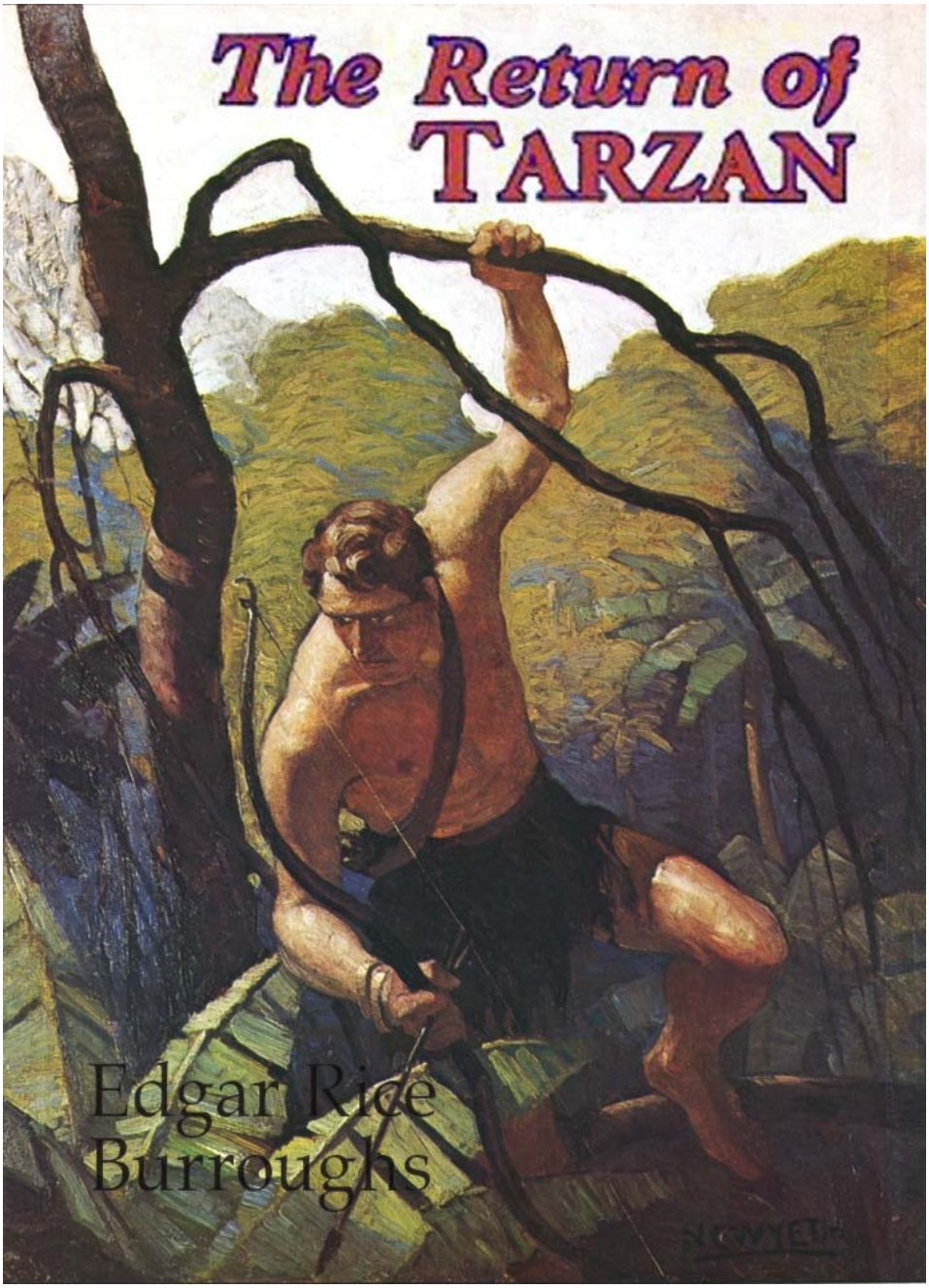
Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a varios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC

McClurg & Company,
que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

Cubierta original 1.ª entrega *pulp* EE. UU., 1913



Cubierta original 1.ª edición EE. UU., 1915, N. C. Wyeth.

Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.

Ilustración original de N. C. Wyeth.